ISSN N°: 0327 649 X

Sumario ▼

Florencio Sánchez en Rosario
Agustina Prieto

Las relaciones de Argentina con Chile y Brasil 1945-55
Marisol Saavedra

***Nosotros* y la nueva generación**
Leticia Prislei

Unidades domésticas: familias, mujeres y trabajo
José Luis Moreno y Marisa Díaz

El país que nos contaron La visión de Argentina en los Manuales de Geografía
Silvina Quintero

Hay que renovar los estudios sobre la izquierda
Entrevista a Bruno Groppo

▶

)ENTREPASADOS(
REVISTA DE HISTORIA
AÑO VIII- NUMERO 16 PRINCIPIOS DE 1999
16

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO VIII- NUMERO 16- PRINCIPIOS DE 1999

16

El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina

Familias, mujeres, trabajo

***Nosotros*, y la nueva generación**

El país que nos contaron

Carlos Ginzburg: Distancia y perspectiva / Viotti da Costa: Del reduccionismo económico al reduccionismo cultural

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

)ENTREPASADOS(

REVISTA DE HISTORIA

AÑO VIII - NUMERO 16 - PRINCIPIOS DE 1999

Consejo de Dirección
Ema Cibotti
Silvia Finocchio
Patricio Geli
Mirta Zaida Lobato
Lucas Luchilo
Gustavo Paz
Leticia Prislei
Fernando Rocchi
Juan Suriano

Director
Juan Suriano

Diseño Gráfico
Mabel Penette

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite

Suscripciones: En Argentina U$S 24 (dos números)
En el exterior, vía superficie U$S 30 (dos números); vía aérea U$s 40 (dos números)

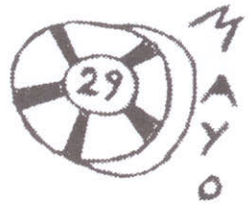
Entrepasados recibe toda su correspondecia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657) Loma Hermosa, Buenos Aires. Tel.: 4582-2925.

Distribución Internacional: Cochabamba 248, D. 2, Tel.: 4361- 0473, Fax: 4361-0493, E-mail: cambeiro@cnea.edu.ar. Bs. As., Argentina.

Composición y armado: Omega Laser Gráfica, Moreno 1785, 5° piso, Buenos Aires.

Impresión: Lorenprint, Mitre 1835, Villa Maipú, San Martín, Pcia de Bs. As.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Este número está ilustrado con la obra de Adolfo Nigro (Rosario, 1942) ***Homenaje al cordobazo,*** 1999, acrílico sobre amate, 119x39 cmts. Expuesto en **A 30 años del cordobazo, Instalación y marcha**, 29 de mayo de 1999, Plaza de Mayo. convocada por GAPS, Grupo de Artistas Plásticos Solidarios. Foto de Pedro Roth

Foto de Tapa: Agustín Tosco, dirigente gremial cordobés en la puerta del sindicato, 1969.

Indice

Editorial

5

Artículos

Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882 9
por *Alejandro Claudio EUJANIAN*

Unidades domésticas, familias, mujeres y trabajo en Buenos Aires a mediados del siglo XVIII 25
por *José Luis MORENO y Marisa M. DIAZ*

Nosotros y la "Nueva generación": Una lectura sobre la tramitación de las diferencias entre los '20 y los '30 43
por *Leticia PRISLEI*

Las relaciones de Argentina con Chile y Brasil entre 1945 y 1955. 55
por *Marisol SAAVEDRA*

En Debate

Nuevos públicos, nuevas políticas, nuevas historias. Del reduccionismo económico al reduccionismo cultural: en busca de la dialéctica 83
por *Emilia VIOTTI DA COSTA*

Galería de textos

Distancia y Perspectiva. Dos metáforas 99
por *Carlo GINZBURG*

Entrevista

"Hay que renovar los estudios sobre la izquierda" Entrevista a Bruno Groppo 125
por *Patricio GELI*

ISBN N° 0327 649X

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Historia y Educación

El país que nos contaron. La visión de Argentina en los manuales de geografía (1950-1997) 135
por *Silvina QUINTERO*

Lecturas

Florencio Sánchez en Rosario: política, periodismo y la literatura en la periferia del campo intelectual del novecientos 157
por *Agustina PRIETO*

Reseñas y Comentarios de Libros

Massimo Mastrogregori
El manuscrito interrumpido de Marc Bloch.
Apología para la historia o el oficio de historiador 169
Reseña de Alejandro CATTARUZZA

Raphael Samuel
Theatre of memory 173
Reseña de Valeria MANZANO

G. M. Joseph, C. C. Legrand and R. Salvatore (Eds.)
Close Encounters of Empire: Writting the Cultural History of U. S. Latin American Relations 177
Reseña de Juan Manuel PALACIO

Elias Palti
Giro Lingüístico e Historia Intelectual 181
Reseña de Karina VASQUEZ

CONICET: Arbitrariedades y discriminaciones

El CONICET es una de las más importantes instituciones de investigación científica en el plano estatal. Año tras año –desde su creación– ha orientado los recursos del estado nacional a financiar la producción científica mediante becas, subsidios para viajes, revistas y eventos y por medio de la formación de un cuerpo permanente de investigadores de diferentes disciplinas. Su historia no ha estado al margen de los autoritarismos y de los deseos -siempre incumplidos- de mejorar los criterios para el ingreso y la permanencia dentro de la institución.

El CONICET tiene también una historia de decisiones arbitrarias y de una política discriminatoria. Esa política ha afectado esta vez a nuestra revista, una publicación académica independiente que se mantiene exclusivamente por el aporte de los lectores y el trabajo de los miembros del Consejo de Redacción por el cual no reciben remuneración alguna.

En efecto, quienes hacemos *Entrepasados* decidimos en el mes de mayo de 1998 presentar una solicitud de subsidio de acuerdo a las ***"Bases de la convocatoria a subsidios para viajes, publicaciones, reuniones científicas y cooperación internacional"*** del CONICET, publicada en Internet. Tras una demora de muchos meses nos enteramos, al iniciar el año 1999, que el Directorio del Conicet había decidido no otorgar el subsidio solicitado. Insistimos durante varios meses para conocer las razones de la negativa hasta que finalmente recibimos una nota en la que señalaba que nuestra publicación "no reúne los requisitos específicos para publicaciones científicas". Al solicitar mayores precisiones se aclaró que el pedido no se ajustaba al Régimen de otorgamiento de subsidios, rendición de cuentas y a su manual operativo aprobado en junio de 1998. Reglamento que no podíamos conocer porque nuestra presentación se hizo en el mes de mayo y porque no había referencias a él en las bases del concurso público.

En dónde reside la arbitrariedad del CONICET?

1. En una inadecuada publicación de las bases reales existentes para acceder a los beneficios que la institución otorga. Se debería señalar que el CONICET modifica sus requisitos de manera permanente y que los aplica discrecionalmente.

2. Debería especificar de manera precisa y sin lugar a confusiones cuales son los requisitos específicos para publicaciones científicas. *Entrepasados* es una revista académica con resferato, esto quiere decir con evaluación externa de los artículos que se publican, tiene un amplio reconocimiento nacional e internacional en tanto es leída en diferentes universidades como las de Stanford, Yale, Pricenton, Duke, Harvard, en los Estados Unidos;

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en la Universidad de Toronto en Canadá, se encuentra en la British Library, The Library of Congress (EE.UU.) el Instituto de Historia Social de Amsterdan, la Bilioteque Nationale (París) y también por nuestros suscriptores de lugares tan distantes como Tierra del Fuego, Santa Cruz y Misiones o Salta. Es difícil imaginar que instituciones de la jerarquía como las mencionadas se suscriban a una revista que no reúne los requisitos específicos para publicaciones científicas.

3. Además *Entrepasados* ha sido elegida por becarios y miembros del CONICET para publicar los resultados de sus investigaciones, de manera similar a la de otros destacados historiadores nacionales y extranjeros . Cuesta creer que una publicación que no reúna las condiciones de una revista académica pueda ser elegida para estos fines. En todo caso sería interesante conocer cuál fueron las motivaciones para que Tulio Halperín Donghi, Peter Bakewell, Daniel James, Edgar de Decca, entre los extranjeros, Enrique Tandeter, Dora Barrancos, Noemí Girbal-Blacha, Michael Riekenberg, Diego Armus, Hilda Sabato, Francisco Liernur, Marisol Saavedra, Rosana Guber, Irina Podgorny, Susana Bandieri, Jorge Gelman, Noemí Goldman entre algunos de los tantos becarios y miembros del Conicet y Lucas Rubinich, Luciano de Privitellio, Beatriz Sarlo, Silvia Saitta, Susana Fiorito, Patricia Piccolini, Juan Ruibal, Graciela Swiderski y Elisabeth Cipolleta, Carlos Cansanello, Daniel Mazzei, Enrique Mases, Ricardo Nudelman colaboraran con *Entrepasados*. O que científicos como Adolfo Prieto, Eugene Genovese, Paul Thompsom, Natalie Zemon Davis, Alessandro Portelli y Robert Darnton, entre otros, aceptaran ser entrevistados para *Entrepasados*. Tenemos la certeza de que las razones se ubican en las antípodas del CONICET. Las razones están en su calidad académica y en el respeto por la pluralidad de opciones historiográficas, pues los artículos reflejan un amplio espectro de posturas, metodologías y corrientes del pensamiento y del quehacer histórico.

La decisión de CONICET es ***arbitraria, injusta y discriminatoria*** y no se agota en la aplicación de criterios dudosos para el otorgamiento de subsidios a publicaciones. Dado que el CONICET dice que "las presentaciones a subsidios, serán evaluadas por pares de la especialidad en base a su mérito científico o tecnológico estableciendo requisitos mínimos de calidad para su aprobación" sería interesante que las voces que proclaman excelencia, equidad, transparencia se hagan oír para transformar una institución que modifica sus propias reglas y que las aplica con total arbitrariedad ■

Entrepasados
Consejo de Dirección

Artículos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Polémicas por la historia. El surgimiento de la crítica en la historiografía argentina, 1864-1882

*Alejandro Claudio Eujanian**

Introducción

Desde comienzos del siglo XX, el debate que protagonizaron Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López en los primeros años de la década del ochenta del siglo pasado, fue concebido como un punto de inflexión para la historiografía argentina, a partir del cual, los historiadores creyeron necesario fijar una posición. Sin duda, para aquellos que centraron sus expectativas en la profesionalización de la disciplina, Mitre parecía ofrecer una alternativa más adecuada, fundamentalmente, por el énfasis que habría puesto durante el debate en la crítica documental. A partir de ese momento, se vulgarizó la idea de un enfrentamiento entre una historia erudita y una historia filosófica ajena a tales requisitos. Además de analizar, una vez más, los tópicos sobre los cuales giró tal polarización, es mi intención determinar el rol que la crítica cumplió en el proceso de conformación de un campo profesional en la historiografía argentina a partir de las últimas décadas del siglo XIX[1].

Por tal motivo, concentraremos nuestra atención en la etapa caracterizada por la emergencia de la crítica historiográfica en nuestro país, que abarca las polémicas que enfrentaron a Bartolomé Mitre y Dalmacio Vélez Sársfield en 1864 y la que, entre 1881-1882, opuso a Bartolomé Mitre, en este caso, con Vicente Fidel López. Nuestra hipótesis es que frente a la ausencia de canales académicos destinados a legitimar tanto las obras como a los hombres que las ejecutaron, la crítica historiográfica se convirtió en el medio privilegiado para dirimir problemas vinculados con la competencia y legitimidad de aquellos que compartían el interés por dilucidar hechos del pasado o, con mayor ambición, desentrañar la trama que permitiera develar la verdad oculta tras esos hechos.

En este sentido, las polémicas nos interesan en tanto acontecimientos a partir de los cuales podemos establecer de qué modo la crítica, vehiculizada por intermedio de la prensa primero y revistas culturales luego, se convertiría en un eficaz instrumento de consagración y disciplinamiento que, a la vez que contribuía a fijar las reglas de un oficio y las prácticas que lo regían, modelaba la imagen de quien lo practicaba y, en cada uno de esos actos ella misma se constituía y autolegitimaba. En este sentido, el problema que estamos tratando es esencialmente político, en tanto lo que estaba en juego en estas polémicas era la autoridad que el historiador reclamaba frente a las élites políticas, la sociedad y también, respecto a aquellos cuyo campo de estudio compartía, pero frente a los cuales intentaba afirmar su preeminencia y status[2]. Por otro lado,

* Escuela de Historia/Facultad de Humanidades y Artes/Universidad Nacional de Rosario

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la actitud crítica suponía la conciencia, por parte de quien la practicaba y aún de aquel que era retado por ella y se avenía a debatir en los términos propuestos, respecto a participar de un oficio parcialmente especializado, al que se le atribuían ciertas reglas para su ejercicio en el marco de prácticas diferenciadas de otras áreas de la producción cultural.

Dicho esto último, es conveniente precisar los motivos de la periodización propuesta. Ubicar nuestro campo de reflexión en la segunda mitad del siglo XIX remite a la ausencia en la primera mitad del siglo de una historiografía propiamente dicha. Ya porque la nación como espacio geográfico, político e ideológico que le otorgue sentido y sirva de guía a la narración de los hechos del pasado era, en su extremo asertivo, un destino incierto. Ya porque el conjunto de memorias destinadas a justificar una trayectoria o los ensayos y fragmentos en los que se instrumentaba una representación del pasado no suponían por parte de sus ejecutores que tales reflexiones les otorgara el carácter de historiadores, ni mucho menos la conciencia de encontrarse desarrollando un oficio particular. Ya, finalmente, porque el estar orientadas por el interés de exaltar virtudes y valores propios de una civilidad republicana, por medio de la evocación de un hecho o personaje determinado, le otorgaba una funcionalidad inmediatamente política que obturaba la posibilidad de concebirla como una obra a la que fuera posible someter a una crítica rigurosa de forma, fondo e incluso de estilo[3].

En la segunda mitad del siglo XIX, el surgimiento de la crítica histórica estuvo asociada a un conjunto de transformaciones de la esfera política y cultural. En primer lugar, la necesidad de dotar de una legitimidad histórica y jurídica al Estado Nacional, particularmente después de Caseros, en relación con los Estados provinciales y los países limítrofes, contribuiría a otorgar un status social y científico a la historiografía, al tiempo que esta última proveía una norma de realismo tanto al pensamiento como a la acción política[4]. En segundo lugar, el Estado actuaba como soporte de una rearticulación de las relaciones entre intelectuales y poder político. Ante la ausencia de un mercado consumidor de bienes culturales y la necesidad de recurrir al empleo público como fuente de ingresos, la posesión de un saber debidamente especializado le permitía actuar sobre la realidad sin que necesariamente dicha acción fuera concebida como enajenante de la independencia respecto al poder político, que la alentaba y justificaba. Al tiempo que, el surgimiento de una esfera pública liberal burguesa constituida como espacio de discusión sustraído a la influencia del poder e incluso crítico de sus actos contribuía a despojar a las autoridades constituidas del monopolio respecto a la evaluación de las producciones culturales[5].

En tercer lugar, el surgimiento y consolidación de una conciencia propiamente historiográfica no era ajeno al proceso de constitución de la literatura como una esfera particular de la producción cultural. En la primera mitad del siglo, la crítica literaria estaba orientada a la valoración de la obra en función del privilegio de principios extraliterarios, siendo la difusión de valores propios de un civismo republicano y la crítica al rosismo los principales objetivos que debían guiar a la literatura, convirtiéndose éste en el principio organizador de la crítica. De este modo, la literatura argentina dejaba de lado el principio de autonomía de lo estético literario ya presente en un romanticismo francés que, en más de un sentido, le había servido de modelo[6]. En la segunda mitad del siglo, Juan María Gutiérrez fue quien estimuló el surgimiento de la crítica literaria como una disciplina basada en la investigación y recolección de documentos que permitieran reconstruir la historia de la literatura ya no en función de dichos condicionamientos[7]. Así, paralelo al surgimiento de una historia nacional, la crítica priorizaba una lectura basada en la idea de unidad y continuidad desde la colonia al presente –amortiguando, incluso, el anti-hispanismo como criterio de juicio– ofreciendo la imagen de un proceso, en el que el carácter nacional de la literatura se encontraba tempranamente expresado en la etapa pre-revolucionaria[8]. A partir de Pavón, con el surgimiento a la vida pública de la segunda generación romántica y, particularmente después del '80, en el contexto del naturalismo y luego, hacia fines de siglo, con el auge del modernismo, al tiempo que la literatura se desembarazaba de aquel mandato, dejaba abierto el camino para la diferenciación respecto a una historiografía cuyo estatuto residía en asumir aquella función que la literatura comenzaba a dejar de lado.

En este marco, nos proponemos entonces analizar las dos polémicas más importantes desde el punto de vista historiográfico durante el período de la organización nacional. Más estudiada la segunda que la primera, creemos importante pensarlas como dos momentos de un mismo proceso en el que podemos encontrar continuidades, pero también desplazamientos cuyo sentido será preciso indagar con el fin de determinar en qué medida, la crítica historiográfica contribuyó a la especialización de la disciplina histórica respecto

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

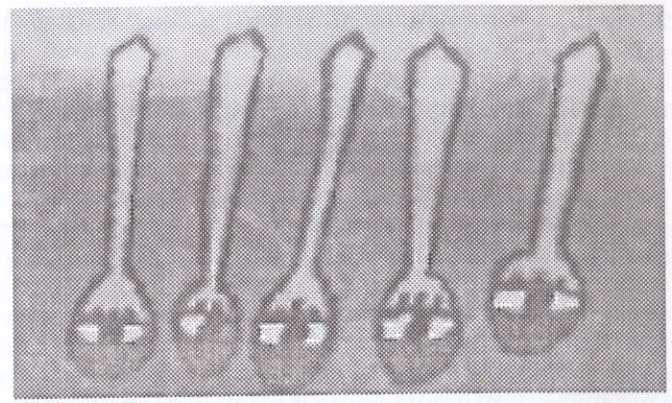
de otras ramas del conocimiento, particularmente en relación con la literatura; la fijación de las reglas y prácticas propias del trabajo del historiador; la definición de formas propias de autorepresentación de la disciplina y la función del historiador; y finalmente, la consolidación de un espacio parcialmente diferenciado del campo político, verificando la existencia de puntos de fricción en aquellas zonas en las que códigos, conductas y prácticas se superponen.

Mitre y Vélez Sársfield: interpretaciones en pugna

Desarrollada entre quién en ese momento era presidente de la nación y su ministro de hacienda hasta 1863, la polémica entablada entre Bartolomé Mitre y Dalmacio Vélez Sársfield en las páginas de la prensa remite desde el inicio a un espacio público acorde a las prerrogativas de sus protagonistas[9].

El propio Bartolomé Mitre resume cuál es el objeto de la refutación con la que Vélez Sársfield, desde el periódico El Nacional, pretendía poner en tela de juicio la interpretación mitrista sobre los sucesos revolucionarios, tal como éste los había presentado en su Historia de Belgrano, de la que en 1859 se había publicado la segunda edición. En primer lugar, que Belgrano habría calumniado a los pueblos del interior, y particularmente a Salta y Tucumán al aseverar que la causa revolucionaria había allí decaído en el año 1812 cuando se hacía cargo del Ejercito del Norte. En segundo lugar, en consecuencia de lo anterior, que no fue el General Belgrano el que habría vuelto a encender el fuego de la revolución, no sólo por ser desconocido en esos pueblos, sino también por su carácter despótico y anti-democrático que lo hacía incapaz de encabezar partidos revolucionarios. En tercer lugar, que fueron los pueblos y no los jefes revolucionarios quienes dieron impulso a la misma, siendo los primeros corregidos en sus errores y arrastrados hacia un destino que no soñaban. En cuarto lugar, que el General Güemes no debía ser homologado con la figura del caudillo, calificación que Vélez Sársfield consideraba injuriosa, sino parangonado con Bolívar o San Martín, en este último caso, por su desobediencia a poner el ejército que comandaba al servicio de la guerra civil, decidiendo, en cambio, hacer frente al ejercito español. En quinto lugar, que las Provincias del Norte se encontraban en 1812 en condición de resistir al ejército enemigo, como lo hicieron en 1817, aun prescindiendo de la asistencia de Belgrano[10].

El problema, tal como lo planteaba quien disparaba la polémica, se encontraba centrado en la interpretación de los hechos, y sometido al régimen de la doxa antes que a una contraprueba de carácter documental. En este sentido, lo que se hallaba en discusión era el papel jugado por las provincias en la gesta revolucionaria y, por añadidura, el rol de las mismas en la definición del sentido de la nación. De este modo, Belgrano y Güemes, como figuras arquetípicas de tal oposición representaban una tensión aún más profunda anclada en la dicotomía entre élite dirigente y pueblo. La intención de Vélez será la de sobreponer el protagonismo del segundo por sobre las ideas y acciones del primero, con el objetivo de contrarrestar los efectos nocivos resultantes de los postulados propuestos por Mitre en la *Historia de Belgrano:* "Pero ahora para crear héroes con atributos que nunca tuvieron, es preciso infamar a los pueblos y dar el mérito de los hechos a hombres muy dignos por cierto; pero que lejos de arrastrar a las poblaciones con su palabra o su conducta fueron arrastrados por ellas y obtuvieron resultados que ellos mismos no esperaban"[11].



La acusación de Vélez Sársfield ponía en evidencia que Belgrano no era una personalidad que en ese momento concitara demasiada atención pública. Pero, era precisamente en su elevación al carácter de héroe colectivo en donde residía la mayor virtud de la biografía de Mitre. En el había hallado a una de las pocas figuras de la gesta revolucionaria que quedaba indemne de la crítica póstuma y cuyo carácter nacional radicaba en la imposibilidad de que fuese apropiado por una sola facción a diferencia del resto de las figuras que poblaban la *Galería de los Hombres Célebres.*

Por otro lado, era claro que el autor de la crítica no se presuponía como un historiador sino en cambio como un hombre público que legítimamente defendía una interpretación alternativa de los sucesos. Como contrafigura es interesante evaluar el lugar en el que el "historiador" se colocaba para su respuesta. Mitre asumía allí tres roles diferenciados por los objetivos que se imponía en cada uno de ellos así como por las reglas que los regían y que, sin embargo, aparecían representados como una totalidad carente de fisuras. Como estadista, incorporará a Sarmiento y a Alberdi al debate como los representantes de dos escuelas históricas que han fijado su posición en este punto atribuyendo en el primer caso todo el mérito a la "minoría inteligente" y en el segundo, al pueblo[12]. Frente a estas posiciones que juzgaba extremas, Mitre proponía una "justicia distributiva" consistente en dar a cada cual el valor que tuvieron en el desarrollo de los sucesos. Así, mientras la razón y la fuerza serían las armas con las cuales las élites imponían la dirección a los sucesos, el "instinto" del pueblo "inoculaba su varonil aliento a la revolución". Como historiador y hombre de letras, la elección del género biográfico, para un texto que originalmente estaba dedicado a formar parte de un volumen colectivo dedicado a resaltar las virtudes de un conjunto de hombres célebres, lo habría condicionado no a olvidar al pueblo sino en todo caso a prescindir de su protagonismo en el relato[13]. Finalmente, como político, el privilegiamiento del héroe por sobre el pueblo en la narración, estaría justificado por la intención de despertar el sentimiento nacional que en 1858 veía amortiguado por la división de los pueblos, dotando de ese modo a la nación de una raíz genealógica[14]. El héroe elegido venía a expresar así tanto el espíritu democrático y republicano como el sentimiento nacional sobre el cual se asentaba la supremacía de la nación por sobre las provincias y, por este camino, la de la propia Buenos Aires y de la burguesía porteña por sobre el resto de los estados provinciales. En el marco de un Estado en proceso de organización, sometido aún a la amenaza de los poderes provinciales que trascendía el debate historiográfico, las interpretaciones en pugna reclamaban un soporte jurídico que sólo los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

archivos, entendidos como memoria pública del Estado, podían otorgarle. También en este caso, Mitre es a un tiempo historiador y hombre de Estado.

Puesto ya en evidencia el papel que juega la interpretación del pasado como núcleo central del debate, la discusión se desplazaba al problema de la verdad y en consecuencia al rol de los documentos en su doble faz constructiva y demostrativa de los argumentos en pugna. En este punto, Vélez Sarsfield al cuestionar tanto los documentos oficiales como las memorias de los protagonistas que Mitre utilizaba como principal sostén de sus afirmaciones, por considerar que en ellos nunca aparece la verdad histórica[15], dejaba el camino abierto al autor de la *Historia de Belgrano* para hacer gala de su erudición contradiciendo cada afirmación de su crítico con "nuevos testimonios y documentos".

Es precisamente la ausencia de prueba y documentos la que descalificaba, para Mitre, la interpretación de los sucesos propuesta por Vélez Sársfield y con ella, su legitimidad como crítico. Así contrapondrá a esa "historia hipotética", basada en reminiscencias vagas y recuerdos incompletos, una historia real y positiva basada en una amplia base documental sometida a una rigurosa crítica histórica[16].

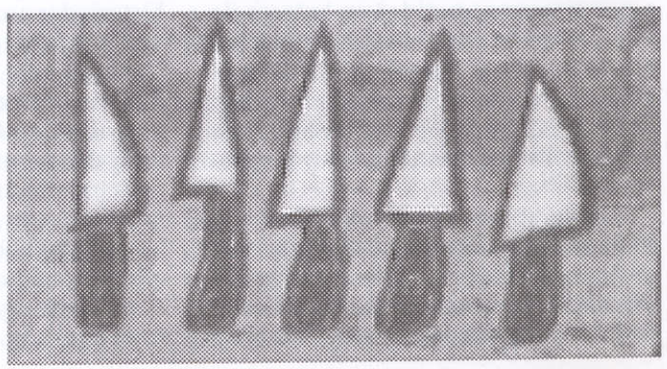
Mitre, dirá finalmente que las aseveraciones y juicios de su oponente "no tienen más fundamento que su palabra anónima y desautorizada"[17]. En efecto, la firma como símbolo de autoridad constituyó la última arma usada por Mitre para su autoafirmación y la descalificación de su oponente. La ausencia de firma en los primeros dos artículos de Vélez Sarsfield dejaba un vacío al que Mitre apelará como mecanismo de negación al citarlo una sola vez en su respuesta y luego dirigirse a él como "ilustrado escritor" o "escritor anónimo". Cuando Vélez Sársfield, en el segundo capítulo de sus "Rectificaciones" coloque el nombre al pie y se dirija a Mitre como el "historiador de Belgrano", "su historiador", "hábil historiador", pondrá las cosas en el terreno que Mitre quería ubicarse, el del historiador que con su autoridad discute con un pensador cuyo máximo título es el de conocedor de las cosas y los hombres de la revolución[18]. De este modo, Mitre lograba en el debate construir su autoridad no en base a la posición que ocupaba en la escena política sino dentro de los límites de una labor basada fundamentalmente en la valoración y crítica de documentos históricos[19]

Mitre y López. *In animo et factis*

Diecisiete años después, la polémica que entablaron Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López entre 1881 y 1882, considerada por diversas razones como el momento fundacional de la historiografía argentina del siglo XX, se insertaba en un contexto social, político e historiográfico diverso del anterior[20].

En primer lugar, removidos los últimos obstáculos para la definitiva consolidación del Estado Nacional y, al propio tiempo, fijado el consenso respecto al futuro deseado y el camino que debía recorrerse para llegar a él por parte de la burguesía liberal, la historiografía otorgaba legitimidad jurídica e ideológica en este debate al dejar fuera de discusión un aspecto central en 1864[21]. La tesis sobre la "preexistencia de la nación" y, por lo tanto, la de su preeminencia por sobre los estados provinciales, se convertía no sólo en este momento sino también salvo excepciones para la historiografía posterior, en una suerte de sentido común historiográfico que quedaba fuera de cualquier disputa[22].

En segundo lugar, ninguno de los protagonistas, aun conservando cierto prestigio obtenido en batallas del pasado, ocupaba un lugar prominente en la escena política. Particularmente Bartolomé Mitre quien derrotado en el '74 y junto al gobernador de Buenos Aires Carlos Tejedor en 1880, era menos el hombre que el destino había otorgado el papel de organizar el Estado poniéndole fin a la era de las guerras civiles, que el último obstáculo para encauzar institucionalmente el país. Por su parte, López, luego del ostracismo del que fue víctima por parte de la opinión porteña que vio reflejado su posición pro-urquicista en los debates en torno al acuerdo de San Nicolás, tendrá por intermedio de su labor intelectual y académica a partir de 1868 y por los lazos que entabla con la juventud reformista a través de su hijo Lucio V. López, la posibilidad de recuperar algo del prestigio perdido[23]. Serán estos factores antes que sus ideas políticas o interpretaciones historiográficas, los que contribuirán a ubicar a López en un lugar más cómodo en la escena política que el que ese momento ocupaba su oponente. El impulso por parte de Pellegrini y Aristóbulo del Valle de un subsidio destinado a auspiciar la continuación por parte de López de su *Historia de la República Argentina* no sólo anunciaba hacia qué lado se inclinaba ahora la balanza sino también la fuerte imbricación entre poder político y campo intelectual y, la inclinación del primero, a entrometerse en una disputa que hasta el momento había estado contenida en el fuero cultural. Pero esta decisión no implicaba desde ningún punto de vista una apuesta a encontrar en López una alternativa a la imagen del pasado que Mitre había ofrecido sino, en todo caso, a estimular desde el espacio político la consagración de López como el historiador de la nación en contraposición de quien en ese momento era su adversario político[24].



En tercer lugar, no era ahora la prensa el soporte material de los argumentos en disputa ni tampoco el público al que ella interpelaba el sujeto que se pretendía legitimante de los mismos. La elección del libro y la Nueva Revista de Buenos Aires desde el punto de vista de la forma; las aproximadamente 1600 páginas, que en conjunto componen el debate, la mayor erudición, las voluminosas citas, las referencias cruzadas y, muchas veces, oblicuas, desde el punto de vista del contenido; condicionaban sus posibilidades de circulación en una opinión pública cuyo acceso al debate suponía el participar de ciertos códigos y hábitos de lectura, propios de una disciplina que comenzaba a mostrar rasgos de especificidad. Mitre, quien había elegido para iniciar su respuesta a López una revista cultural a la vez que se lamentaba por deber proseguirla en la "sección literaria" de *La Nación*, justificaba su primera elección por entender que el "público selecto" por el que ella circulaba era el más adecuado para la repercusión que él esperaba para el debate[25].

Por otro lado, si el medio y la posi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción de los contrincantes en el debate anterior refería a una tribuna pública, en este caso, si bien no estaba totalmente ausente la aspiración de intervenir en ese espacio, ella se encontraba condicionada por su participación en tanto historiadores. Si ello era así, es porque López, a diferencia de Vélez Sársfield, no estaba dispuesto a ceder en ningún momento a Mitre el lugar del historiador en la contienda.

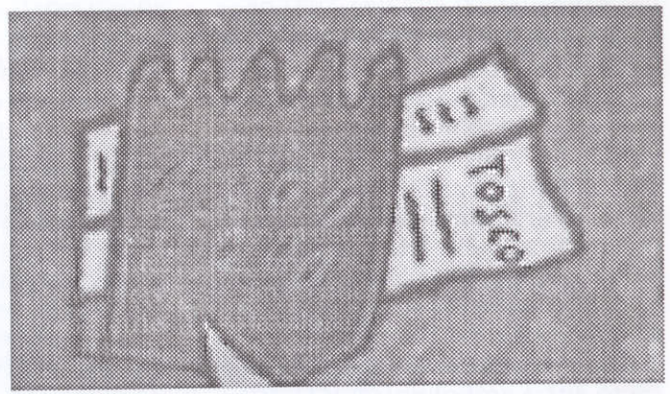
Sin embargo, señaladas estas diferencias y tomada la polémica como un enfrentamiento entre una historia filosófica o "hipotética", como prefiere Mitre[26], frente a una historia en la que no se daba un paso sin el aval de los documentos[27], carece de originalidad y no justifica el carácter fundacional que le ha atribuido la historiografía contemporánea[28]. Ambos, a su tiempo, intentaron despegarse de las consecuencias de dicha oposición. Contra la acusación de López de que él hacía una historia carente de filosofía, Mitre responderá que era precisamente la filosofía de la historia la que le permitía encauzar los hechos con su moral y su estética, permitiendo establecer el enlace entre los hechos, su orden sucesivo, su simultaneidad y su dependencia recíproca[29]. Tampoco López estaba dispuesto a ceder ante la acusación de que hacía historia sin documentos. Por el contrario, desde la "Introducción" intentaría demostrar que era precisamente por la mala transcripción de los documentos o por errores cometidos en la tarea de interpretación o traducción, lo que habría inducido al historiador de Belgrano a equivocaciones en la valoración de hechos y personajes del pasado. Para López, Mitre no era más que un "improvisador"[30].

Es éste un hecho no valorado y que sin embargo es central en el proceso de profesionalización. A diferencia de Vélez, López no ponía en duda la veracidad de los documentos sino, en todo caso, su correcta transcripción e interpretación. Aceptados los documentos, como la base ineludible del debate historiográfico, se abría paso a una discusión en la que entraba en juego el dominio crítico de los mismos y con ello, a la promoción del estatuto científico de la disciplina histórica y a su diferenciación respecto de la literatura[31]. Menos que el uso de documentos, lo que López entendía que estaba en discusión era el método expositivo. El estilo, condensaba aquí una forma de autorepresentación como historiador moldeada de acuerdo con una percepción moral de la práctica del oficio. Así, el estilo erudito, con la profusión de detalles de la que hace gala, pero particularmente, con la imagen del trabajo del historiador que presupone, terminaba homologando para López a quien lo practicaba a la figura del cronista, el notario o el empleado práctico[32]. En efecto, la percepción de López resumía rápidamente la relación entre estilo, representación del oficio y disciplinamiento socio-profesional en función de la política que el pensamiento histórico se cree tiene la función de servir, la consolidación del Estado nacional. A condición, es cierto, de anteponer el método a una filosofía de la historia de raíz metafísica y a un pensamiento político de características utópicas[33].

De este modo, la relación privilegiada que el investigador entablaba con el documento promovía una imagen del historiador asociada al trabajo de gabinete y a la idea de un sacrificio laico a partir del cual la obra sería el resultado final de una prolongada maduración y preparación. Al mismo tiempo se distanciaba del principio romántico de la creación literaria como producto de un momento de inspiración, quedando los recién iniciados excluidos como legítimos practicantes del oficio[34].

Sin embargo, a pesar de que la historiografía comenzaba a adquirir en esta polémica ciertos rasgos de especialidad, ambos se concebían aún como partícipes de un espacio más abarcativo y a la vez universal. Eran, antes que historiadores, "hombres de letras" que se habían trabado en una "refriega", también ella literaria y regida por los cánones de urbanidad propios de la "dignidad de las letras"[35]. Principios que, a su tiempo, ambos consideraban que habían sido violados por los excesos verbales de su oponente.

Aun sometida a valores que remitían a una civilidad propia de una república de las letras, de la que ambos se sentían miembros, la crítica histórica, adquiría cierta singularidad como resultado de un consenso respecto al papel que jugaban los documentos. Particularmente, en el momento en el que se pretendía poner en tela de juicio la veracidad de los textos y, a su vez, legitimada como instancia privilegiada para conferir autoridad tanto a las obras como a sus autores. Al tiempo que, reconocida como criterio de validación e incluso como un estímulo para la lectura, se la pretendía alejada de los lazos personales y, por lo tanto, ya no regida por los rencores ni tampoco por la actitud complaciente de los amigos, aparecía esbozada a la vez como un derecho y una condición de la vida intelectual[36]. Años después, Roberto Giusti aún definía la crítica como una "sociedad de bombos mutuos, sometida a un régimen en el que prevalecían las complicidades, odios y compromisos personales[37]. Pero que esta polémica o las posteriores no cubrieran dichas expectativas, no sólo no invalidaba sino por el contrario justificaba el hecho de que sea concebida como un arma cuya posesión garantizaba la consagración de unos en detrimento de la condenación de otros.



En la crítica, ya no estaba sólo en juego la valoración de una obra sino a condición de poner en cuestión la autoridad de quienes la ejercían. Las remisiones a una autoridad externa y prestigiosa como garante de los juicios o del método histórico que los guía[38], las frases en latín desperdigadas en el texto, de cuyo correcto uso López hacía gala; la referencia en Mitre a la repercusión que, tanto la Historia de Belgrano como sus Comprobaciones Históricas habían tenido en el extranjero[39] o la mención a un mercado que había estimulado la realización de diversas ediciones de su historia sucesivamente agotadas, constituyeron diversas formas de sostener la autoridad no sólo como historiadores sino también como críticos de las obras de los mismos.

Pero en 1880, frente a la ausencia de un espacio propio de los historiadores como esfera de contención y juicio definitivo respecto al resultado de la polémica, el problema de la autoridad se veía sometido a criterios de legitimación propios de una esfera pública en la que antes que historiadores los que estaban debatiendo eran hombres con una vasta trayectoria política.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El cruce entre ambas esferas se ponía en evidencia cuando López, en su *Refutación a las Comprobaciones históricas de la Historia de Belgrano,* hacía mención al motivo que lo había llevado a provocar a su adversario. La publicación en Chile de la "Carta sobre Literatura Americana" que Mitre había enviado a Barros Arana y que éste editó con su consentimiento en la Revista Chilena de octubre de 1875, se convertía ahora en el punto central de discusión. López, finalmente, ya no era el provocador sino el provocado. En efecto, allí Mitre decía respecto a su crítico: "Excuso decirle que este escritor debe tomarse con cautela, porque escribe la historia con tendencias filosóficas, más aún según una teoría basada en hipótesis, que con arreglo a un sistema metódico de comprobación"[40].

Ni los argumentos de Mitre, ni la previsible molestia del refutador merecerían mayor atención sino se agrega como fuente del conflicto su lugar de publicación y el momento. Esta crítica se insertaba en un clima de conflicto entre ambos países y refería a quien había representado, en la Cámara de Diputados, la posición más dura respecto a la política expansionista de Chile[41]. En una muestra de la fuerte imbricación del debate intelectual con la esfera política, López vería en esta carta el síntoma de una doble traición: la desautorización de una historia argentina era al mismo tiempo la del propio país frente a Chile y, desde un punto de vista individual, la de él mismo como historiador y hombre público: "es una propaganda contra nuestra conciencia de escritores históricos y contra nuestra reputación de hombres de verdad"[42].

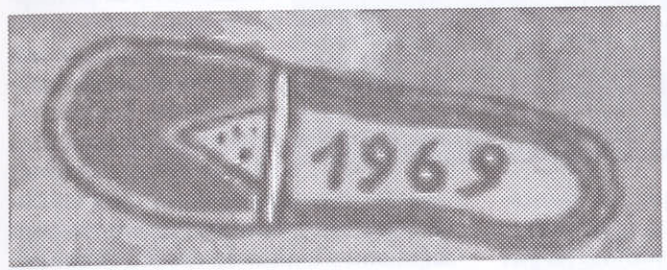
De este modo, un debate protagonizado por quienes se percibían a sí mismos como historiadores y en el que parecían estar en juego detalles sobre cifras de población, correcta ubicación de los ejércitos durante el asalto y defensa de Buenos Aires en 1807 o la correcta traducción de una fuente o interpretación de una frase en Latín, sin abandonar dicho espacio, se reintegraba de pleno derecho en la arena política.

Por tal motivo, el rol que jugaba la tradición en ambos historiadores, no puede ser juzgado sólo en término de la mayor o menor veracidad de los argumentos, según éstos se encuentren basados en fuentes orales o documentos públicos. La tradición se convertía en una instancia de legitimación que provenía de la esfera política para derivar luego en la actividad intelectual.

La historia de López hacía referencia a un mundo íntimo, en el que primaba la confidencia hecha en un rincón del hogar. Refería también a un espacio privado, de acceso restringido en el cual había forjado una historia también ella privada, que se nutría de las "referencias verbales de mi padre", o las "conversaciones tenidas con el señor don Nicolás Rodríguez Peña"[43]. Hombres que por haberlos conocido e incluso frecuentando su hogar, hasta el punto de considerarse como un hermano de los hijos de Nicolás Rodríguez Peña, juzgaba incapaces de cualquier falsedad[44].

Mitre, por su parte, tampoco renegaba de la tradición como símbolo de autoridad ni como instrumento a partir del cual otorgar verosimilitud al relato. Pero en él, la tradición ya no era familiar sino primordialmente pública. La ausencia de una tradición familiar, lo suficientemente digna de ser evocada, lo llevaba a recurrir a aquellos hombres públicos que en él habían confiado para entregar al juicio de la posteridad sus memorias, sus documentos secretos, su alma: "Rondeau me dejó al morir sus memorias juntamente con su espada", o "Las Heras que junto a sus confidencias me lego su bastón de mando". Documentos que pasaron a formar parte de su archivo personal permitiéndole crear un verosímil diverso al de López. Sus juicios estaban avalados no ya por una confidencia difícil de verificar sino por "un manuscrito original que tengo a la vista"[45]. Memoria del poder y manifestación de ese poder delegado a quien basaba su autoridad en el uso de esos documentos tanto como en su posesión.

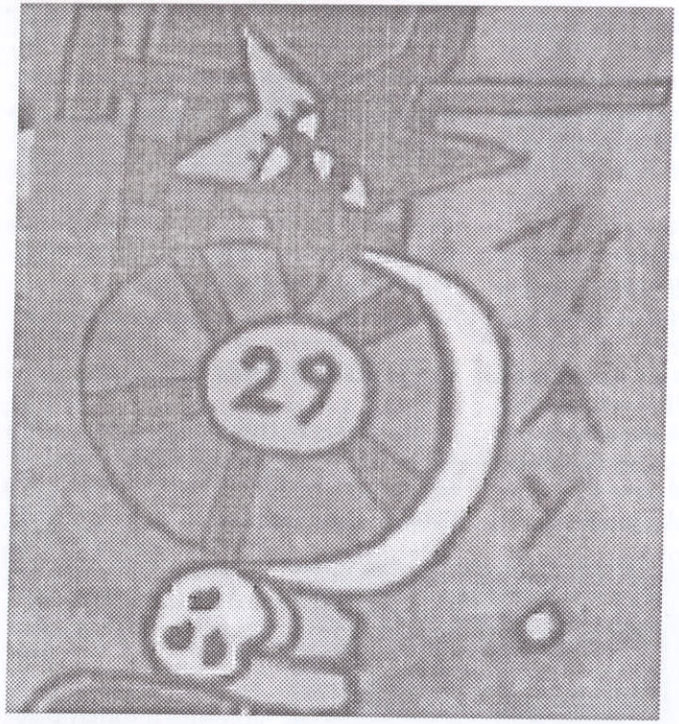
Si bien esta concesión a la tradición, particularmente en el caso de Mitre, parecía rendir tributo a una sociedad que continuaba depositando en ella una fuerte dosis de legitimidad política e intelectual, el tipo de tradición a la que ambos apelaban tenía como resultado dos historias diversas. En López, su apelación a la historia familiar permitía escribir la historia del poder, a través de la memoria de quienes formaron parte de ese círculo privilegiado. La pérdida de protagonismo por parte de esas familias patricias del que López se lamentaba, otorgaba a su historia un carácter irremediablemente incompleto y necesariamente nostálgico[46]. Mitre, en cambio, pretendía escribir la historia del Estado, y ella solo podía ser elaborada con documentos públicos. Archivos públicos de uso privado –sustraídos de la posibilidad de contrastar los juicios con documentos– constituían menos una paradoja que la prueba cabal de que el reservorio de la nación y la memoria de la administración, se hallaba mayoritariamente en manos de particulares, los mismos particulares entre cuyas estrechas filas se dirimían las disputas por el poder. La posesión de esos archivos era una manifestación del poder de sus herederos, no sólo para el conjunto de una ciudadanía que tenía tan restringido el acceso a ellos como a la arena política sino, particularmente, respecto a la propia élite.



Reflexiones finales

En 1892, reunidos por la política, Mitre y López tendrán la oportunidad de sellar su coincidencia en los aspectos centrales de la historia argentina tras el debate que diez años antes los había separado[47]. Sin embargo, desde los primeros años del siglo XX, la historiografía argentina se apresuró a tomar posición en la contienda quedando establecido que Bartolomé Mitre había sido el triunfador. Dos líneas interpretativas parecían justificar tal apreciación. La primera, esbozada por Rojas en su *Historia de la Literatura Argentina* y retomada luego por Rómulo Carbia, ponía el acento en el rol que le cupo a Mitre como antecedente de una historia que enfatizaba la búsqueda, selección y crítica de fuentes como la base del status profesional de la disciplina[48]. La segunda, en cambio, destacaba la imagen de un historiador, capaz de conciliar su oficio con la acción política, al tiempo que encontraba en su obra un referente de la moderna historia social[49]. A pesar de que en este segundo caso, la mirada sobre sus proyecciones era mucho menos optimista[50], coincidía con la primera en el esfuerzo de fundar en aquel debate el origen de una tradición acorde a las posi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



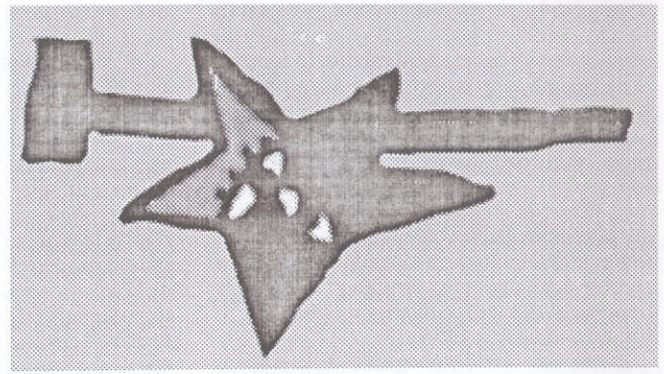
porque cada vez más ella se vería subordinada a la legitimidad y grado de autoridad de aquel que la promovía. Al tiempo que se pasaba de una crítica que sin dejar de ser valorativa, comenzaba a adquirir rasgos normativos y con ello, a influir en la fijación de reglas relativas al trabajo del historiador. Si no se profundizó en este segundo aspecto, fue porque Mitre careció de la voluntad, el afán didáctico y la percepción suficiente como para utilizar la crítica como arma de disciplinamiento. Por el contrario, se hallaba más dispuesto a reaccionar cuando su autoridad era puesta en duda que a ejercerla como agente de consagración y legitimación. Si ello fue así, se debió a que dicha autoridad no se fijaba hacia el interior de un espacio socio-profesional compartido, a esa altura inexistente, sino que remitía a una esfera pública por la cual Mitre era interpelado no sólo como historiador sino como un hombre público.

ciones historiográficas que sus mentores sentían representar en el presente. Sin embargo, dichos aspectos, ya por encontrarse presentes como tópicos en el debate de 1864; ya por referir menos a la polémica en sí misma que a una de las obras históricas de Mitre, le quitaron al debate originalidad e incluso pertinencia como momento fundacional.

En cambio, entendidas las polémicas como acontecimientos que remiten a determinadas condiciones de producción, podemos ver de qué modo entre una y otra, se había transformado tanto el espacio en el que se desenvuelven, como las posiciones asumidas, los objetivos que persiguen y las reglas que las rigen. Entre esos años, la crítica iría definiendo un campo de batalla cada vez menos ligado a problemas de tipo interpretativo –aspecto que se halla en el centro del debate entre Vélez Sársfield y Mitre– y ello no porque la interpretación dejara de estar en cuestión sino

Recién a fines de siglo, con Paul Groussac, la crítica aparecerá como un arma cuyo uso remite a un espacio y a una autoridad consciente de su potencialidad normativa. Allí la crítica adquirirá un carácter institucional transformándose en un dispositivo de disciplinamiento profesional[51].

Pero, en 1880, Mitre no disputaba el monopolio de su uso, ni tampoco estaban definidos los criterios que la regirían. Ese mismo año, en el *Anuario Bibliográfico* de Alberto Navarro Viola, aparecía una reseña al Ensayo sobre la



Historia de la Constitución Argentina de Adolfo Saldías, en la que el crítico tras resaltar la seriedad, rectitud filosófica, preparación y acopio documental de la obra, cuestionaba su mérito desde un punto de vista moral y alertaba sobre los riesgos que su lectura podía provocar en la juventud[52].

De todos modos, la crítica contribuirá a la delimitación de un espacio que, particularmente después de Pavón, comenzaría a percibirse parcialmente diferenciado y especializado. Lapso, en el que ella misma iría precisando su lenguaje, códigos, forma y objetivos. Al tiempo que, del diario a la revista, iría definiendo un público –más o menos especializado– sobre el cual intentará incidir interpelándolo como garante de la posición que cada uno de los oponentes pretendía ocupar en la batalla y como juez de los argumentos en pugna. Un espacio exclusivo y un público restringido de acuerdo con el acceso que tiene al consumo de las revistas culturales, como a los códigos necesarios para interpretar sus mensajes.

Finalmente, a pesar de señalar la presencia de ciertos índices de especialización y diferenciación de la labor historiográfica, es evidente que ésta aún se encontraba sometida a reglas propias de la práctica política y del mundo literario. En primer lugar, porque su autopercepción como historiadores se hallaba sobredeterminada por una conciencia de escritor influenciada tempranamente por un romanticismo francés que proveyó el modelo, a partir del cual, los intelectuales estructuraron formas de autorrepresentación inspiradas en la imagen del literato[53]. En segundo lugar, porque al momento en que surge la crítica historiográfica en Argentina, la carencia de una tradición profesional que le sirviese de polo de diferenciación o identificación, obligó a fijar posiciones de acuerdo con una tradición política que, por otro lado, coincidía con los hechos y personajes que constituían la trama de su relato ■

Notas

1. Tal como lo había imaginado originalmente, me proponía en este artículo analizar el surgimiento, institucionalización y posterior concentración en los ámbitos profesionales de la crítica, con la intención de reconstruir el rol que las polémicas historiográficas tuvieron en el proceso de conformación de un campo profesional en la argentina desde la segun-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

da mitad del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX. El tiempo y el espacio disponible nos hicieron comprender rápidamente lo temerario de llevar a cabo esa empresa. Sin embargo, esta aclaración pretende anticipar que los casos que vamos a analizar se encuentran inscriptos en el proceso antes enunciado. Por otro lado, hemos avanzado en esta línea en Eujanian, Alejandro: "Paul Groussac y la crítica historiográfica en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica en la Argentina a través de dos debates finiseculares", en *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral,* año 5, n° 9, 2do. semestre, 1995.

2. Respecto a esta concepción de la política de la interpretación, Hayden White, «La política de la interpretación histórica: disciplina y desublimación", en *El contenido de la forma. Narrrativa, discurso y representación histórica,* Paidós, Barcelona, 1992, pág. 75.

3. Qué se le podía reclamar en ese sentido al *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán,* que por encargo de Rivadavia el Deán Gregorio Funes comenzó a publicar en 1816. Tanto el poder que la demanda como su autor pretendían la historia al servicio de la acción política.

4. White, H.: *op. cit.,* pág. 79.

5. Al respecto véase Hilda Sábato, "Ciudadanía, participación política y la formación de una esfera publica en Buenos Aires, 1850-1880", en *Entrepasados, Revista de Historia,* IV, 6, 1994. Respecto a la relación entre el surgimiento de la opinión pública y de las instituciones que constituyeron al publico como instancia de crítica estética ajeno al poder político, pero también a la mayoría, ver Chartier, Roger: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa,* Gedisa, Barcelona, 1995, pág. 35.

6. Particularmente en lo que se refiere al surgimiento de una primera conciencia de escritor en el río de la Plata, siendo Esteban Echeverría su principal exponente. Ver al respecto Myers, Jorge: "Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria, en *Entrepasados,* Revista de Historia, año 3, n° 4-5, fines de 1993, pág. 71 y 72; Sarlo Sabajanes, Beatriz: *Juan María Gutiérrez: historiador y crítico de nuestra literatura,* Editorial Escuela, Bs. As., 1967, págs. 43 y sig.

7. Gutiérrez legitima una posición que privilegia la autonomía de lo estético literario, Mayers, op. cit., pág. 75. Por su parte, Beatriz Sarlo lo ubica como el primero en sentar las bases dª una literatura nacional. *Op. cit.* pág. 9.

8. En este sentido, la historia de la literatura de Gutiérrez es a la vez, nacional y didáctica. Sarlo, *op. cit.,* pág. 135, Meyers, *op. cit.,* pág. 79-81.

9. El debate se realiza en dos diarios porteños. El "Nacional", donde Vélez Sarfield publicará con el título de "Rectificaciones Históricas", dos artículos críticos respecto a ciertas aseveraciones de Mitre en la 2da. edición de la Historia de Belgrano de 1859, respecto al papel jugado por los pueblos del interior en las guerras de la independencia. En tanto que las respuesta del general Mitre, entonces Presidente de la Nación serán publicadas en el diario "Nación Argentina" con el título de "Estudios Históricos: Belgrano y Güemes". Luego sucederán como una segunda parte del debate 2 artículos más de Velez Sarsfield: "Contestación a los artículos publicados por el autor de la Historia de Belgrano". A continuación y cerrando la polémica, Mitre responderá con sus "Ilustraciones complementarias".

10. Mitre , Bartolomé: "Estudios históricos, Belgrano y Güemes", en *Obras Completas,* vol. XI, Bs. As., 1942, págs. 271-272. (En adelante, Mitre, B., *OC,* n° de pág.)

11. Vélez Sársfield, Dalmacio: "Rectificaciones históricas: Belgrano y Güemes, en Mitre, B., op. cit., pág. 421. (En adelante aparecerá citado del siguiente modo: Vélez Sársfield, en *OC,* n° de pág.)

12. Mitre, B.: *OC,* 276.

13. La primera edición fue escrita para la *Galería de celebridades argentinas: Biografías de los personajes mas notables del Río de la Plata* de 1857 y se tituló "Biografía de Belgrano». Junto a ella aparecían estudios sobre San Martín, Mariano Moreno, el Deán Funes, Bernardino Rivadavia, José Manuel García, el Almirante Brown, Florencio Varela y Juan Lavalle.

14. Mitre, B.: *OC,* 363.

15. Vélez Sársfield, D.: en *OC,* 416.

16. Mitre, B.: *OC,* 273 y 291

17. *Ibídem.*

18. Mitre, B.: *OC,* 357. El segundo capítulo en lo que respecta a Vélez Sársfield apareció con el título de "Contestación a los artículos publicados por el autor de la Historia de Belgrano, por lo que respecta al General Güemes", en Mitre, B., *OC,* vol. XI, págs. 442 a 453.

19. Dejamos de lado por el momento un aspecto sobre el cual Eduardo Hourcade a llamado la atención al analizar los cambios que sufre el relato de Mitre al referir un mismo hecho histórico según sea su soporte el libro o el diario. Ver, Hourcade, E.: "Del diario al libro. Episodios trágicos de la revolución en la pluma de Mitre", en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral,* Año V, N° 8, Santa Fe, 1er. semestre de 1995, págs. 161-170.

20. Iniciada a partir de las críticas que López dirige a la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina de Bartolomé Mitre,* en su "Introducción" a la *Historia de la Revolución Argentina. Desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852* (1881), tuvo por parte de su autor una respuesta inmediata. El medio elegido por B. Mitre fue la *Nueva Revista de Buenos Aires,* para continuar luego en la sección literaria del diario *La Nación.* Reunidas fueron editadas en un volumen titulado *Comprobaciones Históricas, a propósito de la Historia de Belgrano* (1881). A ésta sucedió la respuesta de López *Debate histórico. Refutación a las comprobaciones históricas de la Historia de Belgrano* (1882, usaremos la versión de La Facultad, 1916) y finalmente, *Nuevas Comprobaciones Históricas, a propósito de Historia Argentina* (1882). Para las Comprobaciones usaremos la versión de Bartolomé Mitre, *Obras Completas,* vol. X, Bs. As., 1942. Las referencias a ésta última aparecerán citadas como sigue: nombre del autor, *OC,* n° de pág.

21. Mauricio Tenorio tomando como base la distinción propuesta por Tulio Halperin Donghi entre el liberalismo argentino y mexicano en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas,* Sudamericana, Bs. As., 1987, ubica el debate en el marco de un homogéneo consenso ideológico de los liberales argentinos propiciado por una más clara conciencia de sus intereses de clase en comparación con la burguesía mexicana. En "Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López. El pensamiento historiográfico argentino en el siglo XIX.", en *Secuencias, Revista de Historia y Ciencias sociales.* 16, nueva época, México, Instituto Mora, enero-abril de 1990, pág. 120.

22. En efecto, las voces discordantes de Leandro N. Alem, en la legislatura bonaerense, y de Francisco Ramos Mejía, en *El federalismo argentino,* no por insolventes aunque tal vez sí por inoportunas. tuvieron escasa repercusión. Al respecto: Buchbinder, Pablo: "La historiografía rioplatense y el problema de los orígenes de la nación", en Cuadernos del CLAEH, n° 69, Montevideo, 2da. serie, año 19. 1994/1. Por otra parte, la revisión que desde el constitucionalismo argentino de comienzos de siglo se hace respecto al rol de los caudillos y las provincias integrándolos en el proceso de constitución de la nación tampoco parece invalidar la tesis sobre la preexistencia de la nación, ni contradecir esencialmente el lugar que Mitre había juzgado necesario reconocerle a partir de 1820. Nos apoyamos en los trabajos de: Chiaramonte, José Carlos y Pablo Buchbinder, "Provincias, caudillos, nación y la historiografía constitucionalista argentina". en Anuario 7, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos aires. Tandil; y de Zimmermann. Eduardo: Ernesto Quesada, "La Época de Rosas y el reformismo institucional del cambio de siglo", en *La historiografía argentina en el siglo XX,* CEAL, Bs. As., 1993, págs. 23 y sigs.

23. Letieri, Alberto: *Vicente Fidel López: La construcción histórico-política de un liberalismo conservador,* Biblos, Bs. As., 1995, págs. 35 y sigs.

24. Respecto a las diferencias políticas entre ambos historiadores y sus vínculos con las representaciones del pasado que sustentaban, ver Letieri, Rodolfo A.: *op. cit.;* Natalio Botana ve allí diseñados los que denomina dos liberalismos posibles, democrático el primero y conservador el segundo, en *La libertad política y su historia,* Sudamericana, Bs. As., 1991. En tanto, Mauricio Tenorio ha extremado el paralelismo con el mundo político inglés al que el propio López hace referencia para representarlo como exponente de un "despotismo Whig con espíritu romántico", en *op. cit.,* pág. 99.

25. Mitre, B.: *OC,* 14.

26. Mitre no acepta el ataque de López respecto a que su historia carece de filosofía, por el contrario destaca que sin filosofía no puede escribirse la historia, pero sin documentos no es posible escribir su filosofía. Por ello, señala que López mas que historia filosófica basa su teoría en hipótesis y conjeturas, en *OC,* 330.

27. Mitre, B.: *OC,* 15.

28. En efecto, Mitre había colocado la distinción en este terreno ya en el debate que analizamos anteriormente. Por otro lado, además de la dimensión europea de la discusión, tanto en el Brasil como en Chile, a través del debate Bello-Lastarria de 1844, la discusión estaba claramente planteada. Al respecto, Rivas, Ricardo: *Historiadores del siglo XIX y la Historia de América,* en Estudios-Investigaciones, Fac. de Humanidades y Ciencias de la Educación, U. N. de la Plata, n° 26, 1995, págs. 52 y sigs.

29. Mitre, B.: *OC,* 328.

30. López, V.F.: *Debate histórico,* pág. 39.

31. La importancia de este desplazamiento en el proceso de profesionalización de la historiografía francesa, en Norá, Pierre: *La historia de Francia de Lavisse,* Biblos, Bs. As., s/f, pág. 46. (Ira. de. París, 1986).

32. López, V.F.: *Debate histórico,* pág. 35.

33. White ve también en la base de este disciplinamiento un carácter político al asociar las posiciones narrativistas o cientistas al pensamiento progresista y las filosóficas o anti-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cientistas al pensamiento conservador. En op. cit., pág. 78 y 79.

34. Uno y otro sustentan esta imagen como instancia de diferenciación. López, sin citarlo, hace referencia a Mitre en la "Introducción" a la *Historia de la revolución argentina* que luego éste tomará como un acicate para la polémica: "la historia no puede escribirse con pereza; es indispensable andar por ella a cada hora del día: ser claro, completo y categórico al exponer la vida de las generaciones que la han hecho y juzgar a sus actores *in animo et factis*", pág. 306. Por su parte, Mitre, describe al historiador como aquel que ".. .con amor y con infatigable anhelo de verdad y justicia registra archivos, descifra documentos y compara testimonios, reuniendo los elementos dispersos de la vida del pasado que deben constituir la musculatura de su obra y darle valor y consistencia...", en *OC*, 19.

35. Tales referencias aparecen en distintos lugares del texto, a modo de ejemplo. La "Nota Preliminar de Mitre a sus *Comprobaciones Históricas*, en *OC*, 13 a 16.

36. Mitre, B.: OC, 338 y 339.

37. Sarlo, Beatriz; *El imperio de los sentimientos*, Catálogo, Bs. As., 1985, pág. 32.

38. Mitre, B.: *OC*, 333-335. Es interesante observar como un conjunto de lecturas compartidas refieren en Mitre y López a concepciones historiográficas que asumen como antagónicas. Así. Mientras para López Hume, Macaulay, Carlyle, Buckle, Thiers, Michelet y Taine son los referentes de una historia filosófica: para Mitre son el ejemplo de que no hay historia sin documentos que la avalen. Lo que parecería indicar que cumplen una función de autoridades prestigiosas más que de modelos historiográficos. Fernando Devoto ha hecho referencia con precisión de las distintas lecturas hechas de la obra de Taine en Taine y *Les origines de la France contemporaine* en dos historiografías finiseculares", en *Anuario 14*, Escuela de Historia. Fac. de Humanidades y Artes, UNR, Rosario, 1989-90, pág. 99.

39. Se refiere particularmente a Vicuña Mackenna, Barros Arana y al recientemente fallecido ex presidente del Perú, Manuel Pardo. Mitre en más de una ocasión apeló a las redes formadas por sus contactos con historiadores y hombres de Estado americanos como criterio de autoridad. Germán Colmenares destaca los múltiples vínculos entre la inteligencia del cono sur en *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá 1987. págs. 40-47.

40. La carta fue publicada por Barros Arana con la autorización del autor en la Revista Chilena. del 20-1075, pág. 477. Usamos la cita que de ella hace el propio López, el subrayado es de él. En. Debate Histórico. op. cit.. pág. 27.

41. Ver las alocuciones de López en la Cámara de Diputados del 16 de mayo y 18 de junio de 1875. Al respecto, Letieri, págs. 59 y 60.

42. López V.F.: *Debate Histórico*, pág. 65.

43. López V.F.: "Introducción", cit., en cita en pie de págs. 162 y 179, respectivamente.

44. *Ibídem*.

45. Mitre, B.: *OC*, 300-305.

46. Ver Halperín Donghi, Tulio: "La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo comps., *La Argentina del ochenta al centenario*, Sudamericana, Bs. As., 1980, pág. 830.

47. En 1892, López escribía a Mitre en tono conciliatorio, "¿No hay un acuerdo completo en lo sustancial de nuestros juicios?". Por su parte, Mitre sentenciaba, "lo que hemos disputado ha sido el modo de ponernos de acuerdo". En Mitre, B.: *Correspondencia literaria, histórica y política*, citado por Campobasi, *Bartolomé Mitre y su época*, Eudeba, Bs. As., 1980, pág. 453.

48. Rojas, Ricardo: "Fundación de la historia argentina", en *La literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, en *Obras Completas de Ricardo Rojas*, T. XV, La Facultad, Bs. As., 1925, Carbia, Rómulo: Historia crítica de la historiografía argentina, desde sus orígenes en el siglo XVI, La Plata, 1939, págs. 141-143.

49. Esta imagen es inaugurada por José Luis Romero en un artículo clásico, "Mitre un historiador frente al destino nacional", en *Argentina, imágenes y perspectivas*, Bs. As., 1956. Posteriormente es retomada por Tulio Halperín Donghi, "La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", en *op. cit.;* y por Natalio Botana en La libertad política y su historia, *op. cit.*

50. Nos referimos a la crisis que según Tulio Halperín Donghi se abre en la historiografía argentina tras este debate. en "La historiografía: treinta años en busca de un rumbo", en *op. cit.*, pág. 834.

51. Eujanian, A.: "Paul Groussac y la crítica historiográfica...", en *op. cit.*

52. Navarro Viola, Alberto: Anuario Bibliográfico de la República Argentina, Bs. As, Imprenta del Mercurio, 1880., págs. 71 a 76.

53. María Teresa Gramuglio destaca el desfasaje entre el modelo aportado por un campo autonomizado como el francés y las condiciones existentes en Argentina, en Gramuglio, María Teresa: "La construcción de la imagen", en *La escritura argentina*, U.N. del litoral, Santa Fe, 1992, pág. 42.

"Unidades domésticas, familias, mujeres y trabajo en Buenos Aires a mediados del siglo XVIII"

*José Luis Moreno**
*Marisa M. Díaz***

El objetivo del presente trabajo es analizar las estructuras de las familias y los grupos domésticos en la ciudad de Buenos Aires, a través del padrón de 1744. Consideramos que la existencia de este padrón en un período anterior a la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776 constituye un hecho positivo en la medida en que permite estudios de la naturaleza del que nos proponemos. En efecto, en los últimos tiempos se ha avanzado en el análisis de las estructuras familiares y los grupos domésticos durante la época colonial y postcolonial[1], y el momento coincidente con el recuento de población realizado en el año aludido es crucial en cuanto Buenos Aires estaba comenzando a revertir una etapa de estancamiento comercial. El puerto continuaba conservando su rol estratégico-militar en el la disputa territorial entre España y Portugal y, lo que es más importante, siempre mantenía una puerta abierta al contrabando[2].

Una versión de este trabajo fue presentada a las XVI *Jornadas de Historia Económica* realizadas en la Universidad de Quilmes, en septiembre de 1998. Agradecemos los comentarios y críticas recibidos de Ana Inés Punta, Marta Goldberg, Jorge Gelman y María Cristina Cacopardo.

* Universidad Nacional de Luján - Universidad de Buenos Aires- CONICET
** CONICET – PROHAL (Programa de Historia de América Latina), Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires.

El supuesto que guía este trabajo es que las estructuras familiares y domésticas están estrechamente vinculadas al perfil de un espacio urbano en construcción y expansión demográfica, que, concomitantemente, comienza a erigirse en el punto neurálgico y de referencia de un vasto espacio rural escasamente poblado.

La población de la ciudad de Buenos Aires se expandió durante casi todo el siglo XVIII, en particular desde 1725, con aproximadamente 7.500 habitantes[3], que se elevaron a aproximadamente 10.000 en 1744, 24.000 en 1778, y 40.000 en 1810[4], transformándose, de este modo, en la ciudad de más rápido crecimiento demográfico en Hispanoamérica.

Tradicionalmente los estudios histórico-demográficos se han ocupado de analizar la población tomando a los individuos como unidad de análisis, lo cual constituye un hecho legítimo. En cambio, aquí nos interesa abordar el análisis de los agregados domésticos, como un modo de enriquecer el estudio de la sociedad desde la perspectiva social y demográfica, al mismo tiempo que llenar un vacío historiográfico. En efecto, el período tardocolonial (1776-1810) es más rico en la existencia de estudios económicos, sociales y demográficos que el período anterior. Pero las familias y los grupos domésticos en el ámbito urbano no fueron analizados desde la perspectiva sociodemográfica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El padrón que hemos utilizado para este trabajo se encuentra en buenas condiciones en el Archivo General de la Nación[5] y fue transcripto y publicado por Emilio Ravignani en la Colección de Documentos para la Historia Argentina[6]. No obstante, se extraviaron los datos de dos de sus ocho cuarteles, aunque, por la información que brinda el propio Cabildo de Buenos Aires, se conoce la cantidad de habitantes que incluía cada uno[7]. Los datos del padrón fueron recogidos sobre la base de criterios relativamente "modernos", ya que los hogares censales estaban separados aún cuando pertenecieran a una misma vivienda. Es decir, los grupos domésticos fueron censados basándose en el criterio de la existencia de un jefe o jefa de familia por unidad. De este modo, se pueden distinguir hogares unipersonales y multipersonales. Hemos considerado que los dos cuarteles faltantes difícilmente puedan distorsionar nuestro análisis, ya que no se altera sustancialmente la representación de los distintos estratos sociales que conformaban la estructura de la sociedad. Debemos asumir que los datos que hemos de analizar son el resultado de una muestra que no hemos realizado deliberadamente, y la que, por lo tanto, podemos controlar parcialmente, ya que sabemos que más de la mitad de los hogares (66.1%) y más de la mitad de los individuos (66.8%) estará representada.

Buenos Aires: población y comercio

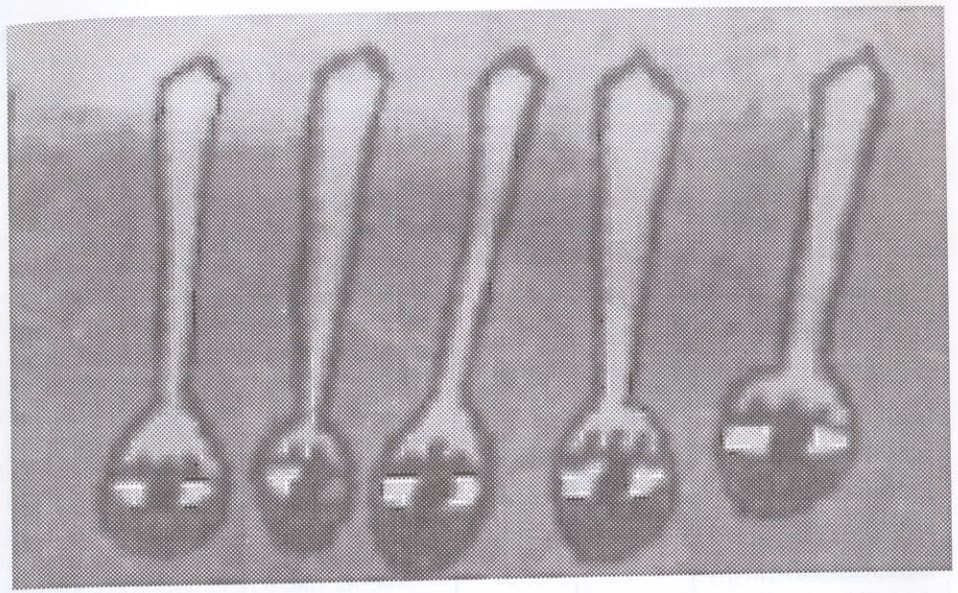
Dijimos que Buenos Aires en este momento se encontraba en plena expansión poblacional, fruto de la combinación de un alto crecimiento vegetativo y el aporte de migraciones internas y externas al espacio sobre el que se erigiría el Virreinato del Río de la Plata[8]. La expansión demográfica demandaba una cantidad de bienes que el comercio debía abastecer. Entre 1725 y 1735, por ejemplo, aumentó el número de tiendas y pulperías en un 50%, aproximadamente. Asimismo el ingreso por alcabalas entre 1730 y 1750 aumentó más lentamente que en el período anterior, pero su decurso tuvo, de todos modos, signo positivo[9].

En 1744, la población alcanzaba los 10.197 habitantes, aproximadamente, con una distribución entre los sexos relativamente equilibrada: los hombres representaban el 48.9%, en tanto las mujeres el 48.1%. Este balance eventualmente podría romperse teniendo en cuenta que no se conoce el sexo de 304 individuos (el 3% restante).

La población era mayoritariamente blanca (56.8%), aunque mucho menos que algunos años después, a juzgar por los datos del padrón de 1778[10]. Esta proporción de población blanca estaba directamente relacionada con la presencia del grupo negro, en su mayoría esclavo, cuyo peso alcanzaba el 31.8% del total de la población, porcentaje verdaderamente muy alto, pero que se explica por la importancia que había adquirido el comercio y el contrabando durante el período anterior, y que alcanzaría niveles aún mayores en el período posterior. En efecto, Buenos Aires se transformó en el puerto de entrada del comercio negrero de todo el espacio sobre el que se erigiría más tarde el Virreinato del Río de la Plata.

Casi en porcentajes similares para ambos sexos, alrededor del 57% de la población total correspondía a los blancos, cerca del 11% a indios y mestizos, y el resto a gente de color (negros y mulatos).

Como vemos, la población india y mestiza constituyó un sector importante respecto de la población total. Es evidente que este segmento había tenido una importancia decisiva en el pasado, pero que las migraciones de peninsulares, europeos y africanos contribuyeron a disminuir su representación. De todos modos, muchos de los que investigamos la sociedad colonial sospechamos que hubo una tendencia a ocultar la verdadera pertenencia étnica en el caso de muchos mestizos. Ello pudo deberse al hecho que en Buenos Aires existió un espacio significativo para la movilidad social[11].



Hemos analizado, asimismo, el grado de endogamia/exogamia de los distintos grupos étnicos a través del matrimonio. Se advierte que el grupo más endogámico es el blanco (90.3%); el menos endogámico, el de mestizos e indios (44.8%), siendo el de los negros y de los mulatos relativamente endogámico: 71.7%. Estas cifras nos muestran, de todas maneras, una tendencia bastante clara a la formación de uniones mixtas, incluyendo a la población blanca, y, por ende, al mestizaje[12], lo cual nos vuelve a advertir sobre nuestra sospecha de la "pureza racial" de los blancos. En este sentido, Buenos Aires no sería, desde el punto de vista étnico, tan distinta de las ciudades importantes de América como México y Lima, aunque sí cuando consideramos cierta rigidez en los patrones de matrimonio de su población.

Respecto a la situación ocupacional de la población de nuestra ciudad, sabemos que el grupo ocupacional más alto, constituido por funcionarios, grandes comerciantes y hacendados, representaba el 4.4% del total. En el otro polo de la escala, podemos advertir que el grupo de los esclavos constituía el 42.2% del total de la población económicamente activa de 14 años y más, en tanto que los sectores del pequeño comercio, labradores y artesanos presentaban una proporción muy pareja respecto de los peones y conchabados: 26.1 % y 26.3%, respectivamente. Cabe señalar que en esta última categoría decidimos incluir a 462 hombres cuya ocupación se definía en el padrón como "vive de su trabajo", y a quienes se les otorgó el carácter de trabajador eventual ó estacional a modo de las "agrotowns" de Sicilia en los siglos XVIII y XIX[13]. En el padrón figuran 1721 mujeres que no se les conoce la ocupación. Probablemente la mayoría de ellas se ocupaba de los que-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuadro 1
Grupos domésticos por tipo y sexo del jefe

Tipo Gr. Doméstico	Varones		Mujeres		Totales	
		%		%		%
Unipersonal	106	12,3	16	4,7	122	10,1
Unip. C/escl	37	4,3	7	2,1	44	3,7
Nuclear	250	28,9	84	24,8	334	27,8
Nucl. C/escl	61	7,1	28	8,3	89	7,4
Extensa c/s otros pa	219	25,3	84	24,8	303	25,2
Extensa c/escl	155	17,9	88	26,0	243	20,2
Múltiple	22	2,5	22	6,5	44	3,7
Mult. C/escl	14	1,6	10	2,9	24	2,0
Total	864	100,0	339	100,0	1203	100,0

Fuente: población de la cual disponemos de datos informatizados.
Elaboración propia sobre la base del Padrón de 1744

haceres domésticos o de tareas remuneradas que realizaban en la casa.

Al analizar la distribución diferente de las ocupaciones según sexo, observamos que el mayor porcentaje en las mujeres se encuentra en la categoría esclavos (78.5%), en los varones las proporciones están distribuidas mucho más homogéneamente.

En efecto, entre los varones, la categoría de "pequeños comerciantes, artesanos y labradores" representa un 34.8%, en tanto la de "peones y conchabados" el 32.0%, y, finalmente, "esclavos y sirvientes" 26.8%. También se observa una diferencia notable en la categoría de los grupos ocupacionales más altos (categoría 1), con 5.6% entre los varones, y sólo el 1.5% entre las mujeres. Es muy factible, entonces, que las mujeres, en la estructura ocupacional desempeñaran, en términos proporcionales, actividades más bajas que los hombres, excluídos los esclavos y esclavas. Respecto a las mujeres no esclavas consideramos que a partir de ciertas evidencias, como las instrucciones a los alcaldes y tenientes alcaldes para relevar los datos del padrón –entre las cuales no figuraba relevar las ocupaciones de las mujeres–, muy probablemente las cifras ocupacionales de las mujeres estén subregistradas. En la mentalidad de muchos hombres de la élite de ese período "la mujer no trabajaba" más allá de los quehaceres domésticos y la cría de los hijos, reflejando una división social de las tareas bastante irreal, por lo menos en lo que se refiere a las clases populares.

Los grupos domésticos

El lugar destacado que en la sociedad colonial han ocupado los agregados y esclavos, nos ha movido a tenerlos en cuenta en el momento de organizar la tipología de las familias. Hemos distinguido cuatro tipos básicos de unidades domésticas: las unipersonales, las nucleares, las extensas, en las que conviven padres, hijos y nietos entre otros, y las múltiples, en las que son los hermanos casados con o sin hijos, los que conviven en el mismo hogar. Cada una de ellas fue separada según la tenencia o no de esclavos y de este modo hemos obtenido ocho categorías en total, las que pueden observarse en el cuadro 1.

El análisis de los totales de este cuadro nos muestra que los hogares unipersonales tienen un peso mayor de lo que se podría presuponer[14] para un tipo de sociedad de tipo tradicional (10.1%), en la que era bastante común que los hijos de los grupos más altos vivieran con sus padres aún después de casados. A ese porcentaje es necesario agregar el de los hogares unipersonales con esclavos con 3.7%; ambos suman el 13.8% del total. Hoy no llama la atención que en las ciudades de los países con una alta tasa de urbanización los hogares unipersonales tengan un peso notable[15], como consecuencia de una tendencia al matrimonio tardío o al mantenimiento por parte de las parejas –estables o esporádicas– de sus hogares individuales, como asimismo a la mayor sobrevivencia de mujeres viudas. Sin embargo, son varios los procesos que pueden afectar la formación de hogares individuales: las migraciones tanto internas como internacionales y la movilidad geográfica del trabajo en la frontera, la misma alta mortalidad que afectaba entonces a todos los sectores sociales y a todos los grupos etarios. En este sentido, Buenos Aires aparece como un centro de atracción migratoria y, a la vez, un lugar propicio para las iniciativas comerciales individuales desde muy jóvenes. En efecto, una proporción sustantiva de los individuos que conformaban hogares unipersonales presentaba ocupaciones relacionadas con el pequeño comercio.

Las unidades domésticas nucleares conformadas por el matrimonio –completo e incompleto– y con o sin hijos tenían un peso importante (27.8%) a las que es necesario añadir las familias nucleares con esclavos (7.4%), conformando un 35.2% del total. Es presumible que las familias nucleares tuvieran estructuras etarias jóvenes e hijos pequeños. Por esa razón, relativamente pocas familias, podían acceder, con el tiempo, a la compra de esclavos y que explica el con-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuadro 2
Grupos domésticos por tipo y tamaño

Tipo Gr. Dom.	2 a 4		5 a 9		10 y más		Total	
		%		%		%		%
Unipersonal							122	10,1
Unip. C/escl	36	7,8	8	1,8			44	3,7
Nuclear	207	45,1	117	26,0	10	5,8	334	27,8
Nucl. C/escl	23	5,0	50	11,1	16	9,3	89	7,4
Ext. c/s parent	156	34,0	126	28,0	21	12,2	303	25,2
Extensa c/escl	28	6,1	112	24,9	103	59,9	243	20,2
Múltiple	7	1,5	29	6,4	8	4,7	44	3,7
Mult. C/escl	2	0,4	8	1,8	14	8,1	24	2,0
Total	459	100,0	450	100,0	172	100,0	1203	100,0

Fuente: Idem Cuadro 1

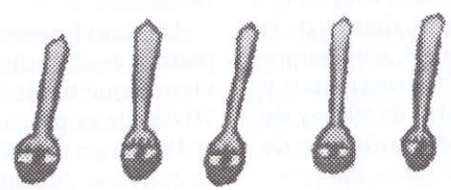
traste entre los que poseían y no los poseían. Debemos recordar aquí que no cualquiera podía comprar un esclavo, y que éste era, desde el punto de vista económico, una pertenencia importante y que no todos estaban en condiciones de lograr.

Las familias extensas constituían una parte sustancial de los grupos domésticos (45.4%) y una buena parte (20.2%) incluía esclavos en su seno. En la medida en que las familias extensas estaban conformadas, al menos, por tres generaciones convivientes, presumimos que debían presentar estructuras por edades más viejas, aunque desde el punto de vista social podrían estar incluídas dos tipos diferentes de familias. Por un lado, familias pertenecientes a la élite cuyas casas y actividades permitían la convivencia de hijos casados con los hijos solteros, algún pariente lejano, huérfano o recogido más los criados, en su mayoría esclavos. Pero también, familias pobres –obviamente sin esclavos– que como una estrategia de sobrevivencia por viudez, abandono del hogar por parte del jefe, o alguna otra razón como la mortalidad o la ausencia de alguno de los miembros de la familia, mantenía unidos en un mismo grupo y hogar a los componentes de varias generaciones. Algunos de estos aspectos se pueden apreciar en el mismo cuadro al introducir la distinción entre varones y mujeres. Antes, terminaremos el análisis observando que las familias múltiples tenían escaso peso. Este tipo de organización familiar muchas veces estaba asociado a condiciones particulares de la estructura económica –el mantenimiento de la unidad campesina por parte de los hijos una vez muertos sus progenitores, es decir la no división de la propiedad[16]–. o en su defecto, a condiciones demográficas particulares en las que los hombres faltaban de sus hogares y las mujeres –hermanas o no[17]– decidían convivir juntas con sus hijos.

El análisis de los grupos domésticos según el sexo del jefe nos ofrece una primera visión bastante sorprendente: el 28.2% de los hogares estaba en manos de jefaturas femeninas[18], colocando de este modo a la mujer, una vez más, en un lugar destacado en una sociedad machista[19], regida por la patria potestad indiscutible del hombre. Simultánea y concomitantemente, se advierte que la distribución según sexo de los grupos domésticos era diferente. Mientras entre las mujeres las familias nucleares (32.1%) representan una proporción menor que las extensas con o sin esclavos (50.8%), en los varones esa distribución era diferente. En ellos predominaban netamente las familias nucleares (36 0%), mientras que las extensas con o sin esclavos representaban el 33.2%, y las unipersonales (12.3%) tenían mucho más peso que entre las mujeres. A su vez las múltiples eran más importantes en las mujeres (9.4%) que en los hombres (4.1%), confirmando una vez más que este modo peculiar de organización familiar, en la región meridional de la América hispana, era un patrimonio más femenino que masculino y un resultado de desequilibrios entre los sexos más que un resultado de estrategias patrimoniales.

Es posible que esta alta proporción de hogares con jefas a la cabeza fuera un producto de algo que denominaríamos el síndrome de la "viudez". Con independencia del hecho que en todas las sociedades y en todas las épocas se verifique una sobremortalidad masculina, a nuestro juicio la gran diferencia de viudas (251) respecto de los viudos (37), en Buenos Aires, no responde a un claro patrón demográfico y eventualmente ocultaría, en muchos casos, la "movilidad" sexual de algunos hombres y su no permanencia con la compañera con la que ha tenido hijos o no. Además, las viudas, eventualmente, podían volver a casarse o unirse con otro hombre. Para un mercado sexual y matrimonial en el que se presentaban más hombres que mujeres ello nos hubiese parecido normal y lógico. Este fenómeno, según nuestro criterio impediría ver dos procesos simultáneos, formación de parejas (no necesariamente matrimonio) y abandono o ruptura[20]. Estos hechos, unidos a la viudez real serían determinantes en el resultado de la conformación sexual de las jefaturas de hogares. Es importante señalar, además, que el padrón distingue 88 mujeres con maridos "ausentes" que eventualmente podrían engrosar las filas de las "viudas"[21], aunque es probable que dado el tipo de tareas en la campaña, este fenómeno también se verificara[22]. De todos modos, para una mujer que hubiera tenido una o más parejas e hijos con algunas de ellas, el status de "viuda" resguardaba un poco mejor la honra y el honor que el de una mujer "soltera" abandonada.

Un modo de afinar aún más el análisis de los grupos domésticos es incorporar la variable tamaño, es decir el número de integrantes de los mismos. A través de la distribución del total de grupos domésticos por tamaño, excluídos los unipersonales, se advierte que los núcleos reducidos, hasta 4 personas, eran importantes, con el 42.5%, siguen con un valor similar los grupos de 5 a 9 integrantes y con un peso bastante menor, el 15.9%, los de 10 y más integrantes. (Cuadro 2)



Si se observan

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuadro 3
Grupos domésticos por tamaño y tipo de vivienda

Tamaño	Casa		Rancho		Cuarto		Otros		Total	
		%		%		%		%		%
1	51	6,0	8	7,4	63	27,3			122	10,1
2 a 4	289	33,9	54	50,0	113	48,9	3	25,0	459	38,2
5 a 9	355	41,7	43	39,8	48	20,8	4	33,3	450	37,4
10 y más	157	18,4	3	2,8	7	3,0	5	41,7	172	14,3
Total	852	100,0	108	100,0	231	100,0	12	100,0	1203	100,0

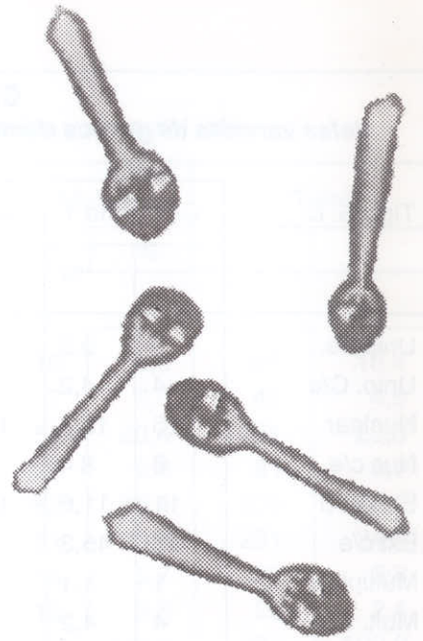
Fuente: Idem Cuadro 1

las distintas categorías agrupadas por tamaño, en primer lugar puede apreciarse que los hogares unipersonales constituían un 10% y casi un 14% si se agregara a los que poseían esclavos. En los grupos de 2 a 4 miembros los hogares nucleares constituían el 45.1%, y los extensos sin esclavos el 34.0%. Esto parece ser bastante normal, aún cuando habría que aclarar que en último caso, seguramente nos encontramos con familias sin núcleos matrimoniales completos, pero con más de dos generaciones conviviendo en el mismo hogar. Se trataría de esos grupos familiares a los que hemos aludido más de una vez, que presentan estructuras organizativas adecuados para una exigente estrategia de supervivencia. Al analizar la categoría de 5 a 9 integrantes, volvemos a encontrar un panorama que confirma esta última apreciación; continúan siendo las extensas sin esclavos las más importantes con el 28.0%. Es decir, dentro de la estructura social colonial, nos parece que las familias pobres construían y ajustaban sus estrategias de vida y de sobrevivencia en base al número de integrantes, la relación entre los sexos y sus edades. En cambio, las nucleares sin esclavos, el 26.0%, muestran que las parejas o los matrimonios con muchos años de constitución de la familia tendían a tener muchos hijos. Asimismo, si a ello le unimos las estructuras nucleares con esclavos, el 11.1%, obtendremos así un cuadro más completo sobre este tipo de organización familiar. Eran asimismo significativas las familias extensas con esclavos, el 24.9%, conformando, podríamos decir, la imagen clásica de las familias de la élite colonial. Este último aspecto se expresa de un modo más sugestivo aún, cuando se observan los núcleos de más de 10 miembros, en los que resalta la familia extensa con esclavos, que representan el 59.9% de los tipos de familias en esa categoría, y luego vuelven a ser las extensas, aunque sin esclavos, y las nucleares y múltiples con esclavos, en ese orden las más expresivas.

Un dato interesante que presenta el padrón es el de distinguir el tipo de vivienda que habitaban los porteños. El 70.8% de la población vivía en casas, el 19.2% en cuartos, en tanto el 9.8% en ranchos. No sabemos exactamente a qué tipos de casas se referían, o cuáles eran las diferencias entre ellas, pero podemos suponer que las casas de los grupos de la élite eran viviendas mucho más importantes por su construcción y comodidades, que las de otros grupos sociales[23]. (Cuadro 3)

Al analizar los grupos domésticos según su tamaño y el tipo de vivienda, se advierten algunas tendencias muy significativas. En primer lugar, y a despecho de lo que se podría presuponer, muchas familias numerosas vivían en un cuarto, con el consecuente alto nivel de hacinamiento[24]. Pero también, a juzgar por los testimonios de muchos de los viajeros que nos han dejado ajustadas descripciones de los ranchos, éstos, por lo general, también eran viviendas de un solo ambiente, con lo cual ese nivel de hacinamiento se debería elevar si incluimos a las familias de dos y más integrantes que vivían en un rancho[25]. No dejará de sorprendernos que muchos individuos que constituían hogares unipersonales, residían en casas (6.0%), del mismo modo que no es sorprendente que muchas familias numerosas vivían también en casas (18.4%).

Otra perspectiva de análisis nos la ofrece la relación entre los tipos de unidades domésticas y las grupos ocupacionales de sus jefes. Puede observarse en el cuadro siguiente que, tal como puede esperarse, en el grupo ocupacional más alto se concentran las familias extensas con esclavos (45.3%), aunque a renglón seguido se encuentran las nucleares con el 15.8%, las extensas con el 11.6%, las unipersonales, 9.5% y las nucleares con esclavos, 8.4%. Como se ve, las unidades domésticas de los grupos altos de Buenos Aires estaban lejos de comportarse de acuerdo a criterios ortodoxos preconcebidos. Sin duda, las familias de los estratos altos tendían a conformar, con el tiempo, estructuras familiares



numerosas. Sin embargo, en una sociedad de incentivos económicos relativamente abiertos, las estrategias familiares podían ser más variadas en la perspectiva individual.

Si pasamos a la categoría más baja, en la que el contraste es más significativo, nos encontramos con una distribución totalmente esperable: el 58.0% se ubicaba en las familias nucleares, y el 23.8% en las extensas sin esclavos, con porcentajes muy bajos en el resto de las categorías. En los grupos ocupacionales medios, la situación era más variada, ya que los porcentajes están mucho más balanceados. Por un lado, las extensas sin esclavos constituían el 27.6%, las nucleares el 24.7%, las unipersonales el 16.0%, las extensas con esclavos, el 15.3%, las nucleares con esclavos el 7.9%, las unipersonales con esclavos el 5.4%, configurando un panorama en el que se puede adivinar que no hay comportamientos paradigmáticos, o si se prefiere, un patrón único que exprese estrategias familiares privilegiadas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuadro 4

Jefes varones de grupos domésticos por categorías de ocupación

Tipo G. D.	Categoría 1		Categoría 2		Categoría 3		Ignorado	
		%		%		%		%
Unipers.	9	9,5	89	16,0	18	5,0	6	2,7
Unip. C/e	4	4,2	30	5,4	3	1,0	6	2,7
Nuclear	15	15,8	137	24,7	130	58,0	41	18,3
Nuc c/e	8	8 4	44	7,9	13	2,8	18	8,0
Ext c/s p	11	11,6	153	27,6	77	23,8	54	24,1
Ext c/e	43	45,3	85	15,3	44	6,6	68	30,4
Múltiple	1	1,1	12	2,2	10	2,8	21	9,4
Mult. C/e	4	4,2	5	0,9	5	1,7	10	4,5
Total	95	100,0	555	100,0	300	100,0	224	100,0

Categoría 1: grandes comerciantes, hacendados, ganaderos, burócratas, profesionales.
Categoría 2: pequeños comerciantes, artesanos y labradores
Categoría 3: peones, conchabados, y "viven de su trabajo"
Fuente: Idem Cuadro 1

Otro aspecto interesante del trabajo lo constituye el análisis de los tipos de grupo doméstico según la etnía del jefe. Entre los blancos, encontramos una distribución bastante homogénea entre las familias extensas con esclavos (24.9%), las nucleares (23.8%), y las extensas sin esclavos (22.2%), y unipersonales (10.4%) aunque, si sumamos los dos tipos de familias extensas, observaremos que las extensas conforman el 47.1%, frente a las nucleares con el 32.5%. En cambio, entre los mestizos e indios, predominaban las nucleares con el 44.4%, luego las extensas sin esclavos, en el 32%, y en tercer lugar, las unipersonales (11.8%), conformando, de este modo, un perfil muy claro de las estrategias familiares de este grupo étnico. En el caso de los negros y mulatos, son los mismos tipos de familia los predominantes, aunque con un ligero desbalance a favor de las extensas (39.0%) sobre las nucleares (36.6%). Sabido es de las dificultades de los esclavos en formar matrimonios o parejas[26]. Pero si recordamos que en este momento el 31.1% de la población de color era libre, estos datos no deben sorprendernos. En el caso de las extensas, también deberíamos advertir que muy probablemente estas familias constituyeran verdaderos agregados cuyos parentescos debieron ser muy difusos cuando no inexistentes, dada su situación de esclavitud. Adviértase, por último, que también eran relativamente importantes en este grupo las unidades múltiples (8.1%), en las que cabe las mismas consideraciones que hemos hecho en el punto anterior.

Cuadro 5

Grupos domésticos por tipo, grupo étnico y sexo del jefe

Tipo Gr. Doméstico	Varones		Mujeres		Total	
		%		%		%
Blancos						
Unipersonal	86	13,0	10	3,8	96	10,4
Unip. C/escl	35	5,3	7	2,6	42	4,5
Nuclear	167	25,2	54	20,4	221	23,8
Nucl. C/escl	55	8,3	26	9,8	81	8,7
Extensa c/s parent	144	21,8	62	23,4	206	22,2
Extensa c/escl	150	22,7	81	30,6	231	24,9
Múltiple	13	2,0	15	5,7	28	3,0
Mult. C/escl	12	1,8	10	3,8	22	2,4
Total	662	100,0	265	100,0	927	100,0
Mestizos e indios						
Unipersonal	14	11,7	4	12,1	18	11,8
Unip. C/escl	1	0,8		0,0	1	0,7
Nuclear	51	42,5	17	51,5	68	44,4
Nucl. C/escl	5	4,2	2	6,1	7	4,6
Extensa c/s parent	42	35,0	7	21,2	49	32,0
Extensa c/escl	2	1,7	1	3,0	3	2,0
Múltiple	4	3,3	2	6,1	6	3,9
Mult. C/escl	1	0,8		0,0	1	0,7
Total	120	100,0	33	100,0	153	100,0
Negros,mulatos y color S/e						
Unipersonal	6	7,3	2	4,9	8	6,5
Unip. C/escl	1	1,2		0,0	1	0,8
Nuclear	32	39,0	13	31,7	45	36,6
Nucl. C/escl	1	1,2		0,0	1	0,8
Extensa c/s parent	33	40,2	15	36,6	48	39,0
Extensa c/escl	3	3,7	6	14,6	9	7,3
Múltiple	5	6,1	5	12,2	10	8,1
Mult. C/escl	1	1,2		0,0	1	0,8
Total	82	100,0	41	100,0	123	100,0

Fuente: Idem Cuadro 1

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuadro 5
Ocupaciones de las mujeres de 14 años y más

Otros	2	0,5%
Artesanos	3	0,8%
Peq. comerciantes	5	1,3%
Hac. /ganaderos	9	2,3%
Labradores	7	1,8%
Peones/conch.	29	7,6%
Prof.	1	0,3%
Escl.	197	51,4%
Lavandera	9	2,3%
Amas de cría	9	2,3%
Rentista	5	1,3%
Tahonera	1	0,3%
Partera	1	0,3%
De su trabajo	67	17,5%
Hiladora	5	1,3%
Amasa pan	7	1,8%
Tejedora	5	1,3%
Criada	5	1,3%
Costurera	12	3,1%
Hace ollas	1	0,3%
De los socorros de su marido	2	0,5%
Pobre de solemnidad	1	0,3%
TOTAL	383	100,0%

Fuente: Padrón de 1744.

Mujer y unidad doméstica

El esfuerzo realizado por muchos historiadores ha sido útil: mostrar que en la sociedad colonial y poscolonial la mujer ha tenido un rol mucho más activo de lo que la historiografía tradicional había mostrado. Tampoco la historiografía argentina ha abundado mucho en ese sentido; cuando ha querido resaltar a la mujer, lo ha hecho desde un punto de vista religioso o de exaltación de sus virtudes morales o maternales. En la perspectiva historiográfica actual resulta difícil pensar la historia colonial sin un concurso activo de la mujer en el plano económico, social y político. Sin embargo, cuando se han señalado sus virtudes casi siempre se lo ha hecho como esposas e hijas de hombres más o menos ilustres y no por derecho propio[27].

Consideramos que las mujeres, en particular las de estamentos o clases más bajas de la sociedad, han ocupado un espacio que no puede reducirse al de simple acompañante del hombre, sino que ha sido muy activo y muchas veces independiente. La dificultad de aproximarnos a esta cuestión deriva de la mirada de la misma sociedad colonial, o, mejor dicho, de la de los hombres que la conformaron, que no estaba entrenada para captar los verdaderos atributos de la mujer más allá de su belleza, su capacidad para la reproducción, o su "virtud". Al mismo tiempo, y en evidente relación a lo anterior, las mujeres no han dejado tantas evidencias sobre ellas mismas. No obstante, la realidad que las autoridades coloniales debieron palpar a través de algunos documentos como los padrones, pudo a veces penetrar la densa malla que los valores imperantes habían tejido dejando traslucir algunos indicios relativos a la condición de la mujer que hoy nos resultan más que sugestivos.

Vivir en una ciudad puerto como Buenos Aires no debió ser fácil para las "pobres gentes". Muchos problemas afectaban el nivel de sus vidas. La escasez de viviendas, las epidemias, la estrechez alimentaria, las

Cuadro 7
Jefas mujeres. Tipos de grupos domésticos según categorías ocupacionales(%)

	Unip.	Unip c/e	Nucl	Nuc. c/e	Exten	Exten. c/e	Múlt.	Múlt. c/e	Total (%)	N
Cat.1		7.1	7.1	28.7	7.1	50.0			100.0	14
Cat.2	5.3		31.6	15.7	31.6	10.5	5.3		100.0	19
Cat.3	11.7		44.2	3.8	27.3	13.0			100.0	77
Esclavos					100.0				100.0	1
Ignorad	2.5	2.5	18.8	7.8	24.0	30.3	9.2	4.9	100.0	228
Total	4.7	2.0	24.8	8.3	24.8	26.0	6.5	2.9	100.0	339

Nota: cfr. Descripción de las categorías en cuadro 4.
Fuente: Idem Cuadro 1

condiciones sanitarias, las enfermedades y la muerte prematura[28]. En este contexto, muchas mujeres debieron afrontar la tarea de mantenerse a sí mismas, a su prole y muchas veces a niños huérfanos, parientes enfermos y ancianos.

El cuadro siguiente nos muestra cuáles eran las principales ocupaciones femeninas. Como puede observarse, hemos decidido dejar las ocupaciones sin agrupar, para poder percibir la variedad de las mismas. Un aspecto que es necesario aclarar se refiere a la importancia de las ocupaciones femeninas ignoradas que alcanzan la cifra de 1.334, es decir el 77.7% de la población femenina mayor de 14 años. Esta cifra, de todas maneras, no es exacta en dos sentidos. En primer lugar, porque había criadas esclavas menores de 14 años, y, lo que es más importante, porque no incluía a todas las mujeres que efectivamente efectuaban alguna ocupación, como veremos más adelante. El cuadro tiene la virtud de mostrarnos que las mujeres realizaban muchas de las tareas "propias" de los hombres. Había artesanas, pequeñas comerciantes, hacendadas, labradoras, además de las clásicas profesiones de amas de cría, costureras, lavanderas, pasteleras, y, obviamente, sirvientas. Tal vez, la distribución de las frecuencias no sea lo más importante de la tabla. No obstante, parece normal que habiendo incluido a las esclavas, la mayor concentración de frecuencias sea en esa categoría. Por otra parte, si quisiéramos aislar las profesiones que corresponden a grupos sociales más altos, como por ejemplo hacendadas, profesionales, rentistas, el resto está constituido por mujeres de ocupaciones de clases sociales bajas. Una categoría que llama la atención es la que se refiere a "vive de su trabajo", la que, seguramente, incluye una variedad de tareas que las mujeres de condición humilde debían realizar para su supervivencia. De todos modos y por encima de todo, los datos muestran que las mujeres podían ejercer muchas de las profesiones de los hombres, fuera en las más rudas como ganaderas y labradoras, como en las pro-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pias y comunes, en aquella época, como amas de cría.

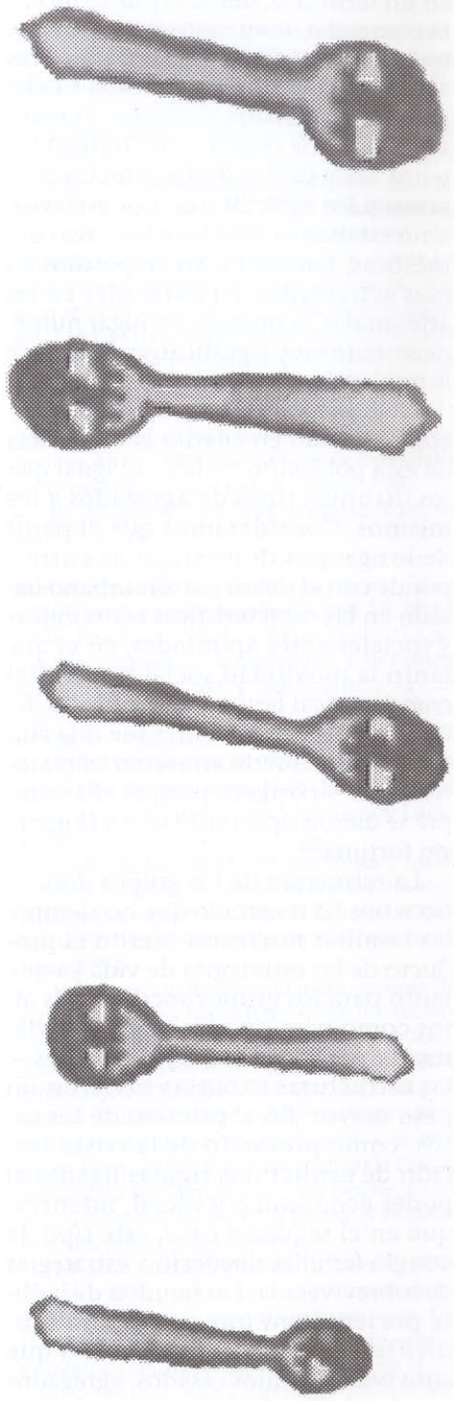
En el cuadro siete, en el que se analizan los tipos de grupos domésticos y las ocupaciones agrupadas de las jefas de hogares, resalta, una vez más, la proporción de ocupaciones ignoradas que refuerza nuevamente el subregistro de las actividades económicas femeninas. Es difícil pensar que siendo jefas de hogares, no tuvieran ocupaciones conocidas, a menos que fueran también rentistas. Podría ocurrir también que, siendo jefas de hogares, contaran con la ayuda económica de alguno de sus hijos mayores, con lo cual, si tenían alguna ocupación, habría quedado oculta.

En cuanto a cómo se distribuyen los tipos de grupos domésticos en relación con las ocupaciones, podemos advertir que en las ocupaciones altas la mayor proporción se concentra en las familias extensas con esclavos y en segundo lugar las nucleares también con esclavos, lo cual satisface las expectativas del análisis. Si a ello le agregamos las unipersonales con esclavos, las tres categorías suman el 85%. En este caso las mujeres jefas de hogares de los grupos altos de la sociedad disponen de recursos importantes, como los esclavos, para su sobrevivencia económica. Un contraste claro surge en la categoría siguiente, ocupaciones medias, en las que sobresalen las extensas sin esclavos y las nucleares sin esclavos, conformando para ese sector un lugar claro en la sociedad. Sigue por orden las nucleares con esclavos y luego las extensas con esclavos, manifestando de este modo, un relativo desahogo económico en este grupo.

En el estrato más bajo, el arreglo nuclear sin esclavos constituye el más importante con más del 40%, seguido de las extensas sin esclavos y las unipersonales también sin esclavos. Tanto las nucleares como las extensas con esclavos en este grupo social parecen extrañas. Sin embargo, debemos recordar que algunas mujeres pobres convivían con esclavos o esclavas que pertenecían a otro dueño. Al analizar la distribución del total se observa una semejanza notable con las ignoradas lo cual no nos sorprende por el peso de este grupo. Y al compararlo con las otras categorías surge también que no se asemeja a ninguna lo cual nos induce a pensar que en el grupo ignorado existen distintas situaciones socioeconómicas de las jefas de hogares.

Otro ángulo de análisis supone considerar el tamaño de los grupos domésticos según el sexo de los jefes de hogares. En este sentido, el promedio total de los grupos doméstico es 5.7 personas por unidad, el de los hombres 5.6 y el de las mujeres, ligeramente superior: 5.8. Esto muestra que los hogares con jefatura femenina no necesariamente optaban, como estrategia de supervivencia, por reducir el número de integrantes del grupo familiar, sino, más bien, se manifiesta una tendencia inclusiva. Probablemente este fenómeno haya sido un producto de un proceso de agregación necesario a la sobrevivencia del núcleo, fuera aprovechando las oportunidades de una vivienda, fuera un simple cuarto o un rancho pequeño, fuera por las actividades complementarias de las mujeres o de los niños[29] pertenecientes a ese grupo.

Si se introduce la variable de la pertenencia étnica de las jefas, observamos que no en todos los grupos étnicos se producía el mismo fenómeno, ya que básicamente las jefas blancas tenían el promedio más alto con relación a los jefes blancos: 6.3 personas por grupo doméstico frente a 5.9. En los mestizos e indios, la relación era inversa, pues eran los hogares con jefes varones los que tenían promedios más altos: 4.3 contra 3.9. En el caso de negros, mulatos y gente de "color", también se verificaba la misma tendencia que en el caso anterior, pues en los varones jefes el promedio era 4.5 y en las jefas 4.0 personas por grupo doméstico. En estas cifras, podrían estar reflejados distintos tipos de problemas que afectaban, de modo diferencial, a los hogares de los grupos étnicos. Parecería que en este caso, más que el diferencial por sexo, tenía mayor peso la variable étnica. Es decir, tanto el tamaño de las unidades domésticas de los mestizos e indios, y de los negros y mulatos, eran, tanto para los jefes y jefas, menores que los de blancos y blancas. También podría estar afectando estos valores la edad de los jefes y jefas de los distintos grupos domésticos, ya que es altamente probable que en los blancos las edades, en promedio, fueran más altas que las del resto. También, en los grupos de color y castas habría una incidencia mayor de las migraciones, las que se caracterizaban por las edades jóvenes de los migrantes.



Conclusiones

Buenos Aires, en el momento de efectuarse el padrón de 1744, fuente de nuestro análisis, se encontraba en pleno proceso de expansión demográfica, fenómeno relacionado con un alto crecimiento vegetativo y una incidencia aún más importante de las migraciones externas (introducción de esclavos africanos) e internas. Este proceso habría estado en la base de la organización de las estructuras familiares, y es necesario asumir que este estudio constituye una postal de un momento dentro de un proceso dinámico y cambiante.

Desde el punto de vista económico, la ciudad estaba ganando su espacio en el mundo hispanoamericano sobre la base del comercio y el contrabando

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en un territorio, desde el punto de vista comercial, muy vasto pero estrecho todavía en las actividades productivas agrarias. La ciudad organizaba su elemental aprovisionamiento, descansando en una división del trabajo intensa, en la cual se destacaban los artesanos y los agricultores. Los esclavos, si no estaban dedicados a las tareas domésticas, también eran empleados en esas actividades, en particular en las artesanales, ocupando un lugar numéricamente muy significativo dentro de la población económicamente activa.

La tipología de los grupos domésticos ha tenido en cuenta la existencia de esta población esclava, al igual que los distintos tipos de agregados a los mismos. Consideramos que el perfil de los grupos domésticos se corresponde con el de un patrón urbano basado en las características económicas y sociales antes apuntadas, en el que tanto la movilidad social horizontal como vertical tenía un significado determinante. Buenos Aires fue una ciudad con una fuerte atracción migratoria desde su origen, porque allí siempre se dieron oportunidades a la gente sin fortuna[30].

La estructura de los grupos domésticos nos ha mostrado que no siempre las familias nucleares fueron el producto de las estrategias de vida ya que tanto para los grupos sociales más altos como para los más bajos – obviamente por razones muy diferentes –, las estructuras extensas tuvieron un peso mayor. En el primero de los casos, como producto de la cristalización de estructuras rígidas ligadas al poder económico y social, mientras que en el segundo caso, este tipo de arreglo familiar obedeció a estrategias de sobrevivencia. Las familias de la élite presentaban una estructura tendiente al tipo patriarcal, en los que convivían los hijos casados, agregados y esclavos. También es notable el peso de los hogares individuales, que, en este caso, completan nuestra visión de una estructura urbana muy dinámica y funcional a la búsqueda de oportunidades económicas.

El análisis de las jefaturas según el sexo nos ha mostrado un peso considerable de los hogares encabezados por mujeres, hecho que, cuando se analizan otros ámbitos latinoamericanos en la época colonial, no es sorprendente, pero sí lo es en el estadio en que se encuentra la historiografía argentina hoy en este campo.

El tamaño de los grupos domésticos urbanos fue relativamente más grande que en otras ciudades latinoamericanas coloniales, lo cual constituye un hecho que será necesario someter a un análisis tal vez más extenso, aunque podemos señalar que la existencia de esclavos debe constituir un factor nada desdeñable, aunque también al hecho de un déficit habitacional agravado por el rápido crecimiento demográfico.

Nuestra hipótesis subraya también que la existencia de estas familias numerosas en las clases bajas, presumiblemente blancas, favorecía más que entorpecía las estrategias de vida, en tanto el trabajo asociativo de los miembros permitía insertarse en una variedad de trabajos ocasionales.

La pertenencia étnica habría determinado patrones de organización distintos respecto de los blancos, pertenecieran a las clases altas como a las bajas, en tanto eran las familias nucleares las que tenían, entre los no blancos, una incidencia mayor.

En cuanto a la estructura ocupacional y de los agregados domésticos con jefas mujeres hemos advertido que, a pesar del subregistro de las actividades económicas de las mismas, se anotaron una variedad muy importante de ocupaciones, así como una proporción sustantiva de hogares encabezados por mujeres ■

Notas

1. Garavaglia, Juan Carlos y José Luis Moreno *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*. Cántaro. Bs. As., 1993. Cacopardo, María Cristina y José Luis Moreno "Cuando los hombres estaban ausentes: la familia del interior de la Argentina decimonónica", en Otero, Hernán y Guillermo Velázquez *Factores diferenciales de la población argentina*. PROPIEP-IEHS-CIG. Tandil, 1997. Mateo, José "Bastardos y concubinas. La ilegitimidad conyugal y filial en la frontera pampeana bonaerense. Lobos, 1810-1869", en *Boletín* del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Nº 13, 3ª serie, 1996. Suárez, Teresa *Sexualidad y sociedad en la colonia marginal. Santa Fe, 1680-1780* Tesis de Doctorado. Universidad de La Plata, 1995. Suárez, Teresa "Trato y comunicación matrimonial", en *Cuadernos de Historia Regional*. Nº 17. Luján, 1995. Cicerchia, Ricardo "Vida familiar y prácticas conyugales: clases populares en una ciudad colonial. Buenos Aires, 1800-1810", en *Boletín* del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Nº 2, 3ª serie, 1990.

2. Moutoukias, Zacarías *Contrabando y control colonial. Buenos Aires y el espacio atlántico en el siglo XVII*. CEAL. Bs. As., 1989. Moutoukias, Zacarías "El crecimiento de una economía colonial de Antiguo Régimen: reformismo y sector externo en el Río de la Plata (1760-1796)", en *Arquivos* Centro Cultural Calovste Gubelkian. Vol. XXXIV. Mélange offerte à Frédéric Mauro. Lisboa-Paris, 1995. Pp. 771-813. Gelman, Jorge *De mercachifle a gran comerciante: los caminos del ascenso en el Río de la Plata colonial*. Universidad Internacional de Andalucía - Universidad de Buenos Aires. Huelva, 1996

3. Estimación propia sobre la base de datos parroquiales, y al cálculo de esclavos ingresados.

4. Moreno, José Luis "La estructura social y demográfica de la ciudad de Buenos Aires en 1778", en *Anuario de Investigaciones Históricas* Nro. 8. Rosario, 1965. Moreno, José Luis "Población y sociedad en el Buenos Aires rural a mediados del siglo XVIII", en *Desarrollo Económico*. Nro. 114, 1989. Santamaría, Daniel "La población: estancamiento y expansión, 1580-1855", en Romero, José Luis y Luis Alberto Romero *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*. Ed. Abril. Bs. As., 1983.

5. Archivo General de la Nación. Sala IX

6. Ravignani, Emilio *Documentos para la Historia Argentina* Facultad de Filosofía y Letras. UBA. Bs. As. 1939. Tomo X

7. Actas del Ilustre Cabildo de Buenos Aires, del 28 de septiembre de 1744 y 16 de octubre del mismo año. Cfr. Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires. Año 1858, Tomo I.

8. Besio Moreno, Nicolás *Buenos Aires, puerto del Río de la Plata, capital de la Argentina, estudio crítico de su población. 1536-1936*. Bs. As., 1939. Antes del siglo XVIII, ya se habrían introducido cerca de 10.000 esclavos negros por el puerto de Buenos Aires. Pág. 276. Sobre las migraciones internas, ver Díaz, Marisa M. "Las migraciones internas a la ciudad de Buenos Aires, 1744-1810", en *Boletín* del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani Nº16/17, Buenos Aires, 1997/98.

9. González Lebrero, Rodolfo. "Espacio y sociedades en el área rioplatense temprana. Buenos Aires, 1580-1640". Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Luján, 1999.

10. Moreno, José Luis "La estructura social... ", *op. cit.*

11. Goldberg, Marta "La población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires, 1810-1840", en *Desarrollo Económico*. Vol. 16, Nº 61, 1976. Goldberg, Marta y Silvia Mallo "La población africana en Buenos Aires y su campaña. Formas de vida y subsistencia (1750-1850)", en *Temas. Revista de la Sección de Asia y Africa*. Facultad de Filosofía y Letras – UBA. Nº 2, 1993. Díaz, Marisa M. "Migraciones y plebe urbana en Buenos Aires, 1744-1810". Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional de Luján, 1996.

12. Díaz, Marisa M. "Migraciones y matrimonios en Buenos Aires, mediados del siglo XVIII y principios del XIX". VI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Santa Rosa, 1997.

13. Para el análisis de esta mano de obra flotante en la zona inmediata al núcleo urbano véase de Raúl Fradkin "Las quintas y el arrendamiento en Buenos Aires, siglos XVIII y XIX", Universidad Nacional de Mar del Plata, en prensa. También Carlos Mayo *Estancia y Sociedad en La Pampa. 1740-1820*. Biblos, Buenos Aires, 1995, p. 122 y ss. Para analizar la funcionalidad de las "agrotowns" ver Delille, G. *Famiglia e propietà nel Regno di Napoli, XV-XIX secolo*. Einaudi, Torino, 1988.

14. En la ciudad de México a fines del período colonial fue importante la presencia de hogares compuestos por una sola persona. Cfr. Pescador, Juan Javier "Inmigración femenina, empleo y familia en una parroquia de la ciudad de México: Santa Catalina, 1775-1790",

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en Gonzalbo, Pilar (comp.) *Historia de la Familia*. Instituto Mora – UAM. México, 1993.

15. Blangiardo, Gian Carlo et Isabelle Morel "Ménages et familles dans la nouvelle réalité migratoire en Italie: le cas de Milan", en Association Internationale des démographes de Langue Française *Ménages, familles, parentéles et solidarités dans les populations méditerranées*. Nº 7. Presses Universitaires de France, 1996.

16. Es el caso del Piemonte y otros lugares de pequeñas unidades agrícolas campesinas. Cfr. Corte, Paola *Paesi d'emigranti. Mestieri, intinerari e identità collettive*. Franco Angeli. Milano, 1990. Viazzo, P. y A. Dionigi "La famiglia contadina nell'Italie Settentrionale, 1750-1930", en Barbagli, M. y D. Hertzer (a cura di) *Storia della famiglia Italiana*. Il Mulino. Bologna, 1992.

17. En realidad, de acuerdo a criterios más ortodoxos los hogares múltiples están caracterizados por la convivencia de los hermanos casados. Sin embargo, en algunos casos, como por ejemplo en la Argentina Interior de mediados del siglo pasado hemos tenido que utilizar ese concepto para el caso de las mujeres que no siendo hermanas convivían con sus hijos y otros parientes o agregados, en ausencia de sus maridos. Véase Cacopardo y Moreno, *op. cit.*

18. Este hecho, que como dijimos, se acentuó en el siglo posterior y en particular en el Interior. No fue, sin embargo, patrimonio del Río de la Plata. Parecería constituir un epifenómeno de las sociedades de fronteras en expansión. Cfr. Kuznetsof, Elizabeth "The role of the female-headed Household in Brazilian Modernization: 1765-1836", en *Journal of Social History*. Nº 13, 1984. Metcalf, Alida C. "Recursos e estruturas familiares no século XVIII, en Ubatuba, Brasil", en *Estudos Economicos*, Nº 13, 1983. Mesquita Samara, Eni de "Mulheres chefes de domicílio: une analise comparativa no Brasil do século XIX", en *História*, Universide Estadual Paulista/UNESP, Vol. º1, Sao Paulo, 1993.

19. Porcentajes similares se dieron en varias ciudades novohispanas: Ciudad de México, cfr. PESCADOR, Juan Javier, *op. cit.* Pescador, Juan Javier *De bautizados a fieles difuntos. Familia y mentalidades en una parroquia urbana: Santa Catarina de México, 1568-1820*. El Colegio de México. México, 1992. También en Oaxaca, ver Rabell, Cecilia "Estructuras de la población y características de los jefes de los grupos domésticos en la ciudad de Antequera (Oaxaca), 1777", en Gonzalbo, Pilar (coord.) *Familias novohispanas. Siglos XVI al XIX*. El Colegio de México, México, 1991. Grajales Porras, Agustín "Hogares de la villa de Atlitzinco a fines de la colonia: estados, calidades y ejercicios de sus cabezas", en Gonzalbo, Pilar *Familias Novohispanas...*

20. Suárez, op. Cit; Mateo, *op. cit.*; Moerno, *op. cit.*

21. Mc Caa, Robert "La ciudad viva del México borbónico: sus voces, variedades y vejaciones", en Gonzalbo, Pilar *Familias Novohispanas...*

22. El "status" de viuda habría podido salvar el "honor" de una mujer que tuvo una pareja e hijo, sin haber contraído matrimonio en la Iglesia. Ver Silvia M. Arrom The women of Mexico City, 1790-1857, Standford University Press, Standford, 1985.

23. Figueira, Ricardo "Del barro al ladrillo" y Gutiérrez, Ramón "La arquitectura colonial". Ambos en Romero y Romero, *Buenos Aires...*

24. También en la ciudad de México existió un elevado nivel de hacinamiento, con numerosos hogares viviendo en las *vecindades* (conjunto de viviendas en torno a uno o dos patios, casi siempre de dos pisos). Cfr. Pescador, Juan Javier *op. cit.*

25. Cfr. Lyman Johnson "Salarios, precios y costo de vida en el Buenos Aires colonial tardío", en *Boletín* del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Nº 2, 3ª serie, 1990.

26. Goldberg, *op. cit.*

27. Una de las excepciones que confirman la regla ha sido el caso de Mariquita Sánchez de Thompson. Cfr. *Cartas de Mariquita Sánchez*. Peuser. Bs. As., 1952.

28. Besio Moreno, *op. cit.*

29. Acerca del trabajo de los niños, véase Moreno, José Luis "La infancia en el Río de la Plata durante el período tardocolonial y la primera etapa independencia", en *Cuadernos de Historia Regional* Nº 20, Universidad Nacional de Luján, 1998.

30. Halperín Dongi, Tulio *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Siglo XXI. México, 1979. Gelman, J. *op. cit.*

Nosotros y la "Nueva generación": Una lectura sobre la tramitación de las diferencias entre los '20 y los '30

*Leticia Prislei**

Lugones nos ha negado porque preferimos hablar con nuestra voz. Todo maestro sabe que los mejores discípulos son aquellos que se desligan de su tutela: a Lugones le faltó aprender una cosa tan sencilla para ser maestro [...] un buen día salen los muchachos de "la nueva generación": no escriben en grandes rotativos, no dictan cátedras, leen libros sospechosos, dicen cosas incompresibles y pelan el mundo como una fruta. Desdeñan los éxitos fáciles y la renta que produce la mediocridad [...] Nuestra iniciación fue conciliadora y serena, nos repugnaba la actitud iconoclasta, y a nadie disputábamos su grano de eternidad si realmente era suyo. Sólo pedíamos la atención desinteresada y el respeto que todo hombre debe a la obra de un hombre.

Ahora que se nos niega y se nos rechaza, acusaremos públicamente a esa generación egoísta que impide a otra la realización de su destino. Atacaremos los nombres que merezcan ser pronunciados por nosotros; los demás (esas dos o tres sombras infecundas que hay detrás de todo periódico) no nos interesan.

Leopoldo Marechal ,
"Filípicas a Lugones
y a otras Especies de Anteayer",
Martín Fierro, 1926

[...] Pero amigos ¿Contra qué y contra quiénes pelean ustedes? [...] Al oír sus gritos, el transeúnte creerá que [...] dentro de esa Bastilla [Nosotros] *se encierra un pasado de tal oprobio y vergüenza, se maquinan acechanzas tales contra el novísimo descubrimiento de la metáfora, que el duelo no puede ser sino a muerte [...] Todos somos obreros de una causa común y esta revista ha sido invariablemente instrumento de todos... ¿Qué más se quiere?*

Roberto Giusti, "Veinte Años de
vida: Recuerdos y Divagaciones",
Nosotros, 1927

La forma de tramitación de los conflictos ofrece indicios de las formas de convivencia que se manifiestan al interior de las sociedades. Este trabajo tiene el propósito de volver a mirar las tensiones generadas en la constitución del campo intelectual argentino a través de algunos episodios constituidos en eventos culturales que tuvieron significación en el despliegue de la sociabilidad intelectual porteña. El punto de mira donde se colocará esta interrogación tendrá como referente central a *Nosotros*. Desde esta publicación se ensayará una vista en perspectiva sobre un fragmento del proceso socio-cultural que involucrara a distintas fracciones en el juego de señalar un lugar y elaborar modos de participación en los espacios intelectuales.

* (UNCo/UBA).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Una nueva generación entra en escena

Entre mayo y septiembre de 1923, *Nosotros* lanzaría una encuesta cuya interrogación central se articularía en torno a la emergencia de una difusa pero creciente presencia de jóvenes escritores que subsumirían bajo el nombre de la "nueva generación literaria"[1].

Es sintomática la inquietud de *Nosotros* por el minucioso relevamiento de cuarenta y cuatro opiniones donde los interrogados, con un promedio de edad de 25 años, concurrirían puntualmente a la cita. Ambas actitudes remitirían tanto a un juego de complicidad legitimadora mutua, como a la disputa por la ocupación de un lugar, dando cuenta de la consolidación de los rasgos distintivos de un campo intelectual[2].

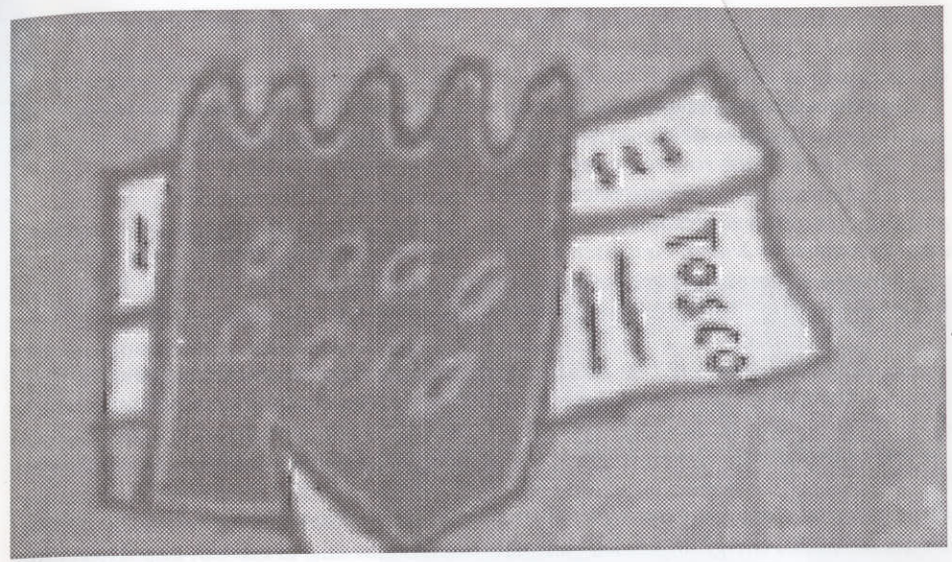
Nosotros buscaría confirmar la vigencia de un magisterio intelectual que había contribuido a instituir en el sentido común de la intelectualidad, explorando al mismo tiempo la percepción y la actitud de los más jóvenes al verse confrontados con una pregunta donde explícitamente se les demandaba reconocer públicamente la existencia de maestros en la constelación intelectual local. Buena parte de los encuestados reiteraría los nombres de Lugones, Ingenieros, Rojas, Joaquín V. González; a los que esporádicamente se sumarían Gálvez, Capdevila, Alfonsina Storni, Giusti. Otros desconocerían llanamente el reconocimiento de maestros y anunciarían –al modo de Héctor Rodríguez Pujol– que "hoy somos irreverentes; por puro instinto, quizás, nos fastidia el preceptismo dogmático y la enlutada capucha del domine". O como en el caso de Jorge Luis Borges ensayarían la pirueta cortés y, no obstante la declaración sesgada, afirmaría "todos algo me han enseñado, desde Cadmo a Macedonio Fernández".

La divisoria entre maestros/joven generación partía de admitir un "nosotros" y un "ellos" que declarativamente los primeros pretendían conocer a través de las respuestas juveniles, pero que al mismo tiempo se proponían contenerlos en el ámbito inclusivo y hegemónico de *Nosotros*. Por otra parte, el juego identitario se reproducía al inducir a los nuevos a reconocer las fracciones internas de su propia membrecía. En ese sentido, el grupo más frecuentemente mencionado, sea para identificarse o para diferenciarse, sería el ultraísta.

Jorge Luis Borges, cuyos lazos familiares lo unían a *Nosotros* ya que su padre había participado del grupo inicial de la revista y, junto a su madre, se encontrarían entre los miembros fundadores de la Sociedad Cooperativa, había escrito en las páginas de la consagrada publicación el manifiesto ultraísta que sería el soporte nucleador para marcar una opción estética y también para delinear el espacio de autoafirmación de nuevas miradas y nuevas fracciones del campo intelectual[3]. *Nosotros,* expresando una centralidad donde se conjugaría la apertura y la tutela incluiría, en septiembre de 1922, la primera antología del ultraísmo argentino donde publicarían Jorge Luis Borges, Francisco Piñero, Norah Lange, Clotilde Luisi, Helena Martínez, Roberto Ortelli, Guillermo Juan y Eduardo González Lanuza.

Por otra parte, algunas de las nuevas voces traducirían el intento de filiarse en la guerra mundial como marca de nacimiento de la nueva generación. En ese sentido, el discurso más exasperado sería el de Homero Guglielmini que señalaría:

> "Todos los jóvenes debemos unirnos firmemente para dar el golpe de gracia al judaísmo, y a su hermana menor, el cristianismo enervado y mentiroso de estos tiempos[..] nosotros, jóvenes que vivimos al día siguiente de la gran tragedia, tenemos el deber de ser paganos; la humanidad ha sacrificado ya demasiado, durante cuatro años, en el altar insaciable de los dioses semitas. Moloch ha muerto! Ha llegado la hora de prosternarnos ante Dionisos y Adonis! Pero es necesario que esta convicción no se quede en las palabras; si somos en verdad una juventud sana, debemos traducir en acción lo que pensamos. Animados por un común ideal, somos ya varios los que nos hemos estrechado la mano, alentando el mismo propósito. Y aprovecho esta tribuna imprevista para anunciar la iniciativa que, coincidiendo con mis deseos, ha germinado simultáneamente en el espíritu de tres de los jóvenes más destacados de la novísima generación: Brandán Caraffa, Roberto Smith y Roberto Ortelli. En nuestro ambiente intelectual, falta aún la *Revista,* la revista sana y seria que sea exponente fiel de la novísima generación intelectual"[4].



Resulta sugerente que las afirmaciones antisemitas de Guglielmini no despertaran, en lo inmediato, ningún comentario de los encuestadores y de los nuevos encuestados. Más bien pareció diluirse entre la proclama vitalista y la expresión del deseo de montar una publicación desde la cual señalar su lugar.

En tanto, otra tendencia iría adquiriendo un perfil propio a través de un conjunto de nombres que aún no formarían grupo: los "realistas o veristas", entre los cuales se mencionarían a José Gabriel, Alfredo Bufano, Roberto Mariani, Pedro Herreros.

Asimismo, se reconocería la corriente de los "jóvenes novecentistas" liderados por Jorge Max Rhode y Héctor Ripa Alberdi que, apelando al idealismo de Croce reafirmarían que "el arte es independiente lo mismo de la ciencia que de lo útil y de la moral", al tiempo que reivindicarían el esteticismo de Eugenio D'Ors.

Por otro lado, así como en el avance de la publicación de la encuesta, emergían los agrupamientos internos que se estaban esbozando en la genérica "novísima generación", otros denotarían la debilidad de lazos entre los miembros de la misma. Leopoldo Marechal, que tenía 23 años, diría en el mismo número donde escribiera Guglielmini: " No nos conocemos: falta entre nosotros esa vinculación espiri-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tual de cenáculo, que permite el intercambio de valores y sirve a la juventud de disciplina y estímulo".

Quizás la primera respuesta a ese reclamo generalizado de constituir ámbitos propios de los nuevos grupos sería la publicación –a un mes de finalizada la encuesta de *Nosotros*– de *Inicial. Revista de la Nueva Generación*, dirigida por Roberto Ortelli, Alfredo Brandán Caraffa, Roberto Smith y Homero Guglielmini.

Desde 1923 hasta 1927 se aceleraría el afán fundador de la joven generación, iniciado a comienzos de los '20, y aparecerían *Martín Fierro* (febrero de 1924-noviembre de 1927) dirigida por Evar Méndez; *Proa* (agosto de 1924-enero de 1926) dirigida por Jorge Luis Borges, Alfredo Brandán Caraffa, Ricardo Güiraldes y Pablo Rojas Paz; *Revista de América* (diciembre de 1924- julio de 1926) bajo la dirección de Carlos Erro, Leónidas de Vedia y Enrique Lavié.

En tanto, jóvenes ligados al reformismo universitario y a la militancia socialista publicarían en *Sagitario. Revista de Humanidades* (mayo-junio de 1925-noviembre de 1928) dirigida por Carlos Amaya, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte y en *Valoraciones. Humanidades, Crítica y Polémica* (septiembre de 1923-mayo de 1928) dirigidas por Carlos Amaya y luego por Alejandro Korn[5]. Desbordando los parámetros del socialismo reformista aparecería *Izquierda* (1927 a febrero de 1928) dirigida por Elías Castelnuovo y donde colaborarían entre otros Julio Barcos y Leónidas Barletta.

Los nuevos intervendrían en el campo, sea a través de una forma de expresión más disrruptiva al modo de los martinfierristas, sea a través de una moderada tolerancia al estilo de *Valoraciones*, tratando de recomponer el espacio de lo instituido. Ese intento de recomposición atañiría de modo directo a los directores y a los miembros de *Nosotros* con quienes los nuevos habrían de confrontar y negociar.

Nosotros, la práctica de la centralidad

Por iniciativa de Atilio Chiappori, Manuel Gálvez, Enrique Banchs, José León Pagano, Antonio Aita, Arturo Lagorio y el joven Jorge Luis Borges, el 9 de diciembre de 1927 se celebraría un homenaje por el vigésimo aniversario de la fundación de la revista *Nosotros*. En la reunión, organizada en los elegantes salones del Círculo Italiano, concurrirían alrededor de 200 invitados representantes de la literatura, la plástica, la música, la educación, la crítica, el periodismo. La mesa principal estaría presidida por el ministro de Instrucción Pública Dr. Antonio Sagarna, los directores de *Nosotros* Alfredo Bianchi y Roberto Giusti –que había reingresado en 1924 luego de la renuncia de su reemplazante Julio Noé–, el rector de la Universidad de Buenos Aires Ricardo Rojas, el embajador de Méjico Alfonso Reyes, el decano de la facultad de Filosofía y Letras Dr. Emilio Ravignani, el presidente de la Sociedad Cooperativa "*Nosotros*" Dr. Carlos Ibarguren, Carlos Noel y Atilio Chiappori. Se recibirían telegramas de todo el país, de Uruguay, de Arturo Orzábal Quintana desde Moscú y del socialista Max Dickmann desde París. También adheriría el Ateneo Ibero Americano presidido por José León Suárez y el periodismo comentaría el acontecimiento cultural a través de *La Prensa, La Fronda, La Argentina*, el recientemente fundado órgano del Partido Socialista Independiente: *Libertad!, La Razón, El Diario, Crítica, El Telégrafo, La Acción, La Época, El Argentino* de La Plata; los diarios de las colectividades *La Patria degli Italiani, L 'Italia del Popolo, Arggentinisches Tageblatt* y las revistas *El Hogar, Caras y Caretas, Fray Mocho y Síntesis* de la Capital Federal, *Indice* de Bahía Blanca, *Humanidades* de La Plata.

Los discursos estuvieron a cargo de los mismos integrantes de la mesa de honor a los que se sumaron Carlos Sánchez Viamonte y Augusto Bunge. El tono general ratificaría el lugar central de *Nosotros* en la organización de la cultura argentina. Sería Atilio Chiappori quien evocaría lo que interpretaría como el desvío izquierdista de Giusti que lo llevara a inicios de los '20 a abandonar por cuatro años a *Nosotros* persiguiendo la ilusión de transformar la sociedad. Pero, en este punto Alfredo Bianchi saldría, luego, a declarar: "Se decía que éramos bolcheviques, anarquistas peligrosos, qué sé yo!, cuando únicamente éramos hombres libres que contemplábamos sin telarañas en los ojos los acontecimientos del mundo y deseábamos para la humanidad un futuro más bello que el presente que vivíamos. Éramos subversivos a la manera que lo fue ese gran patriota que se llamó José Ingenieros"[6]. A dos años de su muerte, Ingenieros sería evocado una y otra vez por los disertantes de la membrecía de *Nosotros*.

Otro tópico común en las disertaciones sería la referencia a la joven generación. Además de Borges, se encontraban entre los invitados Leónidas Barletta, Córdova Iturburu, Homero Gugielmini, Julio V. González, Jorge Max Rhode. En este caso, Bianchi saldría al cruce sosteniendo:

> "Cuando en 1920 Giusti se apartó de la revista e ingresó en ella como mi compañero en la dirección Julio Noé –uno de los descubrimientos literarios de que más me envanezco– ya comenzaba a apuntar esta inquietud artística, esta batalla de estéticas y orientaciones nuevas, en la cual nos hemos visto mezclados sin que nadie pueda afirmar sin mentir que nuestra posición haya sido jamás de retaguardia, aunque reconocemos lealmente no haber sido nosotros los más temerarios exploradores ni teníamos por qué serlo. Pero no hemos obstaculizado ninguna exploración. Y ya que de estas cosas hablamos, recordaré que esas palabras mágicas, tan repetidas ahora con razón o sin ella, "la nueva sensibilidad", fueron pronunciadas por primera vez aquí, en una fiesta de *NOSOTROS:* fueron el título de la conferencia que, a beneficio de *NOSOTROS*, dio Ortega y Gasset en el Odeón el 15 de noviembre de 1916. Esas palabras, pues, y esa cosa que designan, no nos suenan a novedad [...] esos jóvenes y los que les han de seguir, saben que pueden contar con *NOSOTROS, NOSOTROS* no ha sido nunca enemiga de nadie. Desde su primer número fue una revista de conciliación de generaciones [...] Hasta hoy no creemos haber perdido la facultad de comprender. Personalmente, he puesto siempre mi orgullo en ser el primero, si posible fue, en adivinar y destacar los talentos nacientes. Bien sé que el mundo no ha nacido conmigo ni morirá conmigo"[7].

Bianchi, jugado en el énfasis puesto en la continuidad sobre la base de reconocer el umbral de las diferencias, remitiría al referente de fondo sintetiza-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

do en el pacto inicial de sociabilidad que había formado parte del modo de acumulación de capital simbólico que marcara la experiencia de *Nosotros*, que en el afán de extender su abrazo a la joven generación habría devenido gráficamente en *NOSOTROS*. Resultaba difícil discriminar –sobre todo porque realmente desde el punto de vista estético se estaba configurando una nueva formación cultural[8]– entre las rupturistas declaraciones de principios de los jóvenes investidas de la absoluta diferencia de lo nuevo como manera de construcción imaginaria de la identidad, y el grado real de conflictividad que se transitaría en un campo intelectual donde las zonas de encuentro se prodigaban con discreta generosidad.

Si los jóvenes participantes en el banquete del Círculo italiano no tendrían voz entre los disertantes, Jorge Luis Borges, Enrique Méndez Calzada, Julio V. González y Nydia Lamarque habrían participado en la redacción del número extraordinario de *Nosotros*, presentado en el festejo, donde junto a las figuras consagradas se abría un espacio para incluir las nuevas fracciones del campo intelectual[9].

La colocación de Borges entre los organizadores del evento y su opción de producir deliberadamente un texto cuya brevedad se justificarían en "arrepentirme de las excesivas zonceras que sobre nueva sensibilidad y no tradición he debido leer, pensar, escuchar y hasta en equivocada hora escribir" daría cuenta de un descorrimiento de las opciones expresadas dramáticamente y de una sutil recurrencia a un juego irónico que lejos de desdecir la demanda de recomposición la sitúa más allá de la etiqueta clasificatoria y de los reclamos erizados. De ese modo expresaría:

> "[...] se empieza por la observación casi gramatical de que son muchas las metáforas en los escritos de hoy, y de ahí, con lógica resbalosa, se infiere que la metáfora es cosa privativa de nuestro tiempo. Bien, pero qué hacer con San Juan Evangelista, con Esquilo, con Shakespeare, con Quevedo, con Mallarmé, con Swinburne, con Torres Villaroel, con Lugones y hasta con D. Rafael Obligado? Se les decreta *precursores*, y listo.
>
> Eso es como decir que Dios, a pesar de sus relativas condiciones de animador no se atrevió de golpe a la repentizada fabricación de un Pedro V. Blake, y antes –digamos que para hacerse la mano– tuvo que frangollar un Quevedo. Eso es como decir que Shakespeare es uno de los trámites de Dios en busca de Alberto Hidalgo y que el día martes no es más que un sábado fracasado y que a nuestro Don Juan Manuel acaban de ascenderlo a Primo de Rivera los españoles. Yo no creo en la nueva sensibilidad; creo en la insensibilidad poética de los más y en la (esporádica) sensibilidad poética de los menos.
>
> No creo tampoco en la tradición. Esa palabra está con reverencia en muchos discursos y es atacada en otros. Sin embargo, yo creo que es tan indigna de sumisiones como de ultrajes [...] su fin es precausional; el poeta puede oír o desoír sus bien intencionados consejos sin resultar por eso peor ni mejor [...] No creo en la general poesía de hoy; creo sí en las realidades poéticas que están en los libros o en páginas o en renglones de Paco Luis Bernárdez, de Ricardo E. Molinari, de Norah Lange, de Carlos Mastronardi, de Panchito López Merino, de Olivari otra vez"[10].

Borges agregaría una postdata donde declararía inexistentes como escuelas diferenciadas a Florida y Boedo y jugaría con la correlación de la parroquia, de la sección electoral con la literatura inventando una clasificación donde a María Alicia Domínguez, Susana Callandrelli y Gonzalez Carbalho los ubicaría en la "Escuela de la indefinida apetencia o de los antiguos barrios del Sur"; mientras a Alvaro Yunque, Aristóbulo Echegaray y Juan Guijarro pertenecerían a la "Escuela del malhumor obrerista y del bellaquear o de los barrios nuevos del Sur"; Arturo García Mellid y Bartolomé Galindez a la "Escuela de la fina cursilería o de Flores; a Luis Cané, Conrado Nalé Roxlo y Ernesto Palacios a la "escuela de la rima a más no poder o de las tertulias del Centro; a Carlos Mastronardi, Ulises Petit de Murat y Pondal Ríos a la "Escuela de las palabras abstractas y definitivas o de Belgrano"; a Raúl González Tuñón, Héctor Pedro Blomberg, Pedro Herreros a la "Escuela de lo aventurero, del agua o del Paseo de Julio y la Boca; y a Norah Lange, Ricardo E. Molinari, Paco Luis Bernárdez y J. L. B. a la "Escuela de las bien practicadas puestas de sol o de las caminatas por el Noroeste" para significar, finalmente, que esa localización no conduciría a nada.

Si el discurso borgiano se situaría en el terreno de lo expresamente estético-literario a partir de lo cual solaparía la demanda de revisar la composición del campo intelectual, los escritos de Julio V. González y de Nydia Lamarque transitarían por dos temáticas recurrentes en *Nosotros*: la Universidad y América.

El ensayo de González sería representativo de las opciones más próximas a las convicciones de los directores de las revista y de los debates sostenidos antes, durante y después del fulgurante estallido reformista del 18. En ese sentido, la problemática articulada en torno de la Reforma Universitaria referiría a las vinculaciones entre universidad, sociedad y Estado, conformando tópicos habitualmente abordados entre los colaboradores de la publicación, por un lado, el tratamiento de los modos de fundamentar y llevar a la práctica la autonomía orgánico-gubernativa, la autonomía pedagógico-científica y la autonomía económica; y, por otro lado, el dilema de concebir la universidad como un instituto politécnico de corte profesionalista-utilitario o como ámbito cultural de producción de conocimientos científicos y de preparación de una élite progresista dispuesta a impulsar la democratización del saber y del poder. El balance de González arrojaría la insatisfacción por el desarrollo del programa reformista[11].

En tanto, Nydia Lamarque desplegaría una argumentación centrada tanto en la crítica al imperialismo norteamericano como al latinoamericanismo y al hispanoamericanismo expuesto a una reivindicación acrítica del hegemonismo europeo latino o del específicamente español. Esta última perspectiva fincaría en la recuperación de un "alma original" de América del Sur, "hasta Méjico y no más arriba", que surgiría de la mezcla de sus múltiples corrientes inmigrantes y se opondría tanto a los propósitos de dominación de las clases gobernantes de los Estados Unidos y de la Europa latina, como a la pretensión de ciertas élites españolas que a través de *La Gaceta Literaria* habrían propuesto erigir a Madrid como "el meridiano intelectual de Hispanoamérica". En ese sentido, Lamarque afirmaría:

> "Adviértase el mote de Hispánica dada a esta América cuyas pampas han sido y son fertilizadas diariamente por trabajadores llegados de los cuatro puntos cardinales y sobre cuya tierra se mezclan y confunden las nacionalidades del mundo. En el mismo orden de ideas, en el suplemento de *La Nación* del 14 de agosto, Rafael Altamira, sin olvidarse por cierto de mencionar la palabra consabida –hispanoamericano– habla de "problemas comunes" entre España y las naciones americanas de habla española. Tal afirmación aunque sea dicha de paso, es absurda. La verdad es que se hace difícil averiguar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

qué clase de problemas pueden existir en común entre una nación comprendida en la decadencia general europea y estos pueblos jóvenes, afirmativos y conscientes de su vigor vital, un poco jactanciosos y otro poco excesivos como corresponde a toda juventud[...] América tiene sus problemas propios y exclusivos, tiene su problema sudamericano que es la necesidad de una confederación de todas las naciones que constituyen esta parte de América; tiene su problema continental, que es el imperialismo yankee; tiene su cuestión social, su cuestión agraria, su cuestión educacional, su problema cultural [...] La juventud de América se ha desengañado de la tan decantada civilización europea, que tuvo por resultado la hecatombe de 1914 en la que la flor de la humanidad cayó segada en los campos de batalla. No queremos recibir normas de esa Europa agonizante que ya no puede aportarnos ninguna sugestión"[12].

La posición de rechazo a la propuesta de *La Gaceta Literaria* coincidiría con la unánime repulsa que había despertado en las páginas de *Martín Fierro*[13].

Nydia Lamarque recogería la bandera juvenilista desplegada por los maestros de América para reafirmar que la cultura americana conjugada a partir de las múltiples apropiaciones provenientes de Europa podía llegar a tener un desarrollo propio bajo el signo de una elaboración particular donde se revelara el "alma de América en el arte, en la literatura, en la educación, en el criterio para encarar los problemas sociales".

De ese modo, *Nosotros* practicaría el gesto de la mano tendida a los jóvenes al tiempo que al incluir su presencia en sus circuitos de sociabilidad y de balance público de su gestión cultural en la sociedad argentina ejercería la facultad de legitimar las presencias admitidas en el campo de fuerzas del poder intelectual. En cualquier caso, ese campo iría mostrando una complejidad creciente donde las multiplicación de los interesados en participar en el juego de disponer del capital simbólico que circulaba en él manifestaría las dificultades y las alternativas que se imaginaron para abordar la tramitación de los conflictos.

Nosotros: Una generación se juzga a sí misma

El gesto de volverse sobre sí mismos con el propósito declarado de elaborar un número que alcanzara "un valor documental de revisión y balance de la obra de una generación" sería indicativo de la centralidad de *Nosotros* en el proceso de fortalecimiento y desarrollo de la instituciones culturales del país.

Las cuarenta y ocho respuestas que concitaría una encuesta a intelectuales vinculados desde temprano a la publicación formaría el cuadro de la instalación de la membrecía de *Nosotros* en el escenario cultural. La presentación de cada uno de los encuestados iría acompañada de una sucinta descripción de su actuación académica y de su producción intelectual. En ese sentido, figurarían catorce profesores universitarios, un ex Ministro y un ex-subsecretario de Instrucción Pública, un ex-Presidente de la Asociación Nacional del Profesorado, un ex-decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata, un ex-rector del Colegio Nacional de Bahía Blanca, el secretario de la Asociación "Amigos del Arte", el Secretario del Colegio Libre de Estudios Superiores, el Presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, un miembro del Instituto de Literatura Argentina de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, el director del Instituto de Investigaciones Históricas de dicha facultad, un miembro de la Academia de Ciencias naturales, cinco miembros de la Academia Argentina de Letras y el Presidente de La Sociedad Argentina de Escritores[14]. Como señalaría uno de los participantes de la encuesta la revista misma sería una academia.

En ese sentido, cabe reflexionar que la mayoría de las instituciones que conforman un campo intelectual tenían una corta existencia en el país. Esa situación resulta de fundamental importancia para distinguir el grado de conflictividad que se plantea entre quienes fueron ocupando, y a veces creando, los espacios institucionales y los nuevos que pretenden incorporarse a ellos. Existe labilidad, posibilidad de inclusión, resistencia relativizada por la posibilidad de ampliación de los escenarios donde se desarrolla el juego. Por ende, también resulta indicativa a la hora de analizar los discursos que cada grupo genera respecto del otro. No obstante, de la encuesta se deriva que la "generación del Centenario" o la "generación de *Nosotros*" –tal como se autodesignan ellos mismos– se atribuye un rol organizador fundamental y desde ese lugar esgrimen la autoridad para permanecer en el centro.

Esa especie de constitución de la autoimagen a través del juego especular con el otro que se puede seguir secuencialmente desde la encuesta de 1923 a la " nueva generación " hasta esta encuesta de 1932 configura una suerte de parábola donde *Nosotros* se enfrenta al éxito de la conformación de un campo intelectual y al mismo tiempo queda sujeta a la ambivalencia provocada por la oscilación que transcurre entre la consagración y los intentos, por otra parte legítimos, de desplazamiento impulsados por la emergencia de nuevas fracciones.

Las respuestas a la última serie de preguntas de la encuesta provocarían un arco de matices que iría desde la actitud confrontativa abierta con los nuevos hasta las posiciones más abiertas y conciliadoras. En la primera dirección, Manuel Gálvez diría: "los martinfierristas nos han calumniado, sin conocemos. Nos han acusado de haber sido materialistas e ignorantes ". Gálvez tomando distancia de los "universitarios"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de su tiempo que pudieron estar más cercanos al positivismo, concluiría sin matices: "casi todos éramos espiritualistas" y, devaluando las lecturas de los jóvenes, consideraría que "ellos/nosotros" –Rojas, Becher, Gerchunoff– se nutrían de las "cumbres de la literatura de su tiempos: Ibsen, Nietzsche, Tolstoi, Maeterlink, Zola, D'Annunzio, Huysmanns". El escritor nacionalista también aludiría a la diferencia –respecto de los nuevos– del estilo de intervención en el campo cultural ya que, por un lado no habían practicado la irreverencia –leída como insolencia– de los actuales jóvenes respecto de la generación anterior, y, por otro lado, no "hubieran vendido su inteligencia a los grandes pasquines", comentario que hacía clara referencia a la participación de los jóvenes vanguardistas en las páginas del diario *Crítica*[15].

Direccionada hacia un intento más comprensivo de las coordenadas de fuerzas que se jugaban en el campo intelectual Alfonsina Storni señalaría:

"La generación actual hizo incursiones por el campo de la gramática y, como contradicción especialísima, se instaló en el arrabal. Adoró a Buenos Aires y odió al burgués, aún cuando no rechazó al malevo.

Creyó en Dios y en la calle Corrientes, y, preocupada por la pampa, levantó el horizonte del cielo como horizonte literario: abrió infinitos caminos en el cielo libre y metió la rima en el mortero.

Pero tres o cuatro lustros no corren en vano y la palabra de algunos jóvenes nació, de este entrevero, bellamente depurada.

Vigorosos y dignos, los mejores de mi generación no han sido derribados.

Buceadores de la literatura que actualmente señorea el mundo, hay jóvenes de primera agua.

Esperan, también, llegar a los premios nacionales o municipales; y visto, además, que el centro no viene hacia el extremo, quieren plantar el extremo en el centro"[16].

Posicionados entre un cientificismo, proveniente de la matriz positivista, atravesados por el espiritualismo, la mayoría de los encuestados por *Nosotros* coincidiría en admitir que el modernismo rubendariano, el realismo zoliano y el humanitarismo tolstoiano habían sido sus referentes inevitables. Por otro lado, la mayoría también admitiría tanto sus preocupaciones americanistas como sus opciones políticas por el radicalismo o el socialismo. Si bien Bianchi persistiría en volver sobre su constante recuperación de la revolución rusa como marca significativa en su percepción ideológica del mundo, el resto de los que se expidieron al respecto coincidirían en destacar un perfil democrático liberal que no ponían en discusión después de que una parte significativa de ellos hubiera participado o simpatizado con el golpe de estado de 1930.

Ideales, políticos, formas de sociabilidad, creciente profesionalización, impulso al desarrollo de un mercado de bienes simbólicos donde los intelectuales que se nuclearon en los inicios del siglo contribuirían no sólo a afianzar la crítica literaria, plástica y musical sino a gestar las primeras empresas editoriales nacionales, creación y fortalecimiento de las instituciones de producción y legitimación intelectual. *Nosotros* sin duda se había constituido en el referente inevitable de este proceso. Los embates de los nuevos y el pasaje por sus páginas son indicios de una tramitación del cambio y los conflictos donde la participación regulada de los recién llegados al campo se toleraría en los límites –no exentos de laxitud– de las reglas de juego que se habían montado tan trabajosamente ■

Notas:

1. La encuesta se organizó de acuerdo al siguiente cuestionario: I) Como es Ud. joven, presumimos que nos podrá contestar a lo siguiente con absoluta franqueza: ¿cuántos años tiene Ud. ? 2) ¿Hay entre Ud. y los escritores de su edad una común orientación estética? ¿Cuál es? 3) Algunos otros jóvenes de su época, ¿están diversamente orientados? ¿Quiénes son y cuál es esa orientación? 4) De los escritores mayores de treinta años ¿cuáles son los que merecen su respeto? ¿En alguno reconocería Ud. a un maestro? 5) Cuáles son los tres o cuatro poetas nuestros, mayores de treinta años, que Ud. respeta más? 6) ¿Cuáles los prosistas? 7) ¿Cuáles son los más talentosos jóvenes de su generación y cuyo porvenir cree Ud. más seguro? Respondieron la encuesta: Enrique Méndez Calzada, José Gabriel, Héctor Ripa Alberdi, Roberto Smith, Jorge Luis Borges, Francisco López Merino, E. M. S. Danero, Enrique Amorim, Roberto Ortelli, Julio V. González, Brandán Caraffa, Ernesto Laclau, Mayorino Ferraría, Conrado Eggers-Lecour, Guillermo Juan, Aníbal Ponce, Homero Guglielmini, Marcos Lenzoni, Salvador Irigoyen, Bartolomé Galíndez, E. González Lanuza, V. Ruiz de Galarreta, Hemán Gómez, C. Córdova Iturburu, Leopoldo Marechal, Elías Carpena, Roberto Ledesma, Julio Irazusta, Alfredo Bufano, Luis Reissig, Héctor Rodríguez Pujos, Bernardo Escliar, Lorenzo Stanchina, Nicolás Olivari, Pablo Barrenechea, Alfredo Orgaz, Angel Battistessa, Atilio García Mellid, Santiago Ganduglia, R, Pineda Yáñez, Fernando Antuñano, Julio Dillon, Juan Antonio Villoldo y Schendy Arcelus. Las respuestas se publicaron en: *Nosotros,* Buenos Aires, Mayo de 1923, N° 168, pp. 5-25; *Idem,* Junio de 1923, N° 169, pp 266-282, *Idem,* Julio de 1923, N° 170, pp. 386-412; *Idem,* Agosto de 1923, N° 171, pp. 510-541; *Idem,* Septiembre de 1923, pp. 103-124.

2. Pierre Bourdieu, "La Lógica de los campos", en: Pierre Bourdieu y Loic J. D. Wacquant , *Respuestas por una antropología Reflexiva,* México, Grijalbo, 1995, pp. 63-78. Para el caso argentino ver: Beatriz Sarlo, "Vanguardia y Vida Literaria", en: Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983, pp. 129-152

3. Alvaro Melian Lafinur referiría respecto de las reuniones iniciales de *Nosotros:* "Celebramos todos los meses una comida a la que se invita a todos los intelectuales y principalmente a los jóvenes que quieran concurrir y a la que asisten entre muchos otros Charles de Soussens, Enrique Banchs, Evaristo Carriego, Marcelo del Mazo, Atilio Chiappori, Carlos Alberto Leumann. Manuel Gálvez, Dr. Jorge Borges (autor de una muy hermosa serie de cuentos orientales a la manera de las mil y una noches), Dr. Macedonio Fernández, Juan Más y Pi [...]", *Carta de Alvaro Melián Lafinur a Manuel Ugarte,* Buenos Aires, 22 de marzo de 1909, AGN, Sala VII, T. 2, folios 170-171. En cuanto al Manifiesto ultraísta: Jorge Luis Borges, "Ultraísmo", *Nosotros,* N° 151, pp. 466-471.

4. *Nosotros,* "Nuestra Encuesta sobre la Nueva Generación Literaria", Buenos Aires, *Nosotros,* Julio de 1923, N° 170, pp. 390-391.

5. Al respecto ver; Héctor R. Lafleur- Sergio D. Provenzano- Fernando P. Alonso, *Las Revistas Literarias Argentinas,* Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1968, pp. 77-123; Beatriz Sarlo, *Ob. Cit.,* pp. 117-171.

6. La Dirección, "La Fiesta de Nosotros", Buenos Aires, *Nosotros,* Noviembre-Diciembre de 1927, N° 222-223, p. 164.

7. *Idem,* pp. 164-165.

8. Para un análisis de las diferencias que atravesaron el campo intelectual argentino centrado en el eje de "lo nuevo" como fundamento de esa divisoria ver; Beatriz Sarlo, *Una Modernidad periférica.: Buenos Aires 1920 y 1920,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, en particular, Cap. IV.

9 En el número extraordinario de *Nosotros* se incluiría: "Veinte Años de Vida: Recuerdos y Divagaciones" de Roberto Giusti; "Filosofía Argentina" de Alejandro Korn; "La Poesía Argentina Moderna" de Julio Noé; "Página sobre la Lírica de Hoy" de Jorge Luis Borges; "La Novela y el Cuento Argentinos" de Roberto Giusti; "La Crítica en la Argentina en los Ultimos Veinte Años" de Alvaro Melián Lafinur; "25 Años de Teatro Nacional" de Alfredo Bianchi; "Los Estudios Históricos" de Juan Rómulo Fernández; "El Castellano en la Argentina "de Arturo Costa Alvarez; "Nuestro Ambiente Artístico y las Modernas Evoluciones Técnicas" de Atilio Chiappori; "Un Cuarto de Siglo de Música Argentina" de Gastón Talamón; "Orientaciones de la Literatura Hispano-Americana en los Ultimos Veinte Anos" de E. Suárez Calimano; "Veinte Años de Literatura Española" de Guillermo de Torre; "La Literatura Catalana en su Renacimiento Actual" de Juan Torrendell; "La Literatura Italiana: su Influencia en la Literatura Argentina de este Primer Cuarto de Siglo" de Folco Testena; "Veinte Años de Literatura en los Estados Unidos" de Pedro Henríquez Ureña; "El Cinematógrafo: su Momento Actual" de Luis María Alvarez; "Algunos Aspectos de la Enseñanza Primaria" de Marco Manuel Blanco; "La Enseñanza Media Argentina en el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ultimo Cuarto de Siglo" de Horacio Rivarola; "La Universidad" de Julio V. González; "Veinte Años de gran Alcance en la Vida Política Argentina" de C. Villalobos Domínguez; "Ayer y Hoy: Aspectos de la Política Mundial" de Arturo Orzábal Quintana; "Nuestra Aeronaútica" de Agustín Adalberto Valdez; "La Fuerza de América" de Nydia Lamarque; "Nuestro periodismo literario" por La Redacción; *Nosotros*. Número Extraordinario, Buenos Aires, 1927, N° 219-220.

10. Jorge Luis Borges, "Página sobre la lírica de Hoy", Buenos Aires, *Nosotros. Número Extraordinario,* 1927, N° 219-220, pp. 75-76.

11. Julio V. González, "La universidad", Buenos Aires, *Nosotros. Número Extraordinario,* 1927, N 219-220, pp. 405-450. Al respecto ver: Leticia Prislei, *"Nosotros* y la Reforma Universitaria", Buenos Aires, *Pensamiento Universitario,* Agosto de 1994, N° 2, pp. 69-71.

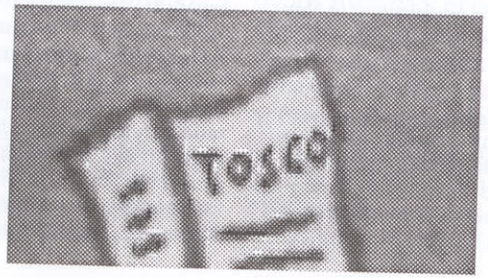
12. Nydia Lamarque, "La fuerza de América", Buenos Aires, *Nosotros. Número Extraordinario,* 1927, N° 219-110, pp. 494-495.

13. Al respecto ver: Leopoldo Marechal, "A los compañeros de la gaceta Literaria"; Vizconde de Lascano Tegui, "Croquis"; Francisco Luis Bernárdez, "Carta"; Pablo Rojas Paz, "Carta a los españoles de la Gaceta Literaria"; Raúl Scalabrini Ortiz, "Despedida de un Meridiano"; Raúl González Tuñón, "A Benjamín Jarnés"; Eduardo González Lanuza, "Liquidando un Meridiano"; I. Mario Flores, "Para el más zafado"; Enrique González Trillo, "Nadería de una Proposición"; Nicolás Olivari, "Estrangulemos el Meridiano", Buenos Aires, *Martín Fierro. Periódico quincenal de arte y crítica libre,* 15 de Noviembre de 1927, N° 44-45, pp. 385-386, en: *Revista Martín Fierro 1924-1927. Edición Facsimilar,* Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1995

14. Las preguntas que se incluyeron en la encuesta son: l) ¿Cómo ve Ud. hoy, o con espíritu objetivo, o crítico, o nostálgico, según sus inclinaciones, aquel ambiente espiritual (literario, artístico o de otro orden cualquiera) en que se inició años atrás? 2) ¿Quiénes fueron sus compañeros de entonces? ¿Cuáles los primeros círculos que Ud. frecuentó? ¿ y los ensueños e ideales de aquel grupo en que Ud. se iniciaba? 3) Cómo juzga Ud. ¿Ahora la obra de la generación a que pertenece? ¿Podría dar un juicio sobre la obra de las promociones actuales, comparándola con aquélla? Respondieron la encuesta: Angel Acuña, Juan Alvarez, Tomás Allende Iragorri, Rafael Alberto Arrieta, Delfina Molina y Vedia de Bastianini, Alfredo Bianchi, Arturo Capdevila, Edmundo D. Carbia, Alejandro Castiñeiras, Alfredo Colmo, E. M. S. Danero, Juan Carlos Dávalos, Juan Pablo Echagüe, Juan Rómulo Fernández, Vicente Forte, José Gabriel, Manuel Gálvez, Arturo Giménez Pastor, Roberto Giusti, Federico Gutiérrez, Enrique Herrero Ducloux, Carlos Ibarguren, Luis María Jordán, Arturo Marasso, Alvaro Melián Lafinur, Víctor Mercante, José A. Mercediz, Julio Molina y Vedia, Edmundo Montagne, Arturo Montesano Delchi, Ernesto Morales, Julio Noé, Carlos Obligado, Raúl Orgaz, Alfredo Palacios, Emilio Ravignani, Luis Reissig, Agustín Riganelli, Horacio Rivarola, Pascual de Rogatis, Vicente Sierra, Alfonsina Storni, Emilio Suárez Calimano, Alejandro Sux, Folco Testena, Arturo Vázquez Cey, Leopoldo Velazco y C. Villalobos Domínguez. *Nosotros,* "Una generación se juzga a sí misma", Buenos Aires, *Nosotros. Número Extraordinario de las Bodas de Plata,* 1932.

15. El diario *Crítica,* fundado por Natalio Botana en 1913 y diseñado de acuerdo al modelo periodístico de Hearst y Pulitzer, se convertiría uno de los documentos más representativos de la prensa popular en la Argentina. Hacia mediados de los años '20 incluiría en su *staff* a numerosos jóvenes vanguardistas, entre ellos a Raúl y Enrique González Tuñón, Conrado Nalé Roxlo Nicolás Olivari, Roberto Arlt, Sixto Pondal Ríos, Pablo Rojas Paz, Edmundo Guibourg, Horacio Rega Molina, Cayetano Córdova Iturburu, Santiago Ganduglia, Ulyses Petit de Murat, Luis Cané, Emilio Pettoruti, Jorge Luis Borges. Al respecto ver: Sylvia Saitta, *Regueros de Tinta. F, l diario Crítica en la década de 1920,* Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 160-182

16 Alfonsina Storni, "Una generación se juzga a sí misma, *Ob. Cit.,* p. 159



Las relaciones de Argentina con Chile y Brasil entre 1945 y 1955

*Marisol Saavedra**

Introducción

En la inmediata posguerra, Argentina habría de comenzar a sentir los efectos del aislamiento regional e internacional heredado de los años bélicos. Ello vendría a sumarse al estrangulamiento económico que padecía desde que su tradicional esquema triangular quedara definitivamente fracturado tras el eclipse británico y la ya indiscutible hegemonía estadounidense. De ahí que uno de los ejes fundamentales de la política exterior peronista estuviese orientado a superar ese aislamiento y a reemplazar el perimido modelo de intercambio, con la apertura de nuevos mercados. Ello habría de traducirse en una redefinición de los vínculos argentinos con el resto de América Latina, en particular, con los países limítrofes, comenzando por Chile y Brasil.

Este objetivo tuvo dos medios de expresión nítidos pero que, sin embargo, no habrían de rendir los frutos esperados. En primer lugar, los órganos del sistema interamericano, tanto a través de sus Conferencias como de las Reuniones de Consulta o sus organismos especializados, por ejemplo el CIES (Consejo Interamericano Económico y Social) fueron concebidos por el gobierno de Juan Perón como los foros idóneos para aglutinar a los países latinoamericanos enderredor de los problemas e intereses comunes de orden político y económico.

Asimismo, las relaciones bilaterales cobrarían una inusitada importancia, destacándose dentro de esta estrategia los convenios económicos y de uniones aduaneras. Ya entre 1946 y 1947 Argentina habría de suscribir, fuera del marco multilateral dominante en el orden internacional, una serie de acuerdos comerciales con Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. No obstante, los planes más ambiciosos de complementación a través de uniones económicas serían emprendidos recién durante los años '50.

El propósito de establecer uniones aduaneras en la región sudamericana no fue una novedad del gobierno peronista sino que puede rastrearse a lo largo de la historia de este grupo de países en varias ocasiones. La más próxima al período que nos ocupa fue un proyecto presentado por la representación argentina en la Conferencia Regional de los Países del Plata, llevada a cabo en Montevideo en enero de 1941 con la participación de Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay, además de nuestro país. Pero la propuesta, que contemplaba la posibilidad del ingreso de otras naciones, no avanzó, quedando detenida en la etapa de análisis de la cuestión[1]. Esta política habría de reci-

* Profesional Adjunta del CONICET, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bir un nuevo impulso con el gobierno de Perón dando algunos pasos concretos que concluyeron con la firma de una serie de convenios aunque, en la práctica, no llegarían a tener mayor eficacia.

Los fundamentos teóricos de la política argentina de fomento del intercambio regional por medio de convenios económicos fueron expuestos ante los delegados latinoamericanos en la IV Sesión Extraordinaria del CIES en 1954, por el entonces Ministro de Comercio, Dr. Antonio Cafiero. En esa oportunidad, el representante argentino dijo que el programa económico de nuestro país estaba inspirado "en el conjunto de los problemas de nuestros países y en la sincera convicción de que nuestros pueblos tienen su mejor solución en la conjugación integral de los problemas del continente".

La índole esencialmente agroexportadora y periférica de las economías latinoamericanas –señalaba Cafiero– las había convertido en monoproductoras o escasamente diversificadas, estructura que alcanzaba para cubrir las necesidades de los mercados ubicados fuera de la región, es decir, Europa y Estados Unidos, pero no las expectativas propias. El intercambio comercial intralatinoamericano era casi insignificante (sólo un 6% en relación con las exportaciones de América Latina a otras partes del mundo) y se hallaba obstaculizado por restricciones de vieja data de diverso carácter. En tal sentido, Argentina creía que los acuerdos regionales de complementación, al promover la intensificación y la expansión del comercio regional así como la diversificación, producirían "efectos beneficiosos sobre el conjunto de la economía latinoamericana al disminuir su vulnerabilidad frente a los factores externos". Un régimen aduanero y comercial especial para el intercambio regional posibilitaría el aumento de producciones que requerían grandes inversiones de capital y que sólo eran posibles sobre la base de amplios mercados[2].

En el mismo sentido estuvieron orientadas las palabras del Presidente Perón en aquella Conferencia de noviembre de 1953 en la Escuela Superior de Guerra, al enunciar los postulados de su proyecto *ABC*. Expuso entonces las raíces de la lucha que tendría lugar hacia el año 2000 por la obtención de alimentos y materias primas de las que América Latina y, sobre todo, el Cono Sur, era principal poseedor. De modo tal que, el desarrollo y defensa de dichos recursos hacía imprescindible la unión de estos países. Perón pensaba que el primer paso debía ser dado por Argentina, Brasil y Chile para que luego se fuera sumando el resto de los países de la región.

En el marco de esta concepción, en febrero de 1953, el Presidente argentino había viajado a Chile donde suscribió el *Acta de Santiago* sentando las bases para la unión económica de ambos países, documento que fue refrendado en julio del mismo año con la visita del primer mandatario chileno a Buenos Aires y la firma del *Tratado de Unión Económica Argentino-chilena*. Por él, ambos países se comprometían a la ampliación del intercambio comercial, la supresión paulatina de gravámenes, el aporte recíproco de capitales, la coordinación de esfuerzos para la industrialización y la expansión de transportes y comunicaciones, entre otros aspectos.

Adhiriendo al *Acta de Santiago*, el 14 de agosto de 1953 se firmaría en Buenos Aires el Convenio de Unión Económica con Paraguay. El 12 de diciembre del mismo año, en Quito, el Acta de Unión Económica Argentino-Ecuatoriana. En el transcurso del año siguiente, el 9 de setiembre, el Convenio de Unión Económica Argentino-Boliviana en La Paz, y el de Complementación Económica con Nicaragua en nuestra capital, el 14 de diciembre[3]. Sin embargo, estos sucesivos tratados no cumplieron los objetivos generales buscados, quedando limitados, en la práctica, a acuerdos de carácter bilateral sin llegar a adquirir la trascendencia que en principio se esperaba que tuvieran. Este fracaso tuvo su origen en diversas causas y sin duda una de las más importantes fue el hecho de que el ABC no pudo contar con el aporte fundamental del Brasil, debido a la negativa de su gobierno a sumarse a tal emprendimiento[4].

Brasil ocupaba un papel esencial dentro de la estrategia argentina del ABC puesto que, la unión de ambos países actuaría como contrapeso de la fuerte alianza que existía entre aquel país y los Estados Unidos, sustrayendo, al mismo tiempo, a la Argentina del rol subordinado que Washington le había asignado dentro del área sudamericana. Si bien el proyecto había surgido, según explicó el propio Perón, de conversaciones con el Presidente brasileño Getulio Vargas antes de su derrocamiento en 1945 y, a pesar de las seguridades aparentemente sinceras ofrecidas por éste, a la hora de concretar el proyecto durante su segundo mandato, Brasil se mantuvo al margen, lo cual fue interpretado como un triunfo de la política ultranacionalista de Itamaraty y ciertos sectores civiles y militares estrechamente ligados a los Estados Unidos, sobre la voluntad y poder real del jefe del ejecutivo.

La excusa esgrimida por el Canciller Neves da Fontoura fue que los pactos regionales de la naturaleza del que se estaba gestando no debían ser alentados porque ponían en peligro la unidad interamericana. Por cierto, tampoco puede dejar de tenerse en cuenta que los grupos de interés predominantes en el Brasil de la posguerra no estaban dispuestos a ceder el lugar de preeminencia que su país gozaba dentro de la región, gracias a la histórica alianza establecida con la primera potencia del mundo.

Asimismo, si bien hubo en los países vecinos algunos dirigentes o sectores políticos favorables a la integración con nuestro país, ellos convivían y se enfrentaban con otros que veían en dicha política una forma de expansionismo o dominación argentina y un motivo de choque frontal con los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Estados Unidos. Claro que estos temores se veían aumentados toda vez que necesitaban la ayuda norteamericana o en cuanto aparecía la posibilidad de que Argentina fuese la destinataria de esa ayuda. Si los Estados Unidos habían desarrollado la imagen de Argentina como país potencialmente agresivo para justificar la no provisión de armas en los años más difíciles de sus relaciones, ahora los latinoamericanos utilizaban inteligentemente el mismo argumento. Esto lo conocía el Departamento de Estado como también sabía que resultaría muy difícil que nuestro país tuviera éxito en su intento de crear lo que se denominaba un "bloque austral", sobre todo si ellos conseguían fortalecer aún más el sistema interamericano.

Las relaciones argentino-chilenas

Las relaciones entabladas entre la Argentina peronista y el país trasandino presentan dos fases bien diferenciadas: la primera, bajo la presidencia de Gabriel González Videla (1946-1952) y la segunda, durante el período correspondiente al mandato del general y amigo personal de Perón, Carlos Ibáñez del Campo.

La primera etapa se caracterizó por un distanciamiento progresivo que tendría su punto cúlmine en los años '47 y '48. Quizás no fue del todo ajeno a ello el hecho de haber sido González Videla embajador en Brasil unos años atrás y contarse entre los fervientes partidarios del mantenimiento del eje Santiago-Río de Janeiro. Lo cierto es que el profundo deterioro de las relaciones argentino-chilenas se hizo evidente en 1947, con motivo de la discusión parlamentaria en Chile del Tratado suscrito con Argentina y hacia fines de 1948 cuando se produjo allí un levantamiento cívico-militar de orientación ibañista y cuya inspiración fue atribuida al peronismo.

González Videla había sido electo Presidente en setiembre de 1946 con el apoyo de los partidos más progresistas y de izquierda. Asumiría el cargo en el mes de noviembre e integraría su gabinete con hombres representativos de dichas fuerzas. La notoria presencia de comunistas en los momentos iniciales de su administración hizo pensar que Chile adoptaría una orientación poco favorable a los Estados Unidos. Tal creencia fue abonada además por ciertas actitudes en el orden internacional como por ejemplo, la asumida respecto del veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el caso español y el extraordinario recibimiento que se le había tributado al nuevo embajador soviético.

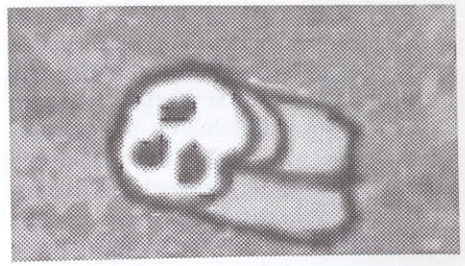
En lo interno, la gestión de González Videla no habría de ser fácil. Acuciado su país por una grave crisis económica y social, debió gobernar con facultades extraordinarias en forma casi permanente. El creciente descontento popular se manifestaría en los violentos disturbios callejeros que tuvieron lugar en agosto de 1948 en Santiago y otras ciudades del país aunque el hecho, obviamente, fue atribuido por el gobierno a la acción de elementos de extrema izquierda. Habiendo llegado al poder gracias, en buena parte, a su apoyo, el Presidente terminó deteniendo y confinando a numerosos militantes de esa tendencia y haciendo aprobar la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, en setiembre del mismo año, que declaraba la ilegalidad del partido comunista.

De modo que, aun cuando la orientación política inicial de su gobierno no evidenciaba una actitud abiertamente hostil hacia los Estados Unidos, aparecía un tanto ambigua. La situación económica y financiera de Chile era extremadamente precaria y volvía tan incierto el futuro chileno como impostergable la necesidad de obtener préstamos en el extranjero, básicamente del país del Norte. Así pues, la reacción de los Estados Unidos no tardó en hacerse sentir a través de fuertes presiones económicas.

Una vez que se produjo el cambio en la política de González Videla, tornándola netamente anticomunista, rompiendo relaciones diplomáticas con la U. R. S. S. y sus aliados y adoptando una línea de conducta de acuerdo absoluto con los intereses norteamericanos, Estados Unidos comenzó a otorgarle créditos en pequeñas cuotas para la realización de obras a largo plazo cuya ejecución dependía de la continuidad de dichos recursos. Mientras tanto, mantenía en sus manos la industria del cobre, prácticamente como monoproducción; y dado que ésta constituía la fuente principal del ingreso fiscal de Chile y que su producción íntegra se volcaba al mercado estadounidense, la dependencia económica de Chile respecto de Estados Unidos adquiría notables proporciones[5]. En este marco se inscribió el intento de establecer, bien que con bastante recelo y casi como un mal necesario, un acuerdo comercial con Argentina.

El Convenio sobre unión aduanera y cooperación económica y financiera entre las Repúblicas de Argentina y Chile

A la ceremonia realizada el 4 de noviembre de 1946 con motivo de la asunción de González Videla a la Presidencia, habría de asistir el Vicepresidente argentino Hortensio Quijano quien, en esa oportunidad, planteó la posibilidad de celebrar un tratado entre ambos países. Sin mayor demora, el senador chileno por el partido agrario-laborista, Jaime Larrain, encabezaría una misión a Buenos Aires con el objeto de negociar dicho acuerdo. Así, el 13 de diciembre se firmaría en la capital argentina el *Convenio sobre unión aduanera y cooperación económica y financiera argentino-chilena*. Por él, ambos gobiernos se comprometían a estrechar los vínculos que unían a sus países y acordaban la creación de un régimen de unión aduanera para el intercambio de mercaderías.



Dicho régimen liberaba de impuestos y derechos aduaneros de importación a los productos originarios de cada uno de los países que se introdujeran en el otro para ser consumidos o industrializados, salvo aquéllos que se hicieran constar en listas notificadas recíprocamente dentro de los 180 días a partir de la entrada en vigencia del Convenio.

El gobierno argentino, por intermedio del IAPI, otorgaba al de Chile un crédito de 100 millones de pesos moneda nacional argentina al 2, 75% de interés anual, el que debía ser aplicado exclusivamente para cubrir el saldo desfavorable para Chile que, eventualmente, pudiera arrojar el intercambio comercial entre ambos países. Argentina invertiría en el país trasandino hasta 300 millones de pesos moneda nacional a fin de colaborar en la creación de nuevas actividades económicas o de intensificar las existentes y aumentar las exportaciones chilenas a nuestro país, en especial pero no en forma excluyente, las de cobre, hierro,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

acero, salitre, carbón, madera y energía eléctrica que no se destinaran a cubrir necesidades del mercado interno chileno. Para ello se constituiría en Chile una sociedad de financiación integrada por el IAPI y la Corporación de Fomento de Chile; el directorio lo conformarían seis directores designados tres por cada uno de estos organismos y estaría presidido por un chileno.

Al término de la sociedad –que duraría 50 años– el gobierno del país vecino se comprometía a restituir totalmente el capital aportado por el IAPI y al pago de un interés del 4% anual sobre los importes utilizados para la financiación de empresas chilenas. Si las utilidades excedieran dicho porcentaje en algún ejercicio anual, el excedente se distribuiría por partes iguales entre la Corporación de Fomento y el IAPI. El Convenio contemplaba asimismo un empréstito externo emitido en Buenos Aires por el gobierno chileno, destinado a desarrollar un plan de obras públicas en Chile que serían complementadas con otras que se ejecutarían en Argentina a efectos de fomentar y coordinar el intercambio comercial entre ambos países.

El gobierno chileno adquiriría al IAPI las maquinarias e implementos que no se produjeran en Chile y que fuesen necesarios para la ejecución de las referidas obras públicas. Sólo si el IAPI no pudiera suministrarlos o lo hiciese a mayores precios que los vigentes en otros mercados, Chile podría adquirir esos elementos en otros países. Y si tuviera que destinar parte de los fondos del empréstito a adquirir productos a terceros países, podría transferirlos de Argentina al país proveedor en libras esterlinas o dólares estadounidenses a través del mercado libre de cambio argentino al tipo que rigiera en la fecha de realización de cada operación. Otros capítulos del convenio se referían a medios de transporte, libre tránsito, depósitos de mercaderías objeto del intercambio, comunicaciones aéreas, seguros y películas cinematográficas[6].

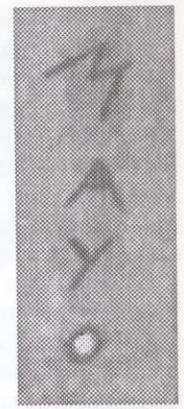
En enero de 1947 el gobierno argentino aceptó algunas modificaciones propuestas por el Presidente de la Misión comercial chilena, Jaime Larrain, las cuales no alteraban en esencia el convenio inicial pero tendían, sin duda, a hacerlo más aceptable ante la opinión pública de Chile: el crédito de 100 millones de pesos otorgado por Argentina duraría 3 años en lugar de 2; los intereses que devengaría ese crédito se aumentaban a 3, 5% anual pero se fijaban 10 cuotas semestrales en lugar de 4 para su amortización total; en cuanto a las utilidades excedentes que la sociedad de financiación pudiese obtener por encima del 4%, el gobierno argentino acordaba que no fuesen distribuidas sino que se reservasen para cubrir posibles déficits en ejercicios futuros[7].

Quizás por la prisa con que se había alcanzado este acuerdo, lo cierto fue que la opinión pública del hermano país, parte de su intelectualidad y de su clase política se alarmaron y reaccionaron en su contra, llegando en ciertos casos a calificarlo de "leonino". Las discusiones internas que tuvieron lugar a raíz del Convenio –que, vale aclararlo, nunca llegaría a implementarse– estuvieron teñidas de un fuerte color político. Por un lado, existían genuinos temores a que la economía chilena fuese absorbida por el poderío argentino, con el agravante de que el supuesto expansionismo del régimen peronista pudiera ejercer influencia también en la esfera estrictamente política; por el otro, la división de las opiniones de los partidos chilenos en pro y en contra del acuerdo parecía, al menos en ciertas circunstancias, obedecer más a cuestiones domésticas que a aspectos específicos del tratado.

En opinión de la embajada argentina en Santiago, éste era utilizado por comunistas y liberales como moneda de cambio para obtener la aprobación o el veto de leyes vinculadas con la sindicalización de trabajadores agrarios. Al mismo tiempo, para el embajador Carlos Güiraldes, era "indiscutible la influencia norteamericana como fuerza alentadora e inspiradora de la oposición". Los Estados Unidos, a través del Eximbank, se apresuraban a proteger sus intereses económicos en Chile, otorgando a la Corporación de Fomento un crédito por 5.300.000 dólares al 3% de interés y a 10 años de plazo, cuando antes lo hacía al 4% y por 5 años. Según le explicara el propio Larrain, la demora en aprobar el Convenio era "intencional" puesto que si los créditos norteamericanos que se estaban gestionando llegaban a concretarse no sería necesaria la aprobación del acuerdo con Argentina[8].

Los meses siguientes fueron testigo de nuevas propuestas de enmiendas, marchas y contramarchas que fueron diluyendo la posibilidad de alcanzar un entendimiento definitivo. En ello no habría de estar ausente el propósito del gobierno de González Videla de aparecer ante la opinión pública chilena como los verdaderos gestores de la negociación y como celosos defensores de una soberanía económica que no se entregaba fácilmente al vecino más fuerte. Pero también gravitaban otros factores adversos como los intereses de ciertos sectores agrícolo-ganaderos poderosos y los órganos de prensa mayoritariamente subordinados al capital extranjero.

Prueba de ello era que aún en setiembre de 1948 el Convenio continuaba sin aprobación parlamentaria. Para ese entonces, como apuntaba el nuevo embajador argentino López Muñiz, aunque fuese preciso revisar algunos de sus ítems, ya no podían quedar dudas de que "cuando se demora intencionalmente la aprobación de esta clase de acuerdos es porque existe el propósito de dejarlos envejecer y morir por obra del tiempo"[9]. En consecuencia, el Convenio argentino-chileno no llegó a tener una aplicación efectiva, quedando reducido a servir de mero instrumento utilizado por el gobierno de Chile para obtener beneficios de orden económico por parte de los Estados Unidos.



Los últimos años del gobierno de González Videla se caracterizaron por roces permanentes con el régimen peronista: a la creencia mayoritariamente compartida por los chilenos de que Argentina había tenido injerencia directa en el complot antigubernamental descubierto en noviembre de 1948, vino a sumarse la denuncia efectuada por la embajada argentina en Río de Janeiro contra Mario Rodríguez, ministro consejero de Chile en Washington, a quien se acusó de comunista. Esto fue interpretado por el gobierno trasandino como una muestra más de la hostilidad argentina. Así que González Videla solicitaría al embajador norteamericano algún gesto de parte de los Estados Unidos que sirviese de apoyo y fortalecimiento a su administración, tanto en el orden interno como en sus relaciones con Argentina. No obstante, el Departamento de Estado se limitó a señalar, por toda respuesta, que no había evidencias concretas respecto de las supuestas intervenciones argentinas en asuntos internos de sus vecinos, no pudiendo entonces hacer otra cosa que creer que los temores de éstos eran exagerados y reiterar su amistad y lealtad a los prin-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cipios y obligaciones existentes dentro del sistema interamericano[10].

En agosto de 1949 hubo un serio intento del gobierno de González Videla de acusar a su par de Argentina ante las Naciones Unidas de desestabilizador y amenaza para la paz de América, tentativa de la que habría desistido por no contar con apoyo suficiente por parte de otros países latinoamericanos. Una vez más, como en otras ocasiones, Perón debió recurrir a la intervención de su amigo personal y uno de los pocos políticos que simpatizaban con el Presidente argentino, el senador Arturo Alessandri, a fin de poner freno a tal iniciativa.

Alessandri habló prestamente con el Presidente chileno, persuadiéndolo de continuar adelante con tal intento. Y si bien González Videla reconoció entonces que había obrado impulsivamente, también le hizo saber que su gobierno estaba dispuesto a apoyar dentro de la ONU cualquier declaración que tendiera a reforzar la posición de los gobiernos democráticos frente a la proliferación de regímenes militares o de facto, en la seguridad de que tal declaración –que sería presentada por Bolivia– daría lugar a que los delegados chilenos pudieran llevar el debate a un pronunciamiento de la Asamblea contrario a la Argentina[11].

Seguramente porque esta actitud del gobierno chileno no contaba con suficiente consenso como para triunfar, González Videla debió aceptar que no podía ir más allá sin afectar en cierta forma al sistema interamericano en su totalidad. A partir de entonces, algunas de sus medidas –como el reemplazo de varios funcionarios netamente identificados con el sentimiento antiargentino– fueron percibidas como muestras de sus deseos de mejorar los vínculos con Argentina o, al menos, no agravarlos. A pesar de ello, para que llegara un cambio notorio tanto en las formas como en el fondo de las relaciones entre Argentina y Chile habría que esperar hasta el ascenso del general Ibáñez al poder, en 1952.

La unión económica argentino-chilena

Carlos Ibáñez del Campo, a diferencia de su antecesor, sí fue partidario de un efectivo entendimiento con la Argentina. Amigo personal de Perón desde que éste estuviera en Chile cumpliendo funciones derivadas de su rango militar, había proclamado su candidatura a la presidencia chilena en la ciudad de Buenos Aires. Ello, así como le valió una buena cuota de oposición, también anticipó inequívocamente la orientación de su futura gestión en cuanto a política exterior.

Los primeros pasos en tal sentido fueron dados en febrero de 1953, oportunidad en que el Presidente argentino viajó a Santiago acompañado por una importante delegación constituida por funcionarios, dirigentes sindicales, periodistas, legisladores y militares. Entonces, además de autorizarse la exportación argentina de 10.000 cabezas de ganado y reabrirse el túnel internacional de los Andes, habría de firmarse el *Acta de Unión Económica Argentino-chilena* o *Acta de Santiago*. Este documento expresaba la voluntad de ambos mandatarios quienes, inspirados en "los principios comunes de soberanía política, justicia social e independencia económica", establecían la unión económica entre sus países a efectos de consolidar una unidad de acción para alcanzar el progreso y el bienestar de los pueblos. Esa unión, inscripta dentro del "ideal panamericano de cooperación entre las naciones del continente", quedaba abierta a la adhesión del resto de las naciones del continente. Sus aspectos resolutivos disponían que:

1. ambos gobiernos concertarían planes económicos que permitieran ampliar el intercambio comercial; coordinar las respectivas producciones aumentando los saldos exportables; impulsar el proceso de industrialización mediante el aporte de capitales y alcanzar, en suma, la complementación de ambas economías.

2. en un plazo de 120 días a partir de la fecha de suscripción Chile y Argentina debían concertar un Tratado que condujera a la eliminación gradual de los derechos de aduana, impuestos y otras tasas que gravaban o restringían el comercio entre las dos naciones.

3. dentro del mismo plazo, ambos gobiernos debían acordar un sistema de pagos derogando o modificando las disposiciones vigentes sobre tipos de cambio, distribución de divisas, movimiento de fondos y trámites administrativos y bancarios que dificultasen dichos pagos[12].

Al término de la ceremonia en el Palacio de la Moneda, ambos Presidentes se asomaron a los balcones del edificio y dirigieron la palabra a la multitud reunida en la Plaza Bulnes. Los dos exaltaron las virtudes del acuerdo que, señalaron, sin duda redundaría en beneficio de Chile y Argentina; pero también tenía como meta más auspiciosa la completa unidad latinoamericana, concepto que no excluía sino que favorecía "las relaciones de buena vecindad en todo el continente". Asimismo, como para no dejar lugar a dudas y acabar con las suspicacias que se habían levantado en "muchos idiomas", hicieron expresa mención de que el acuerdo alcanzado respondía a las conveniencias mutuas y no había sido pensado en contra de nadie[13].

En rigor de verdad, este primer compromiso tendría más trascendencia política que estrictamente económica. Perón se había entrevistado en la capital chilena con dirigentes sindicales y dictado conferencias en la Universidad, actitud que fue interpretada por muchos como un intento de "sembrar el peronismo". Por otra parte, si la intención de Perón había sido fortalecer con su visita al gobierno de Ibáñez, ella parecía haber producido el efecto contrario pues, el hecho de que el ibañismo no lograse la mayoría parlamentaria en las elecciones de marzo fue atribuido precisamente a las negociaciones emprendidas con Argentina[14].

A raíz de este traspié, el Presidente argentino escribiría a su colega chileno recordándole que la esperanza del pueblo de Chile lo había hecho Presidente, que su responsabilidad era enorme y que su acción lo convertiría en verdadero líder de su pueblo. En el orden interno, le aconsejaba tomar sin demora algunas medidas. Con respecto al acuerdo económico firmado entre ambos, Perón sugería actuar con igual celeridad: "Realizar todo lo que directamente podamos sin esperar más. Designar ya mismo comisiones de estudio y avanzar con ellas aun cuando no sea sino para no "dejar enfriar el asunto" y mantener latente el interés despertado. Dar amplia publicidad allí y acá a todo lo referente a este asunto en forma de demostrar todos los días cómo avanza en su realiza-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ción. Quizás el asunto de internación de ganado podría iniciarse rápidamente en forma de presentar allí una abundante provisión a precios rebajados. Sería de un efecto excelente. Por las cuentas no debe preocuparse, pues los efectos políticos buscados son superiores a toda otra consideración. Pagamos a medias, si es preciso... En esto, mi general, deseamos servirlo de la mejor manera. Usted dirá qué debemos hacer"[15].

Era obvio que Perón tenía suma urgencia por dar impulso al *Acta de Santiago*. Pero más que las consideraciones estrictamente económicas le interesaba el efecto político que podía lograrse y, sobre todo, el sustento interno del régimen ibañista. Ese impacto político el Presidente argentino lo manejaba en el país a través de la prensa local la cual, casi unánimemente, resaltaba la importancia del acuerdo alcanzado. Del mismo modo, era imprescindible que se trabajara en Chile en favor del éxito y de la trascendencia de las gestiones iniciadas.

Pero a pesar de las mejores intenciones que el Presidente chileno pudiese abrigar, la oposición habría de poner una serie de obstáculos a las negociaciones. Los cuestionamientos al *Acta de Santiago* se asentaban sobre la tesis de que los intereses vitales de Chile se veían afectados en tanto se favorecía excesivamente a nuestro país. Al mismo tiempo, algunas voces se alzaban en su contra sosteniendo que se oponía a los principios sustentados por la Carta de San Francisco y la O. E. A.

En los meses siguientes, un cierto desinterés por profundizar los lazos con Argentina pareció instalarse en las esferas gubernamentales del país vecino. Seguramente esa falta de interés respondía a la voluntad del gobierno de Ibáñez de no despertar aún una mayor oposición. El *Acta* casi no fue mencionada por él en su mensaje al Congreso del 21 de mayo. El Ministro de Relaciones Exteriores, Arturo Olavarría, uno de los más fervientes impulsores de la integración, fue bruscamente separado de su cargo y la propuesta argentina presentada en Santiago en el mes de junio –que incorporaba al primitivo proyecto de unión económica otros aspectos relativos a cuestiones políticas, culturales y militares– fue rechazado por el gobierno chileno, presentando una contrapropuesta de índole estrictamente económica[16].

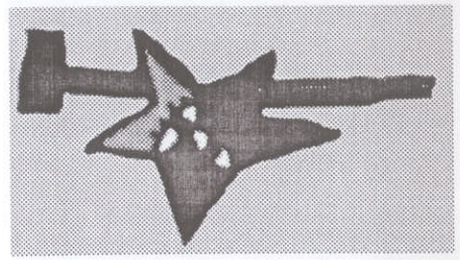
No obstante, el 8 de julio de 1953 habría de suscribirse en Buenos Aires entre Perón e Ibáñez el *Tratado de Unión Económica Argentino-chilena*. Esa unión se implementaría de acuerdo a ciertas normas fundamentales. En materia de complementación económica, ellas establecían la concertación de planes económicos destinados a ampliar el intercambio comercial, la coordinación de las respectivas producciones nacionales y el aumento de los saldos exportables; así como el desarrollo de la industrialización de ambos países mediante el aporte recíproco de capitales. Estos planes tendrían por principal objetivo establecer las bases de una complementación en materia de producción forestal, minera, agropecuaria, industrial y energética.

En cuanto a gravámenes a la importación o exportación, se determinaba la supresión de derechos aduaneros, impuestos, tasas excesivas y toda otra medida que restringiera el intercambio entre ambos países. Estas reformas se efectuarían en forma gradual y coordinada; se confeccionarían listas de productos que quedarían exentos de impuestos aduaneros en uno y otro país; se promovería, asimismo, la mayor simplificación de los requisitos aduaneros y se unificaría la documentación exigida para la identificación de la procedencia de las mercaderías.

En materia de cambios, se modificarían y coordinarían los regímenes vigentes en cada uno de los países que regulaban los movimientos de fondos, tipos de cambio y distribución de divisas a fin de facilitar el intercambio comercial y financiero. Al mismo tiempo, se implementaría un sistema de pagos práctico y flexible que facilitara las transferencias al país de origen de capitales y utilidades correspondientes a inversiones o negocios efectuados por nacionales de uno y otro país.

También se establecían las normas para la creación y funcionamiento de los Consejos Nacionales que debían formarse en cada país y del Consejo General de la Unión Económica Argentino-chilena constituido por ambos. Estos organismos, compuestos por cinco miembros titulares y cinco suplentes, se encargaría de estudiar y proponer ante sus respectivos gobiernos y ante el Consejo General los proyectos adecuados para llevar a la práctica los principios y estipulaciones contenidos en el tratado base y otros acuerdos complementarios.

Al Consejo General –que debía constituirse dentro de los 90 días– correspondía la tarea de aprobar, rechazar, modificar y someter, por intermedio de los Nacionales, a la decisión de los gobiernos pactantes las diversas propuestas elaboradas. También estaba facultado para solicitar a los Consejos de cada país informes o estudios relativos a la complementación de ambas economías. Asimismo, debía examinar el estado de ejecución de los acuerdos pactados y sugerir las medidas conducentes a su mejor desarrollo y aplicación. Este Consejo se reuniría cada tres meses pudiendo hacerlo además en forma extraordinaria toda vez que lo solicitara cualquiera de los gobiernos con una finalidad determinada. Sus reuniones se llevarían a cabo en forma alternada en Buenos Aires y



Santiago, presididas por el Jefe de Estado del país sede, su Ministro de Relaciones Exteriores u otro Ministro designado por el Ejecutivo. Dictaría su reglamento interno y fijaría su presupuesto anual de gastos que serían solventados por ambos países en partes iguales[17].

El 27 de octubre de 1953 el gobierno argentino creó por Decreto el Consejo Nacional de la Unión Económica Argentino-chilena, integrado por representantes de los Ministerios de Relaciones Exteriores, Asuntos Económicos, Comercio Exterior, Finanzas y Asuntos Técnicos. También concurrirían a sus sesiones, en calidad de adjuntos, un delegado de la C. G. T. y otro de la C. G. E. El mismo decreto reglaba también la organización y funcionamiento de dicho Consejo cuya reunión constitutiva se llevaría a cabo el 11 de noviembre del mismo año, presidida por el Canciller Jerónimo Remorino.

Los objetivos que habían impulsado a ambos mandatarios a firmar el Tratado de Unión Económica habrían de ser reiteradamente expuestos tanto por Ibáñez como por Perón durante los días en que el chileno permaneció en Buenos Aires. En su opinión, era natural que los pueblos del continente estrechasen lazos y procurasen la consolidación de una política integrativa. Pero sus declaraciones ante el director del diario brasileño *O Mundo*, Geraldo Rocha, a la vez que provocaron un gran revuelo internacional pusieron en descubierto la falla de la que adole-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cía el emprendimiento argentino-chileno: la sensible ausencia del Brasil.

Al ser preguntado sobre si el convenio se haría extensivo a otros países latinoamericanos, Ibáñez respondió que ésa era la máxima aspiración de ambos: "El Presidente Perón y yo –dijo– estamos hermanados en los sentimientos de la latinidad y estamos convencidos de que no hay más lugar en el mundo para pequeñas naciones". El principio de igualdad de las naciones parecía desaparecer en la posguerra: el mundo se dividía ahora en grandes naciones con derecho a voto y veto y las naciones pequeñas "sólo con el derecho de contribuir y sin ventajas de ninguna especie". Era entonces de esperar que el Brasil, así como otros pueblos de América Latina, se sumaran al pacto que se acababa de firmar.

"Ruego pues a *O Mundo* que sea mi intérprete –finalizaba Ibáñez– para que el Presidente Getulio Vargas, junto con la población civil y militar del Brasil, les transmita mi más absoluta certeza de que el Brasil de hoy no desmentirá su pasado de creador del 'ABC", obra inmortal de los dos grandes estadistas brasileños: Rio Branco y Lauro Müller, que antes de la primera guerra tuvieron la visión de las necesidades urgentes de la actualidad y de que la unión latina se tornaría en una necesidad vital en este continente [...]". Pero sus palabras habrían de ser mal interpretadas. Su opinión acerca de que no había más lugar en el mundo para pequeñas naciones se entendió como "el programa de guillotina" a ser aplicado a Uruguay, Paraguay y otros países de la región, es decir, una política imperialista, al margen de los acuerdos regionales de la cual el propio Chile podría llegar a ser una víctima[18].

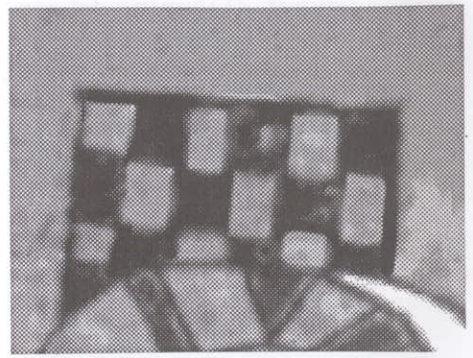
Pocos días más tarde, Perón refrendaría las palabras de Ibáñez ante el mismo medio. Tras aludir a la histórica aspiración contenida en el ABC, declaró que "hubiese deseado, y esto lo conoce el Presidente Vargas, que este pacto se hubiera realizado ya hace tiempo con Brasil y estamos prontos a realizarlo en cualquier momento sobre las mismas bases justas y convenientes. Creo que la creación brasileña del ABC podría tener hoy más actualidad que nunca y en el futuro será quizás impuesta por las circunstancias. El año 2000 nos encontrará unidos o, sino, tal vez dominados. Nuestra responsabilidad es tremenda. Si no estamos a la altura de nuestra misión histórica seremos severamente juzgados por la generación de ese año"[19].

No obstante, el impulso inicial habría de irse diluyendo con el transcurso del tiempo. Ya un despacho de la embajada norteamericana del 17 de julio comentaba la reciente visita del Presidente chileno a Buenos Aires en los siguientes términos: "El interés del general Ibáñez se ha ido desvaneciendo con su partida de Buenos Aires [...]. La visita de Ibáñez, que fue todo un éxito protocolar, no lo ha sido en absoluto en cuanto a logros concretos. Los argentinos se sintieron defraudados por la resistencia chilena a formalizar una "unión económica" más agresiva pero se comportaron decorosamente y lograron disimular su frustración. En la estela de reuniones de alto nivel Perón-Ibáñez, la siguiente frase goza de gran popularidad en Buenos Aires: 'Modernícese, peronícese y báñese' "[20].

Lo cierto es que tanto el tratado en sí como los trabajos futuros que de él se derivaban se vieron muy dificultados en el país vecino. Buena parte de la opinión pública chilena y de su clase dirigente no podía dejar de ver con desconfianza el acercamiento y compromiso alcanzado con nuestro país. Para estos sectores, lo que Perón buscaba en realidad era un entendimiento con los Estados Unidos en cuanto le fuera posible, y utilizaba a los países sudamericanos como cartas de triunfo en su lucha contra el país del Norte. Si Argentina hubiese podido, por medio del inaceptable tratado propuesto –se decía– llegar a poseer las riquezas mineras de alto valor estratégico que Chile poseía, los norteamericanos no habrían tenido otra alternativa que mostrarse más dispuestos a escucharlo y concederle las ventajas que Perón estaba empeñado en conseguir[21].

Entre los logros concretos que pueden señalarse dentro del marco del *Tratado de Unión* se encuentra el *Convenio de Intercambio Comercial y de Pagos,* firmado en Santiago el 19 de febrero de 1954, tendiente a impulsar el desarrollo de las relaciones económico-financieras entre ambos países, en base al establecimiento de condiciones equitativas de intercambio y de un régimen de pagos estable. En él se incorporaron nuevos productos, especialmente artículos no manufacturados; se establecieron disposiciones referidas a facturación de operaciones comerciales en dólares y a transferencia de capitales, utilidades y créditos. Por notas anexas, se fijaron las bases para el intercambio de trigo argentino por acero chileno y las condiciones para futuras ventas de ganado y carne congelada argentina, cobre y salitre chileno[22].

Sin embargo, puede decirse que los avances no fueron notables en cuanto a una efectiva integración de ambas economías. Tras el derrocamiento de Perón, la Revolución Libertadora vendría a dar el golpe de gracia, cancelando todos los tratados de uniones económicas suscriptos por la administración peronista. Incluso las relaciones entre ambos mandatarios parecen haberse ido enfriando con el tiempo a punto tal que Ibáñez no mostraría mayor interés en recibir a Perón como exiliado. Desde Caracas, éste escribiría a la chilena María de la Cruz, amiga personal y ferviente admiradora suya, recordando que él siempre había tratado de ayudar al Presidente chileno, que había hecho su viaje a Santiago para "favorecerlo políticamente en los momentos en que su situación no era buena para las elecciones", que los pactos económicos no sólo eran favorables para las relaciones entre ambos países sino que fueron beneficiosos para Chile y su gobierno y que nadie podía saber mejor que Ibáñez cómo se había portado con él antes y durante su gestión gubernativa. Pero, finalizaba Perón, "la gratitud no es la condición saliente de los hombres públicos [...]"[23].



Las relaciones argentino-brasileñas

El análisis de las relaciones argentino-brasileñas en el período que nos ocupa no puede hacerse sin tener en cuenta dos elementos esenciales: la histórica puja existente entre ambos países –ya fuese manifiesta o latente– por el predominio regional y los vínculos bilaterales establecidos por Brasil y Argentina con la primera potencia del mundo.

Durante la Segunda Guerra Mundial Brasil decidió alinearse de manera indubitable con los Estados Unidos. Argentina, en cambio, optó por man-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tenerse neutral. Al término del conflicto, Brasil había consolidado una fuerte alianza con la potencia hegemónica, llegando a convertirse en el país sudamericano clave dentro de la estrategia norteamericana. Ello posibilitó que Brasil fuese objeto de un firme apoyo económico y político así como de una importantísima asistencia militar, mientras que Argentina sufría un hostigamiento político constante y un bloqueo económico y militar.

Las ventajas del Brasil sobre Argentina en sus relaciones con Estados Unidos se basaron esencialmente en: 1) la complementariedad de las economías brasileña y norteamericana paralela, aunque más limitada, a la complementariedad entre la economía argentina y británica; 2) la excelente relación histórica entre Brasil y Estados Unidos desde 1889 producto, en parte, de la primera; y 3) el hecho de que el nordeste brasileño, cercano a la costa africana, era percibido por los estrategas norteamericanos como el punto más vulnerable del hemisferio.

Si bien estos tres factores fueron importantes, no cabe duda que, en última instancia, fueron la "relevancia estratégica" de Brasil y la "irrelevancia" de la Argentina las que explican a las claras las diferentes actitudes de Estados Unidos para con uno y otro país. Si antes de la guerra la supremacía pertenecía a Argentina, en la posguerra quedaría al descubierto que el equilibrio de poder en Sudamérica se había invertido: mientras los créditos otorgados por la superpotencia a Argentina entre 1946 y 1955 sumaron 274 millones de dólares, para Brasil llegaron a 1.280 millones[24].

De acuerdo con la evaluación efectuada por la embajada argentina en Río, si Brasil aspiraba a la supremacía en Sudamérica tenía dos posibilidades: apoyarse en Estados Unidos o compartir su liderazgo con Argentina, integrándose a las propuestas peronistas de unión económica. Pero el temor de Brasil era que en el desarrollo de tal política Argentina se impusiera, anulando las aspiraciones brasileñas. De modo que lo más seguro para ellos era continuar con la alianza ya firmemente anudada con la superpotencia. Asimismo, la política diseñada sobre esta base por Itamaraty contaba con un amplio consenso público. Las escasas excepciones no llegaban casi a exteriorizarse en forma abierta e, incluso, aquellos que no simpatizaban demasiado con una política netamente pronorteamericana –entre los que podía incluirse a Vargas– concebían a Estados Unidos como una "necesidad fatal" para el Brasil y obraban en consecuencia.

Por ende, la política de Itamaraty respecto de Argentina se caracterizó por la oposición sistemática a todo cuanto pudiera favorecer a nuestro país, aun cuando las declaraciones públicas de sus funcionarios y del gobierno en general pareciesen amistosas. Esta actitud se basaba en la creencia de que el predominio brasileño en Sudamérica sólo podría verse amenazado por un potencial expansionismo argentino. No obstante, la Cancillería del Brasil comprendía que una actitud pública hostil hacia Argentina sería contraproducente por la desconfianza que despertaría en los demás gobiernos de la región, los cuales no dejaban de observar con cierta preocupación sus constantes críticas al régimen peronista[25].

Una consecuencia de la orientación impresa por Itamaraty a la política exterior del Brasil, basada en la permanente rivalidad con Argentina, fue el especial cuidado con que llevó adelante sus relaciones con países vecinos al nuestro, en particular, Chile, Bolivia, Paraguay y Uruguay. En Bolivia, Itamaraty apoyaba la estabilidad del gobierno contra las sucesivas conspiraciones villarroelistas que, se decía, estaban amparadas por el gobierno argentino. En el campo económico, la disputa parecía estar centrada en el petróleo boliviano. Paraguay era desde largo tiempo atrás escenario de la rivalidad argentino-brasileña, expresada tanto en las sucesivas crisis políticas como en la pugna por controlar su economía y su comercio. Con Uruguay, Brasil desarrollaba una política de acercamiento tendiente a debilitar sus relaciones con Argentina.

Mas aún, en esta táctica para debilitar el poderío argentino en la región, Itamaraty apelaba al apoyo de los Estados Unidos. Durante la presidencia de Gaspar Dutra, los brasileños habían transmitido al Departamento de Estado sus inquietudes respecto de la "megalomanía" de Perón, la cual temían que pudiera llevarlo a realizar "peligrosas aventuras", no por medio de ataques directos a Uruguay o Paraguay, pero sí infiltrándose o fomentando disturbios que provocasen cambios de gobiernos, quedando éstos subordinados a su política. Sin embargo, Washington había optado por colocarse a un costado de la situación, limitándose a restar importancia a los temores brasileños: Argentina no podía estar gestando una aventura exterior sin que Estados Unidos lo supiera y, ciertamente, no tenían ninguna noticia al respecto. Asimismo, ellos mantenían su firme compromiso con las obligaciones emanadas del TIAR respecto de la paz y seguridad hemisférica[26].

Con respecto a Chile, Brasil trató siempre de afianzar el eje Santiago-Río de Janeiro, sobre todo, cada vez que un acercamiento entre los gobiernos chileno y argentino cobraba visos serios de concreción. Así, hizo saber al gobierno de González Videla sus temores y aprensiones respecto del Convenio chileno-argentino suscripto en

1946 y por el cual Brasil creía verse perjudicado. Aun cuando Chile ofreció celebrar uno similar, el hecho de no tener fronteras comunes hacía pensar a los brasileños que sería prácticamente imposible equilibrar "los favores excepcionales" que dicho acuerdo confería a nuestro país[27].

También durante la gestión de Vargas, tanto la Cancillería como las Fuerzas Armadas del Brasil se orientaron a atraer a Chile a la órbita brasileña e interferir sus relaciones con Argentina. La Unión Económica Argentino-chilena alcanzada en 1953 provocaría, en este contexto, la lógica reacción de Itamaraty que, inmediatamente, buscó reforzar sus tradicionales lazos con el país trasandino. La prensa brasileña también reaccionó, pero sin atacar a Chile con la virulencia que era usual hacia nuestro país. Cuando los medios periodísticos se referían al acuerdo lo hacían cuestionando la "política de bloques continentales" de la que responsabilizaban sólo a Argentina. Si mencionaban a Chile lo hacían intentando dar la sensación de que el gobierno de Ibáñez se encontraba minado y sin futuro[28].

Brasil ante el ABC

Getulio Vargas llegaría al poder

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nuevamente en las elecciones de 1950 con el apoyo del Partido Trabalhista. En Buenos Aires su ascenso fue gratamente recibido pues se pensó que ello abriría una nueva etapa en las relaciones bilaterales. Abonaba esta creencia la designación como Jefe de la Casa Civil de la Presidencia de Lourival Frutes, considerado la eminencia gris que asesoraba al Presidente y partidario del régimen argentino. Sin embargo, ambos tendrían que terminar aceptando "como un fatalismo la necesidad del apoyo norteamericano"[29].

Si bien Vargas representaba a los sectores nacionalistas y antiimperialistas, de poco servirían sus intentos de desarrollar una política más independiente respecto de los Estados Unidos. Varios factores jugaron en su contra: las presiones norteamericanas, las de los grupos internos fuertemente ligados a los intereses económicos de la superpotencia y la tradicional alianza política establecida por Itamaraty con el país del Norte. Al mismo tiempo, todos los sectores de la oposición rechazaban de plano un posible acuerdo entre el varguismo y el peronismo: "un bloque Brasil-Argentina era precisamente lo que encabezaba la lista de cosas a impedir"[30]. Esta situación lo llevaría a desarrollar una política de cierta equidistancia y ambigüedad respecto de una posible integración económica con Argentina y otros países del Cono Sur. En tal sentido, Vargas "no avivaba la llama pero tampoco dejaba que se apagara totalmente"[31].

Una muestra de dicha ambigüedad fue la designación de Joao Neves da Fontoura, abiertamente hostil a Perón y a cualquier aproximación a la Argentina, al frente del Palacio de Itamaraty, al mismo tiempo que nombraba a Batista Luzardo, amigo personal de Perón, como embajador en Buenos Aires. Para el Canciller las malas relaciones entre Argentina y Estados Unidos beneficiaban a Brasil. Luzardo pensaba, en cambio, que un mayor acercamiento entre Brasil y Argentina no implicaba necesariamente perjudicar sus vínculos con Washington; incluso, a su entender, ambas situaciones podían ser utilizadas por Brasil para contribuir a un mejor entendimiento argentino-norteamericano[32].

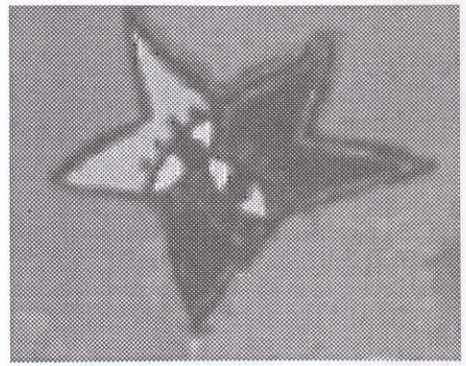
A través del nuevo embajador brasileño, Perón habría de sondear la opinión de Vargas acerca de su proyecto de reeditar el antiguo ABC. Según lo relató posteriormente el Presidente argentino, su colega brasileño había aprobado la idea, por lo cual él había viajado a Santiago en febrero del '53 con la seguridad de que Brasil se uniría luego al compromiso que se firmaría allí. Sin embargo, el Acta recibiría duras críticas y el rechazo total de Itamaraty: Neves da Fontoura haría pública su oposición a dicho acuerdo fundándola en que la formación de bloques regionales era hostil a los Estados Unidos y atentatoria contra los principios y objetivos del sistema interamericano. Asimismo, no parecía producto de la casualidad que precisamente durante la estadía de Perón en la capital chilena Brasil aprobase el Pacto Militar firmado con Estados Unidos y mantenido en suspenso desde marzo de 1952.

A raíz de ello y de acuerdo con la voluntad de Perón, en marzo de 1953, Luzardo escribiría a Vargas transmitiendo el deseo del Presidente argentino de viajar allí para entrevistarse personalmente con él a fin de "deshacer definitivamente las aprensiones que pueden existir por parte de Brasil o en otros lados en cuanto a la lealtad de su conducta internacional[33]. Sin embargo, el viaje de Perón no llegaría a realizarse.

En su entrevista del 14 de mayo, Perón impondría al embajador norteamericano, Albert Nufer, acerca de sus relaciones con el Presidente Vargas y su proyecto de unión económica. Comenzó explicando de qué modo lo había apoyado durante su campaña electoral de 1950 y cómo el brasileño le había asegurado que, de resultar elegido, trabajarían juntos en favor de una unión económica entre ambos países. También le había prometido que lo invitaría a visitar Río. No obstante, al poco tiempo de asumir la Presidencia, Vargas le había enviado una carta en la que le decía que, previendo una muy fuerte oposición de los elementos comunistas, resultaba aconsejable postergar su viaje a Brasil. Dos años más tarde, el brasileño le había propuesto encontrarse en algún lugar de la frontera. Pero Perón le había respondido que eso podía parecer clandestino y que si el encuentro no podía realizarse en Río o en Buenos Aires era preferible volver a posponerlo.

Cuando Ibáñez asumió la Presidencia de Chile –continuó explicando Perón– lo invitó a ir a Santiago. Él, teniendo en cuenta los compromisos asumidos previamente con Vargas, solicitó su aprobación para que el encuentro con el chileno se llevara a cabo. Vargas no sólo aprobó la idea sino que, además, solicitó a Perón que actuara como su portavoz ante Ibáñez. De modo que muy poco grata le había resultado la sorpresa de que, estando en Chile, el Canciller Neves criticase tan duramente el acuerdo económico argentino-chileno.

Luego de su regreso a Buenos Aires, el Presidente brasileño envió a Geraldo Rocha para que le transmitiera sus disculpas y le explicara lo sucedido. Según lo expresado por Perón ante el norteamericano, Vargas no lograba controlar plenamente a sus Ministros, en particular, al Canciller, por lo que él le había respondido con una nota en términos conciliadores y reiterándole la necesidad de cooperar estrechamente para bien de ambos países.



Entretanto, Brasil había invitado al Presidente Odría de Perú a visitar el país lo cual, para Perón al menos, significaba que se estaba intentando reemplazar el eje Río-Santiago por otro Río-Lima, en una clara maniobra dirigida contra Argentina[34].

En julio, Perón enviaría al diputado Héctor Cámpora a Río de Janeiro con el objeto de gestionar nuevamente un encuentro con Vargas. Sin embargo el brasileño volvió a eludir el compromiso. Así, se fue haciendo cada vez más evidente el sentimiento de antipatía hacia Perón que abrigaban ciertos sectores internos del Brasil para los cuales, una reunión de ambos mandatarios sólo daría réditos políticos al Presidente argentino y un estrechamiento de vínculos brasileño-argentinos traería aparejado, inevitablemente, el peligro de que el Brasil perdiera su situación de privilegio dentro del área sudamericana. Al mismo tiempo, se iba poniendo en evidencia el peso que dichos sectores tenían dentro de la política brasileña y la debilidad consecuente del Presidente Vargas.

En tanto el viaje de Perón quedaba definitivamente en suspenso, Brasil recibía la visita de Odría. Ésta estuvo precedida por declaraciones del embajador peruano en Río quien la había enmarcado dentro del clima de "cordialidad, concordia, de unión continental y americanista" que compar-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tían ambos países. La política de su país tendía a desarrollar buenas relaciones con todos los países sin excepción alguna. Por eso, aludiendo implícitamente a la unión argentino-chilena, había señalado que los peruanos eran partidarios de la unidad de todas las naciones americanas, condenando "toda tentativa de dividirla", propiciando en cambio, el mantenimiento del sistema regional de América[35].

Durante su visita Odría y Vargas firmaron dos documentos: uno sobre amistad, buena vecindad, no intervención y apoyo a los principios democráticos; otro, en el que ambos países se comprometían a estudiar la forma de declarar puertos fluviales libres. Los Ministros de Relaciones Exteriores, a su vez, suscribieron cinco acuerdos sobre censos, transportes y puertos, ampliación del intercambio comercial, aprovechamiento de materias primas y transportes aéreos.

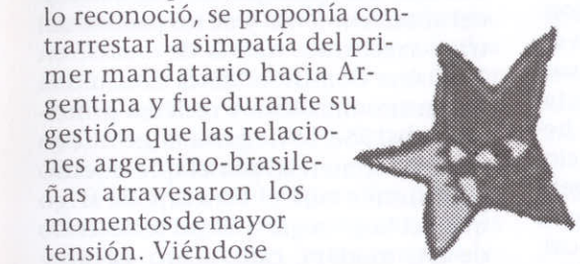
No obstante, la visita de Odría estuvo rodeada de una gran indiferencia general y, por cierto, tampoco resultó muy sencillo alcanzar esos acuerdos. Ello se debió a que la iniciativa de dicho acercamiento, que tenía como propósito oponerse al presunto bloque argentino-chileno, había sido del Canciller Neves, pero cuando se concretó él ya no se encontraba al frente de Itamaraty y el nuevo Ministro, Vicente Rao, exhibía una actitud más amistosa y cordial hacia Argentina. "De ahí que los diplomáticos peruanos –informaba nuestra embajada en Río– que llegaron en cumplimiento del plan primeramente trazado, se equivocaron en los planteos que sometían a la apreciación de Itamaraty": ellos proponían fórmulas que podían interpretarse como contrarias a nuestro país y que eran sistemáticamente rechazadas por la Cancillería brasileña[36]. A pesar de todo, el reemplazo de Neves por un hombre más próximo a un entendimiento con Argentina no habría de producir drásticos cambios en la política respecto de nuestro país ni, lógicamente, el ingreso de Brasil al ABC.

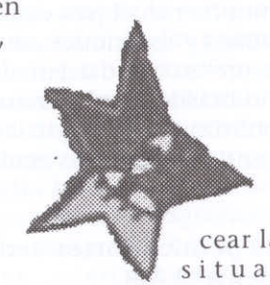
A dicho ingreso se oponían los partidos políticos tradicionales alegando que las condiciones históricas habían variado y que, en realidad, el viejo ABC que ahora se pretendía reeditar se trataba sólo de una cooperación no equiparable a una unión económico-política. Los grupos comunistas, si bien rechazaban la política norteamericana, no favorecían ni apoyaban la formación de bloques independientes. El resto de los partidos no se ocupaban en general de cuestiones internacionales por lo cual no tenían opinión formada al respecto. En cuanto al ámbito económico, tampoco podía percibirse una dirección clara en las nuevas orientaciones impresas por el Ministro de Hacienda Oswaldo Aranha.

Dentro de las Fuerzas Armadas, los jefes superiores, incluso aquellos que podían tener alguna simpatía por Argentina, estaban en contra del ABC. Donde podía hallarse algún apoyo al proyecto argentino era exclusivamente en los núcleos de oficiales jóvenes. "Allí donde los intereses políticos y económicos no han desviado el misticismo patriótico de la oficialidad –informaba nuestro embajador–, es común oír [...]: 'lo primero que se aprende en el colegio es el ABC. En política internacional americana debe ocurrir otro tanto'"[37]. Pero, lógicamente, este apoyo no era suficiente.

Más allá de las opiniones de unos y otros, el núcleo principal de oposición al ABC se encontraba instalado en Itamaraty. Aun con hombres más permeables como el Canciller Rao, existía allí un plantel de funcionarios que, dando muestras de una completa asimilación de los postulados que históricamente venían orientando la política brasileña hacia Argentina y a pesar de los gobiernos y de quiénes estuviesen a su frente, se impondría impidiendo todo intento de unión argentino-brasileña.

Así, al asumir Perón la Presidencia en 1946, Itamaraty reemplazó a su embajador en Buenos Aires, Batista Luzardo –de conocida amistad con Perón– por Cyro Freitas Valle, quien desarrollaría una acción netamente inamistosa con las autoridades argentinas. Si bien ello le valdría su retiro de la misión, luego sería candidato a Canciller y finalmente resultó designado como Secretario General de la Cancillería, puesto desde el cual continuaría su acción antiargentina. Al asumir posteriormente Getulio Vargas, ingresó como Canciller Neves da Fontoura quien, como él mismo lo reconoció, se proponía contrarrestar la simpatía del primer mandatario hacia Argentina y fue durante su gestión que las relaciones argentino-brasileñas atravesaron los momentos de mayor tensión. Viéndose obligado a contar con Luzardo en Buenos Aires, Neves designaría, como un modo de balancear la situación, a Freitas Valle en Santiago de Chile.





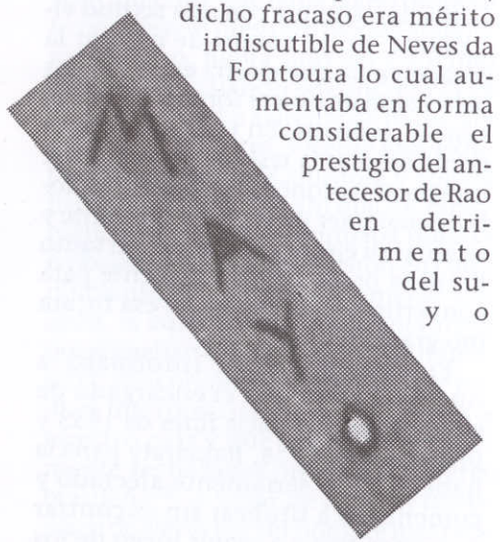
Más tarde, teniendo como Canciller a Vicente Rao, Vargas debió ceder a múltiples presiones y retirar a Luzardo de la capital argentina. En su lugar fue designado Orlando Leite Ribeiro quien intentaría dar un tratamiento menos pasional y más pragmático a las relaciones entre ambos países. Para él, una integración económica en el continente debía constituirse en un punto de equilibrio y contrapeso del poderío norteamericano pero sin convertirse en una manifestación hostil hacia los Estados Unidos. Con respecto a Argentina, apoyaba una mayor aproximación aunque con una actitud vigilante: no se trataba de ignorar la competencia que existía entre los dos países sino de buscar formas de convivencia positivas. En tal sentido, proponía aceptar la tesis del principio de integración económica pero alejándola de cualquier intención politizante y retardar su ejecución práctica en tanto Brasil se preparaba activamente para convertirse en el centro de esa futura integración[38].

Entretanto, según informaba a nuestra Cancillería el encargado de negocios en Río hacia fines de 1953 y principios de 1954, Itamaraty parecía haberse visto seriamente afectado y comenzado a titubear sin encontrar una línea firme a seguir luego de los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

acuerdos económicos alcanzados por Argentina y el notable mejoramiento de sus relaciones con Estados Unidos. En los más recientes actos del gobierno brasileño nuestro diplomático percibía un "mirar hacia Europa", tanto por la firma del Tratado con Portugal como por el intento de establecer relaciones comerciales con Rusia y varias naciones de la cortina de hierro. En el ámbito regional, si bien el Ministro Rao había impuesto un ritmo más sereno, el conjunto de los funcionarios de Itamaraty mantenía su tradicional línea de conducta, buscando para Brasil la posición rectora en América del Sur apoyada sobre el eje Río-Washington. Por otra parte, toda la actividad del Canciller se desenvolvía en medio de críticas y oposición provenientes de los más diversos sectores.

Finalmente, a su regreso de la Conferencia Interamericana realizada en Caracas en marzo de 1954, Rao abandonaría su cargo. Y, aunque indirectamente, se vinculó su renuncia al hecho de haberse conocido los entretelones del fracaso de las gestiones argentinas en pro de la unión con Brasil. Para la prensa local, dicho fracaso era mérito indiscutible de Neves da Fontoura lo cual aumentaba en forma considerable el prestigio del antecesor de Rao en detrimento del suyo propio[39]. Esto, por otra parte, habla a las claras de cuál era el clima reinante en Brasil respecto de cualquier tipo de acercamiento que se intentase con nuestro país.



En consecuencia, los vínculos económicos entre Brasil y Argentina quedaron reducidos al acuerdo comercial firmado en noviembre de 1946, por el cual Argentina se había comprometido a vender al Brasil en cupos mensuales un mínimo de 1. 200. 000 toneladas de trigo anuales hasta 1951. A cambio, Brasil debía proveer a nuestro país de cubiertas con cámara para automóviles y camiones, caucho crudo, tejidos e hilados de algodón, maderas, caseína y hierro para fundición[40].

A efectos de subsanar los inconvenientes que padecía el intercambio comercial, derivados de la irregularidad del abastecimiento y de los precios del trigo argentino, habría de crearse en 1950 una Comisión Mixta Consultiva Argentino-brasileña y recién a principios de 1953 se llegaría a un nuevo acuerdo comercial por el que nuestro país aumentaba el tonelaje de trigo que debía entregar a Brasil recibiendo de éste madera, café, acero, cacao y frutas[41]. No obstante, ambos convenios fueron objeto de múltiples discusiones y reacciones adversas, tanto de la prensa como del medio parlamentario brasileño, producto de la extrema politización con que las relaciones argentino-brasileñas eran consideradas.

La política norteamericana frente al ABC

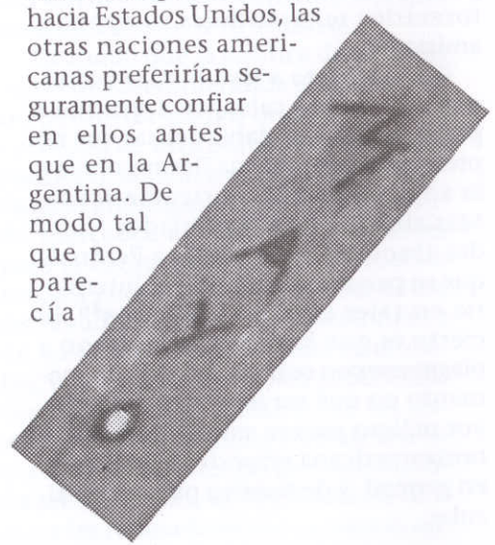
Ahora bien, ¿qué papel jugó la política norteamericana en el desarrollo de la iniciativa argentina? ¿Fue el proyecto peronista percibido como una amenaza para el poder hegemónico de la superpotencia dentro del continente? Además de los factores internos de cada país que influyeron negativamente en la cristalización del ABC, ¿hubo por parte de los Estados Unidos acciones concretas tendientes a provocar su fracaso?

Para algunos autores, la política del gobierno argentino respecto de América Latina se insertaba dentro del clima propicio generado por "la aprobación norteamericana a la integración de los países sudamericanos bajo su hegemonía". Dentro de esta estrategia, Brasil jugaba el rol fundamental de submetrópoli. De modo tal que Perón habría procurado aprovechar el espacio político que los Estados Unidos brindaban a efectos de jugar su propia carta integrativa. Convirtiendo a Argentina en el eje de la confluencia, la sustraía del papel subordinado que se le reservaba en los planes de Washington y la integración cobraba otro sentido[42]. Sin embargo, en la serie de documentos consultados no hemos hallado ningún rastro, por sutil que fuese, de una supuesta estrategia integracionista de los Estados Unidos para Sudamérica.

Si bien era cierto que ellos promovían la integración europea a través del Plan Schumann, aun a costa de tener que tolerar una serie de violaciones al GATT y en aras de la recuperación europea, en el ámbito latinoamericano no estaban en absoluto dispuestos a fomentar esa misma política; no sólo porque la situación de América Latina no era la misma que la europea, sino porque ello hubiera significado una multiplicación de transgresiones que pondría en peligro las bases mismas del nuevo orden mundial. Así que, aun cuando la actitud argentina no hubiese estado teñida de cierto antinorteamericanismo –lo cual no podía favorecer la obtención de su colaboración–, que Perón hubiera actuado de otro modo tampoco habría hecho posible que los Estados Unidos alentaran sus planes integrativos[43].

Ya en un informe de la embajada norteamericana en Buenos Aires al Secretario de Estado del 5 de enero de 1948, comenzaba por reconocerse que los Estados Unidos siempre habían visto con recelo la organización de bloques regionales en el hemisferio; de ellos, el que les había provocado "los peores escalofríos" era el de un bloque austral liderado por Argentina. Para Ray –autor de este informe– "los argentinos" soñaban con reconquistar el antiguo territorio del Virreinato del Río de la Plata y muchos de ellos sentían que los Estados Unidos debían "tomar" América del Norte y Argentina, América del Sur. Más allá del error de atribuir a "los argentinos" o a muchos, trasnochados ideales que no podían exceder a un limitadísimo número de nacionalistas extremos, el diplomático apuntaba que no había nada en la historia argentina ni en aquel momento que indicara "una disposición al aumento del territorio argentino mediante la conquista".

Existía sí la posibilidad de que un grupo de países fuese dominado por Argentina. Pero –según Ray– a pesar de la desconfianza existente desde siempre en la región hacia Estados Unidos, las otras naciones americanas preferirían seguramente confiar en ellos antes que en la Argentina. De modo tal que no parecía



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

probable que el peronismo tuviese éxito en la creación de un bloque austral, sobre todo si Estados Unidos lograba el fortalecimiento del sistema interamericano[44].

En igual sentido opinaba Henry Dearborn de la División de Asuntos del Río de la Plata del Departamento de Estado. Para él, era de suponer que Argentina continuaría con su política comercial basada en la firma de tratados bilaterales con sus vecinos como muestra de un proceder independiente. Su ambición era sin duda ganar influencia internacional al mismo tiempo que contribuir a sus planes industrialistas con la ampliación de mercados en Sudamérica. Pero Estados Unidos, pensaba Dearborn, no debía interferir en esto; cuanto más involucrada estuviese Argentina en una cooperación económica latinoamericana global, menos probabilidades habría de un bloque austral. Por otra parte, no debía dejar de tenerse en cuenta que los vecinos de Argentina no se entregarían totalmente a su poder. Él descontaba que esta estrategia norteamericana provocaría "graznidos" por parte de Brasil, Uruguay y otros países, pero los Estados Unidos debían conformarlos reiterándoles su apoyo y amistad[45].

Con respecto a las uniones económicas llevadas a cabo por Argentina a partir de 1953, es dable pensar que no preocuparon en forma desmesurada a la administración norteamericana. Más allá de que el embajador Nufer dio absolutas seguridades a Perón de que su país no se opondría ni interferiría en tales emprendimientos[46], lo cierto es que las mismas vinieron a plasmarse con contenidos y en un momento en que no representaban mayor peligro para la estrategia política norteamericana respecto de la región, en general, y de nuestro país, en particular.

Cabe recordar que la unión económica argentino-chilena, así como las celebradas a posteriori carecieron de la fuerza y la trascendencia política que Perón había querido que tuvieran. Asimismo, fue a partir precisamente de 1953 que las relaciones argentino-norteamericanas alcanzaron un notable y real mejoramiento. Por eso, las iniciativas integracionistas del peronismo no parecían encuadrarse dentro de una política de franca confrontación con la potencia del Norte; más bien, fueron percibidas como un esfuerzo complementario de los logros alcanzados en sus vínculos con la superpotencia.

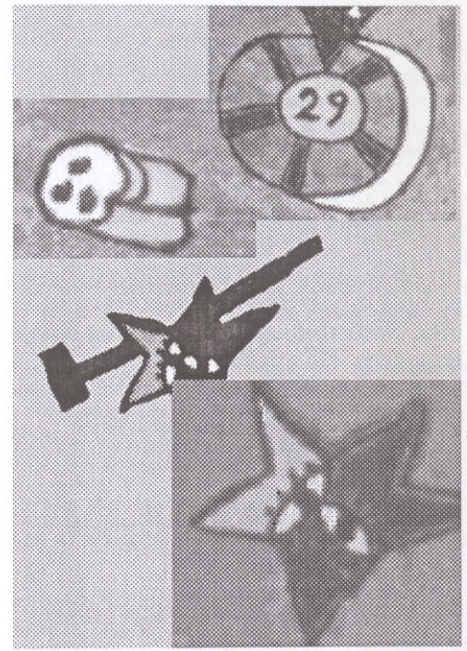
A pesar de todo, Estados Unidos no podía dejar de prestar atención o ignorar tanto la expansión de la ideología justicialista en América Latina como los planes integrativos del gobierno argentino. Para el Departamento de Estado era necesario "neutralizar" la penetración peronista en otros países de la región, oponiéndose a la propaganda argentina toda vez que fuese posible y alertando a esos países sobre el peligro existente para ellos mismos y para la unidad interamericana[47]. No cabe duda que los Estados Unidos conocían bien los factores internos que jugaban en cada país a favor y en contra del proyecto peronista. De modo que todo se reducía, en última instancia, a actuar sutilmente, a través de su propia diplomacia y de sus medios económicos y financieros.

A modo de síntesis

Tanto en las relaciones argentinas con Chile como con Brasil durante el decenio peronista pueden diferenciarse dos etapas: una, netamente inamistosa que coincide con los respectivos mandatos de Gabriel González Videla y Gaspar Dutra, condicionada por la estrecha vinculación de ambos países con los Estados Unidos; y otra, de mayor acercamiento o, al menos, menor hostilidad, correspondiente a las gestiones del general Carlos Ibáñez del Campo en Chile y Getulio Vargas en el Brasil. No obstante, es necesario precisar que si en el caso del país trasandino el cambio en la orientación política con respecto a nuestro país fue notorio y públicamente asumido por el gobierno ibañista, en el caso brasileño no alcanzaría en absoluto la misma dimensión ni trascendencia.

A pesar de la oposición interna y más allá de los reales alcances logrados luego, al menos Ibáñez pudo llegar a firmar el Tratado de Unión Económica con Argentina, mientras que en Brasil la posibilidad de estrechar lazos con nuestro país parece no haber tenido cabida más que en la voluntad del Presidente Vargas, algunos de sus seguidores y personalidades aisladas. Ni siquiera dentro de su gabinete, Getulio tendría el apoyo necesario para iniciar una etapa de franco acercamiento a Argentina. De modo que a pesar de los deseos de Perón e Ibáñez, el Brasil de Vargas no habría de prestar su concurso para poner en marcha el nuevo ABC.

El proyecto peronista de recrear el viejo acuerdo ABC tendía a alcanzar la unión, en principio económica, de los tres países; integración primaria a la que se esperaba que adhiriese el resto de los países latinoamericanos aun cuando la invitación se hacía extensiva también a los Estados Unidos. Claro que, al decir de Perón, esta iniciativa debía partir del Cono Sur hacia el Norte a fin de que quedaran garantizados los derechos de todos los países que se integrasen como Estados soberanos y no subordinados a los designios y propósitos del imperialismo. En rigor de verdad, el gobierno argentino no debe haber caído en la ingenuidad



de creer que los Estados Unidos se unirían a tal propuesta. El hecho de haber invitado a la superpotencia a formar parte de la unión estuvo destinado seguramente a contrarrestar las desconfianzas que el proyecto despertaba y a despojarlo, al menos en el discurso, del antinorteamericanismo del que frecuentemente se lo acusaba.

De modo que la política de uniones económicas emprendida por el gobierno peronista estuvo orientada, en el contexto de una política exterior sumamente activa, a superar las dificultades económicas y financieras, creando mercados alternativos y estables para la colocación de sus producciones, así como también para las de los países adherentes. El fortalecimiento de las diferentes economías nacionales, la eliminación de los problemas suscitados por el deterioro de los términos del intercambio, fluctuación de precios, excedentes sin mercados donde ser colocados, en fin, todas las dificultades reiteradamente expuestas an-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

te los norteamericanos y que no hallaban soluciones concretas, con la posibilidad de cooperar y complementarse en el proceso de industrialización imperiosamente necesario para América Latina, representaban una suma de poder en el área muy diferente a la que podía lograr cada país en forma individual por fuerte que pudiera ser. Ello, sin duda, llevaría a establecer un diálogo con la superpotencia en términos bien distintos a los ensayados hasta entonces. He aquí el contenido antinorteamericano que el proyecto integracionista argentino podía tener.

Paralelamente, una unión entre Argentina, Brasil y Chile redundaría en beneficio de nuestro país en dos sentidos nada desdeñables dentro de la estrategia peronista: serviría de contrapeso a la alianza brasileño-norteamericana y permitiría a Argentina abandonar el rol secundario que Estados Unidos le había asignado en el ámbito regional.

Hacia 1952/53, con Ibáñez al frente del gobierno de Chile y Vargas nuevamente en el poder, el momento se presentaba como inmejorable para llevar adelante los planes peronistas. El principal obstáculo con el que necesariamente tropezarían la política argentina y el aparentemente sincero deseo de Vargas de producir ese acercamiento, sería Itamaraty. Así al menos lo indican todos los informes transmitidos por nuestra embajada en Río y así lo entendería Perón, al responsabilizar a dicho Ministerio por la ausencia del Brasil en el ABC. Sin embargo, aun cuando Vargas quisiera de verdad un mayor y mejor relacionamiento con Argentina, no es posible imaginar que lo desease al costo de poner en peligro la estrecha y beneficiosa alianza que su país había logrado establecer con la primera potencia del mundo.

Por su parte, Itamaraty adoptaba las características de una especie de "superpoder" que más allá de quién estuviese a su frente, aplicaba a rajatabla aquella tradicional política de consolidación del liderazgo brasileño en Sudamérica. Política que, lógicamente, no era nueva sino que hallaba sus raíces más profundas en la lejana historia de la época imperial y que tenía como elemento condicionante la rivalidad con Argentina por esa hegemonía. En tal sentido, si la política exterior del Brasil estaba basada en la puja con Argentina por el predominio subcontinental, y si para tener la balanza a su favor precisaba el apoyo de la Nación más fuerte del mundo así como de la estrecha vinculación con los países del área, resulta lógico que Itamaraty rechazara abiertamente establecer una unión económica con nuestro país y que, al mismo tiempo, tratase de neutralizar el éxito de las gestiones argentinas con sus vecinos.

En cuanto al papel que los Estados Unidos pudieron haber jugado en el fracaso del ABC, más allá de no haber encontrado en ninguna de la documentación consultada una mención expresa de que se hubiera actuado directamente, es posible concluir que la administración norteamericana no precisaba dar siquiera un solo paso concreto en tal sentido. Como se desprende de diferentes documentos emanados del Departamento de Estado o de sus diplomáticos, los temores ciertos que abrigaban algunos norteamericanos respecto del éxito que el gobierno argentino pudiera tener en constituir un bloque austral bajo su dominio, podían ser fácilmente aventados si los Estados Unidos lograban fortalecer aún más el sistema interamericano.

Tal fortalecimiento significaba comprometer fuertemente a todos los países del continente en una política colectiva; pero también estrechar lazos con cada uno de ellos, principalmente con aquellos que podían llegar a plegarse al proyecto argentino a través de los medios diplomáticos y económicos de que disponían. En pocas palabras, bastaba en cada caso tomar contacto con los sectores ligados a Estados Unidos por intereses económicos, ideológicos o, simplemente, por simpatía, o bien tocar los resortes precisos, los puntos más vulnerables de sus débiles economías.

Sin descartar entonces la posibilidad de que la política norteamericana haya jugado algunas cartas en favor del fracaso del proyecto integracionista de Argentina, los factores determinantes que confluyeron y obraron en su contra fueron otros: la negativa del Brasil a sumarse al emprendimiento restó desde el comienzo mismo un actor esencial; el acuerdo con Chile no tuvo tampoco la fuerza que los argentinos habían querido imprimirle, por lo que el progresivo y notable acercamiento producido entre Estados Unidos y Argentina pasaría a ocupar el primer plano en los esfuerzos del gabinete peronista, relegando de algún modo a un segundo lugar los proyectos latinoamericanistas que ya se percibían sensiblemente debilitados.

Sin duda en este fracaso tuvieron mucho que ver los recelos y temores que algunos sectores sociales de los países convocados abrigaban con respecto a un excesivo predominio argentino en la región. Si el peronismo había logrado concitar la atención de los latinoamericanos consiguiendo formar algunos grupos de seguidores, sobre todo en Chile, también es cierto que supo ganarse la enemistad de muchos otros. Y, aun cuando resulta aventurado imaginar cuáles hubiesen sido los resultados finales de la política integrativa del gobierno de Perón si ésta hubiera continuado más allá de su caída, creemos que fueron tantos los obstáculos interpuestos y tanta la oposición suscitada que, en verdad, no habría podido pasar, como no pasó, de un ensayo a ser tenido en cuenta para futuros emprendimientos ■

Notas

1. Raúl Federico Abadie-Aicardi, *Las relaciones de poder en la región rioplatense desde la guerra mundial hasta el tratado de Brasilia, 1939-1969*, en: *América Meridional*, n. 1, Buenos Aires, 1983, p. 5.

2. En: Jerónimo Remorino, *Política internacional argentina, 1951-1954*, Buenos Aires, Standard, 1968, p. 363 y 367-368.

3. *Ibídem*, p. 444-525.

4. Para ver las repercusiones generadas por el fenómeno peronista en la opinión pública y en sectores importantes de las sociedades chilena y brasileña puede consultarse: Marisol Saavedra, *Peronismo y antiperonismo en Chile y Brasil*, en: *Todo es historia*, n. 369, Buenos Aires, abril de 1998.

5. *Carpeta preparada para el embajador argentino en Chile, 1949*, en: Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, en adelante AMRREE.

6. *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1946-1947*, p. 743-756.

7. *Ibídem*, p. 793-802.

8. Enrique M. Jauregui al Secretario de Aeronáutica, Santiago, 22-2-1947 y Carlos Güiraldes a Juan A. Bramuglia, Santiago, 27-2-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

1947, en *AMRREE.*

9. Julio A. López Muñiz a Fidel L. Anadón, Santiago, set. /1948, en *ibídem.*

10. Robert A. Lovett, Secretario de Estado interino, a la embajada norteamericana en Argentina, Washington, 11-1-1949, en *Foreign Relations of United States,* en adelante F. R. U. S., v. II, 1949, p. 588-589.

11. Juan D. Perón a Arturo Alessandri, Buenos Aires, 29-8-1949, en: Enrique Pavón Pereyra, comp., *Juan D. Perón. Correspondencia,* Buenos Aires, Corregidor, 1985, t. III, p. 17-20. Julio A. López Muñiz a Hipólito J. Paz, Santiago, 16-9-1949, en *AMRREE.*

12. En: Jerónimo Remorino, *op. cit.,* p. 399-401.

13. *Ibídem,* p. 401-404.

14. Alejandro Magnet, *Nuestros vecinos justicialistas,* Santiago, del Pacífico, 1954, p. 193-204.

15. Juan D. Perón a Carlos Ibáñez del Campo, Buenos Aires, 16-3-1953, en: Enrique Pavón Pereyra, comp., *op. cit.,* t. II, p. 12-16.

16. Alejandro Magnet, *op. cit.,* p. 207.

17. En: Jerónimo Remorino, *op. cit.,* p. 404-412. Sobre esta base se firmaron luego los acuerdos con Paraguay, Ecuador, Bolivia y Nicaragua. El 31 de diciembre de 1954 el Poder Ejecutivo argentino designó al embajador Ildefonso Cavagna Martínez para coordinar los trabajos de los diversos Consejos Nacionales surgidos de dichos Convenios.

18. Reproducido en *El Diario,* Montevideo, 17-7-1953, adjunto a nota de Ernesto R. Piaggio, encargado de negocios, a Jerónimo Remorino, Montevideo, 24-7-1953, en *AMRREE. El Bien Público,* Montevideo, 19-7-1953; *Acción,* Montevideo, 20-7-1953.

19. *O Mundo,* Río de Janeiro, 21-7-1953.

20. Embajada americana en Buenos Aires al Departamento de Estado, Buenos Aires, 17-7-1953, en: Jane Van Der Karr, *Perón y los Estados Unidos,* Buenos Aires, Vinciguerra, 1990, p. 247-248.

21. *La Unión,* Valparaíso, 3-8-1953.

22. En: Jerónimo Remorino, *op. cit.,* p. 421-422.

23. Juan D. Perón a María de la Cruz, Caracas, 11-12-1956, en: Samuel Amaral; William E. Ratliff, comp., *Juan D. Perón. Cartas del exilio,* Buenos Aires, Legasa, 1991, p. 142-143.

24. Carlos Escudé, *La Argentina vs. las grandes potencias. El precio del desafío,* Buenos Aires, de Belgrano, 1986, p. 158-160 y 177-179.

25. Informe elaborado por la embajada argentina a Jerónimo Remorino, Río de Janeiro, 27-7-1954, en *AMRREE.*

26. Herschell V. Johnson, embajador en Brasil, al Secretario de Estado, Río de Janeiro, 28-10-1948; Robert A. Lovett a Herschell V. Johnson, Washington, 3-11-1948, en *F.R.U.S.,* v. IX, 1948, p. 350-352.

27. Juan Ignacio Cooke, *Brasil. Política internacional. Conclusiones.* Río de Janeiro, 1949, en *AMRREE.*

28. Informe elaborado por la embajada argentina a Jerónimo Remorino, Río de Janeiro, 27-7-1954, en *AMRREE.*

29. *Ibídem.*

30. Miguel Angel Scenna, *Argentina-Brasil. Cuatro siglos de rivalidad,* Buenos Aires, La Bastilla, 1975, p. 336-338.

31. Mónica Hirst, *Vargas y Perón. Las relaciones argentino-brasileñas,* en: *Todo es historia,* n. 224, Buenos Aires, diciembre de 1985, p. 18.

32. *Ibídem,* p. 22.

33. *Ibídem,* p. 26.

34. Memorandum del encuentro de Albert F. Nufer con el Presidente Perón, 14-5-1953, adjunto a la nota de Albert F. Nufer al Departamento de Estado, Buenos Aires, 18-5-1953, en: Jane Van Der Karr, *op. cit.,* p. 234-241.

35. Juan Ignacio Cooke a Jerónimo Remorino, Río de Janeiro, 11-8-1953, en *AMRREE.*

36. Juan Ignacio Cooke a Jerónimo Remorino, Río de Janeiro, 2-9-1953, en *AMRREE.*

37. Informe elaborado por la embajada argentina a Jerónimo Remorino, Río de Janeiro, 27-7-1954, en *AMRREE.*

38. Mónica Hirst, *op. cit.,* p. 26-28.

39. Fernando Torcuato Insausti a Jerónimo Remorino, Río de Janeiro, 5-12-1953 y 12-3-1954, en *AMRREE.*

40. *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1946-47,* p. 731-742.

41. Mónica Hirst, *op. cit.,* p. 32.

42. Horacio Maceyra, *La segunda presidencia de Perón,* Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 89.

43. Carlos Escudé, *op. cit.,* p. 133-142.

44. Guy W. Ray al Secretario de Estado, Buenos Aires, 5-1-1948, cit. por Carlos Escudé, *Crónicas de la Tercera Posición. La ratificación argentina del TIAR en junio de 1950,* en: *Todo es historia,* n. 257, Buenos Aires, noviembre de 1988, p. 17.

45. Memorandum de Henry Dearborn, División de Asuntos del Río de la Plata, a diversos funcionarios, Washington, 20-1-1948, en *F.R.U.S.,* v. IX, p. 279-281.

46. Memorandum del encuentro de Albert F. Nufer con el Presidente Perón, 14-5-1953, adjunto a la nota de Albert F. Nufer al Departamento de Estado, Buenos Aires, 18-5-1953, en: Jane Van Der Karr, *op. cit.,* p. 234-241.

47. Cit. por Carlos Escudé, *La Argentina vs. las grandes potencias..., cit.,* p. 134-137.

En Debate

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Nuevos públicos, nuevas políticas, nuevas historias. Del reduccionismo económico al reduccionismo cultural: En busca de la dialéctica[1]

Emilia Viotti da Costa

> Esta es una época de caos,
> las opiniones están mezcladas, los
> partidos políticos son una confusión;
> el lenguaje de las nuevas ideas no fue
> creado; nada es más difícil que dar
> una buena definición de sí mismo en
> religión, filosofía, política ...
> el mundo confundió su catálogo.
> (*Alphonse Marie Louis de Prat de Lamartine,* 1790-1869)[2]

"En mayo de 1968 nosotros rehicimos el mundo. En mayo del 86 rehicimos la cocina". Esta leyenda que apareció en una propaganda publicada en el diario francés *Le Monde,* pagada por una empresa que vende cocinas modernas, sugiere un cambio en las actitudes de las personas de los años sesenta en los años ochenta: de un período de militancia política a una generación yuppie. Es verdad que se podría cuestionar el radicalismo presente en mayo de 1968 y dudar si realmente ocurrió para rehacer el mundo –sin embargo no existe duda de que ésta era la intención de millares de jóvenes, y no tan jóvenes, que se reunieron en las calles de París y de otras ciudades del mundo occidental. Podríamos también dudar que la nueva generación sea fundamentalmente consumista, individualista y conservadora. La propaganda expresa probablemente las esperanzas de los empresarios, no las actitudes de los consumidores. Pero esta propaganda, que fue más tarde reproducida en la tapa de un número de Radical History Review, dedicado al estudio del impacto de las nuevas formas de consumismo en la cultura y la política contemporánea, es una buena metáfora para caracterizar el estado espiritual de muchos historiadores y militantes cuando confrontan las nuevas tendencias tanto en las historias que vivimos como en las que escribimos[3].

Basta con hojear algunos de los artículos publicados en los años recientes sobre acontecimientos contemporáneos para detectar un tono de preocupación, sino de pesimismo y desesperación, reminiscencia del mal de siglo que afligió a la generación de Alfred de Musset (1810-1852), quien vio las esperanzas iniciales de la Revolución Francesa en ruina temporaria durante la Restauración. Aún más reveladoras son algunas de las críticas de libros y ensayos que discuten las nuevas tendencias historiográficas. Preocupados con las nuevas tendencias que desviaron los estudios históricos de los caminos tradicionales, ampliando las fronteras de la investigación histórica hacia áreas nunca antes exploradas y levantando dudas sobre abordajes, métodos e interpretaciones hasta entonces vigentes (tendencias que frecuentemente vienen junto con nuevos objetivos y estrategias políticas), algunos historiadores reaccionan como si esas tendencias representaran una ruptura

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

peligrosa con el pasado y una amenaza para el futuro.

El campo está polarizado. De un lado están aquellos que ven las nuevas tendencias con sospecha y reserva y que no están dispuestos a establecer un diálogo con lo nuevo, continúan escribiendo la historia como si ellos aún viviesen en los años sesenta. De otro lado están aquellos que persiguen acríticamente el trabajo de demoler los abordajes tradicionales, adoptando lo nuevo simplemente porque ellos son nuevos, sin examinar sus limitaciones e implicancias. Ambas posiciones son erróneas. La primera porque rehusa incorporar en un nivel teórico las transformaciones extraordinarias que ocurrieron en los últimos treinta años, insisten temerosamente y de manera obstinada en esquemas teóricos que no sirven para el mundo actual. No es sorprendente que quienes adoptan esta posición perdieron su capacidad para reclutar seguidores en el seno de las nuevas generaciones. La segunda postura es errónea porque, en su búsqueda de originalidad y en su seducción por las modas, simplemente invierte los supuestos de la historiografía de los años sesenta, en vez de integrarlas en una síntesis nueva y más rica. Por tanto, a pesar de todos sus deseos de novedad, corre el riesgo de recrear un tipo de historia aún más tradicional de la que está repudiando y, lo que es peor, en la búsqueda ansiosa de nuevos temas, la "nueva historiografía" deja de lado aspectos que son cruciales para la comprensión de la sociedad y de la historia. Los lectores de esta nueva historia no disponen frecuentemente de medios para situarse respecto al pasado y al presente, siendo, por tanto, incapaces de construir el futuro. En la mejor de las hipótesis, esta actitud convierte a la historia en un número de mero ejercicio retórico que apunta a entretener al lector. En la peor de las hipótesis, se transforma en un ejercicio académico que, a pesar de las intenciones de sus autores, sirve a propósitos fundamentalmente conservadores.

En este campo historiográfico polarizado, es extremadamente importante que nos detengamos a pensar sobre esas tendencias contradictorias, no con el propósito de retomar abordajes y estrategias que fueron obviamente superados por la propia historia, o para celebrar sin criticar los nuevos abordajes, sino para abrir nuevos caminos para una síntesis necesaria[4].

Para comprender la ruptura epistemológica que ocurrió en los últimos treinta años, tenemos que colocar en su contexto histórico los cambios que afectaron a la sociedad y a las condiciones de producción intelectual. Señales de tensión podían detectarse a partir de los años cincuenta en el trabajo de Jean Paul Sartre, particularmente su *Crítica de la Razón Dialéctica*, y también el de su adversario, Merleau Ponty, especialmente *Humanismo y Terror*. Las aventuras de la dialéctica, ya contenían las perplejidades y las dudas que llevaron al impasse teórico al que nos enfrentamos hoy. En un ensayo publicado en los años sesenta, Merleau Ponty observó que la dialéctica tenía su propia historia. El llamó la atención sobre la tensión entre libertad y necesidad en el seno de la dialéctica, y observó que, dependiendo de la praxis social, los historiadores eran conducidos a enfatizar tanto sobre las fuerzas impersonales y objetivas como sobre el papel de los sujetos históricos y, por lo tanto, de la subjetividad, voluntad y libertad.

En verdad, cuando examinamos las transformaciones que ocurrieron en la historiografía en los últimos treinta años, observamos un desvío gradual de la necesidad a la libertad. De un énfasis en lo que fue definido como las fuerzas "objetivas" a un énfasis en la subjetividad, creatividad y acción del actor histórico. De una preocupación sobre las condiciones materiales de existencia a una preocupación sobre las percepciones, símbolos, significados y rituales. De lo que en los años sesenta era caracterizado como infra-estructura a una preocupación sobre lo que era conceptualizado como superestructura. Lo que comenzó como una crítica saludable y necesaria de las interpretaciones mecanicistas, del determinismo económico y del estructuralismo (como la crítica de E. P. Thompson a Althousser, por ejemplo), y de la separación artificial entre infra y superestructura (separación hábilmente criticada por Raymond Williams en *Marxismo y Literatura*) terminó, contrariamente a las intenciones originales de los autores, en una inversión completa. Cultura, política, lenguaje y significado, en vez de ser constituidos (determinados) se volvieron constituyentes (determinantes). La conciencia era nuevamente vista como determinante del ser social, en vez de lo contrario de acuerdo a los postulados de la historiografía de los años sesenta (dejando de lado, naturalmente, la historia conservadora que siempre afirmó la naturaleza trascendental de la conciencia).

La crítica válida a las nociones esencialistas de clase y a las relaciones mecánicas entre clase y conciencia de clase (tan bien problematizadas en *La Ideología del Poder y el Poder de la Ideología*)[5] y los nuevos caminos abiertos para una investigación del proceso de construcción y articulación de múltiples y frecuentemente contradictorias identidades (étnica, religiosa, de clase, de género, de nacionalidad, etc.) llevaron muchas veces a la negación total del concepto de clase como una categoría interpretativa. Lo que comenzó como un reconocimiento de que los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

historiadores construyen sus propios objetos y una crítica a la objetividad característica de una lectura positivista del marxismo, el cual erróneamente asumía una separación entre objeto u sujeto declarando la naturaleza científica del conocimiento histórico, condujo con frecuencia a un subjetivismo completo, a la negación de la posibilidad de conocer, y algunas veces, hasta el cuestionamiento de las fronteras entre historia y ficción, "hecho y fantasía". (Por ejemplo el énfasis de Hayden White sobre la "naturaleza ficcional de la narrativa histórica")[6].

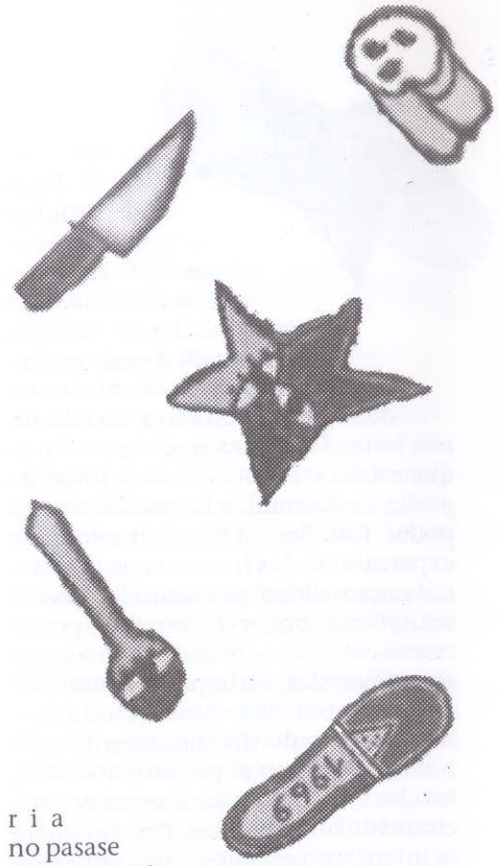
Tanto los abordajes tradicionales como los nuevos son eminentemente anti dialécticos. Ellos no sólo establecen una separación artificial (oposición) entre objetividad y subjetividad (o libertad y necesidad) ignorando que una está implicada con la otra, sino también ignoran un principio dialéctico básico: el que los hombres y las mujeres hacen la historia, pero no bajo las condiciones de su propia elección.

El resultado del desvío de una posición teórica a la otra fue una inversión: nos pasamos de un reduccionismo a otro, del reduccionismo económico al cultural o lingüístico. A una deidificación le oponemos otra. Ambas son igualmente insatisfactorias. Ningún abordaje hace justicia a la complejidad de la dialéctica y de la teoría de la praxis humana. En tanto, gracias a esa inversión, puede ser posible intentar una nueva síntesis[7].

La demolición de los abordajes tradicionales provocó varias bajas. Una fue de la noción de proceso histórico. Insatisfechos, y con buenas razones, con una historia teleológica que veía cada momento histórico como un estadio necesario en un proceso histórico lineal que automáticamente conducía a un fin ya conocido, un gran número de historiadores llegó al punto de negar que la historia tuviese alguna lógica propia. Ellos desistieron también de cualquier tentativa totalizadora. Ello llevó al descrédito de todos los modelos teóricos, independiente de que fueran originarios de las teorías de modernización, dependencia, sistema mundo o modos de producción. Como consecuencia, los debates teóricos que en el pasado tenían muchas veces base teórica y corrían el riesgo de volverse escolásticos y estériles, fueron dejados de lado, si no completamente abandonados. El empirismo se volvió moda, no como un momento necesario en la elaboración de cualquier teoría sino como un fin en sí mismo, como si la historia pudiese del algún modo revelarse a cualquier persona que se inclinase sobre los documentos. De un abordaje no dialéctico, deductivo, que demostraba más que lo que investigaba y que parecía saber lo que iría a encontrar antes de comenzar se pasó a un abordaje inductivo que nunca alcanza niveles teóricos. En vez de semejanzas, los historiadores enfatizaron las diferencias, en vez de regularidades, ellos privilegiaron lo imprevisible, lo accidental o inesperado, lo irracional y lo espontáneo.

El cuadro histórico y la historia de la vida cotidiana que se volvieron famosos en la Francia de los años cincuenta y desde entonces enterrados, fueron resucitados con una nueva y más refinada apariencia retórica. También lo fueron las categorías de carácter nacional, que todos creían abandonadas con la derrota del nazismo en 1945, pero que ahora reaparecían bajo el disfraz de "cultura" o "etnicidad". Simultáneamente, las muchas memorias tomaron el lugar de la historia. Un número creciente de historiadores parecían estar más interesados en recoger testimonios de personas, recogiendo sus memorias, más que en escribir su historia. Esta tendencia se volvió más importante cuando, en diciembre de 1997, la American Historical Review dedicó una de sus secciones a un foro sobre historia y memoria. En la introducción se señalaba que la "memoria colectiva se volvió una forma atractiva de análisis histórico". Siguiendo los pasos del historiador francés Pierre Nora, los adeptos a lo que luego se convirtió en un género dominante crearon revistas, promovieron encuentros internacionales y, no sin sorpresa, reclutaron cada vez más seguidores. Aunque la mayoría de los historiadores continuó utilizando los testimonios orales como un complemento del material de archivos, algunos comenzaron a confiar cada vez más exclusivamente en las entrevistas. La memoria tomó el lugar de la historia, la historia oral sustituyó la investigación en los archivos. Este género fue bienvenido especialmente entre grupos que pretendían dar voz a los sin voz en la arena pública[8]. Más frecuentemente, de acuerdo con Steven Watts, "ansiosos por difundir la 'participación' discursiva de todos los grupos culturales excluidos, los izquierdistas del giro lingüístico hablarán del desafío de las estructuras socio económicas, políticas y culturales subyacentes, que excluían a esos grupos desde el inicio y que sustentaban la ilusión de la 'elección' "[9].

Porque la historiografía tradicional había solapado la subjetividad de los agentes históricos (transformando en un epifenómeno, viendo a las personas como "portadoras de fuerzas históricas" en vez de agentes históricos), la nueva historiografía escogió colocar su foco en la "agencia humana" y escribir una historia bajo el punto de vista de aquellos que fueron silenciados o marginados. El número de practicantes de la historia oral creció, así como el número de estudios basados en testimonios y entrevistas– como si éstas tuviesen toda la historia, o como si la historia no pasase de una confusión de subjetividades y voces, una especie de torre de babel. Los extremistas reclamaban que la única solución era que cada uno contase su propia versión de la historia. Los historiadores se limitarían a registrar muchas versiones, y tal vez acrecentarían su propia versión. Había sin embargo un riesgo en estos abordajes que algunos estudiosos rápidamente detectaron. Los relatos testimoniales siempre son parciales, no se puede captar el proceso histórico cuando se escucha un lado. Igual, después de haber escuchado muchos testimonios contradictorios, los historiadores tienen que someterlos a la crítica. Si no ellos perderán la historia que está por detrás de las palabras.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Bajo la influencia de Foucault, la atención de los historiadores pasó de las estructuras globales de dominación, los procesos de acumulación de capital, el Estado y las relaciones entre las clases sociales, todo lo que estaba en el centro de la historiografía tradicional, a la microfísica del poder. Esto llevó a una extraordinaria expansión de las fronteras de la historia: criminalidad, prostitución, homosexualidad, brujería, carnaval, procesiones, rituales, el teatro del poder, mitos y leyendas, cartografía y otras formas de representaciones (todas habían interesado marginalmente a los historiadores en el pasado) absorbieron las energías de las nuevas generaciones de historiadores. Pero raramente intentaron establecer una conexión entre macro y microfísica del poder. En algunas raras y notables excepciones[10], estos dos tipos de abordajes se aproximaron. No pocas veces corrieron paralelos uno junto a otro, como modos alternativos de ver la historia. El resultado fue que, a pesar de la expansión extraordinaria del campo de la historia y de nuestra comprensión de la multiplicidad y variedad de la experiencia humana, la macrofísica del poder permaneció en la sombra. Sin embargo este método de análisis, derivado de una lectura simplista de Foucault, realmente ha ayudado a identificar los muchos lugares donde se ejercía el poder –esta fue una contribución positiva a nuestro pasado– este análisis rehusaba explicar cómo y por qué el poder es constituido, reproducido y transformado. Contrariamente a la intención original de Foucault, las microhistorias permanecieron como piezas de color en un caleidoscopio quebrado, sin juntarse para producir un diseño, como meros fragmentos de experiencias sin significados.

Las estrategias políticas, que en el pasado se basaban en una crítica al Estado y a las estructuras económicas y sociales, no fueron validadas por la nueva historiografía. Otras estrategias encontraron su justificación en la nueva historia que celebra la espontaneidad, la resistencia diaria, las "armas de los débiles", y que lleva a una subversión del lenguaje. Pero estas tendencias que pueden significar emancipación, llevan fácilmente a una calle sin salida, una vez que es difícil tomar una posición ante una historia arbitraria, caótica, sin significado o sin dirección.

Ninguna de las tendencias mencionadas aquí contribuyó tanto para invertir la dialéctica como el énfasis en el discurso, –sea éste de los oprimidos como de los opresores, el de los reformistas o el de los conservadore – una tendencia que un autor definió como "lingüismo vulgar". De acuerdo con Bryan Palmer[11] al bucear en el discurso, muchos de los autores que adoptaron este abordaje importaron una terminología que apenas sirve para adornar sus textos históricos, los cuales de otro modo siguen métodos más convencionales. Discurso, lenguaje, simbolismo, deconstrucción, se volvieron expresiones comunes en la jerga del historiador, más frecuentemente como parte de su vocabulario y no como parte de su teoría. La próxima etapa, en tanto, fue una reificación del lenguaje. Esta tendencia aparece claramente en importantes estudios sobre la clase trabajadora[12]. Gareth Stedman Jones, por ejemplo, en Lenguaje de Clase[13] después de afirmar que no hay realidad social fuera o antes del lenguaje, concluye que la clase está construida e inscripta en una retórica compleja de asociaciones metafóricas, inferencias causales y construcciones imaginarias –algo que siempre es bueno recordar– pero por sí sola no es suficiente para comprender la experiencia de clase (de acuerdo al fino análisis crítico de la literatura sobre el Cartismo realizado por Neville Kirk)[14]. Criticando a Stedman Jones por no haber llevado su metodología a las últimas consecuencias, Joan Scott en "Sobre Lenguaje, género e historia de la clase trabajadora"[15] propone un método que mostraría que "ideas tales como clase se vuelven, a través del lenguaje, realidades sociales". Esto es una completa inversión de la metodología tradicional. En este caso, el lenguaje determina las relaciones sociales, en lugar de ocurrir lo contrario[16]. En este texto, Scott parece priorizar el concepto de clase sobre la experiencia de clase, cuando afirma que "conceptos como clase son necesarios antes que los individuos puedan identificarse como miembros de tal grupo, antes que ellos puedan constituirse colectivamente como tales"[17].

El análisis del discurso es, naturalmente, fundamental para el trabajo del historiador. En verdad sería justo decir que no hay investigación histórica que no comience con un análisis del discurso. Pero reconocer este hecho no es lo mismo que decir que el análisis del discurso es suficiente para la comprensión de la historia. Ciertamente esto no significa, como a algunas personas les gustaría acreditar, que las únicas cosas que existen son textos y más textos, o que el trabajo del historiador, como el del crítico literario, no pasa de una infinita deconstrucción.

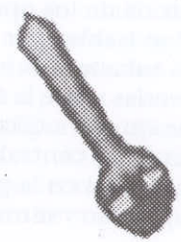
Terry Eagleton, al describir los eventos del 68 y el surgimiento del post estructuralismo, comentó irónicamente que, incapaz de subvertir el poder del Estado, la generación del 68 subvertió el lenguaje. En un análisis crítico del libro de Furet sobre la Revolución Francesa, Lyn Hunt observó, en 1981, que la historia de la Gran Revolución, la que durante mucho tiempo había estado asociada a la violencia, forma y conflicto de clases había sido transformada en un "evento semiológico". Furet había inventado una nueva metafísica en el cual el lenguaje crea las relaciones humanas[18].

La nueva historiografía mostró también su creciente preocupación por los problemas epistemológicos, esto es, con el discurso del historiador. Esta tendencia no es nueva. En una conferencia dada en 1966, en John Hopkins, Jacques Derrida señaló que precisamos interpretar la interpretación, más que interpretar las cosas propiamente dichas. Su apelación encontraría muchos seguidores entre quienes estaban preocupados con la discusión de los límites de la conciencia histórica más que con la historia en sí. Las categorías utilizadas por los historiadores en sus interpretaciones del pasado fueron puestas en cuestión, conduciendo a especulaciones obsesivas sobre la validez de aplicar nuestras propias categorías a otras culturas y a otras épocas y lugares. Podemos aplicar categorías originarias de la experiencia europea en "oriente"? ¿Puede el colonizador hablar por el colonizado? ¿Podemos escribir la historia de los oprimidos o ellos deberían hablar por sí mismos? ¿Pueden los subalternos hablar?[19] ¿Pueden las teorías sobre la división sexual del trabajo que utilizamos para estudiar las áreas centrales del capitalismo ser aplicadas en la periferia?[20]. Las dudas aparecen y se mul-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tiplican. Cada vez más hablamos sobre lo que los historiadores pueden y no pueden hacer. Aquí también, lo que comenzó como una reflexión saludable sobre las distorsiones que los preconceptos de los historiadores imponen a la escritura de la historia, es una crítica del punto de vista "eurocéntrico" o "centrado en occidente", puede fácilmente transformarse en una perversa y alegre negación de la posibilidad del conocimiento histórico. Estamos lejos de las muchas certezas que caracterizaron a los años sesenta. Esto puede ser bueno, pero también puede ser malo, especialmente si no tomamos conciencia de nuestras incertidumbres.

Que la historiografía surgida de una lectura positivista de los clásicos de la dialéctica dejó mucho que desear es algo que fue reconocido hace mucho tiempo, sin embargo el esparcimiento de caballos muertos continua siendo uno de los deportes favoritos. En verdad, mucho de lo que aparece hoy bajo la etiqueta de pos modernos o pos estructuralistas encontró sus raíces en el trabajo del filósofo francés que tuvo un gran impacto en los años sesenta, pero que después fue condenado al ostracismo, probablemente debido a sus conexiones políticas. Cualquier persona que se tome el trabajo de leer las primeras doscientas páginas de *Crítica a la Razón Dialéctica* de Sartre[21] (en la sección titulada "La cuestión de método") encontrará una crítica inteligente de la historiografía marxista de acuerdo a cómo ella fue escrita por los contemporáneos de Sartre. Sartre criticó a los intelectuales que acreditaban estar sirviendo a su partido de simplificar los datos, prestando escasa atención a los detalles, y conceptualizando el acontecimiento antes de haberlo estudiado. Los acusó de estar transformando lo que debía ser un método de investigación en una nueva metafísica. Al realizar comentarios sobre *La lucha de clases en la Primera República* de Daniel Guerin, decía Sartre que: "Este método es a priori. El autor no construyó sus conceptos a partir de la experiencia que él desea descifrar. Él conoce la verdad antes de haber iniciado. Su único objetivo es encajar los acontecimientos, las personas y sus acciones en moldes prefabricados"[22]. Sartre también criticó la reducción de lo político a lo social, y de la ideología a los intereses de clase. Condenó a los historiadores por ser incapaces de integrar en sus historias la perspectiva de los agentes históricos y por deshumanizar la historia. Sartre también desafió a aquellos que establecieron una relación mecánica entre los individuos y las clases sociales, entre clase social y conciencia y entre praxis imaginaria y real. Insistió en la importancia de las mediaciones y condenó la naturaleza teleológica de las explicaciones históricas. Sartre también criticó los abordajes esencialistas, funcionalistas y estáticos que ignoran el significado de las contradicciones y la importancia del proceso histórico. Su amiga y compañera Simone de Beauvoir fue también una pionera. Ella levantó las banderas de un nuevo feminismo[23]. Fue una de las primeras en mostrar cómo el poder está implicado en la construcción del otro[24]. Por lo tanto, ya en los años 50 y 60 se podían detectar las perplejidades, los conflictos y las tendencias que vieron y dominaron la nueva historiografía. Pero las nuevas generaciones de historiadores no siguieron a Sartre[25]. Su trabajo está más provisto de Foucault, Derrida y los nuevos filósofos franceses[26]. Esto los condujo a una confrontación y a una ruptura con las tradiciones historiográficas de la era de Sartre.



Es tal vez en el campo de la historia del trabajo que el conflicto entre lo nuevo y lo viejo es más visible. En tanto que en el pasado los historiadores se concentraban en los conflictos entre capital y trabajo, en la macrofísica del poder y estaban preocupados por las estructuras económicas y por el papel del Estado y de los líderes sindicales y partidos políticos en la formación de la clase trabajadora, la nueva historiografía se volcó al estudio de los rituales, del lenguaje, la familia, el tiempo libre y la resistencia cotidiana. En tanto que en el pasado los historiadores se preguntaban cuál era el impacto del cambio industrial y el Estado sobre el movimiento obrero, la nueva historia invirtió la cuestión y se preguntó sobre el impacto que tuvo el movimiento obrero en la economía y en la formación del Estado. En tanto que la historiografía tradicional estaba preocupada con "la clase trabajadora", que era considerada la clase revolucionaria, la nueva historiografía problematizó e historizó nociones de clase y de conciencia de clase, cuestionando las visiones esencialistas de la clase trabajadora, característica de la historiografía tradicional. La nueva historiografía levantó también dudas sobre la alegada solidaridad "natural" de la clase trabajadora y expuso los conflictos internos que emanaban de las muchas y por veces competitivas identidades nacionales, religiosas, étnicas, sexuales etc. que diluían la solidaridad de clase trabajadora. Simultáneamente la nueva historiografía repudió los abordajes teleológicos que en el pasado consideraban que la historia iba inevitablemente en dirección del socialismo y que cada momento histórico era una nueva etapa en esta dirección. El foco de atención se movió del movimiento obrero para los trabajadores, de la fábrica para el hogar, del trabajador individual para su familia, y del trabajo hacia el tiempo libre y la cultura.

La nueva historiografía del trabajo reexaminó las relaciones entre líderes y las bases, entre los sindicatos y los gobiernos. Desafió a aquellos que señalaban una conexión automática entre las formas de conciencia y los tipos de actividades en las cuales los trabajadores estuvieron envueltos y repudió los conceptos de hegemonía y falsa conciencia frecuentemente utilizados por la historiografía tradicional. En este proceso de revisión, los historiadores incorporaron a su análisis a los trabajadores urbanos no industriales, que en el pasado habían llamado poco la atención. Como consecuencia de este revisionismo, hubo una gran expansión de las fronteras de la historiografía del trabajo, que vio incluir movimientos sociales o mujeres trabajadoras del sector terciario. Aquí, otra vez se trata de un movimiento positivo. Pero si fuera llevado al extremo, puede tener consecuencias negativas, puede hacer que se pierda la visión de las fuerzas históricas fundamentales, que afectan no sólo a la vida de los trabajadores sino también a nuestras propias vidas.

Las nuevas tendencias en la historiografía del trabajo propiciaron grandes debates y algunas reacciones negativas, particularmente por estar directamente ligadas a cuestiones políticas contemporáneas. Esto se vuelve obvio, por ejemplo en el ensayo de 1987 de Michael Schneider, "*I n*

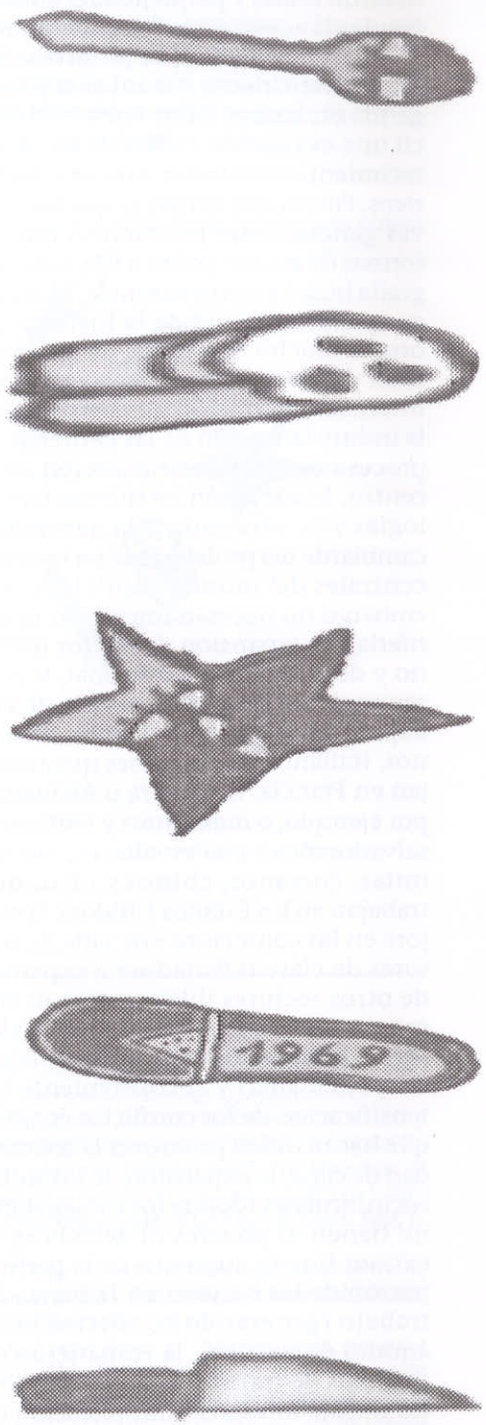
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Search of a New Historical Subject: The End of Working Class Culture, The Labor Movement and Proletariat"[27] en el que muestra la conexión directa entre nueva historiografía y las tendencias políticas de Alemania en la pos guerra, tendencias que llevaron a algunos autores a afirmar que las formas tradicionales de la conciencia proletaria no pueden surgir en la época actual y, hasta prever el fin del proletariado y del movimiento obrero y la emergencia en su lugar de movimientos sociales, tales como los movimientos pacifistas, ecológicos, feministas y otros. Confrontando este desafío, otros miran con nostalgia un pasado que ellos describen como una época donde la cultura de la clase trabajadora era integradora y radical y culpan a las estrategias de la Democracia Social por su desaparición. Schneider argumenta que los éxitos de la Democracia Social y de los sindicatos en el seno del sistema democrático liberal y una economía de mercado en Alemania mejoraron realmente las condiciones de vida de los trabajadores[28], conduciendo a una erosión de la conciencia de clase. La declinación numérica de la clase trabajadora y las dificultades para crear una "conciencia de clase" llevaron a una redefinición de las estrategias políticas y, simultáneamente, a la búsqueda de nuevos paradigmas historiográficos, centrados en el estudio de la vida cotidiana de las personas comunes. Analizando las consecuencias de esas nuevas prácticas historiográficas, Schneider observa que la solidaridad entre pequeños grupos de trabajadores o entre los moradores de un vecindario, puede, de hecho, crear islas alternativas de cultura y reforma social, pero no puede substituir un programa político más inclusivo. En su opinión, los proyectos que intentan explorar el potencial político en la vida de las personas ordinarias y que enfatizan los aspectos negativos de las organizaciones político-partidarias y de clase más inclusivas, pueden conducir a un pozo sin salida. Después de señalar fallas meotodológicas en esta nueva historiografía, Schneider concluye que muchos de los estudios regionales y locales que siguen las nuevas tendencias, no ofrecen nada más que una compilación de detalles, cuya relevancia nunca es cuestionada. Ellas permanecen como un cementerio de fuentes, un museo de curiosidades. Hay también un peligro, afirma, de que los historiadores que cultivan este tipo de historia se vuelvan incapaces de evaluar de manera crítica su propia situación y su propia vulnerabilidad.

Lo que Schneider tal vez no vea es que, lo que hoy parece tan derivativo, puede ser un momento necesario para corregir las distorsiones e insuficiencias del pasado y que esto podría conducir a la producción de una nueva y más rica síntesis y de una nueva y más efectiva práctica política[29].

Para que la síntesis se produzca, precisamos prestar atención a los dos polos de la crítica y someterlas a una seria crítica. La necesidad de tal crítica parece aún más importante en la periferia, donde las modas intelectuales, en vez de ser el resultado de una reflexión sobre condiciones internas, son frecuentemente importadas de lugares donde la realidad es profundamente distinta. Cuando escucho a Michelle Perrot, la famosa feminista francesa e historiadora del trabajo, decir que la sociedad pos moderna es "una sociedad en la cual las posibilidades de expresión individual se multiplican en la realidad", y que "el impacto de los modelos políticos y culturales dominantes sobre las personas han sido exagerados, que las personas poseen sus vidas privadas, sus facultades críticas, las cuales son cada vez más importantes porque las personas están cada vez más educadas", yo me detengo y pienso si esta realidad se aplica a América Latina. Mas cuando ella continúa diciendo que: " Al final, la sociedad pos moderna es una sociedad en la cual la clase tiene un significado diferente en la cual las personas tienen un respeto mayor unas por las otras", yo me pregunto en qué mundo está viviendo[30]. Ciertamente no en el mundo que yo conozco. Racismo, tortura, masacres de líderes políticos, escuadrones de la muerte, problemas para sobrevivir que afectan la vida diaria de hombres y mujeres en la periferia, de Mozambique hasta El Salvador y Guatemala, o a los seis millones de niños abandonados en Brasil, o a los problemas de las ciudades internas en los Estados Unidos, este tipo de cosas no parecen haber entrado en el universo de Michelle Perrot y de muchos intelectuales de las naciones desarrolladas. Visto desde la periferia el narcisismo celebratorio y las formas de militancia de esta nueva vanguardia que ignora lo que sucede en sus colonias, y algunas veces lo que sucede en su propio territorio, parece sospechoso y me lleva a levantar interrogantes sobre la validez de aplicar categorías analíticas originarias de una experiencia tan diversa, para otras partes del mundo, y tal vez mismo para nosotros.

Las nuevas tendencias de la historiografía americana y europea nacieron de situaciones concretas. Algunas son similares a las que encontramos en el llamado Tercer Mundo, otras no. Ellas están, en parte, ligadas a la crisis del sistema soviético y de una cierta lectura del marxismo durante el período de pos guerra y las críticas que se hicieron a las formas de organización y de las estrategias seguidas por los partidos políticos asociados a la Unión Soviética. En la periferia, este proceso se aceleró por la represión inducida por la Guerra Fría. El fracaso de los llamados regímenes socialistas en África y los acontecimientos en la China ge-



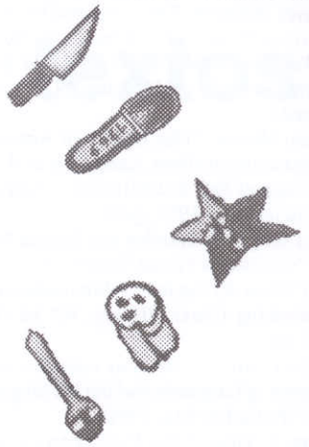
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

neraron dudas y perplejidades entre la izquierda académica. Durante los últimos cuarenta años, la polarización Occidente-Oriente y la intensa propaganda en ambos lados volvieron difícil una evaluación crítica de los acontecimientos contemporáneos e históricos. Fue en este contexto que las nuevas generaciones procuraron nuevas formas de acción política y la historiografía buscó nuevos caminos. Más este es apenas una cara de la historia. La otra es mucho más difícil de ser analizada y tiene que ver con la creciente internacionalización de la economía, la industrialización de las periferias, el proceso de desindustrialización en el centro, la adopción de nuevas tecnologías y la retracción y la naturaleza cambiante del proletariado en las áreas centrales del mundo capitalista (sin embargo no necesariamente en la periferia), la expansión del sector terciario y de la economía informal, la presencia de un número creciente de trabajadores migrantes (árabes, africanos, italianos, portugueses que trabajan en Francia, Inglaterra o Alemania, por ejemplo, o mexicanos y haitianos, salvadoreños y guatemaltecos, vietnamitas, coreanos, chinos y otros que trabajan en los Estados Unidos), la mejora en las condiciones de vida de sectores de clase trabajadora a expensas de otros sectores (blancos versus negros en los Estados Unidos, nacionales versus extranjeros en Inglaterra, Francia y Alemania) y la consiguiente intensificación de los conflictos étnicos, que hacen difícil promover la solidaridad de clase, la expansión de los sectores informales (donde los trabajadores no tienen ni poderes ni derechos), el extraordinario aumento de la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo (generando conflictos en el ámbito doméstico), la reaparición de sistemas de transferencia (aislando a los trabajadores), la multiplicación de los trabajadores temporarios (lo que hace cada vez más complicado organizarlos según el modelo tradicional), las transformaciones de los padrones residenciales con la desaparición del vecindario de clase obrera (que tradicionalmente había sido centro de actividades de la clase obrera), cambios en las formas de uso del tiempo libre (aislando a los trabajadores frente a la TV), el creciente impacto de los medios de comunicación al servicio del Estado y de las corporaciones empresarias, y finalmente, la generalización de una mentalidad consumista que intensifica la tensión entre privación y deseo, enfatiza lo individual a costa de lo social, todo esto ha conducido a una redefinición de la práctica y de la teoría. Es en el ámbito de un escenario extremadamente complejo, que varía de una sociedad a otra, que nació la nueva historia.

Después de todo esto, debe ser obvio que la mera reproducción de interpretaciones tradicionales no dará cuenta de esta nueva realidad. Y, toda vez que el trabajo del historiador es siempre un diálogo entre el pasado y el presente, no es sorprendente que los modos tradicionales de mirar la historia parezcan inadecuados y que el pasado esté siendo re-escrito a partir de nuevas perspectivas. En este sentido, 1968 fue realmente un parte aguas. Pero la oposición sugerida por la propaganda con la cual inicié este texto –" Mayo del 68, nosotros rehicimos el mundo. Mayo del 86 nos rehicimos la cocina", consumismo versus militancia– puede ser más aparente que real y es ciertamente reversible. Los acontecimientos recientes en Europa y la nueva y recurrente crisis en el mundo capitalista, sentida particularmente en la periferia, sugieren tal vez que estamos entrando en un nuevo período histórico. El momento favorece una síntesis que evitará todas las formas de reduccionismo y de reificación, sea económico, cultural o lingüístico, una síntesis que no perderá de vista la articulación entre micro y macrofísica del poder, una síntesis que reconocerá que la subjetividad humana es al mismo tiempo constituida por y constituyente de realidades sociales, una síntesis que resultará tanto en una nueva historiografía como en nuevas estrategias políticas[31].

Esperemos que en el próximo siglo los historiadores sean capaces de juntar las piezas en este campo estallado de fragmentos y así crear una visión más rica y menos caótica que pueda auxiliarlos (y a los otros) a liberarse de la camisa de fuerza del narcicismo, a reinventar nuevas formas de solidaridad y a encontrar nuevos caminos para un mundo más abierto y verdaderamente democrático, donde todas las personas de géneros, clases, etnias, religiones y nacionalidades diferentes se junten para participar, en igualdad de condiciones, de la riqueza del mundo ■

Traducción: Mirta Zaida Lobato - Juan Suriano



Referencias bibliográficas

1. Una versión ligeramente diferente de este trabajo fue presentada como conferencia inaugural de la VII Conferencia de Estudios del Trabajo, Atlanta, Georgia, octubre de 1991. Publicado en *"Anos 90"* N° 10, dezembro de 1998, PPG em História da UFRGS.

2. Citado por Clifford Geertz: *The interpretation of cultures* (New York, 1973 p. 220 (Hay edición en español)

3. *Radical History Review,* N° 37, 1987, p. 29-33.

4. Esto es lo que Jean y John Comaroff están intentanto hacer en antropología. Véase por ejemplo su *Revelation and Revolution: Christianity and Conciusness in South Africa* (V. 1 Chicago, 1991, V. 2 Chicago 1997).

5. Göran Therborn: *The Ideology of Power and The Power of Ideology* (London 1980)

6. Hayden White: he Value of Narrativity in the Representation of Reality, en *Critical Inquiry* (Autumn 1980) p. 6-27, The Structure of Historical Narrative, Clio, no. 1 (1972 (p 5-20 y The Historical Text as Literacy Artifact, *Ibid,* p. 41-62

7. Intenté esta síntesis en *Crowns of Glory, Tears of Blood e The Demerara Slave Rebellion of 1823* (New York, 1994).

8. Daniel James en "Meatpackers, peronist and collective memory: a view from the south", señala que una tendencia en la academia está "centrada en la producción de textos sobre la memoria, la conmemoración, la re-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cordación". Señala también que "hay una convergencia entre la temática de la academia y una cultura más ampliamente popular", American Historial Review (Diciembre de 1997), 1404. Para los problemas referentes al trabajo con la memoria como fuente histórica, véase Daniel James Tales told out on the boirderlands: Doña María'story, Oral History and Issues of Gender, en John D. French and Daniel James (Editors) *The Gendered Worlds of Latin American Women Workers: From Hosusehold and Factory to the Union Hall and Ballot Box*, (Durham 1997), p 31-52 y p 297-313 respectivamente.

9. Steven Watts: "The Idiocy of American Studies: Poststructuralism, Languaje and Politics in the Age of Self Fullfillment", *American Quaterly* (Diciembre, 1991, 652.

10. Para mayores detalles ver Emilia Viotti da Costa: "Structures versus Experience: What do we gain What do me lose?" *International Labor and Working Class History*, N° 36 (Fall, 1989), p. 3-24

11. Bryan Palmer: *Descent into Discourse: The Reification of Languaje and the Writing of Social History* (Philadelphia, 1990).

12. Véase R. Gray: "The Deconstruction jof the Working Class", *Social History*, p. 11 (1986) y J. Foster, "The Declassing of Languaje", New Left Review, p. 150 (1985).

13. Gareth Stedman Jones: *Languajes of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982* (Cambridge), 1983.

14. Neville Kirk: "In Defence of Class: a Critique of Recent Revisionist Writing upon the Nineteenth Century English Working Class", *International Review of Social History*, N° 37 (1987) p. 2-47 Véase también P. A. Pickering, "Class without Words: Symbolic Communication in the Chartist Movement", *Past and Present*, p. 112 (1986) y J. Epstein: "Rethinkin the Categories of Working Class History", en *Labour/Le Travail*, p. N° 18 (1986).

15. *ILWICH*, N° 31 (Primavera 1987) p. 1-14

16. Véase las críticas de Joan Scott en el mismo número de *ILWHICH*.

17. Véase las respuestas de Scott a las críticas en *ILWICH* N° 32 (otoño 1987), p. 39-45.

18. Véase Palmer, *Descent into Discourse*.

19. Gayatri Chakorvaorty Spivak, en Cary Nelson e Lawrence Grossberg eds. *Marxism and the Interpretation of Culture*, (Chicago 1988).

20. Véase por ejemplo Ljynne Philips: "Rural Women in Latin America: Directions for Future Research", *Latin American Research Review*, V. 25 N° 3, (1990), p. 89-108.

21. Jean Paul Sartre: *Critique de la Raison Dialeticque, precede de Question de Méthode* Tomo I Théorie des Ensembles Pratiques (París, 1960).

22. Esta es una traducción libre

23. Otro autor de los años 50 y 60, cuyo trabajo fue muy importante es Rolland Barthes, particularmente sus *Mitologías*.

24. En *El Segundo Sexo* ella argumentó que "al construir la mujer como 'otro' que los hombres en la cultura occidental se constituían como sujetos". Frances E. Mascia-Lee, Patricia Sharpe y Colleen Ballerino Cohen: "The postmodernist Turn in Antrhopology. Caution from a Femenist Perspective", *Signs*, Vol. 15, N° 11 (1989) pp. 7-33.

25. Comentando la experiencia de su generación en los años 70 Florencia Mallon escribió que "algunos cargaban (al campo) el volumen I del Capital bajo sus brazos, otros Leyendo El Capital. Numerosos eran los que viajaban en compañía de E. P. Thompson, E. J. Hobsbawn o Antonnio Gramsci. Mallon", "Dialogues Among The Fragments. Retrospect and Prospect", en Frederick Cooper, et. Al. *Confronting Historical Paradigms. Peasants, Labor and the Capitalist World System in Africa and Latin America* (Madison, 1993), 372 Si continuáramos con su metáfora, diríamos que la generación actual fue cargando a Foucault y Derrida.

26. Irónicamente a pesar de sus diferencias, estos autores tienden a ser anti humanistas y anti históricos en sus abordajes. Véase Kate Soper: *Humanism and Antihumanism: Problems of Modern European Thought* (London, 19869

27. *ILWHICH* (Otoño 1997), p. 46-58

28. Memorias similares fueron observadas en Inglaterra en las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra de acuerdo a lo que indicó James Cronin. James Cronin e Jonathan Schneer eds.: *Social Conflicts and Political Crisis in Modern Britain* (New Brunswick, 1982).

29. Alf Ludke intenta estabalecer un puente entre lo nuevo y lo viejo en un artículo publicado en Raphael Samuel y Gareth Stedman Jones eds. *Culture, Ideology and Politics* (London 1983, p. 38-54.

30. "New Subjects, New Social Commitments: An Interview With Michelle Perrot by Laura Frader and Victoria Grazia", Esta entrevista fue realizad apor Grazia en París, el 20 de septiembre de 1986, *Radical History Review*, No. 37 (1987) p. 27-40.

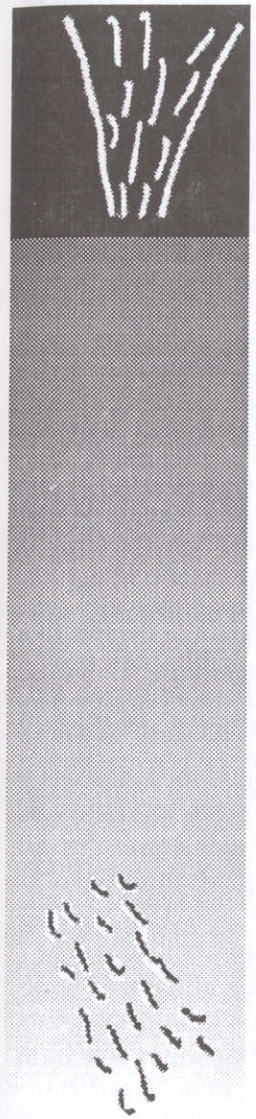
31. Walter Adamson: "Leftist Transformations: A Clash Between the Feasible and the Desirable", *Radical History Review*, 37, N° 31.

Galería de textos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Distancia y Perspectiva
Dos metáforas*

Carlo Ginzburg



En enero de 1998 Carlo Ginzburg presentó un libro donde reúne los ensayos que produjo en el último decenio: Occhiacci di legno. Nove riflessioni sulla distanza. *El prefacio del mismo constituye un relato donde el intelectual italiano produce una de sus habituales reflexiones críticas acerca del modo en que se articulan los temas hasta conformar núcleos problemáticos que finalmente se hacen visibles, o al menos parcialmente visibles, al historiador. Los nueve ensayos que componen el libro están atravesados por una recurrente preocupación: la distancia. Considerada tanto literal –Ginzburg enseña en Los Angeles desde 1988– como metafóricamente, la distancia remite a complejos itinerarios y búsquedas donde se encuentran, tensionan, rechazan, distintas formaciones intelectuales y tradiciones culturales. La traducción que se incluye en este número de* Entrepasados *es uno de los ensayos que permanecían inéditos al momento de la publicación del libro y aquél donde se pone de manifiesto con más claridad la consecuencia ginzburgiana en conjugar polémica presente con sólida e inteligente producción historiográfica. En ese sentido, es nuestro propósito poner este texto a disposición de nuestros lectores.*

En 1994 Alan Sokal, profesor de física teórica en la New York University, publicó en la revista *Social Text* un extenso ensayo, abundante en referencias bibliográficas, titulado "Transgressing the Boundaries: Toward and Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity" (Transgredir los límites: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad quántica). Un tiem-

* *Estas páginas son una versión modificada de una conferencia realizada en el Wissenschaftskolleg de Berlín el 12 de junio de 1997. He tenido en cuenta las observaciones críticas de Stephen Greenblatt, a quien agradezco.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

po después el mismo Sokal reveló que el ensayo era una feroz parodia de las posiciones radicalmente relativistas de moda hoy entre los filósofos, antropólogos, críticos literarios e historiadores (incluidos los historiadores de la ciencia). El evento tuvo un vasto eco internacional, terminando en las primeras planas del *New York Times* y de *Le Monde*. En un artículo aparecido en el *Times Literary Supplement* bajo el título de "¿Qué debería enseñarnos la burla de Sokal?", Paul Boghossian, que enseña filosofía en la New York University, ilustró con un ejemplo el blanco escogido por Sokal: las posiciones de los relativistas seguidores del postmodernismo. Para éstos, según Boghossian, lo que los arqueólogos escriben sobre el origen de las primeras poblaciones del continente americano no es menos verdadero que los mitos difundidos entre los pobladores indígenas de América como los zuñi. Boghossian comenta: "esta conclusión es inaceptable, porque las dos versiones se contradicen. Según la primera versión, los habitantes más antiguos del continente americano provenían del Asia; según la otra, provenían de un mundo subterráneo de los espíritus. ¿Es posible que una tesis y su contraria sean ambas verdaderas? Si yo digo que la tierra es plana y tú dices que es redonda, ¿podemos tal vez tener razón los dos? [...] Los seguidores del postmodernismo tienden a replicar respecto de este tipo de argumentación sosteniendo que ambas afirmaciones pueden ser verdaderas dado que lo son en relación a una determinada perspectiva, y es imposible hablar de verdad si no se lo hace en referencia a una determinada perspectiva. De modo que, según la perspectiva zuñi, los primeros habitantes del continente americano provenían de un mundo subterráneo; según la perspectiva científica occidental, los primeros habitantes provenían del Asia. Dado que las dos afirmaciones son verdaderas en base a una u otra perspectiva, ambas son verdaderas"[1].

Reconozco que comparto la actitud crítica de Sokal y Boghossian respecto de las conclusiones escépticas de los seguidores del postmodernismo. Pero el modo en que Boghossian presenta su punto de vista me parece simplista. La argumentación que vincula verdad y perspectiva merece un análisis más serio –sea examinando el componente metafórico sea abordando la historia– que remite naturalmente a un inicio muy anterior al postmodernismo[2]. Me detendré en tres episodios cruciales, que se verificaron en la antigüedad tardía (el primero) y en la edad moderna (los otros dos).

I

En las últimas décadas la relación entre historia, memoria y olvido se ha discutido mucho más intensamente que nunca antes en el pasado. Los motivos, se ha dicho con frecuencia, son múltiples: la inminente desaparición física de la última generación de testigos del exterminio de los judíos en Europa; la emergencia de nuevos y viejos nacionalismos en Africa, en Asia y en Europa; la creciente insatisfacción ante un sesgo áridamente científico en las confrontaciones de la historia y así siguiendo. Todo eso es innegable, y de por sí justifica la tentativa de inscribir la memoria en una visión historiográfica menos estrecha que la corriente. Pero memoria e historiografía no necesariamente son convergentes. Aquí quisiera subrayar una divergencia, mejor dicho una oposición: la irreductibilidad de la memoria a la historia.

En su libro *Zakhor,* Yosef Yerushalmi ha analizado una paradoja doble: "¿cómo es que el judaísmo se ha impregnado tanto a través de los tiempos del sentido de la historia, mientras que la historiografía, entre los hebreos, ha tenido siempre un rol subalterno (en la mejor de las hipótesis), o más bien no ha tenido ninguno? Es más: si la memoria del pasado siempre ha sido un componente fundamental de la experiencia hebraica, ¿por qué jamás ha sido un deber del historiador custodiarla y trasmitirla?"[3].

Los hebreos han entrado en una relación vital con el pasado por un lado a través de los profetas, que exploraron el significado de la historia, por otro, escribe Yerushalmi, a través de una memoria colectiva transmitida por los ritos, que comunicaban no "un montón de hechos para contemplar a distancia sino una serie de situaciones en las cuales uno se podía y se debía zambullir, o donde se proyectaba un sentido existencial [...] Esto emerge sobre todo en ese ejercicio por excelencia de memoria de grupo que es la comida pascual o *Seder* [...] la puesta en escena simbólica de un escenario históricamente fundado, dividido en tres grandes actos correspondientes a la estructura de la *Haggadah* que se lee en voz alta: esclavitud, liberación, redención final".

Yerushalmi concluye: la actitud ahistórica, si no directamente antihistórica, que caracteriza de manera tan relevante la tradición bíblica y rabínica, "no ha impedido que se transmitiera el sentido de un vital pasado hebraico de una generación a otra; y el judaísmo no ha perdido jamás sus vínculos con la historia o sus orientaciones fundamentalmente históricas"[4].

"Historia" aquí significa *res gestae,* no *historia rerum gestarum:* una experiencia del pasado, no un conoci-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

miento del pasado. En la ceremonia del *Seder,* ha escrito significativamente Yerushalmi, "la memoria [...] no es más un recuerdo, que implicaría todavía un sentido de distancia, sino más bien una actualización"[5].

Esta conclusión, como es obvio, no se refiere solamente a la tradición hebraica. En cualquier cultura la memoria colectiva transmitida a través de los ritos, ceremonias y eventos similares, refuerza un nexo con el pasado que no implica una reflexión explícita sobre la distancia que nos separa del mismo. Habitualmente ligamos esta última posibilidad a la emergencia de la historiografía; un género literario que tiene, entre otros, el fin de registrar y conservar las noticias sobre los eventos dignos de memoria. No es casualidad que "historia" venga de la palabra griega ιστορια, pesquisa/investigación. Por mucho tiempo se ha visto en Tucídides el prototipo del historiador en cuanto investigador científico, y en su narración de las guerras del Peloponeso el ejemplo supremo de una actitud neutral, objetiva. Más recientemente se ha puesto de relevancia, en vez, el rol de Tucídides en cuanto observador comprometido con las experiencias que relataba. Un estudio sobre "perspectiva histórica en Tucídides" sostiene por ejemplo que el famoso pasaje(1, 10, 2) donde Tucídides proyecta la destrucción de Atenas y Esparta en un futuro remoto sería fruto del punto de vista a partir del cual Tucídides escribió gran parte de su obra: la súbita derrota de Atenas en el 404[6]. Ésta habría enseñado a Tucídides que las ciudades son perecederas.

Se podría objetar, con un poco de pedantería, que en la Grecia antigua no existía ninguna palabra que se correspondiera con perspectiva, ni alguna práctica equivalente a la inventada y teorizada en la Florencia del '400[7]. Por cierto, nada prohibe aplicar el término "perspectiva" a los pasajes donde Tucídides sugirió, a menudo de manera implícita, su compromiso subjetivo en una narración aparentemente deslindada de sí mismo. Pero aún estos pasajes están muy lejos de la idea posmoderna, criticada por Boghossian, según la cual, siendo ambas versiones sobre la proveniencia de los primeros habitantes del continente americano "verdaderas según una u otra perspectiva, ambas son verdaderas". Los lejanos orígenes de una idea de ese tipo provienen, como trataré de mostrar, de una tradición que no era ni hebrea ni griega.

Retornemos a la memoria y al rito: más precisamente, a un caso donde la conexión entre estos dos elementos es particularmente explícita. Al celebrar la pascua antes de morir Jesús dijo: "Este es mi cuerpo que he entregado por ustedes; haced esto en mi memoria" (*Lucas* 22, 19). Estas palabras, como se sabe, estaban realmente de acuerdo con la tradición hebraica[8]. Pero, Pablo al citarlas de forma ligeramente diferente en la primera carta a los corintios, la reinterpretó de manera radical, transformando el cuerpo de Jesús en lo que mucho más tarde se definió como corpus mysticum, un cuerpo místico en el cual se incorporaban todos los creyentes: "el cáliz de la bendición que nosotros bendecimos, no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que repartimos, no es acaso comunión con el cuerpo de Cristo? Puesto que hay un solo pan, nosotros, aún siendo muchos, somos un solo cuerpo: dado que todos participamos del único pan". (1 *Corintios* 10, 16 ss.)

"Todos", como se lee en *Gálatas* 3, 28, implicaba la desaparición de toda particularidad étnica, social o sexual: "No hay más ni judío ni griego; no hay más ni esclavo ni libre; no hay más ni hombre ni mujer, dado que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús"[9].

Desde esta perspectiva universal la relación con el pasado, y más particularmente con el pasado hebraico, asumió formas nuevas. La cuestión fue planteada en términos generales por Agustín, en un pasaje de *De Trinitate* (XIV, B, 11) sobre la presencia seminal de la imagen de Dios en el alma humana: "Son cosas que se encuentran en lugares determinados y que han pasado en el tiempo, si bien en este último caso no se trata de las cosas mismas, sino de sus signos que, vistos y escuchados, hacen conocer que estas cosas existieron y han pasado. Estos signos se encuentran en lugares determinados, como las tumbas y otros monumentos similares, o en los escritos dignos de fe, como en las historias compuestas por autores serios y autorizados o en las almas de aquellos que ya las conocen"[10].

El poder que domina los signos en nuestra mente es la memoria, tema que Agustín trató con admirable profundidad en el décimo libro de las *Confesiones*. Pero, como se sabe, en los escritos de Agustín *memoria* tiene también otros (y para nosotros menos obvios) significados. El término indicaba las tumbas de los mártires o, como en el pasaje citado, las tumbas de los muertos en general; las reliquias; los relicarios; las conmemoraciones litúrgicas[11]. Todos estos signos estaban ligados a la *Ecclesia Sanctorum*. En las *Enarrationes in Psalmos* (149, 3) Agustín la definió en estos términos: "Es Iglesia de los santos aquella que Dios prefiguró *(praesignavit)* con símbolos antes de que fuera visible en sí misma, y que después mostró a todos para que todos la vieran. La Iglesia de los santos se encerró primero en códigos escritos y ahora se difunde entre los gentiles. La Iglesia de los santos fue en un tiempo sólo objeto de lectura, ahora se la lee y se la ve. Cuando era

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sólo un objeto de lectura, se creía en ella, hoy se la ve, y la agitan las contradicciones!"[12].

Ecclesia sanctorum erat antea codicibus, modo in gentibus. Un contemporáneo de Agustín, Niceto de Aquileia (340-414) subrayó de un modo aún más enfático la continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre aquello que se podía leer en los libros sacros y lo que se podía experimentar en la realidad: "Pero ¿qué cosa es la Iglesia sino la congregación de todos los santos? Desde el principio del mundo, los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob; los profetas, los apóstoles, los mártires y los otros justos que fueron, son y serán, son una única Iglesia, porque santificados por una idéntica fe y un modo idéntico de vivir, santiguados por un único Espíritu, forman un único cuerpo, cuyo jefe, como está escrito, es Cristo"[13].

En el pensamiento de Agustín, el pasado hebraico y el cristiano se conectaban generalmente a través de la noción de *figura*[14]. En su tratado *De doctrina Christiana* Agustín utilizó ese criterio para aclarar algunos pasajes de los evangelios de difícil comprensión. Por ejemplo, las palabras, aparentemente monstruosas de *Juan* 6, 53 - "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no habrá en vosotros la vida" –tienen "sentido figurado, porque prescriben participar en la pasión del Señor y custodiar en la memoria el dulce recuerdo y saludar que su carne fue crucificada y mortificada por causa nuestra"–[15].

Pero en otro pasaje de *De doctrina Christiana* Agustín señaló los excesos de una interpretación de la Biblia en clave figurada. Debemos cuidarnos, dijo con tono admonitorio, de proyectar en la Biblia las costumbres del tiempo y el lugar en el que nosotros, lectores, vivimos (III, X, 15): "Pero dado que los hombres están inclinados a valorar los pecados midiéndolos no en la entidad de los malos deseos sino más bien según la fuerza de las propias costumbres, se da a menudo el caso de que uno considere merecedores de condena solamente aquellos comportamientos que frecuentemente resultan desaprobados y condenados en el propio suelo y en el propio tiempo, y dignos de aprobación y de alabanza solamente aquéllos que admiten las costumbres de los hombres en medio de los que aquél vive. En consecuencia se sigue que, allí donde la Escritura o prescribe alguna cosa que repugna a las costumbres de los que la escuchan o condena algo que a ellos no les repugna, si la autoridad de la palabra divina se vincula a su conciencia, ellos creen en la expresión figurada. Pero la Escritura no prescribe sino el amor"[16]. Este principio implica que: "es necesario considerar atentamente qué cosa se adecua a las personas, a los lugares, a las circunstancias *[guod igitur locis et temporihus et personis conveniat],* para no desaprobar desconsideradamente presuntas acciones vergonzosas"[17].

En algunos casos, observa Agustín, debemos leer la Biblia sea de manera literal sea de manera figurada, porque desde entonces las costumbres han cambiado (III, XII, 20): "los antiguos justos imaginaban y preanunciaban el reino celeste inspirándose en los reinos de esta tierra. Proveerse de prole suficiente era motivo que cancelaba la culpa de la usanza que establecía que un solo hombre tuviera muchas mujeres [...] y cuando ésta [la Escritura] narra alguna cosa de este tenor, asumiéndolo en sentido no sólo propio e histórico sino también figurado y profético *[non solum historice ac proprie, sed etiam figurate ac prophetice acceptum],* lo debemos interpretar según el fin del amor sea de Dios, sea del prójimo, sea de uno y del otro "[18].

Lo que se imponía al leer la Biblia sea proféticamente, sea históricamente, era la adaptación de lo divino a la historia del género humano[19]. La actitud de Agustín hacia los sacrificios hebreos se inspiraba en la necesidad, formulada a propósito de la poligamia de los patriarcas, de juzgar las costumbres según los tiempos y las circunstancias. Una vez el senador romano Volusiano hizo una pregunta provocativa: ¿cómo es posible que Dios aceptara los nuevos sacrificios cristianos y rechazara los sacrificios antiguos: Acaso Dios cambió de parecer? En su respuesta, dirigida al comisario imperial Flavio Marcelino, Agustín usa una vez más el recurso a la adecuación de Dios al género humano[20].

He aquí la voz de Agustín: "El problema tiene vastas implicaciones: lo puede ver bien quien es capaz de descubrir y no desdeña considerar la diferencia, fácil de hallar un poco en todas partes, entre lo que es bello y lo que es conveniente. Lo bello, que se opone a lo feo y deforme es considerado y alabado en sí mismo. Lo adecuado, en cambio, que se opone a lo inadecuado, depende de otro, que está por así decir ligado a; y no se juzga por sí sino en relación al objeto con el que está conectado. Naturalmente respecto a lo decente y lo indecente o es la cosa misma o se la considera del mismo modo anterior. Ahora bien, aplicad a las cuestiones que estamos discutiendo las consideraciones hechas hasta aquí. El sacrificio que Dios había ordenado se adaptaba a los primeros tiempos, pero ya no más ahora. He aquí por qué ha prescripto otro sacrificio, que se adecuase a nuestra época. El, inmutable creador y moderador de las cosas cambiantes, sabe mucho mejor que el hombre qué resulta oportuno para cada edad *[novit quid cui que tempori accomodate adhibeatur],* aquello que en un momento dado debe dar, agregar, traer, dejar, aumentar o disminuir hasta que la belleza del entero cur-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

so de los acontecimientos, donde las cosas adaptadas a cada tiempo constituyen pequeñas partes, no se desenvuelve como el concierto solemne de un inefable músico, y por consiguiente los que prestan a Dios la debida veneración, aún cuando es el tiempo de la fe, pasen a la eterna contemplación de la belleza"[21].

Para entender este pasaje fundamental es necesario recordar que el primer escrito de Agustín fue un tratado: *De pulchro et apto* ("Sobre lo bello y lo adecuado") dedicado a un orador romano nacido en Siria y formado en Grecia (*Confesiones,* IV, XIII, 20). En las *Confesiones* Agustín aludió al contenido del tratado, por entonces perdido y nunca más recuperado, y criticó retrospectivamente el punto de vista maniqueo (IV, XV, 4). Como se comprende a partir del título y de la consistente alusión de Agustín, el tratado versaba sobre la diferencia entre lo bello y lo adecuado, "pulchrum" y "aptum" (o "accommodatum")[22]. La distinción, discutida por Platón en el *Hipias mayor,* había entrado sin duda a formar parte de la tradición platónica. Pero Agustín, que conocía poco el griego, debe haber tenido un acceso indirecto a estos temas a través de los escritos de Cicerón, autor que había leído apasionadamente durante la juventud[23]. En el pasaje ya recordado Agustín repetía una extensa argumentación, expuesta por Cicerón en el *De oratore,* que, aunque comenzaba con una deferente alusión a Platón, se desarrollaba después en una dirección decididamente antiplatónica[24]. Cicerón comenzaba observando que: "no hay nada en la naturaleza, hasta donde veo, que no comprenda en el mismo género numerosos componentes disímiles entre ellos, que sin embargo son considerados dignos de la misma apreciación"[25].

Este principio aparentemente inocuo se proyectaba primero en las artes, sea visuales sea verbales, y después en la retórica, terminando por transformar las nociones de género literario o retórico en algo parecido a lo que llamamos estilo individual[26]. La excelencia de poetas como Esquilo, Sófocles, Eurípides es incomparable; cada artista alcanza la perfección de un modo que le es propio. Pero al final de cuentas decía Cicerón: "¿a qué conclusión podemos llegar, según vosotros, examinando a todos los oradores presentes y pasados de cada país? ¿No terminaremos por encontrar casi tantos géneros de oratoria como cuantos oradores existan?" (III, 34).

No existe un género perfecto, concluía Cicerón: la oratoria deberá elegir, de tanto en tanto, el que resulte apropiado a las circunstancias.

Agustín había aprendido, primero como estudiante, y luego como profesor de retórica, a usar términos técnicos como *aptum* y *accommodatum,* que traducían al latín la palabra griega πρεπον[27]. Su elaboración teológica cristiana estuvo fuertemente influenciada por la educación retórica. Lo cual vale en particular para su noción de adecuación divina, cuyo origen específicamente retórico emerge con evidencia en la respuesta indirecta al senador romano Volusiano. Al analizar la relación entre cristianos y hebreos Agustín se sirvió de un esquema conceptual forjado en sus reflexiones juveniles sobre la relación entre *pulchrum* y *aptum,* entre belleza universal y adecuación. Cicerón había subrayado que en el ámbito de las artes visuales y verbales no eran incompatibles la excelencia y la diversidad. Pero sus argumentaciones, no obstante una alusión a "todos los oradores presentes y pasados", eran sustancialmente atemporales. Agustín usó el mismo modelo pero lo proyectó a una dimensión temporal. Tanto la naturaleza cuanto las actividades humanas "cambian, pero no cambia la disposición de la Providencia de Dios, a partir de la cual sucede que las cosas cambien"[28]. En este punto Agustín pasó al tiempo histórico, describiendo a Dios, "inmutable creador y moderador de las cosas cambiantes", como un "músico inefable"[29]. Las reflexiones de Cicerón sobre la naturaleza del arte y de la poesía abrieron camino a la alabanza de la belleza del curso de los eventos humanos *(universi saeculi pulchritudo)* que Agustín compara con un canto melodioso: una metáfora que le permitía conciliar la inmutabilidad divina con el cambio histórico, la verdad de los sacrificios hebreos en su tiempo así como la de los sacramentos cristianos que los habían superado.

Los historiadores antiguos, desde Tucídides hasta Polibio, a pesar de que subrayaban la invariabilidad de la naturaleza humana, habían comprendido que las instituciones y las costumbres cambian. Agustín también era consciente de esto. En *De doctrina christiana* (III, 12, 19) escribió: "Entre los antiguos Romanos era vergonzoso vestir una túnica con mangas y larga hasta los pies, y en cambio ahora para quien es de buena condición es vergonzoso, cuando se lleva la túnica, no confeccionarla de ese modo": una observación nada banal, en vista que ese ejemplo de cambio histórico seguía, reforzándola, a la justificación de la poligamia de los patriarcas[30]. Generalmente, Agustín veía en el pasado hebraico un caso especial, ligado al presente cristiano por una relación tipológica y no analógica(31). Pero para expresar la idea que constituía el marco mismo de la lectura figurada –a saber que el Viejo Testamento era a la vez verdadero y superado– Agustín recurre a la argumentación de Cicerón según la cual la excelencia artística es intrínsecamente refractaria a la com-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

paración. "Si Heródoto fue el padre de la historia, los primeros en dar un significado a la historia fueron los hebreos", ha recordado Yerushalmi(32). Pero ni los griegos ni los hebreos tuvieron jamás una noción comparable a aquella, que nos es familiar, de perspectiva histórica(33). Solamente un cristiano como Agustín, reflexionando sobre el vínculo fatal entre cristianos y hebreos, entre Antiguo y Nuevo Testamento, pudo formular la idea que, a través del concepto hegeliano de *Aufhebung,* llegó a ser un elemento crucial de la conciencia histórica: a saber que el pasado deber ser comprendido sea en los propios términos, sea en cuanto eslabón de una cadena que en última instancia llega hasta nosotros(34). En esta ambivalencia propongo ver una proyección secularizada de la ambivalencia cristiana para con los hebreos.

II

Agustín comparó la belleza del curso de los acontecimientos humanos, *universi saeculi pulchritudo,* a una melodía basada en una armoniosa variedad de sonidos. El sucederse de los siglos, escribió en *De vera religione,* es como un canto que ninguno está en grado de escuchar en su totalidad(35). Enseguida se piensa en la importancia de la música en las reflexiones sobre el tiempo expuestas por Agustín en las *Confesiones.* La fe está basada en la escucha *(fides ex audito):* por eso Agustín pudo contraponer la historia humana, el tiempo de la fe y de la escucha, a la eternidad, la contemplación sin tiempo de Dios(36).

Nosotros, en cambio, somos inducidos irresistiblemente a traducir las metáforas acústicas de Agustín en metáforas visuales, enclavadas en la distancia y la perspectiva. Los motivos de este deslizamiento sensorial son evidentes. La imprenta ha producido imágenes y libros infinitamente más accesibles, contribuyendo a lo que se ha definido como el triunfo de la vista o, más recientemente, "régimen escópico de la modernidad"(37). Pero me pregunto si una categoría tan indefinida puede explicar nuestra propensión a las metáforas visuales. Mucho más estimulante es el paralelo, repetidamente señalado por Panofsky, entre la invención de la perspectiva lineal en la Italia del Renacimiento y la emergencia simultánea de una actitud crítica frente al pasado(38). Por cierto, se trata siempre de una convergencia, también sugestiva. Pero en un estudio muy agudo Gisela Bock ha individualizado un nexo concreto entre los dos términos donde ninguno lo había buscado: en la dedicatoria del *Principe*[39].

Il Principe, escrito en 1513-1514, fue publicado en 1532, cinco años después de la muerte de Maquiavelo; inmediatamente lo circundó una fama de éxito y de escándalo. El "opúsculo", como lo había llamado su autor, fue dedicado originariamente a Giuliano de Médici; a la muerte de éste la dedicatoria fue transferida a Lorenzo di Piero de Médici duque de Urbino, sobrino de Lorenzo el Magnífico. La impresión póstuma del *Principe,* nacida en ambiente mediceo, tiene aún la dedicatoria al duque de Urbino, muerto en 1519[40]. En el centro de aquella breve, densísima página estaba la conciencia de que, para un particular de humilde nacimiento como era Maquiavelo, proponer reglas al poder principesco era un gesto decididamente audaz. Para prevenir posibles críticas Maquiavelo hacía una comparación: "No quisiera que se considere presunción, si un hombre de baja y última condición arde en deseos por discurrir y regular el gobierno de los príncipes: porque, así como quienes diseñan planos de los *paesi* se posicionan en el llano para considerar desde abajo la naturaleza de los montes y los lugares altos, y para considerar los lugares bajos se sitúan alto sobre los montes, del mismo modo para conocer bien la naturaleza de los pueblos es necesario ser príncipe, y para conocer bien la de los príncipes es necesario ser pueblo"[41].

En este pasaje se ha visto de manera convincente una alusión a Leonardo, cartógrafo y pintor de *"paesi"*[42]. Entre octubre y diciembre de 1502 Maquiavelo fue a Imola, a la corte de César Borgia duque de Romagna, como embajador oficial de la República florentina. Allí habrá encontrado a Leonardo, que era ingeniero militar a sueldo de Borgia. Algunos meses después, Leonardo dio, con el mapa de Imola, un ejemplo extraordinario de su capacidad de diseñar *paesi* desde lo alto.

En mayo de 1504, Maquiavelo, en su condición de secretario de la Cancillería de la República, firmó un anticipo de pago a Leonardo por el fresco destinado a representar, en un muro del Palacio de la Señoría, un episodio de la historia de Florencia: la batalla de Anghiari. El fresco, que quedó inconcluso, hoy se ha perdido. Una breve descripción de la batalla, de mano de Agostino Vespucci, secretario de Maquiavelo, se encuentra en el leonardesco Códice Atlántico. Testimonios magros, que la imaginación desgraciadamente no puede integrar. Pero la pasión de Maquiavelo por "la verdad fáctica de las cosas", así como sus palabras despreciativas respecto de quienes habían escrito sobre repúblicas ideales y puramente imaginarias (*Príncipe,* cap. XV) podrían haber estado, si no inspiradas, al menos reforzadas por la actitud distante y analítica de Leonardo frente a la realidad[43].

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En el mismo capítulo XV del *Príncipe* se lee la famosa frase: "Porque un hombre, que quiera hacer en todas partes profesión de bueno, entre tantos que no son buenos acarrea ruina" al que lo sigue. La conciencia trágica (tan a menudo interpretada como cinismo) de que la realidad es aquella que es, nacía de una exhortación apasionada a la toma de distancia analítica. De ahí la comparación con "quienes diseñan planos de los *paesi",* e implícitamente (a través de la insistencia en el punto de vista) con la práctica de la perspectiva. Puntos de vistas diversos, sugería Maquiavelo, producen representaciones diferentes de la realidad política; las representaciones que el príncipe y el pueblo tienen desde sus respectivas posiciones son igualmente limitadas; sólo se puede alcanzar la objetividad observando la realidad desde afuera, de lejos: desde una posición periférica y marginal, podemos agregar, tal como era la de Maquiavelo en 1513-1514.

Estamos muy lejos, como se ve, del modelo de Agustín, y no sólo porque la metáfora cognitiva de Maquiavelo se basaba en la vista y no en el oído. Más importante es en gran medida la oposición entre un modelo basado en la adecuación de lo divino, donde la verdad (el judaísmo) conduce a una verdad superior (el cristianismo) y un modelo puramente secular, basado en el conflicto[44]. El contraste entre las representaciones de la realidad política nace de las cosas, de su naturaleza intrínsecamente conflictiva: una conciencia surgida, como se lee en la dedicatoria al *Príncipe,* de "una gran experiencia de las cosas modernas y una continua lección de las antiguas"[45]. El compromiso en la lucha política y el estudio de la historia de Roma le sugirieron a Maquiavelo la tesis novísima (después reelaborada en *Storie Fiorentine*) expuesta en el capítulo I, 4 de *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio:* "Que la desunión de la Plebe y del senado romano hizo libre y potente aquella república"[46].

La fortuna (incluídas las condenas y las refutaciones) del *Príncipe* es tan vasta y ramificada[47] que reconstruir los ecos específicos del pasaje de la dedicatoria donde Maquiavelo se comparó a sí mismo con "quienes diseñan planos de los *paesi"* podrá parecer una pérdida de tiempo. El "régimen escópico de la modernidad" podría proporcionar una respuesta bella y rápida. Pero una investigación más lenta lleva a resultados inesperados.

En 1646, más de un siglo después de su publicación póstuma, el *Príncipe* estuvo en el centro de un intercambio de cartas entre Descartes y su estudiosa alumna, Elisabeth, princesa del Palatinado. Luego de haber leído y comentado un esbozo del *Traté des passions de l'âme,* Elizabeth preguntó a Descartes qué pensaba acerca de la *vie civile* –acerca de la vida política y social, diríamos hoy–[48]. En ese momento los dos decidieron leer simultáneamente (uno en Holanda, la otra en Berlín) el *Principe* de Maquiavelo. En agosto o septiembre de 1646 Descartes envió a Elizabeth un comentario detalladísimo de varios pasajes del *Principe,* sin mencionar el título y el autor. Era una cautela comprensible: el *Principe,* incluído en el índice de los libros prohibidos, era considerada una obra impía y herética (además de inadecuada para una princesa) sea por los católicos, sea por los protestantes. Para ocultar un intercambio epistolar sobre un tema tan escabroso, Elizabeth pidió a Descartes que enviara las misivas a nombre de su hermana menor, Sofía, por entonces una adolescente. Descartes obedeció, y al final de la carta sugirió prudentemente a Elizabeth que le escribiera en clave[49].

La importancia de estos detalles aparecerá dentro de poco. Por el momento será suficiente destacar que el pasaje sobre "quienes diseñan planos de los *paesi"* está entre aquellos del *Principe* citados (en francés) y comentados por Descartes. En éste, como en otros casos, él declaró su desacuerdo: "En efecto el lápiz dibuja sólo las cosas que se divisan a distancia; mientras los motivos más importantes de las acciones de los Príncipes residen a menudo en circunstancias tan particulares que no pueden ser imaginadas, a menos de ser Príncipe, o de haber estado participando durante mucho tiempo de los secretos principescos"[50].

De este modo, subrayando la posición especial de los príncipes, Descartes restablecía la jerarquía, al mismo tiempo social y cognitiva, negada por la metáfora simétrica de Maquiavelo[51].

La correspondencia entre Descartes y Elisabeth permaneció en poder de Sofía, más tarde electora de Hannover. Leibniz, protegido por Sofía, apasionado investigador de manuscritos y de cartas de Descartes, debió descubrirla algún decenio más tarde[52]. Naturalmente Leibniz conocía muy bien el *Principe*[53], pero el comentario de Descartes sobre el pasaje "quienes diseñan planos de los *paesi"* debió atraer su atención. La doble lectura de Descartes y de Maquiavelo resulta transparente en un párrafo famoso de la *Monadología:* "Y como una misma ciudad, vista desde diversos ángulos, parece otra totalmente distinta y casi se multiplica vista en perspectiva, así sucede que, dada la multiplicidad infinita de las substancias simples, las mismas parecen otros tantos universos diferentes, los cuales sin embargo no son más que las múltiples perspectivas de un universo solo, derivadas de los diversos puntos de vista de cada Mónada"[54].

Para Leibniz, como para Maquiavelo, la perspectiva

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

era una metáfora que permitía construir un modelo cognitivo basado en una pluralidad de puntos de vista. Pero mientras el modelo de Maquiavelo se basaba en el conflicto, el de Leibniz se basaba en una armoniosa coexistencia de una infinita multiplicidad de substancias. Tal coexistencia en última instancia implicaba la inexistencia del mal. En la *Teodicea* Leibniz comparó las imágenes anamórficas –"esas invenciones perspectivas por las cuales ciertos bellos dibujos no parecen otra cosa que pura confusión, a menos que sean referidos a su justo punto de vista, o sean mirados a través de una lente, o en un espejo"– a las "deformidades aparentes de nuestros pequeños mundos (que) se concentran en belleza en el grande", esto es en Dios[55]. Ecos de estos temas teológicos reemergerían en las diversas versiones del historicismo. Al inicio mismo de esta tradición intelectual encontramos al teólogo y filósofo Johann Martin Chladenius, que desarrolló el pensamiento de Leibniz de modo original[56]. Según Chladenius, sea las fuentes históricas, en cuanto productos de la intención humana, sea los escritos de los historiadores, están ligados a específicos "puntos de vista" *(Sehe-Punckte):* una expresión que Leibniz, observó Chladenius, había usado probablemente por primera vez en sentido general, más bien que estrictamente óptico[57]. Pero Chladenius, insistiendo en la divergencia entre los relatos de un evento histórico antes que en su final armonizador, muestra haber leído a Leibniz, teniendo presente a Maquiavelo: "Una rebelión se percibirá de modos diversos por un súbdito fiel, un rebelde, un extranjero, un cortesano, un habitante de la ciudad, un campesino"[58]. Esta observación de Chladenius que hoy nos parece banal (pero que por mucho tiempo no fue en absoluto banal) reformulaba la contraposición delineada por Maquiavelo entre el príncipe visto por el pueblo y el pueblo visto por el príncipe. Este ejemplo muestra que los modelos cognitivos de los que estoy hablando pueden ser valorados adecuadamente sólo en una perspectiva de larga duración: una expresión que utilizo no para hacer un insulso juego de palabras, sino por motivos que expondré enseguida.

Los tres modelos elaborados por Agustín en el siglo V, por Maquiavelo en el XVI y por Leibniz en el XVII, pueden ponerse, para simplificar, bajo el signo, respectivamente, de la adaptación, del conflicto y de la multiplicidad. Bastarán pocos ejemplos para ilustrar la duradera influencia de cada uno de ellos. La filosofía de la historia de Hegel combinó el modelo conflictual de Maquiavelo con una versión secularizada del modelo de Agustín, basado en la adecuación[59]. La reelaboración del modelo conflictual en la obra de aquel gran admirador de Maquiavelo que fue Karl Marx es igualmente evidente[60]. Y no será necesario recordar la función decisiva del perspectivismo en la batalla de Nietzsche contra la objetividad positivista[61]. Las metáforas ligadas a la distancia y a la perspectiva han desempeñado, y todavía desempeñan, una función importante en nuestra tradición intelectual.

III

Había concluido la primera parte de este trabajo mostrando la ambivalencia de los cristianos respecto de los hebreos. Ambivalencia que, desde sus inicios, toca las raíces mismas del cristianismo. La metáfora arbórea alude naturalmente a la carta a los Romanos (11, 16, sgg.). Allí, Pablo, el hebreo "apóstol de los gentiles", comparó los gentiles convertidos al cristianismo con un oleastro, u olivo silvestre, injertado en un olivo (los hebreos) cuyas ramas habían sido "cortadas a causa de la infidelidad", porque no habían reconocido al Mesías en Jesús. Posteriormente esta actitud, donde se mezclaban distancia y continuidad, se tradujo en la pretensión cristiana de ser *verus Israel,* el "verdadero Israel": una autodefinición polémica, dirigida por un lado a los hebreos, y por otro lado a los cristianos que, como Marcione en el siglo II, contraponían resueltamente a Jesús, el Dios benévolo, con el Dios malvado del Viejo Testamento[62]. Las ideas de Marcione no desaparecieron nunca del todo en la cultura o subcultura cristiana, aunque no lograron prevalecer jamás. La derrota de Marcione se simboliza en la Biblia cristiana, que exhibe la contiguidad física de los dos testamentos (con la relativa anexión del "viejo" como prefiguración del "nuevo") en un único volumen o *codex*[63].

Las consecuencias de esta derrota fueron incalculables. Continuidad y distancia, proximidad y hostilidad continuaron caracterizando la relación –quizás única en la historia de las grandes religiones– entre cristianos y hebreos. Todo esto es obvio. Menos obvias son las consecuencias, comenzando por la argumentación de Agustín dispuesta a demostrar que las ceremonias hebraicas eran al mismo tiempo verdaderas y estaban superadas; una conclusión que un pagano culto como Volusiano, el senador romano que la había solicitado a partir de sus preguntas, habrá considerado un puro y simple absurdo.

En *De civitate Dei* (XII, 4, 1) Agustín rechazó las teorías cíclicas de la historia, así como el dicho del Eclesiastés "no hay nada nuevo bajo el sol", y declaró: sabemos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que la enseñanza de Platón se verificó una vez, y solamente una vez, en Atenas, porque sabemos que Jesucristo murió una vez, y solamente una vez, por nuestros pecados[64]. La insistencia sobre la unicidad de la Encarnación produjo una nueva percepción de la historia humana. El núcleo del paradigma historiográfico corriente es una versión secularizada del modelo de la adecuación, combinada con dosis diversas de conflicto y de multiplicidad. Metáforas como perspectiva, punto de vista y así siguiendo expresan vívidamente esta actitud hacia el pasado. También yo, como se habrá notado, no he podido hacer de menos que servirme de dichas metáforas: una prueba mínima de su omnipresencia en el discurso historiográfico habitual. Pero su apariencia secular no debe ocultar el origen, que remite a Agustín. Nuestro modo de conocer el pasado está impregnado de la actitud cristiana de superioridad respecto de los hebreos. En otros términos: las palabras *verus Israel*, "el verdadero Israel", en cuanto autodefinición del cristianismo, han sido el lugar de nacimiento de una convención de verdad histórica que es aún –uso una expresión voluntariamente omnicomprensiva– la nuestra.

Este descubrimiento me ha hecho sentir incómodo: un sentimiento que será probablemente compartido con otros, hebreos o no. Pero después de todo el contexto donde una idea se origina condiciona sólo en parte los usos sucesivos. Agustín (*De doctrina christiana*, II, 40) interpretó el saqueo de las joyas de oro y plata pertenecientes a los egipcios por parte de los hijos de Israel (*Éxodo* 12, 35-36) como un modelo de la actitud que los cristianos habrían debido asumir respecto de la herencia cultural pagana. Sabemos bien que cada herencia cultural resulta continuamente apropiada y reelaborada. ¿Quién saqueará, quién hará propia nuestra noción de historia, acaso rechazando el núcleo conceptual, incorporado en la metáfora de la perspectiva? No estoy en condiciones de responder esta pregunta. Pero una cosa es indudable: dos de los tres modelos identificados hasta aquí han sido puestos recientemente en discusión, en ámbitos de diversa importancia. El modelo basado en la adecuación es atacado por fundamentalistas de diversa laya, el modelo basado en el conflicto ha sido rechazado despreciativamente como una antigualla por cuantos hablan o hablaban del "fin de la historia"[65]. El modelo basado en la multiplicidad está en cambio cada vez más de moda, aunque en una versión escéptica. Según el mismo cada grupo social, basado en el género, en la proveniencia étnica, en la religión y así siguiendo, adhiere a una serie de valores de los cuales, en última instancia, está prisionero. La perspectiva –así se nos dice– es buena porque subraya la subjetividad; pero es también mala porque subraya la distancia intelectual más bien que la proximidad (o la identificación) emotiva[66]. La argumentación que yo citaba al comienzo, según la cual la memoria, por su mayor proximidad a la experiencia vivida, logra mejor que la historiografía establecer una relación vital con el pasado, proviene de esta intemperie anti-intelectualista.

Una discusión adecuada sobre estas tendencias requeriría otro trabajo[67]. Me limitaré a una única observación. Por motivos diversos, mejor dicho opuestos, los fundamentalistas y los neoescépticos rechazan e ignoran lo que en el pasado hizo de la perspectiva una metáfora tan potente: la tensión entre punto de vista subjetivo y verdades objetivas y verificables, garantizadas por la realidad (como en Maquiavelo) o por Dios (como en Leibniz). Si esta tensión logra mantenerse abierta, la noción de perspectiva dejará de constituir un obstáculo entre científicos y cientistas sociales, para llegar a ser, en cambio, un lugar de encuentro, una plaza donde conversar, discutir, disentir ■

Traducción: Leticia Prislei (UNCo/UBA)

Notas

1. P. Boghossian, "What the Sokal Hoax Ought to Teach Us", en *Times Literary Supplement*, 13 de diciembre de 1996, pp. 14-15.

2. Cfr. el notable trabajo de C. Guillén, "On the Concept of Metaphor and Perspective", en *Literature as System*, Princeton, 1971, pp. 283-371 (que me fuera indicado gentilmente por Chistoph Luthy).

3. Y. H. Yerushalmi, *Zakhor. Jewihs History and Jewish Memory*, Seattle, London, 1982, p. 14 (*Zakhor. Storia ebraica e memoria ebraica*, tr. it. de D. Fink, Parma 1983, p. 10). El reciente trabajo de T. C. Romer, "Transformations in Deuteronomistic and biblical Historiography", en *Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaff*, 109 (1997), pp. 1-11, no menciona el libro de Yerushalmi

4. Y. H. Yerushalmi, *Zakhor..., cit*, pp. 44, 26; (tr. it. cit., pp. 57-58, 39)

5. Ibidem, p. 44, tr. it., p. 58. He modificado la traducción italiana para adecuarla mejor al original.

6. A. Perry, "Thucydides historical Perspective", en *Yale Classical Studies*, XXIII (1972), pp. 47-61, sobre todo pp. 48-49

7. Erwin Panofsky, en el célebre trabajo "Die Perpektive als symbolische Form", en *Vorträge der Bibliothek Warburg*, 1924-1925, Leipzig-Berlin 1927, pp. 258-330 (*La prospettiva come forma simbólica e altri scritti*, a cura de E. Filippini, con una nota de M. Dalai, Milán, 1961) sostiene que en el arte griego y romano es posible individualizar una forma específica de perspectiva, distinta de la renacentista.

8. Cfr. G. Tellenbach, "Die Historische Dimension der liturgischen Commemoratio im Mittelalter", en K. Schmid y J. Wallasch (Comp.),

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Memoria Der geschichliche Zeugniswert der liturgischen Gedenkens im Mittelalter, Munich, 1984, pp. 200-214, sobre todo pp. 202-202, que remite a J. Jeremias, *Die Abendsmahlworte Jesu,* Göttingen, 1960, pp. 229 sgg, 239 sgg., que subraya las connotaciones hebraicas del pasaje.

9. De aquí en más las citas son tomadas de *La Bibbia di Gerusalemme,* cit.

10. San Agustín, *La Trinitá,* tr. it. de G. Beschin, Roma, 1973, p. 585 (PL, 42, 1045): "Trinitas quae imago Dei, jam quarenda in principali mentis parte, [...] unde quae sciuntur, velut adventitia sunt in animo, sive cognitione historica illata, ut sunt facta et dicta, quae tempore peraguntur et transeunt, vel in natura rerum suis locis et regionibus constituta sunt, sive in ipso homine quae non erant oriuntur, aut aliis docentibus aut cogitationibus propiis [...] Sunt autem vel in locis suis, vel quae tempore praeterierunt: quamvis quae praeterierunt, non ipsa sint, sed eorum quaedam signa praeteritorum, quibus visis vel auditis cognoscantur fuisse atque transisse. Quae signa vel in locis sita sunt, sicut monumenta mortuorum, et quaecumque similia; vel in letteris fide dignis, sicut est omnis gravis et approbandae auctoritatis historia: vel in litteris fide dignis, sicut est omnis gravis et approbandae auctoritatis historia; vel in animis eorum qui ea jam noverunt" (citado por J. Pelikan, *The Mystery of Continuity. Time and History. Memory and Eternity in the Thought of Saint Augustine,* Charlottesville, 1986, pp. 36-37; cfr. también *De Trinitate,* XV, XII, 21).

11. V. Saxer, *Morts martyrs reliques en Afrique chrétienne aux premiers siècles,* Paris, 1980, pp. 125-133 (monumentos), pp. 197-198 (conmemoraciones litúrgicas), pp. 261-262 (reliquias), pp. 298 sgg. (relicarios).

12. San Agustín, *Esposizioni sui Salmi,* IV, a cura de V. Tarulli, Roma, 1977, p. 901 (PL 37, 1951, citado por J. Pelikan, *The Mystery of-Continuity...,* cit., pp. 107-108.

13. S. Benko, "The Meaning of Sanctorum Communio", en *Studies in Historical Theology,* 3, London, 1964, pp. 98 sgg., sobre *Explanatio Symboli* de Niceta di Aquileia.

14. E. Auerbach, *Figura,* cit, pp. 11-76; R. W. Bernard, "The Rhetoric of God in the Figurative Exegesis of Augustine, en *Biblical Hermeneutics in Historical Perspective. Studies in Honor of Karlfried Fröhlich on His Sixtieth Birthday,* a cura de M. S. Burrows y P. Rorem, Grand Rapids, Michigan, 1991, pp. 88-99 (que, extrañamente, ignora Auerbach).

15. San Agustín, *L'istruzione cristiana,* a cura de M. Simonetti, Milano, 1994, III, XVl, 24, pp. 201 sgg.

16. San Agustín, *L'istruzione cristiana,* cit., III, X, 15, p. 191: "Sed quoniam proclive est humanum genus non ex momentis ipsius libidinis sed potius suae consuetudinis aestimare peccata, fit plerumque ut quisque hominum ea tantum culpanda arbitretur, quae suae regionis et temporis homines vituperare atque damnare consuerunt, et ea tantum probanda atque laudanda, quae consuetudo eorum cum quibus vivit admittit, eoque contingit ut, si quid scriptura vel praeceperit quod abhorret a consuetudine audientium vel quod non abhorret culpaverit, si animurn eorum iam verbi vinxit auctoritas, figuratam locutionem putent. Non autem praecipit scriptura nisi caritatem... ".

17. *Ibidem.* III, XII, 19, p. 197;"Quod igitur locis et temporibus et personis conveniat, diligenter attendendum est, ne temere flagitia reprehendamus".

18. *Ibidem,* III, XIV, 21, p. 199

19 A. Funkenstein, *Theology,* cit. pp. 202-289, sobre todo p. 222.

20 *Ibidem,* pp. 223-224. La respuesta de Agustín se referia verosímilmente al maná o al sacrificio de Melquisedeq: cfr. Agustín, *In Johannis Evangelium, tractatus* 26, 12 (PL, 35, 1612): "Huns panem significat manna, hunc panem significavit altare Dei. Sacramenta illa fuerunt, in signis diversa sunt, in re quae significantur paria sunt" (citado por W. Gessel, *Eucharistische Gemeinschaft bei Augustinus,* Würzburg, 1966, p. 179). Cfr. en general J. Lecuyer, *Le sacrifice selon Saint- Augustin,* en *Augustinus Magister,* II, Paris, 1954, pp. 905914; G. de Broglie, "La notion augustinienne de sacrifice 'invisible' et 'vrai'", en *Recherches de science religieuse,* XLVII (t960), pp. 135-165 (no convincente)

21. San Agustín, *Le lettere,* II, a cura de L. Carrozzi, Roma, 197t, p. 175; he modificado aquí y allá la traducción (S. Aurelii Augustini... *Epistulae,* a cura de A. Gldbacher, cit., p. 130: "Haec quaestio quam late paeat, profecto videt, quisquis pulchri aptique distantiam sparsam quodam modo in universitate rerum valet neque neglegit intueri. Pulchrurn enim per se ipsum consideratur atque laudatur, cui turpe ac deforme contrarium est. Aptum vero, deratur atque laudatur, cui turpe ac deformecontrarium est aptum vero, cui ex adverso est ineptum, quasi religatum pendet aliunde, nec ex semet ipso sed ex eo cui connectitur, judicatur; nimirum etiam decens atque indecens vel hoc idem est vel perinde habetur. Age nunc ea, quae diximus, refer ad illud, unde agitur. Aptum fuit primis temporibus sacrificium, quod praeceperat deus, nunc vero non ita est. Aliud enim praecepit, quod huic tempori accommodate adhibeatur, quid quando impertiat, addat, auferat, detrhat, augeat minuatve inmutabilis mutabilium sicut creator ita moderator, donec universi saeculi pulchritudo, cuius particulare sunt, quae suis quibusque temporibus apta sunt, velut magnunm carmen cuiusdan ineffabilis modulatoris excurrat atque inde transeant in aeternam comtemplationen speciei, qui Deum rite colunt, etiam cum tempus est fidei"). El pasaje es parcialmente citado por A. Funkenstein, *Theology,* cit., p. 223. Sobre la interpretación de los sacrificios hebraicos en *Contra Faustum* de Agustín cfr. S. D. Benin, *The Footprints of God. Divine Accomodation in Jewish and Christian Thought,* Albany, 1993, pp. 102 sgg.

22. "Et animadverteban et videban in ipsis corporibus aliud esse quasi otum et ideo pulchrum, aliud autem, quod ideo deceret, quoniam apte accomodaretur alicui, sicut pars corporis ad universum suum aut calciamentum ad pedem et similia", *Confessioni* IV, XIII, 20: "et pulchrum, quod per ipsum, aptum autem, quod ad aliquid accomodatum deceret, definiebam et distinguebam et exemplis corporeis adstruebam", *Confessioni* TV, XV, 4: S. D. Benim, *The Footprints of God,* cit., pp. 99 sgg., ve la importancia de estos pasajes pero no profundiza las implicaciones.

23. H. I. Marrou, *Saint-Augustin et la fin de la culture antique,* Paris, 1958, Retractatio 9 [1949], pp. 631-637; P. Brown, Augustin of Hippo, cit. p. 57; A. Solignac, nota a *Les Confessions,* livres I-VIII, "Bibliotheque augustinienne", 2e s., 13, Paris, 1963, pp. 67t-673; T. Kato, "Melodia interior. Sur le traité 'De pulchro et apto' ", en *Revue des études augustiniennes,* XII (1966), pp. 229-240

24. La inspiración ciceroniana, antes que platónica, del tratado perdido *De pulchro et apto* fue sostenida con argumentos convincentes por M. Tetard, *Saint-Agustin et Cicéron,* I, Paris, 1958, pp. 49-66, que cita varios pasajes de Cicerón, pero no el de *De Oratore* discutido aquí.

25. Cicerón, *Dell'oratore,* III, 7, 25, tr. cit., p. 589

26. Sobre todo ver también arriba, cap. 6

27. M. Pohlenz, , cit. la importancia de la educación retórica de Agustín es destacada por M. Simonetti en la introducción a *L'istruzione cristiana,* cit., pp. XXXII sgg. Cfr. también G. Strauss, *Schriftgebrauch, Schriftauslegung und Schriftbeweis bei Augustin,* Tübigen, 1959

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

28. San Agustín, *Le lettere,* cit., II, p. 173.

29. Sobre este pasaje ha trabajado, desde un punto de vista distinto del que ha sido expuesto aquí, H.-I. Marrou, *L'ambivalence du temps de l'histoire chez Saint-Augustin,* Paris 1950, pp. 8284

30. San Agustín, *L'istruzione cristiana,* cit. p. 199; "Sicut enim talares et manicatas tunicas habere apud Romanos veteres flagitium erat, nunc autem honesto loco natis, cun tunicati sunt, non eas habere flagitium est".

31. Cfr. *Tractatus adversus Judaeos,* III (PL 42, 53): "Ut populus Dei, qui nunc est populus christianus, jam non cogatur observare quae propheticis temporibus obsevabantur: non quia damnata, sed quia mutata sunt, non ut res ipsae quae significabantur perirent, sed ut rerum signa suis quaeque temporibus convenirent".

32. Y. H. Yerushalmi, *Zakhor,* cit., p. 8 (tr. it. cit., p. 20).

33 E. Auerbach, *Epilegomena zu "Mimesis",* en "Romanische Forschungen", 65 (1954), pp. 118, sobre todo p. 3, donde escribe que la moderna visión perspectivista e "historicista" se ha desarrollado plenamente sólo desde hace un siglo y medio. No obstante, en *Figura* del mismo Auerbach se sugiere que aquella "moderna visión"tenía raíces mucho más antiguas. Aquí (como en otras páginas del libro) trato de hacer discutir entre sí a varios aspectos de la obra de Auerbach, extrayendo consecuencias que probablemente él habría rechazado. En la nota a pie de página que cierra *Linguistic Perspectivism,* cit., Spitzer subrayó que "el 'perspectivismo' es inherente al pensamiento cristiano" según lo cual "el hombre común ha accedido a la sabiduría tanto como el hombre culto, y el espíritu, si no la letra, de la ley pude ser entendido por cualquiera" (p. 106, nota 37). La misma idea está en el centro de la obra de Auerbach que Spitzer, en la nota precedente, criticaba su excesivo sociologismo. Ni Auerbach, ni Spitzer vieron que el perspectivismo cristiano (a menudo acompanado de la contraposición entre "letra"y "espíritu") se había cristalizado en la relación ambivalente con el hebraísmo: una remoción a la que pudo haber contribuído su condición de hebreos asimilados. He examinado un caso similar, referido a otro gran estudioso, Fritz Saxl (de familia hebrea vienesa, como Spitzer) en un trabajo sobre la Venus de Giorgione que se publicará próximamente.

34. Desde este doble puanto de vista se monta la investigación de C. Guillén, *On the Concept of Metaphor,* cit. Él observa justamente que la metáfora de la perspectiva "is derived from an European, *historically* conditioned discovery in the visual arts" (p. 366). Pero como se verá la metáfora articula una noción que ya había sido formulada en otro lenguaje sensorial.

35. *De vera religione* (XXII, 44), Turnholti 1962, p. 214: "Totum autem ordinem saeculorum sentire nullus hominum potest".

36. PL 33, 527: "Ataque inde transeant in aetemam contemplationem speciei qui Deum rite colunt, etiam cum pempus est fidei".

37. M. Jay, "Scopic Regime of modernity", en *Vision and Viasuality,* a cura de H. Foster, Seatle t988, pp. 3-23; Id. *Downcast Eyes. The Denigration of Vision in Twntieth- Century Frencha Thought,* Berkeley 1993 (útil como reseña de los estudios sobre el tema, pero en conjunto poco iluminador).

38. Ver mi trabajo *Miti emblemi spie,* Torino, 1984, p. 59 sgg.

39. G. Bock, "Machiavelli als Geschichtsschreiber", en *Quellen und Forschungen au. s italienischen Archiven und Bibliotheken,* 66 (1986), pp. 153-190, sobre todo pp. 175-176.

40. Cfr. C. Dionisotti, *Machiavellerie,* cit., pp. 122-123.

41. N. Machiavelli, *Il Principe,* dedicatoria (*Il Principe e Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio* a cura de S. Bertelli, Milano, 1960, p. 14).

42. Cfr. E. Solmi, "Leonardo e Machiavelli" [1912] en *Scritti Vinciani,* Firenze, 1976, pp. 535571, sobre todo p. 569 (la posible alusión a Leonardo en la dedicatoria del Principe está implícitamente sugerida). Las presuntas afinidades entre Maquiavelo y Galileo han opacado las que habría con Leonardo, mucho más dignas de consideración: G. Sasso, *Studi sul Machiavelli,* Napoli, 1967, pp. 318 sgg. rechaza ambas. Pero véase E. Garin, *Rinascite e rivoluzioni,* Bari, 1975, p. 253, donde trata sobre la oportunidad de retomar el "viejo discurso" sobre las relaciones entre Leonardo y Maquiavelo: una invitación citada por C. Dionisotti, *Machiavellerie,* cit., p. 28, nota 6. Una presentación entusiasta del tema (que ignora la mayor parte de las investigaciones anteriores, incluída la de E. Solmi y G. Bock) en R. D. Masters, *Machiavelli, Leonardo und the Science of Power,* Notre Dame, Indiana, 1966. Cfr. también *Leonardo: il codice Hammer e la mappa di Imola,* a cura de C. Pedretti, Bologna 1985.

43. E. Solmi, *Leonardo e Machiavelli,* cit., p. 569; véase también C. Luporini, *La mente de Leonardo,* Firenze, 1953, p. 174, nota 63.

44. Según Leo Strauss (*Thoughts on Machiavelli,* Glencor, m., 1958), la actitud "modema" de Maquiavelo respecto de la realidad humana implicaba una discontinuidad con la tradición "antigua" (griega y hebraica). Según Karl Löwith, *Meaning in History,* Chicago, 1949) la discontinuidad decisiva es la que opuso cristianismo y antigüedad. Probablemente ambos tenían y no tenían razón, en cuanto señalaban dos discontinuidades radicales 9 la cristiana y la "moderna") heredadas y combinadas por Hegel.

45. N. Machiavelli, *Il Principe,* cit, dedicatoria, p. 13.

46. G. Bock, "Civil Discord in Machiavelli's *Istorie Fiorentine",* en *Machiavelli and Republicanism,* a cura de G. Bock, M. Viroli, Q. Skinner, Cambridge, 1990, pp. 181-201.

47. Cfr. G. Procacci, *Machiavelli nella cultura europea dell'etá moderna,* Bari, 1995.

48. R. Descartes, *Correspondance,* in Œuvres, a cura de Ch. Adam y P. Tannery, IV, Paris, 1976, p. 406.

49. R. Descartes, Correspandance, IV, pp. 485496

50. Cartesio, *Opere,* II, Bari, 1967, tr. it. de E. Garin, p. 593 (R. Descartes, *Correspondance,* IV, cit., p. 492: "Car le crayon ne represente que les choses qui se voyent de loin; mais les principaux motifs des actions des Princes sont souvent des circonstances si particulieres, que, ci ce n'est qu'on soit Prince soy-mesme, ou bien qu'on ait esté fort longtemps participant de leurs secrets, on ne les scauroit imaginer").

51. Este pasaje habría podido reforzar las observaciones un tanto apresuradas de J. J. Goux, "Descartes et la perspective", en *L'Esprit Créateur,* 25, 1 (primavera 1985), pp. 10-20. Cfr. anche G. Boehm, *Studien zur Perspektivitat. Philosophie und Kunst in der fruhen Neuzeit,* Heidelberg, 1969, pp. 172-184.

52. Durante la estadía parisina de 1675-1676 Leibniz transcribió y tradujo algunos manuscritos de Descartes: cfr. E. Garin, introducción a Descartes, *Opere,* cit., p. XXXV; *Correspondance de Leibniz avec l'életrice Sophie de Brunswick- Lunebourg,* a cura de O. Klopp, 3 vol. Hanovre, 1874, 1, p. 158.

53. Cfr. G. Procacci, *Machiavelli,* cit. p. 264

54. G. W. Leibniz, *La monadologia,* a cura de E. Codignola, Firenze, 1940, nota 57, p. 163 (*Monadologia,* en Id., *Opera philosophica,* a cura de J. E. Erdmann, Aalen 1959), 709; "Et comme une meme ville regardée de differens cotes parolt toute autre et est comme multipliée perspectivement, il arrive de meme, que par la multitude infinie des substances simples, il y a comme autant de différens uni-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vers, qui ne sont portant que les perspectives d'un seul selon les différens points de vue de chaque Monade"), a la luz de este nexo se reexaminará la contrastación entre el perspectivismo de Descartes y el de Leibniz, delineado por ejemplo por U. J. Wenzel, "Descartes in die Perspektive des Perspektivismus. Eine Skizze", en *Perspektiven des Perspektivismus. Gedenkschrift zum Tode Friedrich Kaulbachs,* a cura de V. Gerhardt y N. Herold, Berlin, 1992, pp. 59-73, sobre todo, p. 59. Cfr. también C. Guillén, *On the Concept of Metaphor,* cit., pp. 318-325 (sobre las metáforas visuales en Leibniz).

55. G. W. Leibniz, *Théodicée, Opera philosophica,* p 548: [...] Dieu, par un art merveilleux, toume tous les défauts des ces petitis Mondes au plus grand ordenement de son grand Monde. C'est comme dans ces inventions de perspective, oú certains beaux desseins ne paroissent que confusion, jusqu'a ce qu'on les rapporte a leur vrai point de vue, ou qu'on les regarde par le moyen d'un certain verre ou miroir. C'est en les placant et s'en servant comme il faut, qu'on les fait devenir l'omement d'un cabinet. Ainsi les deformités apparentes de nos petits Mondes se réunissente en beauté dans le grand, et nónt rien qui s'oppose a l'unité d'un Principe universel infiniment parfait: au contraire, ils augmentent radmiration de sa saggesse, quit fait servir le mal au plus grand bien" (*Teodicea,* a cura di V. Mathiue, Bologna, 1973, p. 263, nota 147). En una carta a des Bosses (1712) Leibniz opuso las "scenographiae diversae", que dependen del punto de vista del espectador, y la "iconographia seu geometrica rapresentatio" que es única, y corresponde a la visión de las cosas por parte de Dios (cit. por A. Funkenstein, *Theology...,* cit., p. t 12, nota 39).

56. R. Koselleck, *Vergangene Zukunff. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten,* Frankfurt am Main 1979, pp. 176-207;: "Standortbindung und Zeitlichkeit. Ein Beitrag zur historiographischen ErschlieBung der geschichtlichen Welt"(tr. it., *Futuro passato. Per una semantica dei tempi storici,* Genova, 1986, pp. 151-177: "Punto di vista e temporalitá. Contributo all'esplorazione del mondo storico").

57. J. M. Chladenius, *Einleigtung zur richtigen Auslegung. Vernúnftiger Reden und Schriften,* introducción de L. Geldsetzer, Dusseldorf, 1969, pp. 181-189, en particular p. 188. Véase también H. Muller, *Johann Martin Chladenius (1710- 1759). Ein Beitrag zur Geschichte der geisteswissenschaffen, besonders der historischen Methodik,* Berlin 1917; P. H. Reill, *The German Enlightenment and the Rise of Historicism,* Berkeley 1975, pp. 104-112 9 sobre las metáforas visuales, p. 110); M. Ermath, "Hermeneutics and History: The Fork in Hermes Path Trough the 1 8th Century", en *Aufklärung und Geschichte. Studien zur deutschen geschichtswissenschaft im 18. Jahrhunderl,* a cura de H. E. Bódeker et alli, Göttingen, 1987, pp.

58 J. M. Chladenius, *Einleitung.,* cit., p. 187. El pasaje es recordado también por R. Koselleck *Vergangene Zukunft... ,* cit., p. 185; *Futuro passato...,* cit. p. 159

59. Véase G. Procacci, *Machiavelli..,* cit. p. 370-373, sobre Hegel, *Über Machiavelli als Schrifisteller, und Stellen aus seiner Schriften,* en *Fichtes Werke,* a cura de I. H. Fichte, Xl, Berlin, 1971, pp. 401-53). En las pp. 430-433 Fichte transcribió y comentó el pasaje de la dedicatoria del *Principe* sobre los pintores de paisajes.

60. Ex libris *Karl Marx und Friedrich Engels,* a cura de B. Kaiser e I. Werchan, Berlin, 1967, p. 134, num. 286. "Las *Istorie fiorentine* son una obra maestra", escribió Marx a Engels el 25 de septiembre de 1857 (MEGA, 29, p. 193); un testimonio para agregar a los recogidos por G. Procacci, *Machiavelli,* cit., La observación de B. Croce sobre Maquiavelo y Marx se encuentra en *Materialismo storico ed economia marxista,* Bari, 1951 [la ed., 1899], p. 161, nota 1.

61. Cfr. F. Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft,* 354 ("Vom Genius der Gattung"), en G. Colli y M. Montinari, *Kritische Gesamtausgabe* [KGW], V/ 2, Berlin, 1968, pp. 272-275; Id., *Zur Genealogie der Moral,* III, 12, KGW, VI/ 2, Berlin, 1968, pp. 382-383; *Nachgelassene Fragmente, Anfang 1888 bis Anfang Januar* 1889, KGW, VIII/ 3, Berlin-New York, 1972, pp. 165-166. Cfr. también F. Kaulbach, "Nietzsche und der monadologische Gedanke", en *Nietzche Studien,* 8 (1979), pp. 127-156; V. Gerhardt y N. Herold, *Perspektiven des Perspektivismus. Gedekschrift zum Tode Friedrich Kaulbachs,* Wurzburg, 1992.

62. Justinus, *Dial,* XI. 3 *a cura* de G. Archambault, Paris 1909. Sobre las implicaciones teológicas de "verus" y "verissimus" en los escritos de Agustin, véase J. Lecuyer, *Le sacrifice,* cit., G. de Broglie, *La notion augustinienne de sacrifice,* cit. Sobre toda la cuestión es fundamental M. Simon, *Verus Israel,* Paris, 1983 (que en la p. 93 recuerda que Justino había escrito una obra perdida contra Marcione). Justino depende de *Romani* 9, 6 ("Por cierto no todos los descendientes de Israel son israelitas"), y más en general de la interpretación paulina respecto de la relación entre hebreos y cristianos como contraposición entre letra (o carne) y espíritu, entre Esaú y Jacob (véase además, cap. 9).

63. E inversamente, si es verdad que la exigencia de tener físicamente juntos la *Torah,* los libros proféticos, los evangelios habría sido uno de los elementos que impelieron a los cristianos a preferir el código, más manejable, que el rollo: la hipótesis fue formulada por E. Bickerman, "Some Notes on the Transmission of Septuagint", en *Studies* 1, cit., pp. 137-166, especialmente pp. 138-139.

64. Cfr. W. Kamlah, *Christentum und Geschichtlichkeit. Untersuchungen zur Entstehung des Christentum und zu Augustins "Bürgerschafl Gottes",* 2a ed revisada, Stuttgart-Koln, 1951, p. 17. Una contrastación con la primera edición de este notable libro (*Christentums und Selbstbehauptung. Historische und philosophische Untersuchungen zur Entstehung des Christentums und zu, Augustins "Burgerschaft Gottes",* Frankfurt a. M. 1940) sería interesante (véase también J. Taubes en la nota a la edición de F. Overbeck, *Selbsbekenntnisse,* Frankfurt a. m. 19666, p. 152) El postfacio a la segunda edición (pp. 347-348) señala algunos cambios, que incluyen una nueva introducción (se trata el pasaje citado arriba). Se puede notar que la palabra *philosophisch* en el subtítulo de la primera edición, inspirada en Heidegger (recordado con gratitud en las pp. XII-XIII) desaparece en la segunda, que comienza declarando que las investigaciones propuestas en el libro son "históricas" (p. 7).

65. E. Gellner, *Postmodernism, Reason and Religion,* London, 1992. El Libro de F. Fukuyama, *The End of fHistory and the Last Man,* New York, 1992 (basado en el trabajo aparecido en julio de 1989) es discutido, e inscripto en un amplio contexto intelectual por P. Anderson, "The Ends of History", en Id., *A Zone of Engagement,* London, 1992, pp. 279-375.

66 M. Iversen, "Warburg - neu gelesen", en *Denkräume zwischen Kunst und Wissenschaft,* a cura de S. Baumgart, Berlin, 1993, pp. 32-45 (que he leído pro sugerencia de Karen Michels). Cfr. también G. Bock, *Der Platz der Frauen in der Geschichte, en Neue Aufsdtze in der Geschichtswissenschaft,* Wien, 1984, pp. 108-127, D. Haraway, "Situated Knowledge. The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective", en *Feminist Studies,* 14 (1998), pp. 575-5999, sobre todo pp. 581-583 (que he leído por sugerencia de Nadine Tanio).

67. He discutido en varios trabajos publicados en revistas (por ejemplo "Unus testis. Lo sterminio degli Ebrei e il principio di realtá", en, *Quaderni storici,* n. s., 80, agosto de 1992, pp. 529-548) y en las *Menachen Stern Lectures,* de próxima publicación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Prometeo Libros

Libreros especializados
Av. Corrientes 1916 - Capital Federal
Tel.: 01-953-1165 – Fax: 01-952-4486

Ofrecemos una mayor y mejor
Actualización Bibliográfica

Importación directa desde Estados Unidos, Francia, España y México

- Revistas culturales españolas
- Suscripción a Publicaciones periódicas españolas

Servicio de venta a distancia
Efectivo y Tarjetas Visa/Argencard/Mastercard

Disponemos para todo tipo de consultas, de una dirección de Correo Electrónico:

prometeo@sminter.com.ar

Entrevista

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hay que renovar los estudios sobre la izquierda

Entrevista a Bruno Groppo

Por *Patricio Geli*

– Nos resultaría interesante si pudieses resumir cómo fue tu formación intelectual, primero en Italia y después en Francia.

– Yo hice mis estudios universitarios en la facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Padua entre 1966 y 1970 y durante un semestre en Alemania Federal. Fueron estudios en Ciencias Políticas con una orientación hacia la historia; yo soy un politólogo que se ha alejado progresivamente de las Ciencias Políticas para acercarse a la historia de los movimientos sociales y el movimiento obrero. Hice mis estudios en un período que, tanto en Italia como en el resto del mundo, era de grandes cambios, de movilización social. Yo no fui militante pero participé de esa atmósfera general y esa es una de las razones de mi interés en la problemática de los movimientos sociales. Fueron años de un interés renovado por la historia del movimiento obrero porque toda una serie de grupos de estudiantes buscaban en esta historia elementos de orientación para el presente. Eso es un aspecto a recordar porque actualmente estamos en una situación muy diferente. Fue un momento muy importante para mí el encuentro con Georges Haupt en ocasión de una conferencia sobre Rosa Luxemburgo en el 73.

– ¿Sobre qué fue tu tesis de grado?

– Yo hice una tesis sobre las grandes empresas y el conflicto social con la idea de ver las relaciones entre las grandes empresas, como momento central de la organización industrial capitalista moderna, y la evolución de los conflictos sociales. Una tesis de ciencias políticas que hice bajo la dirección de Antonio Negri, que era en aquella época profesor en la Universidad de Padua.

– ¿Y luego conoces a Georges Haupt casualmente?

– Sí y concurrí a su seminario en la Ecole de Hautes Etudes en París. Comencé bajo su dirección una tesis de doctorado sobre la política sindical de la Internacional Comunista y eso me orientó de manera definitiva hacia la historia de los movimientos sociales. El seminario de Haupt era un punto de encuentro muy interesante de jóvenes y no jóvenes historiadores que venían de horizontes intelectuales y políticos diversos como de países diferentes.

En esa época no había posibilidad de acceder directamente a los archivos de la Internacional Comunista, cerrado para los historiadores con algunas rarísimas excepciones, lo que significa que como otros estudios de la época fue esencialmente sobre lo que había sido publicado por la Internacional Comunista, otros partidos y fuentes occidentales. La idea era ver cómo para el movimiento comunista la cuestión sindical era central porque de ella dependía su capacidad para echar raíces en la sociedad y en la clase obrera.

– ¿Cuáles fueron luego tus temas de interés?

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

– Mi interés inicial fue la relación sindicalismo-comunismo, luego continué trabajando sobre la historia del socialismo y del comunismo en el período de entreguerras aunque priorizando el análisis de la socialdemocracia europea, en particular en su dimensión internacional. También en cómo el fascismo había sido considerado, juzgado y analizado al interior del movimiento obrero, especialmente dentro de la socialdemocracia, y cuáles fueron las repercusiones de las distintas estrategias de los partidos socialistas. La crisis que se abre en el socialismo europeo como consecuencia de la llegada al poder del nacionalsocialismo y el declive de la Internacional Socialista fueron los temas que a su vez movilizaron mi atención.

Al interior de estos temas un aspecto que me interesó fue el problema de las emigraciones políticas y del exilio como consecuencia de la instauración de regímenes fascistas y de otros regímenes autoritarios. El problema del exilio es un problema central en la historia de la Internacional Socialista y es uno de los temas que me interesa actualmente: la relación entre migraciones económicas y políticas, el impacto sobre el movimiento obrero en los países que acogen a los emigrados y exiliados.

Por otra parte, he tenido una preocupación recurrente por aspectos de la historia del comunismo italiano, particularmente por ese momento de crisis que fue el año 1956 y sobre cuestiones historiográficas del área.

– De alguna manera has vivido en dos mundos académicos muy diferentes como el italiano y el francés ¿Qué diferencias percibes que hay entre estos dos mundos según tu trayectoria?

– Son observaciones subjetivas, no quiero presentarlas como resultado de una observación científica. El mundo científico francés, en particular viviendo en París donde se concentra mucho, tiene la ventaja de que hay de todo. En París se puede organizar fácilmente una conferencia científica con gente que vive allí y, aparte, es un lugar de encuentro internacional. Por otro lado, me parece que en el caso italiano hay una apertura mucho más grande a lo que se investiga y debate en otros países. En el caso de Francia mi impresión es que la cultura es mucho más hexagonal, más orientada hacia Francia y menos hacia el exterior. No se ve, por ejemplo, una política de traducciones, muchísimas cosas que se tradujeron en Italia no lo fueron en Francia. Entre Francia y Alemania existen vínculos estrechos y buenos pero en el campo de la cultura y de la investigación científica la frontera lingüística hace que en Francia se conozca solo una pequeña parte de lo que es el debate científico en Alemania.

– ¿Cómo ves hoy tus propios trabajos que has escrito a principios de los '80? ¿Los enfocarías de otra manera, estás conforme? ¿Crees que las hipótesis siguen manteniendo vigencia?

– De manera general no estoy muy conforme con lo que he hecho. Pienso que las cosas más interesantes son las que no he escrito y que pienso escribir un día. Por ejemplo, he investigado diferentes aspectos de la historia del socialismo entre las dos guerras, el problema de la relación socialismo-clase media y la cuestión del antifascismo. Si yo tuviera que reescribir ahora estos textos añadiría cosas pero no cambiaría el fondo. Pero son trabajos esencialmente de historia política que deben ser completados con una dimensión de historia social. Me parece importante también cuando se investiga la historia del comunismo unir una orientación de historia política y una de historia social. Historia política para ver como funciona el aparato y la estrategia, e historia social para comprender cómo en algunos países este movimiento logra echar raíces profundas y en otros queda confinado a una situación marginal.

– En un número muy grande de historiadores que estudiaron los temas que has trabajado se percibía una suerte de sentido común marxista, a veces explicitado y otras como substrato. Ese clima hoy ha cambiando ¿Cómo ha influido el marxismo en tus trabajos?

– El marxismo, por lo que yo conozco, es una de las influencias intelectuales con la cual hay que confrontarse cuando se trabaja con este tipo de temas. Pero yo diría que es una influencia entre otras. En ese sentido, yo no sé exactamente lo que se puede considerar un historiador marxista. Me preocupa la tendencia a transformar lo que puede ser una orientación metodológica en un auto de fe.

– Yo te hacía la pregunta porque me da la impresión que desde tus primeros trabajos tenías otras influencias aparte del marxismo que quizás hacían más ricos tus estudios.

– Sí, aunque de todas maneras cuando uno viene de un ambiente intelectual como el italiano significa que uno viene de un clima donde ha confrontado con un marxismo, donde su dimensión cultural es particularmente importante. Fue un marxismo mucho más abierto y menos dogmático que el que se encontró en otros contextos como en Francia.

– Ya casi al final del siglo XX, mirando con perspectiva tus propios trabajos ¿Cómo crees tú que habría que escribir hoy a partir de los nuevos archivos que se abrieron desde la caída del Muro de Berlín? ¿Con qué nuevas perspectivas o actitudes habría que abordar la historia del movimiento comunista?

– Creo que en el sector de los estudios sobre el comunismo uno de los aspectos más interesantes son los estudios de biografía colectiva sobre la base de esos archivos que ahora ofrecen información muy rica sobre los individuos. Por ejemplo, a través de las autobiografías que tenían que escribir los militantes comunistas de un cierto nivel respondiendo a un cuestionario oficial con una serie infinita de preguntas. Allí existe la posibilidad de comprender mucho mejor cómo funcionó este movimiento, cómo se constituyeron al interior generaciones políticas y qué hizo que varios militantes se orientaran hacia el comunismo y no hacia otros movimientos. Este aspecto de biografía colectiva es uno de los sectores que más prometen.

Me parece también muy importante intentar investigar aspectos que son más culturales, antropológicos. Hay una base para renovar objetivamente los estudios sobre el comunismo e, indirectamente, sobre el socialismo. Hay que evitar encerrarse nuevamente en una historia exclusivamente política. Cuando se estudia el comunismo creo que hay que tener en cuenta estas dos dimensiones: la política y la sociocultural. Tampoco se puede eliminar la dimensión política como si no existiera, aunque lo que se observa en los estudios más recientes es una tendencia a volver a una historia exclusivamente política y, muchas veces, a una historia construida a partir del modelo del complot, de una conjuración. Me parece que eso no ayuda mucho a progresar en este sentido. De todas maneras, como lo demostraron las discusiones de los últimos años sobre los archivos comunistas y su utilización, también en el caso del comunismo el documento de archivo nunca es suficiente por sí solo; siempre hay que inter-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pretarlo, ponerlo en contexto, en definitiva, aplicar las reglas generales del oficio a este aspecto específico.

– ¿No tienes la impresión que con estas modas que se instalan y desaparecen vertiginosamente se han descartado demasiado rápidamente los temas que tienen que ver con el movimiento obrero y la izquierda como si fueran zonas de la historia agotadas o carentes de problemas? En realidad, a partir del boom de la nueva historia política o la historia cultural, uno podría ver que se abren puertas sumamente novedosas y que el estudio de la izquierda y del movimiento obrero era mucho más complejo de lo que se suponía años atrás.

– Yo creo que mucho ha cambiado, y no sólo en estos últimos años, en el sentido que la historia del movimiento obrero ha sido en general una historia militante y a veces una historia con un carácter de historia sagrada. Fue un período donde pesaba la idea de que la clase obrera encarnaba una misión histórica. Para decirlo de manera exagerada, la clase obrera era el Mesías moderno que salvaría la humanidad. Me parece que ahora esta visión y este tipo de historia se ha hecho completamente marginal. De manera general, se observa una declinación en el interés en la historia del movimiento obrero porque, sobre todo en Europa, el movimiento obrero en sus formas clásicas no ocupa más el centro de la vida social y política. Digo en sus formas clásicas que son las que hemos estudiado. Esto no significa que haya desaparecido, que no haya más obreros, sólo que toma formas diferentes. Existe también otro problema básico: no se sabe exactamente cuáles son las fronteras de esta disciplina y si la historia del movimiento obrero no es algo que acabará por ser semejante a un trabajo de arqueología. Lo que no significa que la historia de los movimientos sociales se termina, que la historia general se acaba. Pero me parece que ahora no se sabe exactamente qué es lo que se pone bajo este título y, esencialmente, varía mucho de un país a otro. En Francia se habla más de historia obrera que de historia del movimiento obrero porque existe la idea de que hablando del movimiento obrero se está haciendo referencia a un aspecto ideológico. Si hay un interrogante más general sobre la validez de los paradigmas históricos, existe también un interrogante específico sobre este campo en particular que es la historia del movimiento obrero, sobre qué futuro tiene. Me parece que en este sector hay más preguntas que respuestas y, en cierta medida, esto refleja la posición del grupo social estudiado al interior de la sociedad.

– Me gustaría con esta pregunta terminar la parte del reportaje destinada al movimiento obrero y a la izquierda. ¿Cuál es tu impresión sobre el libro de François Furet, El pasado de una ilusión?

– Creo que es un libro bien escrito, estimulante por sus ideas y tesis. En Francia tuvo mucho impacto. Este libro es parte de una tendencia más general hacia una visión completa de la historia de este siglo donde la historia del comunismo aparece como la historia de una ilusión (Furet), o en otros casos, como una suerte de historia criminal. Furet hace esencialmente una historia de las grandes ideas políticas y deja completamente de lado lo que es la historia social en la historia del comunismo. Un pequeño ejemplo es que la militancia y la participación en las organizaciones comunistas fueron en Francia, país de inmigración, una de las formas que utilizaron los inmigrantes para integrarse en la sociedad francesa. En su perspectiva aspectos como éste no aparecen ni mínimamente. Habría que interesarse en el uso que grupos sociales distintos hicieron de esta ilusión.

Por otro lado, una serie de análisis de Furet me parecen que no están suficientemente fundados en la sociedad. Furet tiene la tendencia a presentar el antifascismo esencialmente como un producto del movimiento comunista, como algo que en ningún momento tuvo autonomía. Cuando se estudia la historia del antifascismo, en particular del antifascismo italiano, se ve que bajo este denominador común de antifascismo siempre hubo antifascismos varios. El comunista fue sólo uno y no absolutamente hegemónico. Hay aspectos de este libro que, simplemente, me parecen que no corresponden a la realidad.

También me parecen muy discutible la aceptación de algunas tesis de Nolte que son muy controvertidas, porque en realidad Nolte hizo afirmaciones sin aportar elementos de pruebas. Globalmente, el libro de Furet es un punto útil para la discusión. Creo que ahora hay una corriente casi dominante, desde el llamado fin del comunismo, que quiere aniquilar toda una experiencia histórica como si ésta casi no hubiera sido algo importante. Hay que mantener un poco la cabeza fría...

– En ese sentido ¿Qué te ha parecido el Libro negro del comunismo *de Courtois?*

– Hay algunos ensayos individuales muy bien escritos pero lo que parece inaceptable es la idea, que viene sobre todo de la introducción de Courtois, de situar la historia del movimiento comunista bajo una concepción criminal, poniendo juntas cosas completamente heterogéneas. Desde el punto de vista del método, esta manera de hacer historia no me parece aceptable. Cuando se ve lo que ha escrito Courtois, cosas muy interesantes que yo estimo como la dimensión social del comunismo francés y su deconstrucción, este nuevo libro aparece como una forma de retroceso y no de avance.

– En tus clases en la Universidad de Buenos Aires has enfatizado la diferencia entre el nacionalsocialismo y el resto de los fascismos europeos. Te alineas con los historiadores que creen que el nacionalsocialismo tiene una especificidad que lo hace muy diferente del resto y que adjudican a la dimensión del antisemitismo una clave privilegiada.

– Yo creo que en caso del nacionalsocialismo, el antisemitismo no es un elemento periférico sino que es central y, en este sentido, hay en esta experiencia un aspecto único. Y hay que tener en cuenta eso, hay acontecimientos únicos en la historia. Por lo que resta es siempre la discusión fascismo-fascismos, son los elementos comunes a estas experiencias diferentes los que permiten hablar de un fascismo en singular, no solamente para Italia sino como un fenómeno más general en la entreguerra y, por otro lado, existen experiencias diferentes en cada país lo que nos obliga a hablar de fascismos.

– En relación con esto, ¿cómo te posicionas ante la obra de Renzo de Felice, especialmente en sus últimas versiones?

– Hay que decir que De Felice hizo un aporte fundamental a la conciencia del fenómeno fascista, y a diferencia de muchos otros él ha trabajado directamente la cuestión. A través de la biografía de Mussolini ha escrito, en realidad, una historia del fascismo italiano. Me parece que progresivamente fue experimentando una evolución que, finalmente, llega a presentar al fascismo italiano casi como un régimen legalmente autoritario donde lo que es específico del fascismo, por ejemplo esta voluntad de control total de la sociedad, va a ser cada vez más

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

borrado. Al concluir la obra uno tiene la impresión de que se trata de una obra justificatoria.

La última obra publicada de De Felice es un pequeño libro de entrevistas que se llama Rojo y Negro. Allí se habla, entre otras cosas, del período de la resistencia en Italia y se hacen una serie de afirmaciones que son, por lo menos, sorprendentes. Por ejemplo, se dice que Mussolini habría aceptado ponerse a la cabeza de la República Social Italiana frente a la demanda de los alemanes nazis como un servicio a Italia. Supongamos que haya sido así, que fue un sacrificio hecho en nombre de Italia para evitar que Italia sufra la misma suerte que Polonia. Puede ser que él subjetivamente quisiera eso, pero el resultado objetivo de esta acción fue abrir una guerra civil entre los italianos.

– ¿Crees que el concepto de guerra civil es válido?

– En la historiografía italiana el concepto de guerra civil ha sido aceptado finalmente. Durante un largo período no fue aceptado por la historiografía del área porque la idea era que la Resistencia fue esencialmente una lucha del pueblo italiano por su liberación de los nazis y de sus aliados fascistas, este era el estereotipo dominante. En un período reciente, gracias a los trabajos de Claudio Pavone este concepto ha llegado a ser aceptado. Es decir, la Resistencia no ha sido sólo una guerra civil entre italianos aunque ha sido también una guerra civil. Esto no significa aceptar la tesis fascista, meter en el mismo plano a los unos y a los otros. Simplemente reconocer una realidad que no se quiso aceptar durante un largo período por varias razones. La manera de ver estos acontecimientos no es sólo un problema historiográfico, es un problema de identidad. En amplia medida la identidad política y, también, la identidad nacional de la Italia republicana se fundaron sobre una lectura de la historia del fascismo, el antifascismo y la Resistencia.

– Sin embargo, daría la impresión que, a medida que nos acercamos al fin de siglo, esa identidad ha entrado en crisis. ¿Podrías explicar un poco esto?

– En el período de la Resistencia Armada (1943-1945), después del desastre nacional que fue la invasión de Italia el 8 de septiembre del 43, la Resistencia fue un hecho compartido por fuerzas políticas muy diferentes con proyectos de sociedad muy distintos y, en algunos aspectos, opuestos. La Resistencia se hizo bajo el signo de la unidad política de las diferentes fuerzas y colocó al antifascismo como el denominador común de todos que permitía ver los denominadores comunes y colocar las divergencias políticas en segundo plano. La fisonomía constitucional de Italia se funda en el antifascismo porque el fascismo sirvió como referencia negativa para ver lo que había que evitar. Y eso funcionó como un sistema de legitimación esencial durante más de cuarenta años. Aunque con varias debilidades, porque esta resistencia que hizo madurar a buena parte de los italianos en algunas zonas del sur no se conoció, fue sobre todo la experiencia del norte y del centro de Italia. En un período reciente esta referencia pierde peso porque la primera república italiana se terminó, aunque no formalmente, en este gran fenómeno de corrupción sistemática cuasi argentina que puso punto final a esa experiencia. Lo que me parece que es específico de Italia en este momento es que se perdieron una serie de referencias esenciales, no se ve a través de este debate fascismo-antifascismo. Para una parte de las generaciones jóvenes esto no significa mucho y, por otro lado, no se sabe sobre qué constituir la identidad italiana. Y así aparecieron una serie de reinterpretaciones de la historia italiana muy discutidas como si en el pasado hubiera existido una identidad italiana que después se perdió. Planteo que es muy endeble porque la Nación como creación política es muy reciente en Italia.

– Si esa identidad no se construye sobre la base del antifascismo ¿Sobre qué se construye?

– Yo creo que nadie lo sabe, y ese es el problema. Esta etapa es de búsqueda en direcciones muy diferentes. Me parece que es importante, en un período como éste, no perder los puntos de referencias esenciales y, en particular, en el campo historiográfico. Eliminar el estudio del período de la Resistencia porque fue un período de sangre, como intenta hacerlo una parte de la historiografía conservadora, es eliminar lo más significativo e importante que hay en la historia de Italia, una de las raras experiencias realmente constructivas en esta historia. Yo creo que sería interesante ver más de cerca lo que pasa en el campo historiográfico: tentativas de relegitimar el fascismo o de poner al fascismo y al antifascismo en el mismo plano, decir que son cosas del pasado y que no tienen ninguna importancia para el presente. Yo creo que todo proyecto para el presente y para el futuro tiene que tener raíces en el pasado.

– A la luz de tus trabajos sobre el fascismo y el antifascismo, ¿cómo interpretas este pequeño auge que hay de los movimientos de extrema derecha en Europa? ¿Sería legítimo decir que son movimientos fascistas o se trata de un fenómeno muy diferente de nuestro fin de siglo que retoma selectivamente una suerte de pasado mítico fascista?

– Yo sería muy cauto en esto. Hay movimientos que son abiertamente neofascistas o neonazistas aunque son relativamente marginales. Siempre existieron a partir de la Segunda Guerra Mundial pero nunca ocupando un lugar verdaderamente importante en la escena política. Cuando se ven movimientos de extrema derecha, el caso del Frente Nacional de Le Pen en Francia, el definirlos como fascistas no ayuda en nada a su comprensión. Hay que ver cuáles son sus caracteres específicos. Esto no significa que sean aceptables, es simplemente un problema de lectura del objeto en cuestión. A mí me parece que el fascismo, como experiencia histórica, es un fenómeno que se termina, en lo esencial, en el '45. Yo tendería a considerar que la España franquista o el Portugal de Salazar son regímenes más bien de tipo autoritario que fascista. Lo que no significa, por ejemplo en el caso de España, que sean menos sanguinarios; al contrario la España de Franco fue mucho más sanguinária que el fascismo italiano. Me parece oportuno limitar el concepto a estas experiencias históricas entre las dos guerras, y no agrandarlo de manera tal que se ponen bajo este concepto cosas diferentes. Esta fue siempre una tentación desde los años '20 pero creo que hay que resistirla. Hay que pensar si la utilización de este concepto ayuda a comprender lo que sucede ahora.

– No sé si quieres decir algo más...

– Sí, una cosa final. Yo no me considero un historiador extraordinario sino, al contrario, un pequeño artesano infinitamente modesto. Y no es esto una cláusula de estilo sino la idea exacta que tengo de mí. A veces los pequeños artesanos sirven para algo, es mi esperanza ■

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"

Comité Editorial: José Carlos Chiaramonte (Director), Fernando Devoto, Jorge Gelman, Juan Carlos Korol, Noemí Goldman, José Luis Moreno, Luis Alberto Romero, Enrique Tandeter, Oscar Terán, Roberto Schmit (Secretario de Redacción).

ISSN 0524-9767

Número 19, Tercera Serie 1er. Semestre de 1999

SARA MATA DE LOPEZ: Valoración de las propiedades agrarias y dinámica de las transacciones de tierras en Salta a fines del período colonial

ALBERTO LETTIERI: Repensar la política facciosa: la conciliación y los partidos políticos de 1877 en Buenos Aires

VERONICA V. ORTIZ DE ZARATE: Navidad en Copiapó y Vallenar. Chile, 1931

SUSANA BIANCHI: Catolicismo y peronismo. La familia entre la religión y la política (1945-1955)

– Reuniones y Congresos
– Reseñas Bibliográficas

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" es una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. y del Fondo de Cultura Económica. Suscripción Anual: particulares: Argentina U$A 25, América Latina y EE.UU. U$A 35, resto del mundo U$A 36. Instituciones: Argentina U$A 31, América Latina y EE.UU. U$A 39, resto del mundo U$A 41.

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". 25 de mayo 217, 2° piso, 1002 Capital Federal, Argentina. Teléfonos: 43347512-43425922-43431196 (int 105) Fax: (54-11) 43432733.

Historia y Educación

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El país que nos contaron
La visión de Argentina en los manuales de geografía (1950-1997)*

*Silvina Quintero***

Introducción

Habitualmente la enseñanza de la geografía es abordada como si entre el relato y los hechos que el mismo narra no existiera ninguna distancia, ninguna tensión, ninguna producción de sentido. En esta versión, que habita en el sentido común y que la propia disciplina se ha encargado de instalar, el relato geográfico no sería más que la transcripción cuidadosa de una configuración de hechos que se ordenan según algún patrón visible sobre la superficie terrestre.

Este trabajo tiene como punto de partida reconocer en la geografía un modo de escritura de visiones sobre la sociedad a partir de la construcción de relatos sobre sus organizaciones espaciales. En particular, se aboca a examinar uno de esos relatos, aquél que formó parte de los sistemas escolares que desde el s. XIX intervienen en la construcción de identidades nacionales asociadas a la formación de los estados.

Como la historia y el civismo, la geografía del sistema escolar ha sido ante todo un discurso sobre la Nación, que ha tomado como tema central al territorio del Estado. Abordados como figuras físicas y no como relaciones sociales, los territorios estatales constituyen uno de los objetos en torno de los cuales se construyen identidades y alteridades. La geografía descriptiva de los países puede entenderse como un dispositivo discursivo que, mediante una representación de los *otros* espaciales construye una representación de los *otros* sociales[1]. Esta representación, anclada en un etnocentrismo nacional, ha constituido a naciones y estados como categorías socio-espaciales de *otros* cuya imagen se torna espejo negativo de la propia identidad.

El presente trabajo se realizó en el marco de una investigación cuyo propósito general fue revisar las visiones sobre el pasado, el territorio y la sociedad que se construyen sobre el propio país y sobre el país vecino en los sistemas escolares de Argentina y Chile. Para realizar el análisis se confeccionó una muestra de manuales escolares para nivel primario y medio[2]. El análi-

* Este trabajo se elaboró en el marco del proyecto "La visión Argentino-Chilena en el sistema escolar. Diagnóstico y perspectivas", co-dirigido por L. A. Romero y M. A. Garretón y realizado por un acuerdo entre las Universidades de Chile y de Buenos Aires a través del Departamento de Sociología y de las Facultades de Filosofía y Letras y Ciencias Sociales respectivamente, con el apoyo de la Embajada de Chile en la Argentina y de la Fundación Antorchas. Gran parte de lo que aquí se expone recibió el aporte de comentarios y críticas de los miembros del equipo: L. A. Romero, L. de Privitello, H. Sábato, y N. Cohen; importantes sugerencias de C. Reboratti, y la inspirada corrección de L. A. de la Fuente. A ellos agradezco sus contribuciones y eximo de responsabilidad sobre los resultados finales.

** Instituto de Geogrtafía, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sis buscó extraer de textos estructurados bajo la forma de inventarios, crónicas y descripciones, los temas, ejes argumentales y claves conceptuales que sostienen el relato sobre el territorio, y a partir de allí examinar la imagen que la geografía brinda sobre el Estado y la sociedad argentinos. En este artículo se sintetizan algunos de los resultados del análisis referidos a la visión sobre Argentina, focalizando en el esquema que dominó la mirada sobre el país hasta la década de 1990, y examinando algunos cambios y persistencias que se observan en la literatura escolar más reciente.

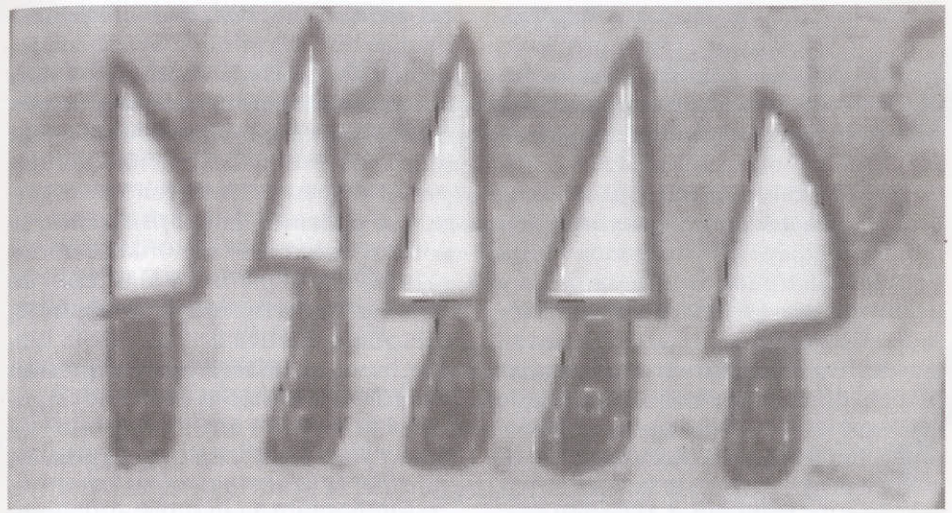
La investigación reveló que durante décadas se mantuvo un esquema básico muy homogéneo en la construcción de la visión del país, que recién a partir de 1990 empieza a ser revisado. En la visión que domina los textos de geografía desde mediados de la década de 1940 hasta 1990, pudieron hallarse resonancias de ciertos mitos conocidos: la Argentina es un país de población blanca, hecho favorecido por su clima templado, lo que la acerca a los países europeos y la distingue de los países latinoamericanos; y también: la extensión y la riqueza de su geografía explican el apetito de los países vecinos por obtener ventajas territoriales en cada conflicto limítrofe. No son, sin embargo, afirmaciones como éstas lo que el análisis buscó rescatar de los libros de geografía, sino un tipo de relato sobre el territorio que provee los argumentos para sostener este tipo de representaciones.

A partir de 1990 comienzan a registrarse cambios significativos en este esquema. La renovación operada desde principios de los noventa parece responder a la conjunción de varios factores, entre los cuales se puede señalar la progresiva predominancia de autores vinculados a las instituciones académicas y universitarias del período democrático, y la puesta en marcha de proyectos de reforma que antes de entrar en completa vigencia ya comenzaron a indicar tendencias que impulsaron una progresiva renovación de la oferta editorial. El principal cambio radica en el relativo descentramiento de la mirada sobre Argentina. La visión del país se construye desde una interpretación global de las relaciones políticas y económicas que estructuran la vida social. Hay una tendencia a entender a la Argentina en relación con la formación de estados nacionales en Latinoamérica, y a promover la identificación con los países latinoamericanos. Todo ello conduce a desplazar el tema de los límites y en su lugar otorgar importancia a los procesos de integración interestatal. Las persistencias se registran en la insistencia sobre algunos tópicos clásicos del temario escolar; en particular los que hacen a la mirada sobre la extensión del territorio y a la relación entre climas y razas.

Antes de adentrarnos en los resultados del análisis, un primer apartado presenta las principales perspectivas teóricas que pudieron reconocerse en la literatura escolar revisada.

1. Perspectivas dominantes en la enseñanza de la geografía argentina: geopolítica y regionalismo

Hasta la renovación que empieza a observarse hacia fines de la década de 1980, los libros de geografía muestran una gran homogeneidad de perspectiva. En ella pueden reconocerse dos tradiciones teóricas cuyos orígenes se enmarcan en las prácticas imperialistas de los estados occidentales hacia fines del s. XIX. Estas dos tradiciones son la geopolítica y la geografía regionalista. Las categorías y los supuestos de esas dos tradiciones permiten recortar un



discurso sobre el Estado y la sociedad en la enseñanza de la geografía. De la geopolítica puede reconocerse un modo de aproximación al Estado. De la geografía regionalista, un repertorio de temas, hilados según un imperativo explicativo que funciona antes retórica que teóricamente: la relación hombre-naturaleza.

La geopolítica como saber y como práctica es un producto del imperialismo europeo de principios de s. XX. Si bien fueron los estrategas del régimen nazi –en particular Karl Haushofer– quienes le dieron célebre y nefasta popularidad, la geopolítica no fue, como suele querer un cómodo reduccionismo liberal, patrimonio del expansionismo alemán. Todas las potencias occidentales han brindado su figura local al campo geopolítico. A muchos de ellos se los encuentra ocupando posiciones claves para la gestión de aspectos territoriales en las dos grandes guerras europeas del s. XX; mencionemos como ejemplos paradigmáticos a H. J. Mackinder en Gran Bretaña, J. Ancel en Francia, y K. Manham e I. Bowman en EE. UU. A lo largo de este siglo, la geopolítica se desarrolló en países de Oriente y Occidente al amparo de las instituciones estatales destinadas a la seguridad interior y de la defensa militar[3].

Puede sintetizarse el programa intelectual de la geopolítica en la elaboración de distintas teorías sobre las relaciones entre la vida de los Estados y las características de sus territorios. Tales relaciones no pueden más que entenderse en términos de determinaciones causales, desde el momento que su lectura participa de un positivismo evolucionista muy rudimentario que fue habitual en las derechas europeas de principios de siglo. En 1917, cuando ya Europa conocía los estragos de la guerra interimperialista, Kjellen definía a la "geopolítica" como "el estudio del Estado considerado como organismo geográfico o fenómeno en el espacio"[4]. Condimentado con elementos vitalistas, este organicismo conduce a una personalización de los estados, que se expresa en la tendencia a corporizarlos en sus territorios y a interpretar su pasado y su futuro en clave biológica.

Vista como práctica discursiva, la geopolítica produce ciertos "libretos". En ellos, los estados convertidos en actores desarrollan un "drama" en el que se juegan sus destinos[5]. Como sugiere Hepple, el propósito de este libreto es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"trazar lecciones históricas, generalizaciones y 'leyes' sobre el crecimiento de los estados", que permitan diseñar un proyecto de expansión (en principio no necesariamente territorial) para el Estado al cual dicen servir[6]. En su construcción narrativa, la geopolítica se aleja de los géneros dominantes en la literatura geográfica clásica, atados a la estructura sincrónica de la descripción y del inventario. Sus textos tienen en común con otras ficciones nacionales su perspectiva etnocéntrica y su tono épico, pero difieren en cuanto al anclaje de sus argumentos. Mientras que la historia nacional funda sus ficciones en el rigor documental y en la lucidez interpretativa del historiador, la ficción geopolítica invoca leyes naturales y evidencias cartográficas. En la mayoría de los "libretos geopolíticos", los estados actuantes se caracterizan a partir de la forma y la posición de la figura de sus territorios dentro de mapas mundiales.

Que los países sudamericanos acrediten un amplio desarrollo de literatura e instituciones geopolíticas no constituye un dato menor para la problemática que nos ocupa. Argentina, Brasil y Chile son los que ostentan un desarrollo más temprano y extendido de un campo geopolítico local, articulado por centros, revistas especializadas y cátedras en institutos de formación militar y diplomática[7]. Es inevitable vincular, como lo hace César Caviedes, el desarrollo del campo geopolítico en estos países con el hecho de que los régimenes militares de los años sesenta y setenta "trataron de legitimar su permanencia en el poder por medio de ciertos programas geopolíticos" que gozaron de no escasa aceptación popular[8].

Cronológicamente anterior como rótulo y como práctica, la geografía regionalista se edificó bajo el signo de la modernización científica de fines de s. XIX. En la base de la geografía moderna puede leerse una de las líneas abiertas por la generalización del pensamiento evolucionista a las sociedades humanas, pensada como el estudio sistemático de las conexiones de elementos naturales –entre ellos el factor humano– en una localización de la superficie terrestre. Una primera variante, que podemos llamar *fisiográfica*, se volcó al estudio de regionalizaciones naturales en el planeta y al interior de cada territorio nacional. La segunda, más afín a la línea de Vidal de la Blache, buscó en las regiones la expresión material de los modos en que se singulariza la relación entre un grupo humano y un lugar[9]. En la geografía argentina, la primera de estas variantes –formulación y demarcación de regiones naturales– alcanzó mayor desarrollo que la segunda –interpretación de los estilos o "géneros de vida" (genres de vie) que se producen como respuesta a las primeras–. Pero en términos generales, el regionalismo dominó la constitución del campo disciplinar entre las décadas de 1920 y 1970.

Según esta tradición, la geografía no habla de la sociedad, sino de un elemento que se encontraría fuera de ella y con la cual ella se relaciona de manera abstracta: llámese el espacio, la naturaleza o el medio físico. Al contrario de lo que ocurre en la tradición geopolítica, el Estado opera en ella como una presencia silenciosa, un supuesto necesario pero nunca mencionado. Consecuencia de ello es la aparente ausencia de la política en la visión del territorio. En esta visión, el territorio se representa como una geografía estática y atemporal, un conjunto de "dones" que la naturaleza ofrece a una sociedad espontáneamente vinculada a una porción de superficie terrestre. Esta sociedad es simbolizada en la figura del Hombre universal que aprovecha dichos dones para avanzar en el largo y paciente camino de la civilización. En un momento de esa línea evolutiva, esa sociedad habría dado forma jurídica a su asociación de hecho, asociación fundada sobre la base de un vínculo más profundo en el que suelen reconocerse los rasgos tipificadores de la "comunidad". Pero ese momento está borrado de la narrativa geográfica clásica. El momento existió sólo para marcar los contornos de aquellas unidades de la naturaleza con las que distintas sociedades establecen el vínculo descripto.

El de la geografía regionalista y el de la geopolítica constituyen así dos de los discursos posibles sobre la territorialidad del estado moderno. Aunque a partir de esta mirada sobre el territorio ambas tradiciones teóricas construyan una visión sobre las relaciones entre estado y sociedad, tienen en común la denegación de este punto de partida. En ambos discursos el territorio pierde su condición de relación social y su historicidad. Su *locus* deja de ser la sociedad y pasa a ser la naturaleza. La visión de que el territorio es la base natural del estado y no el resultado de sus intervenciones es uno de los supuestos de la geografía decimonónica que todavía anida en el discurso escolar. En ambas tradiciones hay un olvido teórico de otras dimensiones de la territorialidad de los estados modernos, asociadas a los sistemas de representación y de elección política, y a los mecanismos de gestión estatal[10]. La territorialidad de los estados se ve reducida en este planteo al juego de relaciones políticas del sistema internacional. Lo que se desprende de ambas visiones del territorio es, tomando prestada la expresión de Sonia Fleury, "un estado sin ciudadanos"[11].

Bartelson[12] ha criticado a los teóricos de la política internacional porque al escribir sus teorías se sitúan imaginariamente en el lugar del estadista, del militar o del diplomático, como si sus conclusiones fueran a afectar los intereses de estado en una contienda militar y diplomática. Algo similar ocurre en la escritura de los textos de geografía. Los autores parecen situarse en el lugar del estadista, e invitan también a los alumnos a ocupar ese lugar, desde el cual contemplan al territorio y a la sociedad como quien realiza el inventario de su patrimonio. Aquí se ha borrado toda imagen de la sociedad como complejo plural de actores y relaciones. La imagen de la sociedad está subsumida bajo el concepto de "población", conjunto demográfico sobre el cual el estado tiene potestad en virtud de una idea patrimonial de la soberanía estatal. Más aún, podemos decir que en los textos de geografía esa población es también, junto con las formas del relieve, los climas o los componentes bióticos, un atributo del territorio, parte de sus "dones", de su dotación física. Esta construcción conceptual reduce las relaciones sociales al plano de las relaciones interestatales, e impide visualizar la complejidad de las sociedades nacionales.

Hasta aquí hemos esbozado las dos tradiciones que inspiran el núcleo de los textos de geografía en Argentina hasta los años noventa. La vinculación de esta producción con las líneas teóricas de la geografía profesional local es difícil, en parte, porque la constitución de un campo profesional de geógrafos en Argentina es bastante reciente, y su historia no ha

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sido realizada todavía[13]. A pesar de que las perspectivas que inspiraban la tarea profesional tienen límites difusos, en el período 1950-1990 pueden reconocerse al menos dos líneas -expresadas como dos modos de practicar la disciplina, de hacer geografía-. Por un lado persiste la regionalista clásica (en sus versiones naturalista y humanista). Frente a ella, se perfila una línea bastante ecléctica en su perspectiva, por cierto no exenta de vocación regionalista, pero que buscaba interpretar la heterogeneidad territorial en relación con procesos históricos y estructuras socio-económicas. Cultivada por profesionales de compromisos más explícitamente democráticos, se vio acosada por las sucesivas interrupciones del orden universitario. Los autores que podríamos ubicar en esta corriente (particularmente Elena Chiozza y varios nucleados en torno a ella) no han incursionado en la producción de libros de texto. La geografía tradicional, alimentada como hemos visto por una perspectiva regionalista y por importantes elementos de la geopolítica, colonizó por completo los libros de texto hasta la renovación de los años noventa.

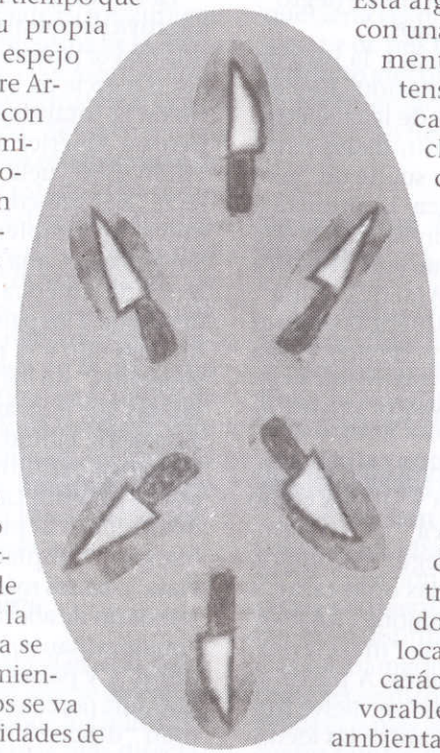
Entre los textos publicados en estos últimos años, los que escapan a la perspectiva tradicional se enmarcan en un movimiento amplio que ha sido llamado "geografía crítica", término en el que se reconoce un vasto abanico de perspectivas teórico-metodológicas cuyo rasgo común es la recuperación de alguna vertiente marxista, humanista o hermenéutica[14]. En la elección de los temas y en ciertos presupuestos estructuralistas e historicistas puede leerse la articulación de estas lecturas con la línea vinculada a Elena Chiozza y a sus grandes proyectos de síntesis, de considerable influencia en la formación académica de varios de los autores. La geografía social de los autores argentinos que participan de este campo es, en su núcleo teórico, esencialmente una geografía económica[15]. Varios conceptos provienen de autores brasileños, especialmente de Milton Santos, quien siguiendo la tradición de Pierre George ha profundizado la relectura de ciertos temas de la tradición clásica desde un marxismo humanista.

2. La visión de Argentina en los libros de geografía

Este trabajo desarrolla los resultados referidos a la visión que los libros de geografía argentina brindan sobre el propio país. Por el propósito de la investigacion que dio origen a este análisis, se priorizaron aquellos aspectos donde para construir la imagen de Argentina se recurre a la construcción de Chile como un *otro* significativo. Estos aspectos no agotan todas las aristas de la imagen de Argentina que se construye a partir de la narrativa geografica para uso escolar. Quedan afuera temas que han sido sumamente significativos, como el de las regiones argentinas, pero que se mantienen en un segundo plano en lo que respecta al objeto de este trabajo.

Vamos a desarrollar tres grandes temas que estructuraron la mirada sobre Argentina hasta 1990. El primero se refiere a la visión que se sugiere sobre la nacionalidad argentina a partir de una asociación entre climas y población anclada en prejuicios racistas. El segundo, a la visión que se construye sobre el estado y la sociedad a partir de la tematización de la extensión del territorio y las fronteras. El tercero, a la visión de la construcción histórica de la nación a partir del relato sobre la formación del territorio. En el primer caso, se dibujan afinidades y diferencias entre países, definiendo positiva o negativamente rasgos de la nacionalidad. En el segundo y el tercero se perfilan concepciones sobre el estado y la nación, y a partir de ellas se sugieren actitudes y valores sobre la participación en colectivos políticos y sociales. En el último apartado, examinaremos brevemente los cambios y persistencias observados en los libros posteriores a 1990 respecto de esa visión tradicional.

En el marco de la narración que tiene por objeto a Argentina, varios países aparecen para cooperar en la construcción de su imagen, al tiempo que van definiendo su propia identidad frente al espejo de lo que se dice sobre Argentina. En relación con los tres temas, se examinan también los modos en que la imagen de Chile se va perfilando a partir de fugaces entradas y salidas de la escena en la que Argentina juega el rol principal. Más allá de las particularidades de la imagen de los otros países, puede observarse un mismo esquema de construcción de sí mismo y de los otros, en donde la imagen de Argentina se mantiene constante mientras que la de los otros se va adaptando a las necesidades de argumentar esa visión.



2. a. Posición, clima y raza

El abordaje de América como figura cartográfica es un tópico casi obligado en todos los libros tradicionales. Se dedican unas cuantas páginas a describir la forma y disposición de América dentro del plano, enumerar los hitos geográficos elegidos para marcar los "puntos extremos", enunciar sus "límites" –en un ademán idéntico al que se utiliza para los territorios estatales–, y ofrecer cifras de distancias y extensiones en comparación con otras masas continentales del globo. De estas características se infiere una "posición geográfica" (o también, "posición mundial"), concepto a partir del cual no sólo se ubica a América en relación con el mundo, sino que también se trazan diferencias entre los países americanos[16].

Esta argumentación se inicia con una afirmación aparentemente banal: la "gran extensión latitudinal" explica la "gran variedad de climas" que puede encontrarse a lo largo del continente. A partir de esta asociación automática entre latitud y clima[17], los libros realizan dos generalizaciones muy discutibles. Por un lado, marcan a los países según su ubicación latitudinal, clasificándolos en países frios, templados y cálidos (o a veces tropicales). Por otro lado, suelen inferir de la localización latitudinal el carácter más o menos "favorable" de las condiciones ambientales para la vida social o para la explotación económica.

Sobre las premisas de la "posición geográfica", las asociaciones comentadas se retoman en el capítulo sobre "población" de América, dentro del cual se ubica el apartado "composición de la población". Por "composición" se entiende un mosaico de grupos humanos cuya combinación define las características de la población de cada país. Esta combinación se expresa en porcentajes de categorías de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

población "blanca" (o "de origen europeo"), "amerindia" (o "aborígen" o "indígena"), "negra" (o "de origen africano"), "mestiza", "mulata" y "amarilla" (o "asiática")[18]. En base a la combinación porcentual de estas categorías se marca a los países con un "predominio". Así se obtienen "países predominantemente mestizos", o "mayoritariamente blancos", o "netamente blancos" o "con alto grado de participación del componente negro", por citar algunos ejemplos.

Durante varias décadas, la idea de "composición de la población" funcionó como clave a partir de la cual establecer distinciones y afinidades entre países, elaborando una suerte de "geografía racial" de América. La primera y más persistente de las divisiones de este mapa, es la que distingue una "América anglosajona" y una "América latina". El límite entre ambas Américas se ubica entre Estados Unidos y México. Hasta los años ochenta, esta distinción se argumentaba exclusivamente a partir de diferencias raciales.

Todos los autores coinciden en considerar a anglosajones y latinos como grupos de "raza blanca", pero distinguen a ambos grupos según su comportamiento respecto de las otras razas. A diferencia de los anglosajones, los blancos de origen latino se "mezclaron" con negros y aborígenes. A partir de aquí, la idea de "mezcla" se vuelve fundamental en la mirada sobre las identidades nacionales americanas.

Por lo general, la idea de "mezcla" se entiende como "cruzamiento" de dos individuos de distintas razas. Tal como lo explica uno de los libros: "mulatos (cruza de un individuo de raza blanca con uno de raza negra); mestizos (cruza de un individuo blanco con un indio)"[19]. Si bien algunos autores introducen alguna idea de mestizaje –habitualmente a través del tópico del "crisol de razas"–, parten de aceptar también la división genética de la especie humana según categorías de raza[20]. En estos casos se reconoce una variante presente en otros discursos sobre la identidad argentina, que aún cuando declara valorar el mestizaje como fusión o hibridación étnica y cultural, termina desvalorizando el resultado viendo en él una identidad "impura", que se define por *lo que ya no es*, antes de por *lo que ha devenido*[21].

La importancia de esta concepción negativa del mestizaje radica en que para la mayor parte de los libros, esta hibridez o mezcla racial es el signo identitario de la totalidad de América Latina frente a América Anglosajona. En esta visión sobrevuela la imagen de "impurerza" del sub-continente en el que se ubica, inevitablemente, a Argentina. Sin embargo, una regionalización al interior de América latina se encarga de distinguir a los países entre sí, recurriendo para ello a la noción de "posición geográfica" y a los argumentos ambientalistas que marcan a los países según la asociación latitud-clima. La taxonomía climática permitirá distinguir, al interior de América Latina, países con cierta disposición al predominio de la raza blanca ("templados" o también "del Plata"), países más propensos al mantenimiento de aborígenes, y en definitiva "predominantemente mestizos" ("andinos"), y países marcados por un importante porcentaje de "negros" –o también "descendientes de esclavos negros"– ("tropicales")[22].

Todos los libros ubican a Argentina en una zona climática "templada" y extraen más o menos explícitamente de ello una propensión del territorio a mantener un predominio de raza blanca, ya sea por eliminación natural de otras razas o por atracción de una población mayoritariamente blanca. La artificialidad de este argumento queda de manifiesto en el hecho de que aún cuando infieren esta disposición de la localización latitudinal, no dicen lo mismo sobre Chile. En cambio, a lo largo del texto se va dibujando una idea difusa de *andinidad*, una identidad étnica y geográfica a la vez, en la cual se ubica a Chile junto con otros países sudamericanos (Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela)23. .

La asociación entre latitud, clima y composición de la población, está orientada a extraer a Argentina de las consecuencias de la regionalización racial entre ambas Américas, y argumentar la exclusión de Argentina de la América Latina "mestiza". Por este camino, se va situando a Argentina en el lugar "templado" y "blanco" de Sudamérica, diferenciándolo de los estados vecinos y acercándolo a los estados del norte occidental. Una vez estipulado el rasgo "templado" de Argentina, se explica por este motivo la "desaparición" de los aborígenes y la posterior afluencia de migraciones de origen europeo. Argentina está localizada en la geografía física de América Latina, pero desprendida de ella por su clima y su raza, que deja abierta la posibilidad de renegar de la membresía latinoamericana y proponer un carácter insular en el mapa cultural latinoamericano.

2. b. Estado y territorio

En primer lugar, cabe llamar la atención sobre el modo en que se ubicaban en la estructura formal de los libros anteriores a 1990 los temas más directamente vinculados con la relación entre estado y territorio. Los libros tradicionales mantienen una división temática que separa la visión sobre el territorio y sus fronteras respecto del relato sobre la formación histórica del territorio estatal. El primero de los temas se ubica dentro de la "geografía física argentina", mientras que el segundo se ubica dentro de la "geografía humana".

Que los libros de geografía argentina tengan como supuesto alguna teoría del estado no significa que ésta pueda ser fácilmente identificada. El Estado, fuente de la demarcación física, política y teórica de esta noción de territorio, queda como premisa, como concepto borrado del lenguaje, y sólo aparece (en ocasiones) cuando se habla de las fronteras. Aún así es posible sintetizar algunos supuestos teóricos que se mantienen a grandes rasgos en todos los textos analizados. Analizaremos el modo en que cierta visión del Estado se construye a partir de tres tópicos: la extensión del territorio argentino, la fijación de los límites internacionales y la formación histórica del territorio estatal.

La extensión del territorio argentino

Los libros tradicionales repiten de manera ritual una fórmula de abordaje para iniciar el estudio de un país: definen la extensión, la forma, los límites y la posición relativa en el plano de una figura cartográfica que representa el territorio del estado.

La extensión del territorio argentino cobra en los libros de geografía el carácter de "cuestión". Varias páginas se dedican a comentar las superficies resultantes de distintas mediciones y a enunciar los llamados "puntos extremos", hitos geográficos que marcan el punto geodésico más alejado en alguno de los cuatro puntos cardinales (tema conectado con litigios limítrofes). Si ya esta carga del tema "extensión" es significativa, a ello debe sumársele el contenido que este punto encierra en los libros tradicionales, ya que desde la década del '40 hasta la actualidad vienen enseñando que el territorio argentino es mucho más extenso de lo que en realidad es.

Desde finales de la década de 1940, los libros incorporaron la idea de que el territorio argentino está integrado

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

por tres "partes" o "porciones". Palabras más, palabras menos, todos repiten un mismo texto: "el territorio de la República Argentina está integrado por una parte del continente sudamericano, una serie de islas oceánicas y la región antártica"[24]. Con esta introducción, se agrega al territorio argentino un conjunto de tierras sobre las que el estado no ejerce soberanía reconocida internacionalmente[25].

De hecho, se trata de una hipótesis de expansión territorial sobre el Atlántico Sur y territorios antárticos que las fuerzas armadas argentinas desarrollaron a partir de la década de 1940[26]. Además de las declaraciones de soberanía y los actos de ocupación militar, la estrategia contempló la confección de cartografía nueva del país donde se indicaban como propios los territorios pretendidos[27]. La incorporación de estas hipótesis expansivas en la enseñanza hacia fines de esa década, se produjo tanto por la vía de las reformas curriculares de los programas primarios y secundarios de geografía[28], como por la intervención de los organismos militares sobre la cartografía para uso escolar[29].

Ninguno de los libros revisados pone en duda la validez de esta anexión simbólica de territorios ajenos a la soberanía estatal. A la enumeración de las "partes" siguen los "cálculos" de la extensión del territorio, que dan lugar a cifras ficticias de superficie en km2. La imagen de una Argentina tripartita se formula en los textos como un axioma, sin sugerir ninguna controversia al respecto.

Las fronteras

La segunda clave de lectura del territorio estatal es el tema "límites y fronteras". Aún cuando se trate de una relación política que se expresa en una configuración espacial, este tema se aborda como un rasgo de la geografía física del propio país.

En los libros pueden reconocerse dos tendencias en la conceptualización de las fronteras del estado. La primera imagina las fronteras como instrumentos de clausura del territorio estatal. En este caso "límite" y "frontera" se utilizan casi como sinónimos, tendiendo a ver en ellos una línea demarcatoria antes que una región o área; una línea que permite separar y distinguir a dos sociedades, y administrar adecuadamente sus intercambios. Para representarlos se recurre a metáforas como "barreras" y "muros". Las fronteras son áreas vacías de sociabilidad, zonas de transito regulado –por lo tanto militarizadas–, que permiten comunicar lugares de ambos países emplazados fuera de las regiones fronterizas.

La segunda opción entiende a las fronteras como zonas críticas, de choque o de tensión, por estar sometidas a dos fuerzas que tienden naturalmente a la expansión. Según esta perspectiva, el contacto entre países fronterizos no puede ser sino conflictivo, y en ese conflicto habrá un ganador: el que logre avanzar "penetrando" en el territorio del otro y desplazando a su favor el límite. En las versiones más extremas, la expansión territorial se pondera como signo de superioridad, y la imprecisión de las fronteras como signo de incultura[30].

En todos los autores considerados dentro de esta segunda opción, se puede observar, con mayor o menor grado de explicitación, una visión expansionista de las fronteras, donde o se es expansivo o se pierde soberanía de hecho o de derecho[31]. Si bien esto es más explícito en los libros que participan de la segunda vertiente, la presencia en los primeros de las ideas de "penetración", "barreras efectivas" e "integridad nacional" muestra que su visión de las fronteras no está exenta de elementos expansionistas, por lo que puede decirse que la diferencia con este segundo grupo es más de grado que de fondo.

Los litigios limítrofes

Es un rasgo común en la tematización de los litigios limítrofes que el texto se escriba en clave de alegato. El desarrollo de este tema en los libros de geografía física no impide que el texto adquiera un tono fuertemente dogmático.

Bajo el rótulo de "conflictos limítrofes" suelen asimilarse reivindicaciones territoriales de muy diversa índole. Por un lado, diferendos entre las cancillerías de estados vecinos sobre criterios de delimitación o demarcación de sus límites internacionales. Junto con ellos, territorios sobre los cuales el estado argentino nunca ejerció soberanía efectiva, pero que diversas políticas diplomáticas fueron convirtiendo en reclamos argentinos frente a instancias internacionales. Este es claramente el caso de las Is. Malvinas. Entremezclados con los argumentos anteriores, suelen aparecer reivindicaciones sobre territorios que cierta historiografía ha postulado "argentinos" invocando derechos hereditarios de la corona española. Es el caso del territorio administrativo del Virreinato del Río de la Plata. Finalmente se agregan territorios que son objeto de estrategias militares y diplomáticas de expansión territorial más modernos, posteriores a la formación del estado nacional, cuya soberanía territorial es objeto de competencias supraestatales. Es el caso de las plataformas continentales, los espacios acuáticos llamados "mar territorial", "patrimonial" o "epicontinental", las tierras antárticas, sus mares adyacentes y una cantidad de islas localizadas dentro del llamado casquete polar antártico; su régimen jurídico está sujeto a acuerdos internacionales similares a los que rigen otros terrenos del derecho internacional, como los llamados "espacios aéreos y extraterrestres". En los libros analizados, el relato no distingue los distintos tipos de reivindicación y los homologa bajo la discutible categoría de "conflictos limítrofes".

Un segundo denominador común en estos relatos es la ausencia casi absoluta de referencias al contexto político interno y externo para interpretar el signo ideológico de las iniciativas en que distintas gestiones diplomáticas comprometieron las relaciones internacionales del Estado argentino. En estos relatos prácticamente no puede leerse la diferencia conceptual entre Estado y gobierno, ni mucho menos las diferencias político-idelógicas entre las distintas fracciones gobernantes que diseñan y ejecutan las políticas diplomáticas. Todas estas diferencias se ocultan detrás de la imagen de un único sujeto actuante llamado Argentina. Lo mismo ocurre con la imagen de los otros países que aparecen en el relato sobre los "conflictos" de Argentina. Los actores son Chile y Argentina, Brasil y Argentina, Bolivia y Argentina, Gran Bretaña y Argentina, etc. En ocasiones, se utilizan como sinónimos de esta imagen personificada las expresiones "el estado argentino", o también "nuestro país" y "el país vecino".

A partir de lo que cuentan sobre las acciones de los cuerpos di-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

plomáticos, los libros esbozan ciertas imágenes sobre las sociedades que se suponen representadas en ellas. En el caso de los conflictos con Chile, pudieron distinguirse dos versiones. La primera, que podemos llamar amistosa, tiende a situar los conflictos limítrofes en el terreno del malentendido. Sin dejar sombra de duda sobre la verdad que asiste los derechos de Argentina, no imputa intenciones deshonestas al otro país y reconoce la legitimidad de algunos reclamos. El lugar en el que se coloca al otro es el del "país hermano" o "país vecino". La imagen que se construye de Argentina es la de una sociedad noble, generosa, pero también exitosa en la construcción de su territorio, lo que en ocasiones se traduce en frases que sugieren que el país se expandió o que aún en el presente se sigue expandiendo, pero no a expensas de sus vecinos, sino de zonas consideradas *res nullius* (los territorios indígenas en el siglo pasado, la Antártida en éste).

A la segunda versión la llamamos *belicosa*. Tiene la característica de imputar intenciones deshonestas al otro país (identificado con el accionar de sus cancillerías). A diferencia de la primera, brinda mayor información sobre los fundamentos esgrimidos por el otro en sus reclamos diplomáticos, con la intención de refutarlos y a veces de demostrar su maliciosidad. El otro país es visto como adversario o como amenaza. La imagen de Argentina es la de un país acechado por la expansión de los otros; pero también la de un país perdedor, cuyo destino de grandeza se frustra por la debilidad o la falta de patriotismo de las elites gobernantes, y especialmente por los errores de las gestiones diplomáticas.

El discurso amistoso aparece junto con la visión de las fronteras como líneas de clausura. El discurso belicoso se combina con la visión expansionista de las fronteras[32]. El segundo cuenta con más adherentes y empieza a generalizarse hacia la década del setenta[33]. En ambos casos, la identificación del país y de cada uno de los ciudadanos con el accionar imputado a ambas cancillerías es total, y se refuerza el involucramiento de autor y lector mediante recursos retóricos ("nosotros", "el perito que nos representaba", "nuestro país reclama", etc.).

La formación histórica del territorio

Hasta 1989, el relato sobre la formación del territorio está incluido en los libros que desarrollan la llamada "Parte Humana" de la geografía argentina. La visión de la formación histórica del territorio queda así escindida del análisis de sus fronteras. Por otro lado, este relato alude a la formación estatal y territorial de otros países americanos (sobre todo los países limítrofes), pero lo hace en una puesta en escena donde la propia nación, proyectada en el territorio, aparece como protagonista del drama histórico. Desencuadrado de una historia territorial americana, este abordaje propone una visión de la historia argentina desde una perspectiva autocentrada. La historia nacional se traduce en la epopeya de una conquista territorial, en la que una nación latente en esencia alcanza la plenitud cuando obtiene una porción de espacio para dominar, para reconocerse y para desarrollarse.

Habitualmente este relato contemplaba dos temas: la formación de la configuración actual de los límites internacionales y la formación demográfico-étnica de la población argentina. En ambos casos, el relato comienza con la conquista y culmina en la actualidad.

El relato de la formación territorial propone una visión del Estado y la nación argentinos que puede resumirse así: la historia de la nación comienza durante el s. XVI y alcanza un primer punto de llegada en el Virreinato del Río de la Plata, imaginado como una suerte de Estado antes que el Estado, cuyo territorio representa una "Argentina posible". Este proyecto se frustra a raíz de los "desmembramientos". Hasta este momento, el relato de la formación territorial funciona como velada historia de la formación de los estados sudamericanos. Tras los movimientos independentistas, otro proyecto se habría iniciado con la conquista efectiva de un territorio formalmente "argentino" por herencia colonial, pero dominado por un "otro étnico" que hubo de ser violentamente exterminado y reemplazado con el "blanco europeo". Cumplido este proceso, se inicia el camino hacia un nuevo mito territorial, una nueva "Argentina posible": la Argentina "extraterritorial", "oceánica" o "antártica".

En cuanto a la evolución demográfico-étnica, el relato se dirige a mostrar que Argentina es el país más blanco –o también el único netamente blanco– de América Latina. El relato también se remonta a la conquista, y en algunos casos se refiere a la "población argentina en el período pre-hispánico, colonial, independiente"[34]. Aún así, los textos se orientan a despegar a la población argentina respecto del pasado indígena y de cualquier concepto de mestizaje. Si el Virreinato del Río de la Plata se presentaba como hito fundacional en la construcción del Estado, la inmigración masiva de origen europeo de fines de s. XIX y principios del XX se convierte en el momento de la definición racial y cultural de la identidad argentina[35]. Una vez planteado esto, se dejan abiertas ciertas dudas sobre las consecuencias para el país de la "nueva inmigración", proveniente de los países limítrofes, que como los textos enseñan, se integra por personas no puramente "blancas".

En toda esta construcción narrativa, la *argentinidad* parece preceder a la organización institucional del Estado y a la definición étnica y cultural de la nacionalidad, y aparece, por esta razón, como un atributo del territorio antes que de la población.

Por último, cabe señalar la escasa importancia que en todos los textos tradicionales reciben otros aspectos de la territorialidad de los estados modernos frente al tema de las fronteras. El orden de la estructura narrativa ya sugiere una anterioridad de la formación de los límites internacionales frente a la constitución de los estados provinciales. Ese aspecto es precisamente el que está ausente en los relatos de la formación territorial del Estado, que en virtud de ello saltan de la Revolución de Mayo a las campañas de exterminio de los aborígenes en el último cuarto de s. XIX. La mirada sobre la estructura político-administrativa del territorio estatal ya no se presenta como resultado de una "formación", sino de una "división". Es el capítulo de la "división política", que aparece como una enumeración de las provincias y sus capitales.

3. Persistencias y cambios en los libros nuevos

En la década de 1990 comienza a aparecer una oferta editorial más heterogénea, donde conviven libros de enfoque muy similar al tradicional, libros que modernizan enfoques y contenidos manteniendo en gran medida el temario clásico, y libros que reestructuran el temario de la geografía escolar, adoptando más globalmente un enfoque afín a la llamada "geografía crítica"[36].

Las principales novedades en cuanto a enfoques se ubican en el descentramiento de la mirada sobre Argentina. Esto se produce, en primer lugar, por efecto de que temas como la formación de los estados y las migraciones fronte-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

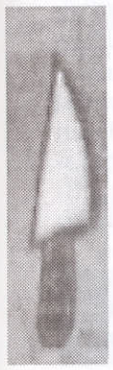
rizas comienzan a trabajarse en los libros de América como procesos globales del continente. Esto no lleva necesariamente a que dichos temas desaparezcan de los libros de Argentina, pero sí provoca que se matice el etnocentrismo nacional con el que se enfocaban en los libros tradicionales.

En segundo lugar, la mirada sobre Argentina se estructura muy fuertemente en relación con un mundo globalizado, que es visto como sistema de relaciones políticas y económicas que definen posiciones cambiantes para los distintos países y regiones. Por último, es notable la coincidencia de estos libros en su propósito de mostrar que Argentina forma parte de América Latina, afirmación que en algunos pasajes cobra un carácter prescriptivo: Argentina *debe* entender que es parte de América Latina, o *debe* integrarse a América Latina. En cuanto a problemas y perspectivas nuevos, en algunos libros se advierte la problematización de la pluralidad de actores sociales en la configuración del territorio, y un énfasis en la intervención de las políticas públicas y del capital en esa configuración.

Si bien la atención sobre la estructura socio-económica desplaza a los argumentos ambientalistas y geopolíticos como principios explicativos, persisten algunos de sus tópicos clásicos en el encuadre de la visión sobre el territorio estatal. En lo que respecta a la fórmula posición-extensión-límites, existe una tradición que no ha sido hasta el momento abiertamente contestada. En general, esta mirada permanece inagurando los libros nuevos de geografía argentina, si bien se registra una toma de distancia que se expresa de manera silenciosa: recortando las páginas dedicadas a su desarrollo, precisando el lenguaje, evitando caer en asociaciones falaces entre posición, clima y razas.

Combinado con estas persistencias, aparece el imperativo de *situar* a Argentina en América Latina. Los textos ensayan, por un lado, una revisión del discurso sobre las razas de América, y por otro, una preocupación por desplazar el eje de las afinidades desde el plano étnico y cultural al plano económico y a veces al de la historia política. Progresivamente los argumentos económicos se vuelven dominantes en la diferenciación de ambas Américas y van desplazando el argumento étnico-racial a un plano aparentemente secundario. En términos generales, existe un modo efectivamente nuevo de encarar la visión de América Latina, que propone rasgos socio-económicos, culturales y poltícos compartidos por los países latinoamericanos. Sin embargo, cierto núcleo de esta geografía racial persiste incluso en estos textos, filtrándose en mapas y cuadros estadísticos que marcan países según predominios que intercambian denominaciones por color y nacionalidad, y en el lenguaje a través de la categoria "raza" o de la idea de "cruzamiento". Muy pocos libros han buscado incluir respuestas explícitas al discurso de marcación racial de las nacionalidades americanas, ofreciendo textos que discuten la categoría de "raza" y que apelan a un contenido más cultural que biológico para explicar la diferenciación étnica[37].

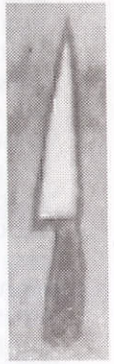
En definitiva, la *latinoamericanización* de Argentina en los libros de geografía se apoya sobre todo en su aceptación como país subdesarrollado, pero no en una reelaboración profunda del argumento racial como uno de los pilares de su identidad. En ese argumento siguen apoyándose varias imágenes articuladoras de la visión de sí mismo: las afinidades con los países de europa occidental y norteamérica por motivos de origen étnico –racial y cultural–, la percepción de lo



indígena como algo ajeno a la propia identidad nacional, la imagen de ruptura genética con el pasado indígena-hispánico a partir de las grandes corrientes inmigratorias de fines del s. XIX y principios del XX, y la sensasión de que la participación de Argentina en Latinoamérica deriva de sus problemas económicos –que se imaginan originados en una "caída" de época muy reciente– antes que de otro tipo de vínculos.

En el tópico "extensión", la persistencia es casi absoluta. Los libros siguen adjudicando a la soberanía estatal territorios pretendidos, sumando kilómetros cuadrados imaginarios al territorio argentino, y ratificando esta imagen desde la cartografía[38]. En cambio, en la visión de las fronteras se ven abordajes bastante diferentes. Una de las claves de estas diferencias podría radicar en la idea de soberanía que sostiene la relación Estado-territorio-sociedad. En los libros que siguen presentando a las fronteras como dimensión fundamental de la territorialidad de los estados parece subsistir una concepción patrimonial y/o organicista de la soberanía. En estos casos, las fronteras siguen constituyendo el tema principal en las relaciones entre países vecinos. En ocasiones el tema "Antártida" se inserta en el marco de "las fronteras" de Argentina, lo que inevitablemente lo propone como un problema limítrofe con Chile.

Una alternativa a esta visión es desplazar el tema de las fronteras a un plano secundario. No se propone un abordaje diferente sobre las fronteras, sino que se elabora una mirada sobre los países vecinos que abandona todo comentario receloso y celebra los procesos de integración cultural y económica. Sólo en casos muy puntuales, las relaciones internacionales se articulan con las políticas internas de los estados bajo gobiernos de diferente signo político[39]. En términos generales, la tematización de la territorialidad de las instituciones democráticas y republicanas del Estado permanece prácticamente ausente.



En cuanto a la tematización de los vínculos entre Chile y Argentina, hay una persistencia en el siguiente esquema: mientras las *afinidades* y *diferencias* se trazan poniendo la mirada sobre los territorios y las sociedades, en las *relaciones* los actores principales son los estados. Hay por ello una discontinuidad en el discurso, que dificulta el establecimiento de conexiones conceptuales entre ambos planos de la mirada sobre ambos países. Esto empieza a transformarse desde el momento en que los actuales procesos de integración estatal se interpretan no sólo por necesidades económicas, sino también por afinidades culturales. Pero por lo general, los libros tienden a recalcar el motivo económico, y a proponer las vinculaciones culturales como un proceso que, desde la mirada argentina, constituye una novedad de los últimos años.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Conclusiones

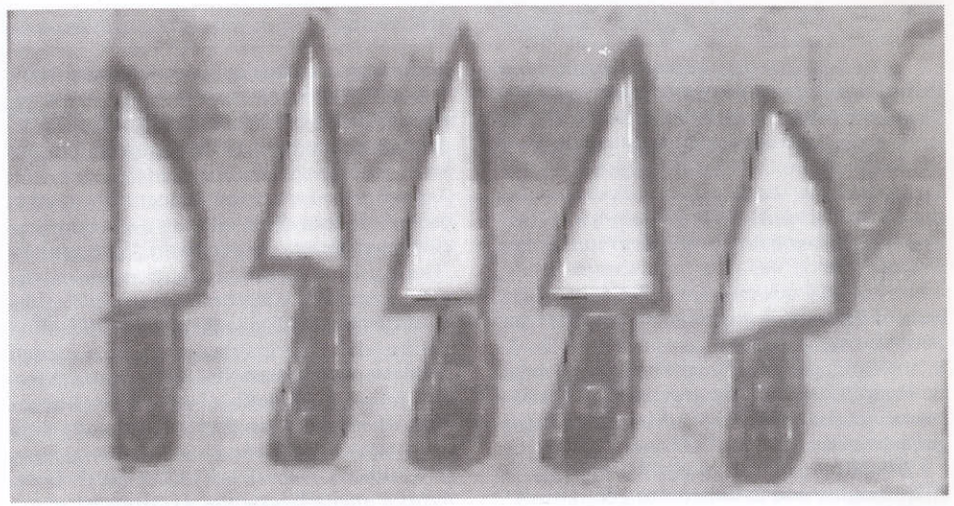
La "Geografía Argentina" puede ser entendida como un discurso sobre la nación a partir de una visión del territorio estatal. Este discurso ha tenido tres claves principales: (a) un argumento ambientalista que propone una visión sobre la identidad argentina a partir de conexiones entre posición geográfica-clima-razas, (b) un discurso geopolítico que decodifica características y destinos de los países a partir de sus formas, tamaños y localizaciones y (c) un relato mítico sobre la formación del territorio como expresión material del ser de la nación.

Sobre estas bases, los libros de geografía han brindado durante décadas una visión autoritaria del Estado. En parte, hay una militarización del discurso sobre la territorialidad del estado, que está mermando en los libros actuales pero que todavía se filtra en propuestas de abierta intención democrática. Esto se expresa en el carácter crucial del tema límites y fronteras. No sólo porque construye una visión militarizada de las relaciones internacionales, sino por la función simbólica que cobra la imagen de la frontera en la representación de la identidad nacional. Las fronteras del Estado son símbolos de un límite que no es sólo físico, sino politico, cultural, e incluso ideologico, entre lo que integra la nación y lo que la amenaza, entre lo que es reconocido y lo que es marginado, negado o perseguido. Ese límite objetiva relaciones de inclusión y exclusión que no son, únicamente, las que distinguen a los nativos de los extranjeros. Lo nacional como relación de inclusión/exclusión, como distinción entre lo mismo y lo otro, lo propio y lo ajeno, ha de construirse ante todo hacia adentro, en las representaciones de la nacionalidad entre los ciudadanos. Lo que la frontera expresa es la compulsión de esa integración[40].

En segundo lugar, esta visión autoritaria se refuerza por la ausencia de tematización de cuestiones que hacen a la territorialidad de las instituciones democráticas y republicanas. Y en tercer lugar, por abordar estos temas con cierta disposición adoctrinadora, en la que persiste la idea de que el estudio del territorio cumple una función cívica o patriótica.

La teoría del Estado que se encuentra en la base de la mirada sobre el territorio que propone la geografía clásica, empieza a ser revisada en los textos más actuales. El cambio más importante radica en la consideración de que este tema debe integrar el curriculum escrito. Mientras que en los libros de geografía argentina anteriores a 1990 prácticamente no existen proposiciones teóricas sobre el Estado, varios de los libros más modernos han advertido la necesidad de explicitar de alguna manera el concepto de Estado desde el cual pretenden estar brindando su perspectiva sobre el territorio argentino. Aunque no suelen concebir otros usos conceptuales de la idea de territorialidad, los libros de perspectiva más crítica vinculan explícitamente la construcción de territorios con la historia de los estados modernos.

Pero aunque se brinda una visión muy distinta de la tradicional persiste cierta naturalización de las categorías de Estado y nación, que se manifiesta en la tendencia a imaginar al Estado como actor de las relaciones sociales y como representante de una voluntad nacional. Persiste todavía una visión monolítica y muy centralizada del Estado, y una problematización prácticamente ausente de la sociedad civil y la ciudadanía en la construcción de la visión sobre el país ■



Selección de libros analizados

Soto-Hall, M. y Rampa, A. C., *Curso de Geografía Americana,* Kapelusz, Buenos Aires, 1948.

Daus, F. A., *Geografía de la Argentina, Parte Física,* Estrada, Buenos Aires, 2a. Ed, 1949.

Daus, F., A., *Geografía de la Argentina, Parte Humana.* Estrada, Buenos Aires, 1a. ed, 1953.

Daus, F. A., *Geografía, América-Argentina-Antártida,* 3ra ed, Buenos Aires, 1958.

Rampa, A. C., *Geografía Americana y Argentina,* Buenos Aires, Kapleusz, 12a. ed, 1961.

Rampa, A. C., *Geografía física de la República Argentina,* Buenos Aires, Kapelusz. 6a. ed, 1961.

Dagnino Pastore, L., *Geografía de América,* Buenos Aires, Crespillo, 23a. ed., 1961.

Dagnino Pastore, L., *Geografía física de la República Argentina,* Buenos Aires, Crespillo, 26a. ed., 1966.

Rossi, F., *Geografía de la República Argentina. Segunda Parte,* Buenos Aires, Stella, 1975.

Daus, F., *Geografía de América – Argentina – Antártida,* Buenos Aires, Estrada, 1979.

Alemán, E. E., y López Raffo, A., *Geografía de América y Antártida,* Buenos Aires, Itinerarium, 12 ed., 1982.

Quarleri, P., *Geografía Americana y Argentina,* Buenos Aires, Kapelusz, 1a ed., 1983.

Lorenzini, H. N. y Rey Balmaceda, R. (dir.), *Geografía Argentina,* Buenos Aires, A-Z., 1985.

Lorenzini, H. N. y Rey Balmaceda, R. (dir.), *Geografía, Tercer Curso. América y Antártida,* 2da. ed., Buenos Aires, A-Z, 1986.

Sarrailh, E. O., Andina, M. A., y Somoza, E. J., *Geografía de la Argentina,* Buenos Aires, El Ateneo, 1989.

Sarrailh, E. O., Andina, M. A., y Somoza, E. J., *Geografía de América y Argentina,* Buenos Aires, El Ateneo, 1989.

Pavicich, M. B., Galante, A. S., Sassone, S. M., Celotto, A., Sosa Pujato, L., Becerra, D., Piccolini, P. (Coord.), *Geografía 3,* Santillana, Buenos Aires, 1990.

Negro, J. I., *Geografía Política y Económica de la República Argentina,* Bs. As., Kapelusz, 1993.

Bertoncello, R. y García, P. A., *Geografía Argentina,* Santillana, Buenos Aires, 1994.

Bertoncello, R. y otros, *Sociedades y Espacios de América,* Santillana, 1996.

Cicolella, P., Fernáncez Caso, V. Gurevich, R., Montenegro, I., *Geografía. Argentina.,* Aique, Buenos Aires, 1994.

Fernáncez Caso, V. Gurevich, R., Blanco, J., *Geografía. Espacios y sociedades de América contemporánea,* Aique, Buenos Aires, 1996.

Rey Balmaceda, R., Echeverría, M. J. y Capuz, S. M., *Geografía de la Argentina,* Ed. A-Z, 1997.

Durán, D. y Paso Viola, L. F. *Geografía; Argentina y el mundo: 3er. ciclo del EGB,* 1a. ed, Buenos Aires, Estrada, 1995.

Calderaro, J., *El sexto grado primario,* Buenos Aires, Sopena, 1943.

Kapelusz, *Manual del alumno,* 6to. Grado, Buenos Aires, 1981.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Notas

1. Por cierto, no hay mayores diferencias entre lo que aquí llamamos geopolítica y la geografía política clásica. La primera surgió como desarrollo autónomo de la segunda. Esta filiación es más aceptada en la literatura anglosajona (ver Livingstone, D. *The Geographical Tradition*, Londres, Basil Blackwell, 1993; Johnston, R. J., *Geography and Geographers. Anglo-American Human Geography since 1945*, Londres, Edward Arnold, 1987, 3ra. ed.), que en los estudios enmarcados en la tradición de la geografía humana francesa, desde la cual se quiso fundar una demarcación tajante entre geografía "científica" y geopolítica (la segunda asociada a la geografía política alemana; ver por ej. Claval, P., *Evolución de la geografía humana*, Barcelona, Oikos-tau, 1974).

2. Kjellen, 1917, citado en Kristof, L. K. D. "The origins and evolution of geopolitics", *Conflict Resolution*, vol. IV, 1, marzo, 1960.

3. Dodds, K-J., "Geopolítica, estrategia y libretos de los expertos: haciendo estratégico al Atlántico Sur", *Geopolítica*, Nº 48, 1994.

4. Hepple, L. W. "Metáfora, discurso geopolítico, y los militares en América del Sur", *Geopolítica*, Nº 48, 1994, p. 45.

5. Childs, R., *Geopolitics and conflict in South America. Quarrels among neighbors*, Nueva York, Praeger, 1985.

6. Caviedes, C., "Fronteras, fronteras colonizables y fronteras geopolíticas en los países del cono sur", *Memorias del Primer Simposio Internacional de la Universidad de Varsovia sobre América Latina y Sexto Simposio Polaco-Mexicano sobre América Latina*, Varsovia, 1988.

7. Claval, op. cit., pp. 43-48; Livingstone, op. cit., cap. 8.

8. Ninguno de estos problemas entra en el campo de los intereses geopolíticos, excepto cuando se los vincula, teoría de "la seguridad nacional" mediante, con la función represiva de las fuerzas armadas en el plano interno. La territorialidad de las instituciones republicanas y democráticas del Estado moderno tampoco interesa al programa de la geografía regionalista clásica, que cuando se ha internado en el terreno de lo político lo hizo acercándose enormemente a la geopolítica, incluso con el propósito de refutarla (ver sobre esto: Escolar, M., "Geografía Francesa y Política Alemana: Camille Vallaux (1908-1912)", en: *Cuadernos de Geografía Nº4*, Universidad Nacional, Bogotá.

9. Fleury, S., *Estado sin ciudadanos. Seguridad Social en América Latina*, Buenos Aires, Lugar, 1987.

10. Bartelson, J., *A genealogy of sovereignty*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

11. El desarrollo de institutos y carreras universitarias de geografía se produce en Argentina alrededor de 1950. La investigación sobre el campo disciplinar de la geografía en Argentina se ha venido concentrando en el proceso de formación anterior a su consolidación en el ámbito universitario. Ver Souto, P., "Geografía y Universidad. Institucionalización académica y legitimación científica del discurso territorial en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires", *Cuadernos de Territorio* Nro. 8, Instituto de Geografía, Fac. de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 1996; y Zusman, P., "Una geografía científica para ser enseñada. La Sociedad Argentina de Estudios Geográficos (1922-1940)", *Documents d'Analisi Geografica*, 31, Universitat Autónoma de Barcelona, 1997, 171-189.

12. Sobre esto ver: Moraes, A. C. R. *Geografía. Pequena Historia Crítica*, Hucitec, San Pablo, 1986.; también Johnston, D., op. cit.

13. La tendencia de la geografía humana hacia un economicismo de inspiración marxista se inicia de manera implícita en los trabajos de Pierre George, y se continúa en las vertientes del materialismo histórico que hegemonizaron el campo de la geografía crítica durante la década del 70 (Gomez Mendoza, J. "Geografías del presente y del pasado. Un itinerario a través de la evolución reciente del pensamiento en geografía humana", en: García Ballesteros, A., *Teoría y práctica de la geografía*, Barcelona, Alhambra, 1989. También: Escolar, M. y Moraes, A. C. R., "Pierre George, compromiso político, fragilidad teórica y temática regional", *Actas del II Encuentro de Geógrafos de América Latina, t. V: "Metodología de la investigación geográfica"*, Montevideo, 1989).

14. En el razonamiento que examinamos a continuación coinciden notablemente todos los libros de América revisados (Soto Hall y Rampa, 1948; Rampa, 1961; Dagningo Pastore, 1961; Daus, 1979; Quarleri, 1983; Lorenizini y Rey Balmaceda, 1986; Sarraihl et al, 1989).

15. Esta asociación encierra una enorme simplificación de los modelos de clasificación climática. La macroregionalización climática que establece cortes convencionales a partir de franjas geodésicas es sólo uno de los modelos posibles para aproximarse a la variación climática del planeta, y no permite inferir más que temperaturas medias anuales y estacionalidades. Por otra parte, existen otros factores (dirección de los vientos, altura, proximidad a oceános, y otros factores locales) que inciden en el resultado final de lo que llamamos clima.

16. Tanto si estos rótulos pretenden designar grupos abiertamente marcados como "raciales" como si se los llama "étnicos" (muchas veces significando orígenes nacionales), esta categorización de grupos apela a marcas de distinción vinculadas a la categoría "raza", es decir, rasgos que se suponen inscriptos en la información genética de los miembros del grupo, y que operan como diacríticos de una membresía esencializada. Sobre este tema ver Briones, C., "Términos confusos, procesos complejos. Etnicización y racialización de la aboriginalidad", *Actas de las jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata y II Jornadas de Etnolingüística*, Escuela de Antropología, Fac. de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. Antropología Social tomo IV, 1997, pp. 119-127.

17. Expresión tomada de Quarleri, 1983.

18. Este es el caso de Daus, 1958; y de Alemán y López Raffo, 1982.

19. Cfr. Briones, *op. cit.*

20. Un ejemplo tomado de un viejo manual de primaria sirve para apreciar todos los prejuicios que pueden ocultarse detrás de este razonamiento: "Las grandes civilizaciones se han desarrollado en climas templados; en la selva cálida lo mismo que en la tundra fría, el hombre de raza europea no encuentra ambiente propicio para el desarrollo de sus actividades, tanto físicas como intelectuales: el calor y la humedad excesivos embotan la inteligencia y la voluntad. (...) El elemento indígena, acostumbrado a los rigores del clima caluroso, prevalece sobre el europeo" (Calderaro, 1943, p. 142). La mayor parte de los manuales son menos expresivos, lo que puede tornar incluso más eficaz este argumento. En la mayoría de los libros de primaria y media, este razonamiento se enuncia en el registro inventarial que durante décadas dominó la escritura geográfica: "América del Sur (...). Su mayor anchura se encuentra en la zona próxima al ecuador, lo cual resulta poco ventajoso para el desenvolvimiento y progreso del hombre" (Kapelusz 6° grado, 1981, p. 1).

21. Uno de los libros califica a las regiones andinas del territorio argentino como "zonas menos aptas para el establecimiento del blanco", y explica así que a esas regiones "el elemento indígena sigue constituyendo una gran parte de la población" (Soto-Hall y Rampa, 1948, p. 12). En los libros más recientes, la generalización del estilo inventarial desliza un razonamiento similar: "Raza blanca. Está localizada en las zonas en las que se observan los distintos tipos de clima templado de ambas Américas" (Quarleri, 1983, p. 106).

22. Ejemplo tomado de Rampa, *G. de Argentina*, 1961, p. 1.

21. La parte "continental" o "sudamericana", comprende el país real, es decir, las 24 provincias y el por entonces territorio nacional de Tierra del Fuego (incluida la Isla de los Estados); la parte "marítima", "oceánica", "insular", incluye las Is. Malvinas, las llamadas Is. Oceánicas (Is. Sandwich del Sur y Georgias del Sur), a las que algunos textos habían sumado las "Islas en litigio" o también "Islas continentales" (Is. Picton, Nueva y Lennox en la zona del canal de Beagle); por último, la tercer parte es la "antártica" o "Antártida Argentina", e involucra el sector reivindicado por el Estado argentino además de otras islas subantárticas, como las Orcadas del Sur y las Shetland del Sur.

24. Cfr. Childs, J., op. cit.; y Escudé, C., "Contenido nacionalista de la enseñanza de la Geografía en la República Argentina, 1879-1986", en: *Ideas en Ciencias Sociales*, N° 9, Universidad de Belgrano, Bs. As., 1986.

25. En 1946 el Instituto Geográfico Militar editó el Mapa de la Zona Austral (1: 5. 000. 000), donde por primera vez se destacaba en color la "Soberanía Argentina en el Sector Antártico". Dos años después publicó el Mapa de la Región Antártica Argentina en escala 1: 10. 000. 000. (Instituto Geográfico Militar, *100 años en el quehacer cartográfico del país (1879-1979)*, Buenos Aires, IGM, p. 162). Ya en la década del sesenta se editó el mapa de la República Argentina extendida hasta el polo sur (Mapa del IGM 1961, con escala 1: 10. 000. 000), que a partir de entonces empezará a incluirse en varios libros de texto.

26. Los programas para colegios secundarios de 1946 son los primeros que consideran las reivindicaciones del Estado argentino sobre territorios antárticos. Aún cuando no se menciona aquí el "Sector Antártico Argentino", el tema se incluye en el ítem de cuestiones limítrofes (Argentina, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, *Programa de Geografía para los Colegios Nacionales y Liceos de Señoritas (4to. y 5to. años)*, Res. Min. del 11-3-46, Inspección General de Enseñanza, Buenos Aires, 1946). Dos años después se introduce la fórmula "Integración geográfica del territorio argentino: a) parte continental; b) Islas oceánicas; c) sector antártico" (Argentina, Secretaría de Educación de la Nación, *Plan de Estudios Ciclo Básico (Bachillerato Elemental) y del Ciclo Superior del Magisterio, Dec. del 20-2-48, y Programas para el 1er. año del Ciclo Básico y 4to. del Magisterio* (Res. Min. del 23-3-48), Buenos Aires, Tall. Gráf. del CNE, 1948; y Ministerio de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Educación de la Nación, *Planes y Programas de Estudios. Ciclo Básico (Bachillerato Elemental) 1ro., 2do. y 3er. año. Segundo Ciclo del Bachillerato, 4to. y 5to. año* (Res. Min. del 8-3-49), DEGSNE, Buenos Aires, 1949).

27. En 1946 un decreto prohibió la publicación de mapas "que no representen a la República Argentina en toda su extensión", aludiendo al "Sector Antártico Argentino" y a las islas "Oceánicas" y "Subantárticas" (Decreto Nro. 8. 944 del 2-11-1946).

28. La primera visión puede observarse en los libros de geografía argentina de Daus, 1949 y Rampa, 1961. La segunda está presente en las obras de Dagnino Pastore, 1966; Rossi, 1975; Lorenzini y Rey Balmaceda, 1985; y Sarraihl et al, 1989. Dagnino Pastore representa una versión extrema de la segunda línea: "A uno y otro lado surgen, primitivas, rudimentarias, dos soberanías. La una y otra, quedan separadas por una franja neutral, suficientemente ancha para impedir el contacto (...). La presión hacia la periferia va acentuándose con el progreso humano y a medida que la civilización crece, (...) se convierten en regiones de alta tensión (...). "Tan pronto como los dos pueblos vecinos, (...) van tomando contacto, el ajuste del límite se torna indispensable, a no ser que uno de ellos –el inferior– tolere el avance del otro, que en una penetración gradual, irá desplazando a su favor la divisoria latente (...). El mayor grado de precisión de las fronteras se alcanza en los pueblos de gran cultura" (Dagnino Pastore, 1966, p. 15).

29. A esta visión se agrega en los años '80 el aporte de la llamada "doctrina de la seguridad nacional": "las fronteras tienen una importancia capital para proteger la soberanía del país y la correspondiente seguridad del Estado en cuanto a sus tradiciones, actividad política, desarrollo económico y demográfico" (...) "constituye un necesidad imperiosa vitalizar las zonas fronterizas para mantener latente el espíritu nacional (...)"El país que posea una definida y hábil política de fronteras, las trasformará en una área dinámica positiva para el resto del Estado" (Sarraihl et al, p. 245).

30. En el primer caso se ubican el primer libro de Daus (1949) y el de Rampa, 1961. En el segundo, los de Dagnino Pastore, 1966; Rossi; Lorenzini y Rey Balmaceda, 1985; Sarraihl et al; y Negro. Este último responde en todos los aspectos a la perspectiva dominante antes de 1990, por lo que a pesar de estar editado con posterioridad, es incluido como un ejemplo más de la visión tradicional.

31. Véase un ejemplo en Lorenzini y Rey Balmaceda, 1985: "las cuestiones de límites no se produjeron por ansias de expansión territorial de nuestro país sino como consecuencia de la imprecisión de los límites vigentes hasta 1810; (...) todas las cuestiones, lamentablemente, han sido resueltas de manera absolutamente perjudicial para nuestro país". Tras lo cual se presentan varios ejemplos referidos a "errores" que "favorecieron al país trasandino". En relación con los Pactos de Mayo firmados en 1902, advierte al lector que "la línea limítrofe fue separada de la costa para evitar que la Argentina tuviera una salida al oceáno Pacífico"; y en cuanto al estrecho de Magallanes, que "a pesar de estas claras estipulaciones Chile siempre pretendió crear una espuria cuestión de límites".

32. Rossi.

33. Se le adjudica haber "cimentado la unidad espiritual de nuestro pueblo" (Daus, 1953), fomentado valores ajenos al "criollo", como la "laboriosidad" o la "jerarquización del concepto de familia" (Rossi), y permitir que en el país se desarrolle una "clase media" (Rossi, Lorenzini y Rey Balmaceda, 1986).

34. Entre los de enfoque tradicional se encuentran los de Rey Balmaceda et al, 1997; y Durán et al; la actualización de enfoques dentro del temario clásico se expresa en los de Bertoncello y García Bertoncello et al, 1996, Pavicich et al, Cicolella et al, y Fernández Caso et al, muestran diversas reestructuraciones de este temario, notándose en los últimos la presencia de conceptos y problemas más afines a las corrientes de "geografía crítica".

35. Pavicich et al; Fernández Casó et al.

36. Al respecto debe tenerse en cuenta las restricciones legales que rigen en la actualidad en virtud de la vigencia de una ley de los últimos meses de la dictadura ("Ley de la Carta"), que amplió el poder de fiscalización que el Instituto Geográfico Militar ya tenía sobre la cartografía impresa desde 1940 (Ley 11. 723) facultándolo a controlar que "la representación del Territorio Continental, Insular y Antártico de la República Argentina, editada en el país *en forma literaria o gráfica con cualquier formato y finalidad"* se ajuste a la que indica el IGM, y estableciendo a sanciones a autores y editoriales que no cumplan con esta disposición (Ley Nro. 22. 963 del 3-11-1983).

37. Cicolella et al; y sobre todo Fernandez Caso et al.

38. Sobre esto ver: Ajón, A., "Etnicidades y territorialidades posibles. Construir los límites de 'unos' y 'otros'", en: *Actas del V Congreso Argentino de Antropología Social: Lo local lo global. La Antropología ante un mundo en transición*, La Plata, 1997.

Lecturas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Florencio Sánchez en Rosario: anarquismo, política y literatura en la periferia del campo intelectual del novecientos

*Agustina Prieto**

Florencio Sánchez residió en la ciudad de Rosario durante algunos meses del año 1898 y a lo largo de un período que se extendió desde mediados de 1901 a octubre de 1902[1]. Aunque poco explorada, la etapa rosarina constituye un momento significativo en la vida y en la obra de Sánchez.

En Rosario, advierte Eva Golluscio, una estudiosa del anarquismo, transformó *"Ladrones!"*, una obra de denuncia del sistema destinada a un público de extracción obrera, en "Canillita", pensada para el gran público y aligerada de su carga contestataria[2]. Y fue en Rosario, señala David Viñas, con los ojos puestos en el campo intelectual del novecientos, donde se dispuso ***"interiormente*** a convertirse en el correcto empleado de un diario"[3]. Donde Sánchez, en un movimiento que Viñas considera paradigmático del paso del *gentleman*-escritor al escritor profesional, decidió que el anarquismo era "el pasado, el desorden, la juventud y la bohemia" y que había que "sentar cabeza y pensar en el porvenir"[4].

El anarquismo y Rosario aparecen en ambas interpretaciones como señales de un punto de inflexión en la vida y en la obra del polémico Sánchez ("intelectual talentoso", "escritor mediocre e inculto", "anarquista", "burgués"...) pero donde Golluscio observa "militantes contradicciones ideológicas", Viñas ve "decisiones cautamente elegidas"[5].

La trayectoria personal de Sánchez en Rosario y las proyecciones públicas de esa trayectoria son, juntas y por separado, ilustrativas de aspectos poco transitados por los estudios sobre el campo intelectual del novecientos, como el de la situación de la periferia de ese campo.

En Rosario

A fines de 1898 Sánchez llegó por primera vez a Rosario, contratado como secretario y sueltista de *La República,* un diario creado por Lisandro de la Torre para "asumir en la prensa [...] la representación del Partido Radical"[6]. Incapaz de someterse a cualquier disciplina, recordará años más tarde De la Torre, renunció al poco tiempo y abandonó la ciudad.

Volvió en 1901, contratado por Emilio Schiffner, el nuevo dueño del diario *La República*. Retornaba con proyectos personales definidos con rasgos precisos en su correspondencia privada: consagrarse como dramaturgo y afianzarse económicamente para contraer matrimonio con su novia, Catalina Raventos.

Hasta ese entonces había residido, haciendo periodismo político y literario y algo de teatro, en las dos metrópolis del Plata; en ciudades de provincia como la uruguaya Minas y en La

** CIUNR-CIESAL

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Plata, la moderna capital de la provincia de Buenos Aires. En Uruguay había militado primero en las filas del tradicional Partido Blanco y luego en las del movimiento anarquista.

Rosario era, al despuntar el siglo XX, una ciudad que había "roto con todo cálculo y previsión estadística"[7]. En 1850 tenía unos 3000 mil habitantes y en 1900, producto de la inmigración extranjera y las migraciones internas, algo más de 112.000[8]. No era, como Buenos Aires o Montevideo, una ciudad colonial transformada por el proceso modernizador. Era más bien un producto del impulso modernizador[9]. Una ciudad moderna construida sobre la modesta materialidad de una aldea comercial con una sociedad cuyas raíces raramente llegaban a la primera mitad del XIX.

Era una ciudad cosmopolita, dinámica y cambiante pero a la vez relativamente provinciana: en aquellos años, en los que casi el 70% de los varones de la edad de Sánchez habían nacido en el extranjero, "los rosarinos advertíamos de lejos la presencia de un forastero", dirá el escritor Mateo Booz al recordar la primera vez que lo vio, en 1898, con su figura desgarbada pero elegantemente vestida con pavita y sobretodo con vueltas de terciopelo[10].

Emilio Schiffner contrató a Sánchez porque estaba interesado en proyectar su actividad política del ámbito municipal –donde era vice presidente del Concejo Deliberante– a la esfera provincial. En octubre se realizarían elecciones para renovar el poder ejecutivo de la provincia y pensaba que un diario "de combate", un diario "tremendamente opositor" a la fórmula oficialista encabezada por Rodolfo Freyre le garantizaría cierto protagonismo en la arena política[11].

Durante la campaña electoral, dos de los grandes temas del diario de Schiffner fueron: el cuestionamiento a la policía local, que estaba bajo la égida institucional del gobierno provincial, y la falta de libertad política[12]. Sánchez tenía una columna titulada "Desenvainen y metan ¡Viva Freyre!", que era la voz de mando con la que el Jefe Político de la ciudad, Octavio Grandoli, acostumbraba ordenar disolver las manifestaciones obreras o de la oposición.

Octubre fue un mes política y socialmente convulsionado en Rosario. La campaña electoral sumó a la tradicional virulencia discursiva de las facciones políticas una sensible cuota de violencia material[13]. Producto de esa situación, el director de *La República* fue detenido por matar a tiros en un restaurant, en el que cenaba con tres escritores –el propio Sánchez, Alberto Ghiraldo y Enrique García Velloso– a un sujeto supuestamente enviado por el oficialismo para asesinarlo, lo que dejó a Sánchez a cargo del diario.

Sánchez llevaba un tren de vida que los rosarinos del novecientos catalogaron como "bohemio". Su rutina cotidiana culminaba generalmente en algunos de los bares que rodeaban a la redacción del diario, donde solía madrugar en compañía de artistas, escritores y políticos locales o de paso por la ciudad, como Carlos de Soussens, Enrique Dickman, José Ingenieros o los ya mencionados Ghiraldo y García Velloso.

A la cuestión electoral se le sumó, de modo no menos violento, la "cuestión obrera", en la que Sánchez tuvo un protagonismo que excedió largamente la mera función de *repórter* de los sucesos acaecidos.

En los meses previos a octubre, Sánchez había trabajado intensamente junto a un grupo de activistas anarquistas ligados a la Casa del Pueblo en la creación de las sociedades gremiales de estibadores, zapateros, yerbateros, vidrieros, empajadores de damajuanas y de los obreros de la Refinería Argentina del Azúcar, moderno establecimiento industrial que ocupaba a varios centenares de hombres y mujeres.

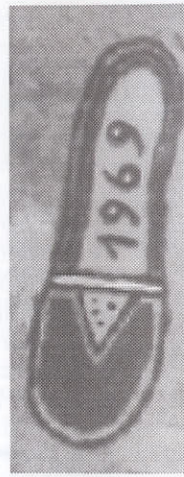
A mediados de ese mes, los trabajadores de la Refinería Argentina decidieron ir a la huelga en reclamo de mejoras laborales. Designaron a Sánchez secretario del "comité de huelga" y le encargaron la redacción de un manifiesto. El producto fue una pieza de retórica libertaria y obrerista que convocaba a la lucha porque "el pan y la libertad no se piden: se toman".

El conflicto derivó en un violento enfrentamiento entre la policía y los huelguistas, que dejó como saldo la muerte de un obrero de la fábrica, Cosme Budislavich. Los testigos presenciales, entre ellos el propio Sánchez, coincidieron en señalar a la policía como promotora de la violencia y a Grandoli y a otro agente como autores materiales de la muerte de Budislavich, versión difundida con ligeras variantes por el conjunto de la prensa.

Las páginas del diario de Schiffner se ocuparon ampliamente de la muerte de Budislavich, el primer obrero muerto por las balas policiales en el país; de la huelga general declarada para repudiarla y del multitudinario acto del sepelio, material que fue reproducido textualmente por el diario anarquista *La Protesta Humana*.

Los opositores a la candidatura de Freyre condenaron la violencia policial contra los obreros. Los partidarios organizaron un acto a favor. Sánchez estuvo al lado de los primeros en la organización de un convoy ferroviario que trasladó a Buenos Aires a unos mil opositores que reclamaron ante el Congreso Nacional garantías electorales y el cese de la violencia policial.

Dejando de lado sus tareas como director del diario, se hizo tiempo para registrar otros aspectos de la situación. Booz recuerda haberlo visto llegar a la redacción, durante la huelga, "con catadura de deshollinador", tras haber pasado la tarde, con el "pretexto de acopiar informaciones", observando el trabajo en la bodega de un barco carbonero[14]. Y el socialista Enrique Dickman recordará años más tarde la impresión "singular" y "extraordinaria" causada por la excursión realizada con la guía de Sánchez junto a Juan B. Justo al día siguiente del sepelio del obrero[15]:



> "[...] Nos llevó al puerto, al barrio Refinería, a las barriadas obreras más pobres. Tuvimos en él a un cicerone maravilloso. Nos explicó todos los aspectos de la vida de la clase obrera rosarina y nos habló de sus proyectos literarios"[16].

Los actos por Budislavich y la excursión por los barrios obreros lograron que Dickman hiciera suya la aseveración del socialista Adrián Patroni: Rosario era la "Barcelona argentina", la "Meca del anarquismo".

Finalizada la coyuntura electoral, Sánchez pasó algunas semanas en la zona de Colonia Aldao, atraído por las denuncias de los abusos del Juez de Paz contra los colonos extranjeros. Volvió con el "caudal de tipos humanos, paisajes pintorescos, escenas cargadas de vitalidad" con el que construyó la trama de *"La Gringa"* y con una botella cargada con unas "aguas virtuosas" recogidas en el campo[17]. Proyectaba buscar socios capitalistas y hacer una gran fortuna comercializando esas aguas que eclipsarían, decía, a las de producción industrial. Pero los planes se frustraron rápidamente porque no consiguió el dinero para pagarle a la Oficina Química Municipal el análisis del contenido de la botella.

Se abocó entonces a otro proyecto, inconcluso, con el que también espera-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ba obtener dinero. Esta vez se trataba de escribir un sainete alusivo a la próxima colocación de la piedra fundamental del puerto de la ciudad. Las escenas del esbozo que le leyó a Booz giraban, en el primer cuadro, en torno a la desazón de una pobre familia obligada a desalojar su rancho y su pedazo de tierra en la ribera para dar paso a las obras. Las del segundo cuadro giraban en torno a la inesperada prosperidad lograda por esa misma familia gracias al puerto[18].

Durante los carnavales de 1902, participó de los festejos de un modo que las autoridades civiles y eclesiásticas juzgaron "irreverente". Más adelante, le hizo conocer la ciudad al periodista italiano Luigi Barzini, autor de una serie de notas para el diario italiano *Corriere della Sera* que pintaban en términos críticos la situación de los italianos en la Argentina y que causaron malestar entre quienes se hallaban empeñados en ofrecer la imagen de un país pujante y generoso con el inmigrante. Salvo *El Municipio,* diario que reconoció cierta veracidad en el panorama descripto por las notas, abundaron las críticas hacia Barzini ("ladroneador de honra argentina", "difamador" "falsario a sueldo") y su *cicerone* urbano[19].

En junio de ese mismo año adhirió a una huelga de redactores de *La República*. Tras ser despedido, previsiblemente, por Schiffner, se incorporó al plantel de un nuevo diario, *La Época,* propiedad de otro empresario, con algunos de sus ex compañeros de *La República*.

A mediados de mes los diarios rosarinos anunciaron el estreno, en el teatro Politeama, de un sainete un anónimo "autor local" sobre personajes de la ciudad "fácilmente reconocibles". Los asistentes al teatro no llegaron a reconocerlos: la obra, titulada *"La gente honesta",* fue prohibida momentos antes del estreno en medio de un ruidoso escándalo que terminó con Sánchez, el "autor local", en la comisaría.

La prohibición de basaba en un decreto de censura teatral previa que el Consejo Deliberante, en solidaridad con uno de sus miembros, Emilio Schiffner, acababa de promover con el preciso objeto de impedir la representación de *"La gente honesta"*. Rosario tenía un antecedente al respecto: en 1895, la Municipalidad había decretado la prohibición de representar "dramas criollos" sin autorización del ejecutivo municipal porque "deprimían el rol de las autoridades"[20]. El decreto de 1902 hacía extensiva la prohibición a toda obra, cualquiera fuera su género, que "deprimiera" el rol de las autoridades.

La trama de *"La Gente Honesta"* gira en torno a los enredos provocados por una joven burguesa y su hermana que se proponen descubrir *in fraganti* al marido de la primera, un político tarambana y mujeriego. Al momento de su estreno tenía un personaje fácilmente reconocible, Emilio Schiffner, que, con el nombre de "Chifle", aparece en tren de juerga nocturna junto a un grupo de empresarios, políticos y "muchachas" no menos reconocibles. En una escena que transcurre en el Parque Independencia dice "el Chifle":

> –"[...] ¡Ja..., ja... ! ¡Ahí está la gan oba del intendente, es decir, la gan oba del señor Tedy! ¿Has visto, mamagacho igual? ¡Ja... ! ¡Ja... ! ¡Si yo fuega Lamas la echaba abajo y mandaba poner un pabellón con restaurant noctugno pa que la gente pueda veni de noche a cená con las muchachas![21]"

El texto completo de la obra, cuya prohibición Sánchez daba evidentemente por descontada, fue publicado por *La Época* la noche misma del estreno. Arturo Suárez Pinto, director de *La Idea,*

una revista social y literaria local, hizo una edición a su cargo. Y le propuso, con éxito, formar parte del staff de la nueva revista que estaba proyectando, *La Semana*.

La prensa comentó el escándalo protagonizado por el público, el autor y la policía la noche del estreno pero no cuestionó el acto de censura. Tampoco hizo mención a la paliza que le propinaron a Sánchez en las inmediaciones del teatro durante la madrugada.

En los meses que siguieron, Sánchez hizo periodismo político y literario en *La Época* y en los siete números que salieron a la calle de *La Semana*. Y escribió en dos noches, en la redacción de *La Época,* la versión rosarina de *"Canillita"*[22].

La obra fue estrenada el 2 de octubre por la compañía Lloret en el teatro La Comedia. Con doce representaciones, fue un éxito de público y de crítica aún entre quienes habían ignorado a Sánchez cuando el episodio de *"La gente honesta". La Capital,* por ejemplo, que estaba entre los que en aquella ocasión se refirieron a él como a un innominado "autor local", habló de "la preciosa obrita de Florencio Sánchez"[23].

El dinero producido por este éxito fugaz apenas le alcanzó para saldar una vieja deuda con el dueño de la modesta fonda en la que se alojaba. Pero había logrado reconocimiento profesional y social. Antes de dejar la ciudad para instalarse en Buenos Aires, le escribió una nota a Octavio Grandoli:

> "Don Octavio usted dijo siempre que yo era un abandonado y lo seguiría siendo. Pero ya lo ve; he triunfado. Cuando muera tendré una estatua y nadie se olvidará de mí"[24].

La periferia como atajo

La correspondencia de Sánchez es explícita respecto de sus deseos de convertirse en un escritor reconocido y capaz de hacer de su oficio una profesión, deseos que, como se sabe, constituyeron dos de las marcas más visibles del campo intelectual del novecientos[25].

El periodismo fue, sin dudas, el camino más transitado hacia la profesionalización, pero la sociología literaria sobre el período ha puesto de manifiesto hasta qué punto esto generó tensiones y cuestionamientos entre quienes buscaban, al mismo tiempo, consagrarse como escritores, esto es, como poetas, dramaturgos o novelistas. La correspondencia y los textos de algunas de las conferencias de Sánchez revelan que esas preocupaciones no le fueron en absoluto ajenas.

La etapa rosarina de Sánchez, especialmente el segundo período, parece haber sido concebida, en este sentido, como un atajo hacia la consagración en Buenos Aires, el centro del campo cultural. El tramo rosarino de ese camino al triunfo merece algunas apreciaciones.

¿Correcto empleado de un diario?

Viñas postula que en Rosario Sánchez se dispuso a convertirse en el correcto empleado de un diario. Las cartas a su novia sugieren que esa era, al menos aparentemente, su intención. En una de esas cartas le dice que

> "[...] el diario ha mejorado mucho, la gente está muy satisfecha y mi patrón no sabe que hacer conmigo de contento. Los que me han conocido bohemio incorregible, se han quedado con la boca abierta ante mi constancia y mi tesón"[26].

Sin embargo, varias de las situaciones mencionadas más arriba advierten que fue más bien un "incorrecto" em-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pleado que hacía vida bohemia, llegaba tarde al trabajo, promovía escándalos, y que adhirió a una huelga de redactores y ridiculizó públicamente a su ex-patrón.

Tampoco se esperaba que fuera un "correcto empleado" como los que poblaban las redacciones de los grandes diarios de la ciudad. Cuando Sánchez llegó por segunda vez se sabía, por De la Torre, que era "incapaz de someterse a cualquier disciplina". Pero fue contratado porque era una "buena pluma", con experiencia en el periodismo político[27]. Y por otra razón que no parece irrelevante: era un "forastero", esto es, alguien que no tenía compromisos sociales ni políticos en la ciudad. Tenía también audacia, como lo demostraban las notas que había escrito para la prensa uruguaya y la porteña. Ofrecía, desde ese punto de vista, un perfil atractivo para un diario concebido para durar lo que una campaña política[28].

Sánchez no fue un empleado correcto, además, porque sus expectativas no estaban en hacer carrera en el periodismo sino en lograr independizarse del mercado para dedicarse a escribir. El episodio de las "aguas virtuosas" ofrece un ejemplo ilustrativo.

La bohemia, la indisciplina laboral, los vínculos con el anarquismo y con la elite de notables así como algunas de sus provocaciones, fueron más o menos aceptadas por quienes podían sentirse aludidos o afectados por esas actitudes. Otras no.

"La gente honesta" forma parte de las segundas. La elite social y política rosarina estaba acostumbrada a la agresividad y al desenfado de las caricaturas y los chistes de *La cabrionera* y *Caramelo*, dos revistas satíricas de fines del diecinueve. Pero con el sainete de Sánchez sintieron que se "deprimía" el rol de las autoridades.

Sánchez apuntó con su sainete a dos temas sensibles. Ridiculizó a Schiffner y con él a toda una clase social, burlándose de su doble moral y, sobre todo, de su origen reciente. Y se atrevió con el Parque Independencia, el emprendimiento urbanístico más ambicioso del cambio de siglo.

La biografía de Emilio Schiffner, similar, a grandes rasgos, a la de varios de los otros "notables" de la ciudad, ofrece algunas claves para abordar la primera de las cuestiones mencionadas.

Nació en Sajonia en 1846 y llegó a la Argentina en 1874, sin capital pero con cierta experiencia comercial adquirida en Breslan, Viena y Nueva York. Tras trabajar como contador en Buenos Aires, se instaló en Rosario, abocándose a la venta de maquinaria agrícola, con capitales aportados en parte por su esposa, hija de una tradicional familia de Santa Fe. Sus negocios se ampliaron rápidamente a una destilería de alcohol, empresas de seguros y del ramo de la construcción. Fue presidente del Centro Comercial (luego Bolsa de Comercio), director del Banco Provincial de Santa Fe, varias veces concejal municipal y vicepresidente del Concejo Deliberante, un ámbito generalmente conflictivo y reservado a los "notables".

Esa imagen de *self made man* de Schiffner, parecía bastar, hasta cierto punto, para legitimar el lugar que esa elite de notables pretendía ocupar en una sociedad aluvional como la rosarina[29]. Pero para un grupo social que pretendía ganar un espacio entre la tradicionalista elite santafesina, que solía referirse despectivamente a Rosario como "la ciudad de los gringos", el personaje del Chifle no hacía más que reafirmar la imagen que la "aristocracia" de la capital provincial tenía de los advenedizos nuevos ricos rosarinos. Tan nuevos que no habían perdido el acento. No deja de ser sintomático, en este sentido, que *"La gente honesta"* sea la única de las obras de Sánchez en la que el acento de un personaje de la burguesía está puesto en función de la comicidad de la escena.

El escenario elegido no fue menos provocativo que el personaje: el parque Independencia, y su prolongación, el bulevar Santafesino (hoy Bv. Oroño), obras con las que los rosarinos, "ocupados hasta ahora en enriquecerse", según postulará poco después el viajero francés Jules Huret, pretendían embellecer la ciudad[30].

El parque fue inaugurado en enero de 1902. El intendente Luis Lamas, impulsor y ejecutor del proyecto, lo había concebido como un espacio tanto para la "aristocracia" como para la "población indigente" y como una herramienta para sanear un ambiente infecto y "suavizar los sentimientos" engendrados por "la democracia" entre las "multitudes"[31]. Las multitudes, sin embargo, no encontraron, al menos durante los primeros años, lugar en el parque, convertido, según *La Capital*, en

> "[...] el punto preferido por excelencia por nuestras damas y niñas, aristocrático, de moda y siempre en su apogeo[...] reúne, embellecidas en traje primoroso, niñas que heridas por la brisa de la tarde, buscan el calor al abrigo de pieles y de plumas[...]"[32].

Ese reducto "aristocrático", el orgullo, según Huret, de las nuevas fortunas rosarinas, era en la obra de Sánchez, el lugar en el que se levantaba el "mamagacho de Tedy", el lugar al que iban por la noche, "con las muchachas", los maridos y los padres de esas damas y niñas a las que se refería el cronista social de *La Capital*.

Emilio Schiffner renunció a su banca en el Concejo Deliberante de la ciudad y partió a Europa en súbito viaje de negocios, según adujo, no sin antes agradecer el apoyo prestado por los concejales y las autoridades municipales y policiales en los momentos difíciles[33].

Sánchez fue censurado, detenido y golpeado. Pero, abonando una hipótesis delineada más arriba, la obra fue editada por Arturo Suárez Pinto, dueño y director de la ya mencionada *La Idea*, una revista convencional y condescendiente con la elite rosarina. Suárez Pinto lo convocó además, como se dijo, para colaborar en *La Semana*, nueva revista con notas de actualidad política que anticipó el viraje que le impondría a *La Idea* en 1903, cuando la convirtió en tribuna del Partido Autonomista Nacional[34].

Sánchez y el anarquismo

Sánchez no fue, como otros estudiosos de su obra han de manifiesto, un teórico del anarquismo. Sus obras rosarinas lo ponen del lado de los desposeídos, como es el caso del niño vendedor de diarios en torno al cual gira la trama de *Canillita*, aunque no deja de ser significativo que este minucioso observador de los barrios obreros, como lo describen Booz y Dickman, no haya escrito nada sobre ellos. O lo ponen en la sátira a la burguesía, como en *La Gente Honesta*. Pero, con la excepción del manifiesto de 1901, no son textos que puedan llamarse doctrinarios. Sus cuestionamientos al proceso modernizador no diferían de los de cierto liberalismo y compartía con los modernistas el desagrado ante lo "burgués".

La vinculación de Sánchez con el anarquismo ha sido y es objeto de polémica. En los extremos de esa

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

polémica están quienes lo consideran parte legítima del movimiento y quienes lo definen como a un cultor del "arte burgués". La trayectoria y la obra de Sánchez, ofrecen, sin duda, argumentos para unos y otros. En todo caso, en lo que parece haber coincidencia, es en que la etapa rosarina significó un momento clave en la historia de esa vinculación. Y complejo: fue el de mayor acercamiento al movimiento y, a la vez, el del borramiento de las marcas libertarias de su producción literaria, emblemáticamente expresado, como advierte Eva Golluscio, en el paso de *"Ladrones!"* a *"Canillita"*.

En la primera, pensada para ser representada por actores aficionados con los modestos recursos materiales de los círculos anarquistas, el tema es el abuso de los poderosos y del Estado contra los oprimidos, emblematizados en dos niños que trabajan en la calle y un político que los estafa. Los niños, en la obra, se rebelan contra el político, esto es, contra el sistema. En la segunda, concebida para una compañía profesional de zarzuelas, el niño es más una víctima de su desalmado padrastro que del sistema y su rebelión va dirigida contra el primero.

Volver sobre esa vinculación poniendo el acento en Sánchez probablemente no agregue nada nuevo. Más interesante parece centrar la cuestión en la vertiente menos explorada por los estudios sobre Sánchez, esto es, en el movimiento anarquista.

Resulta evidente que Sánchez tuvo un protagonismo más que destacado en la organización local del movimiento, en la huelga de la Refinería Argentina y en los sucesos posteriores a la muerte de Budislavich, esto es, en la gestación del estado de cosas que llevaría a que en octubre de 1901 Rosario fuera bautizada como la "Barcelona argentina". Pero Sánchez era el secretario de redacción del diario "del burgués Schiffner", según la caracterización del anarquista Eduardo Gilimón[35]. Y sus actos de provocación contra la burguesía todavía no habían tenido lugar. La cuestión parece pasar entonces, en parte, por el movimiento anarquista, un movimiento que había repudiado la presencia de los socialistas Adrián Patroni, Juan B. Justo y Enrique Dickman en la Casa del Pueblo y en el acto de repudio por la muerte de Budislavich[36], presencia finalmente aceptada gracias a la intervención personal de Sánchez.

Sánchez se fue de Rosario antes de que el Tercer Congreso de la Federación Obrera Argentina, reunido en 1903, pusiera seriamente en discusión los supuestos conceptuales y programáticos que habían caracterizado una etapa en la que había sido relativamente habitual que algunas sociedades de resistencia fueran representadas, como los obreros de la Refinería Argentina, por activistas de no obreros[36].

Sánchez se fue de Rosario, además, poco antes de que la Ley de Residencia pusiera fin a una etapa en la que ciertos sectores de las élites argentinas se habían mostrado tolerantes frente a ciertas propuestas y figuras provenientes del campo libertario. En este sentido, el establecimiento de vínculos paralelos con ciertos sectores de la burguesía y con el movimiento obrero podría explicarse por lo que Patricio Geli caracteriza como la "identidad bifronte" de algunos intelectuales libertarios, comprometidos tanto con los problemas los sectores populares como con ciertos valores aristocratizantes profesados por la comunidad intelectual rioplatense[38]. Su compromiso con la causa obrera y sus expectativas de instalarse en el boulevard Santafesino parecerían inscribirse en ese registro.

Pero no habría que descartar otro elemento para explicar la permeabilidad del movimiento hacia este bohemio de buenas relaciones con ciertos sectores de la burguesía: el oficio de Sánchez. Si algo distinguió al conflicto de 1901, en relación a los que habían tenido lugar hasta entonces en la ciudad, fue la gran cobertura periodística que tuvo. Los diarios opositores al gobierno provincial le dieron espacio porque sumaban argumentos contra la violencia de la policía.

La prosa más dura fue la de las notas de *La República* –reproducidas significativamente por *La Protesta Humana*– donde hubo confluencia entre los objetivos electoralistas de su dueño y los proselitistas de su secretario de redacción. Esa inusual cobertura periodística le dio entidad nacional al conflicto y al movimiento. Los anarquistas tuvieron de este modo, a través de Sánchez, acceso a un eficaz e inesperado medio de difusión.

Sánchez aparece en relación a este punto, como en sus otras vinculaciones con el mundo del periodismo, como un emergente exitoso del nuevo rol de la prensa. Pero Sánchez quería consagrarse como escritor, ante el gran público y en Buenos Aires. Lo logró en 1903, a través del atajo de la consagración por medio del escándalo y la provocación, en la periferia del campo intelectual. Esas actitudes, y no la corrección postulada por Viñas, parecen haber sido las "decisiones cautamente elegidas" por Sánchez en función de ese objetivo ■

Referencias bibliográficas

1. Florencio Sánchez periodista y dramaturgo nacido en Montevideo, Uruguay, en 1875 y fallecido en Milán, Italia, en 1910, es el autor de las obras fundacionales del teatro nacional rioplatense como *"M'hijo el dotor"*, *"En familia"*, *"Barranca abajo"* o *"Los muertos"*.
2. Golluscio de Montoya, Eva "Sobre Ladrones! (1897) y *Canillita* (1902-1904): Florencio Sánchez y la delegación de poderes", *Gestos*, N° 6, 1988.
3. Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política*, Ed. J. Alvarez, Bs. As. 1964, pág. 283. El destacado es de Viñas.
4. Viñas, D. *Ibídem*.
5. Estas y otras opiniones pueden verse en los trabajos ya mencionados de Viñas y Golluscio y en los de Roberto Giusti, *Florencio Sánchez. Su vida y su obra*, Agencia Sudamericana de Libros, Bs. As. 1920; Julio Imbert, *Florencio Sánchez. Vida y creación*, Schapire, Bs. As. 1920; Rodolfo González Pacheco, *Un proletario. Florencio Sánchez, periodista, dramaturgo y trabajador manual*, Ed. Teatro del Pueblo, Bs. As., 1935; Dora Corti, *Florencio Sánchez*, Facultad de Filosofía y Letras, Sección de Crítica, T. I, Imp. de la Universidad, Bs. As. 1923-1938; el prólogo de Jorge Lafforgue a sus *Obras Completas*, Schapire, Bs. As. 1968, por mencionar sólo algunos de los muchos análisis que existen sobre el tema. Las citas son de Golluscio de Montoya, Eva, "Un manuscrito libertario: la versión Maestrini de *Ladrones!* (1897) De Florencio Sánchez", en *Reflexiones sobre el teatro latinoamericano del siglo veinte*, Galerna, Bs. As., 1985; Viñas, *op. cit.* pág. 281.
6. Citado por Cúneo, Dardo. *Lisandro de la Torre*, Galerna, Bs. As, 1968, pág. 12. Lisandro de la Torre estuvo entre los impulsores del radicalismo santafesino y, más adelante, en 1908, entre los fundadores de la Liga del Sur, partido de dimensión provincial transformado en nacional en 1914, bajo el nombre de Partido Demócrata Progresista.
7. Luis Lamas, fundamentación proyecto Parque de la Independencia, en *Municipalidad de Rosario, Concejo Deliberante, Expedientes terminados*, T. 48, 24/7/1900.
8. Datos extraídos del *Primer Censo Municipal*, del año 1900.
9. En 1850 vivían en Rosario unas 3. 000 personas. En 1900, algo más de 112. 000.
10. Mateo Booz, seudónimo de Miguel Ángel Correa, "Un dramaturgo en Rosario", *Revista*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de Historia de Rosario, N°19, 1970, pág. 28.

11. La expresión es de Mateo Booz. Rosario dependía políticamente de Santa Fe. El gobernador provincial elegía al intendente municipal y al jefe político, que tenía a su cargo la policía.
12. Rosario dependía políticamente de Santa Fe. El gobernador provincial, siempre oriundo de la ciudad capital, elegía al intendente municipal y al jefe político, que tenía a su cargo la policía.
13. A fines de septiembre, la represión policial contra una manifestación callejera de la opositora Unión Provincial había dejado como saldo un número importante de heridos.
14. Booz, M., *op. cit*, págs. 28-29.
15. Los actos del sepelio convocaron a unas 7.000 personas. Participaron varias de las figuras más importantes del anarquismo y del socialismo argentino: junto a los mencionados Dickman y Justo, estuvieron Adrián Patroni, Orestes Ciattini, Rómolo Ovidi, Virginia Bolten, José Berg.
16. Relato de E. Dickman a Plácido Grela, reproducido en su libro *El estibador portuario*, El Remanso, Rosario, 1990, págs. 284-285.
17. Booz, M. *op. cit.* pág. 30
18. Booz. M., *op. cit.*, pág. 32.
19. Expresiones de *La Provincia*, diario de Octavio Grandoli, contenidas en una nota publicada, el 2/9/1902, unos meses después de los sucesos.
20. El proyecto de decreto fue presentado por el intendente el 12/7/1893 y fue promulgado por el Consejo Deliberante el 13/9/1895. El secretario de la intendencia debía leer la obra y elevar un informe al titular del ejecutivo municipal sobre la conveniencia de su representación. El intendente podía aceptar o vetar el dictamen del secretario. Municipalidad de Rosario, *Digesto Municipal*, años 1892-1895.
21. Se refiere al ingeniero Thedy, autor del proyecto de la "montañita", construída con la tierra extraída para hacer el lago artificial del Parque Independencia.
22. La versión definitiva, estrenada en Buenos Aires, modifica datos contextuales en función del público porteño.
23. *La Capital*, 2 de octubre de 1902.
24. Reproducida por Imbert, J., op. cit, págs. 74-75.
25. Cfr. Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, CEAL, Bs. As., 1983; Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona, 1995; Rama, Ángel, *Rubén Darío y el modernismo*, Alfadil, Caracas, 1985; Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, FCE, México, 1989; Viñas, David, op. cit.
26. Ver, Sánchez, Florencio, *Obras Completas*, Schapire, Bs. As. 1968,
27. Cuando Booz preguntó quién era le respondieron que se trataba de la "buena pluma" contratada por *La República*. Booz, *op. cit.*
28. *La República*, en efecto, cambió de dueño varias veces y los cambios estuvieron generalmente ligados al propósito de tener un medio de prensa para hacer política. Con poca publicidad y escasos avisos clasificados, nunca fue un diario de venta masiva, como *La Capital o El Municipio*, salvo en coyunturas particulares como la de la huelga de la Refinería Argentina.
29. Sobre el tema, ver Alicia Megías, *La formación de una elite de notables dirigentes. Rosario, 1860-1890*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 1991.
30. Huret, Jules. *La Argentina. De La Plata a la Cordillera de los Andes*, Fasquelle, París, s/f
31. Proyecto de creación del parque Independencia, en Municipalidad de Rosario. "Expedientes Terminados del Concejo Deliberante, año 1900". Sobre el tema, ver García Ortúzar, Raquel, "Bulevar Oroño y el Parque Independencia", *Historias de aquí a la vuelta*, N° 10, ed. *ídem*, Rosario, 1991 y Colaneri, Roxana y Gluck, Mario "La construcción de una imagen de ciudad para Rosario a finales del siglo XIX y principios del XX. El proyecto del Parque Independencia", en *Anuario 17*, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Rosario, 1997.
32. *La Capital*, 31 de julio de 1902.
33. Nota enviada por Schiffner al Concejo Deliberante desde un hotel de Buenos Aires pocos días después de los sucesos. Municipalidad de Rosario, *Expedientes Terminados*, año 1902.
34. Ver la autobiografía de Arturo Suárez Pinto, *Hojas Secas*, IFOS, Buenos Aires, 1933.
35. Gilimón, Eduardo, *Hechos y comentarios*, Buenos Aires, 1911.
36. Ver el relato de Dickman, incluído en el libro de Grela citado anteriormente.
37. ver Suriano, Juan *"Ni Estado, ni gobierno, ni clases. El anarquismo argentino y su concepción sobre el Estado, la política y las clases sociales"*, 1994, mímeo
38. Geli, Patricio, *Entrepasados*, año II, N° 2, Buenos Aires, 1992.

Reseñas y Comentarios de Libros

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio de historiador

Fondo de Cultura Económica, México, 1998 (Primera edición italiana: 1995), 136 páginas.

Massimo Mastrogregori

La bibliografía dedicada a los Annales y a las figuras de Bloch, Febvre y Braudel es ya muy amplia. Los autores de los libros y artículos que la conforman han ensayado aproximaciones muy variadas, que incluyen tanto los análisis institucionales como la reconstrucción de biografías intelectuales, junto a interpretaciones que perciben varias generaciones de annalistas, y discusiones acerca de la posibilidad de concebir al grupo como una escuela reunida en torno a un "paradigma", cuya duración se halla también en debate. La existencia de esta masa de textos no sólo testimonia el carácter central del grupo en el escenario historiográfico internacional sino que, al mismo tiempo, crea un nuevo objeto de estudio: las lecturas que de los Annales han realizado los historiadores. Críticas o celebratorias, esas lecturas son casi un espejo de la historiografía de la segunda mitad del siglo XX.

En ese universo se ubica el libro que analizamos aquí, cuyo autor se ocupa, desde hace tiempo, de los problemas de la historia de la historiografía; su cargo de director de la *Rivista di Storia della Storiografia Moderna,* una de las publicaciones internacionales más prestigiosas e importantes de las que se dedican a estos temas, ratifica su condición de especialista. Y es en tal condición que Mastrogregori, a través de *El manuscrito interrumpido,* ofrece un ejemplo de cuáles son algunas de las preguntas que inquietan hoy a ciertos grupos de historiadores dedicados a este sector de los estudios históricos.

El autor analiza en el trabajo las circunstancias –intelectuales, políticas, aún existenciales– en que un texto fue originalmente escrito, e interrumpido; su transformación en otro al momento de ser publicado; su destino entre los lectores, quienes le atribuyeron un sentido tan lejano del previsto por su autor. El extenso repertorio de fuentes utilizadas incluye papeles inéditos y cartas de los archivos personales, muchos de ellos conservados por sus familiares, de Bloch y Febvre, que sin duda han contribuido a que la mirada propuesta resulte una muy interesante y útil mirada al revés de la trama.

Enlazadas con el examen de los itinerarios materiales y simbólicos del texto aparecen las cuestiones centrales, que Mastrogregori plantea, recuperando intenciones y palabras de Bloch, de este modo: "El manuscrito de Bloch fue a parar entre los manuales de método histórico [...]. *La Apología para la historia* fue leída en gran parte por historiadores, por profesores de historia, por estudiantes de historia. Pero Bloch la escribió también, y yo diría sobre todo, para un público distinto: los hombres de cultura y de acción, el público que los *Annales* trataron en vano de conquistar [...]" (página 95). Fue a este público a quien Bloch buscó mostrar "un problema que a su modo de ver era claro y urgente", el "problema (que abarca muchos otros problemas) de la acción del método histórico y crítico en 'la ciudad, al servicio de las personas', como escribió Bloch atinadamente. Y era también el problema del poder de los recuerdos, del peso del pasado sobre el presente [...]" (página 96).

Estas preocupaciones que Mastrogregori entiende decisivas para Bloch, constituyen el eje de un libro que se estructura cronológicamente, cubriendo un período que va, aproximadamente, de 1931 hasta 1949, cuando tuvo lugar la publicación francesa de la *Apología*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

para la historia, a cargo de Lucien Febvre. Algunas observaciones avanzan todavía más allá, cuando el autor atiende a la suerte de la obra de Bloch, tanto entre el público como en la tradición de los *Annales*. El último capítulo opera como conclusión, y en él se retoman, de los argumentos expuestos en los tramos anteriores, aquellos que son los fundamentales.

En los primeros apartados (I a III), el autor analiza "en qué condiciones se pensó y se escribió *Apología para la historia*" (página 9). Mastrogregori atiende a varios frentes en la reconstrucción de esas condiciones: la crítica a la que, todavía en los tempranos años treinta, los hombres de letras sometían a la historia, en particular en el caso de Paul Valéry, y la respuesta de los historiadores; el proyecto de "renovación de los estudios históricos" emprendido por Bloch y Febvre, del que la revista fue sólo una herramienta más; y los acontecimientos políticos que tuvieron lugar entre 1939 y 1943, esto es, entre el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la derrota del ejército francés –del que Bloch formaba parte–, hasta el momento en que el historiador pasó a ocupar un cargo de responsabilidad en uno de los movimientos de la Resistencia. Estos años, en los que Bloch ensayó la "solución del profesor" al problema del "historiador en la ciudad", son aquellos en los que tomó forma, muy paulatinamente, la *Apología para la historia*, que al momento del asesinato de Bloch a manos de los nazis, en 1944, era un conjunto de manuscritos corregidos y vueltos a escribir en varios tramos, naturalmente inconcluso.

El capítulo IV, por su parte, está dedicado al estudio del destino de aquellos papeles luego de la muerte de su autor y de la Liberación. Fue en estos momentos cuando el texto se constituyó en el que fue finalmente conocido como libro, con un éxito inmediato. La intervención de Febvre en el ordenamiento y aún en la redacción de tramos perdidos, y el peso de la coyuntura estrictamente historiográfica –caracterizada por el comienzo del cambio en la posición de *Annales* en el aparato institucional de la historia francesa, y por los inicios de su definitiva transformación en eje de la historiografía internacional–, son dos de los fenómenos examinados por Mastrogregori.

En el último capítulo, Mastrogregori asume las cuestiones que a su juicio resultan principales para la comprensión de la empresa de Bloch. Con una fórmula levemente diferente de la que evocamos con anterioridad, el autor sostiene que, en los últimos quince años de su actividad intelectual, el fundador de Annales "identifica dos problemas por resolver: el de la legitimidad intelectual de la historia como disciplina científica [...] y el de la utilidad de los estudios históricos para la sociedad [...]. En toda la parte descriptiva del manuscrito interrumpido –que es en gran parte lo que nos queda– Bloch afrontó el primer problema, el de la legitimidad intelectual [...]". Sin embargo, continúa Mastrogregori, "lo que lo impulsa verdaderamente a escribir el libro es el segundo (y más grave) problema, y esto puede observarse en la exposición –donde los argumentos de los dos discursos paralelos a menudo se confunden y se sobreponen– y todavía más en el sucederse de las redacciones, de las correcciones, de los borradores" (páginas 97 y 98).

Finalmente, la "Nota sobre las fuentes y la bibliografía" que cierra el trabajo, resulta una guía muy actualizada y amplia, ordenada de acuerdo con los temas que se analizan en el cuerpo de la obra. Por su envergadura, y por el modo en que ha sido organizada, ella constituye una parte importante del libro, que puede ser leída, en realidad, como un capítulo más.

De los temas que se desprenden de los principales asuntos tratados en *El manuscrito interrumpido*, y aun de los datos aportados por Mastrogregori, hemos seleccionado algunos sobre los que ensayaremos consideraciones breves. Ellos fueron elegidos en virtud del interés que exhiben de cara a la situación de la historia de la historiografía en la Argentina.

Mastrogregori ha insistido con acierto en un argumento conocido, pero que conviene recordar: Annales fue concebida como una revista que hablaba no sólo a los historiadores, sino a aquel público de "hombres de acción" (p. 36 y 96 entre otras) y de intelectuales en el que pensaba Bloch al escribir su Apología. Ese anhelo de intervención en un ámbito mayor que el académico fue paralelo a la atención prestada en sus páginas –frecuente hasta 1939 y declinante luego, pero aún existente hasta los cincuenta– a los temas del presente . Al mismo tiempo, el autor destaca que aquél emprendimiento editorial fue una pieza más en el intento mayor de provocar una "pequeña revolución intelectual", que consistía en la transformación radical de la práctica de la disciplina (páginas 21 y 22) y, cabe agregar, de su enseñanza.

Esta última dimensión, la de la enseñanza de la historia, merece atenderse. En 1949, en el editorial titulado "Veinte años después", Febvre se preguntaba: "El objetivo de los *Annales*, ¿lo hemos alcanzado? Sí y no". Las razones de la respuesta negativa las explicaba Febvre así: "No, porque nada se ha modificado en aquello que hace tan arcaicos todavía, tan ajenos a las grandes preocupaciones de nuestra época, a los programas de enseñanza de historia. No, porque la *agrégation* –que domina en Francia nueve de cada diez rutas emprendidas por los peregrinos de la historia– se encuentra necesariamente subordinada a las exigencias de esos programas y no demanda de los candidatos ningún esfuerzo de renovación [...]" .

Muchos de estos objetivos e intenciones –la conquista de públicos fuera de los límites de la academia; la consolidación de la legitimidad social de la historia, fundada en su carácter de saber útil; la transformación de la enseñanza de la disciplina–, junto al planteo de aquel otro problema de la acción del historiador en la ciudad, fueron compartidos por historiadores y emprendimientos colectivos de gran prestigio: *Past and Present*, tal como proclamaba la revista en su editorial inaugural, Croce o Salvemini en Italia, y los ejemplos pueden seguir hasta el presente. Es posible que tales actitudes devengan de la persistencia de una convicción entre los más destacados historiadores: a pesar de los procesos de profesionalización y consolidación institucional del último siglo, ellos parecen entender que sus tareas no se agotan en la producción destinada a los pares, y que es la sociedad el escenario en el que nos hallamos casi obligados a actuar.

Mientras sostenía, con notable erudición, sus planteos acerca del motivo que en verdad había llevado a Bloch a escribir la *Apología*, Mastrogregori rastreaba en la obra del fundador de Annales una cuestión vinculada directamente a la especialidad que él mismo practica. Cuando menos desde mediados de los años veinte, Bloch manifestó su preocupación por una cuestión que consideraba de la mayor importancia: la de la "transmisión del recuerdo" (páginas 28 y siguientes). Este asunto le parecía decisivo dado que, en palabras de 1939 citadas por Mastrogregori, "'para conocer bien una colectividad es importante, antes que nada, encontrar nuevamente la imagen, verdadera o falsa, que ella misma se formaba de su pasado'" (página 42). Aquel primer tema, el de los mecanismos de transmisión de recuerdos, es atendido por Mastrogregori al analizar los derroteros de la obra de Bloch, en particular cuando se entrama con la voz de Febvre al darse a conocer al público luego de la muerte de su autor.

La segunda proposición de Bloch, a su vez, permite abrir otra línea de reflexión, que hemos desarrollado en oportunidades anteriores. Si se asume el punto de partida que subraya la importan-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cia del estudio de las imágenes colectivas del pasado, debe admitirse que en el siglo XX ellas se han forjado utilizando representaciones y discursos que no fueron sólo los ofrecidos por los historiadores académicos. Así, desde esta perspectiva se torna imprescindible la investigación en regla de estas otras producciones, y aún de las prácticas desplegadas sobre ellas, ambas ajenas a las de la historia profesional. Mastrogregori había explorado ya los efectos de un programa semejante, planteando una alternativa entre la "historia 'científica' de los estudios históricos y la historia global de las relaciones con el pasado" .

En el libro reseñado, entonces, el autor propone la imagen de Bloch empeñado en demostrar la utilidad social de los estudios históricos, en discutir el papel del historiador en la sociedad, en indagar los fenómenos de transmisión de los recuerdos y las representaciones que las sociedades construyen de su pasado. Al mismo tiempo, Mastrogregori recoge y ejecuta parte de aquel programa, explorando los avatares de la escritura de la *Apología* y los destinos del manuscrito. Así, ambas lecturas –la del modo en que Mastrogregori ha encarado un estudio que se instala sin dudas en el terreno de la historia de la historiografía, y la de los anhelos de Bloch– deberían convocar a los historiadores argentinos, hace ya demasiado tiempo ajenos a lo que ocurre fuera de sus propios gabinetes. Es de esperar que un libro como este contribuya a revelar qué limitada idea de nuestro oficio sostiene ese extrañamiento voluntario ■

Alejandro Cattaruzza

Notas

* Aunque puede resultar obvio, cabe señalar que se trata de la obra que, desde 1952, publicó el Fondo de Cultura Económica en México, con el título de *Introducción a la historia*. Ese fue el texto que circuló entre el público hispanoparlante. En 1996, el mismo Fondo de Cultura Económica publicó una nueva edición crítica, a cargo de E.Bloch, bajo el título que había sido el original en francés, *Apología para la historia o el oficio de historiador.*

1. Ver, al respecto, el excelente artículo de Lutz Raphael, titulado "The present as challenge for the historian. The contemporary world in the Annales E.S.C., 1929-1949", publicado en *Storia della Storiografia*, Torino-Milano, número 21, 1992, que incluye un cuadro estadístico de los artículos referidos al mundo contemporáneo publicados por la revista hasta 1940.

2. Cfr. *Annales* ESC, enero-marzo de 1949, páginas 1 y 2

3. Ver M.Mastrogregori: "Historiografía y tradición histórica de los recuerdos" en Barros, C.(ed.): *Historia a debate*, t.I, Santiago de Compsotela, 1995.

"Theatres of memory", Volume 1: Past and Present in Contemporary Culture

Nueva York, Verso, 1996, 479 págs.

Raphael Samuel

Con la presentación de este volumen, R. Samuel se proponía entregar una serie de tres que tuvieran como aglutinante aquello que el mismo denominó "teatros de la memoria". Lo cierto es que solamente éste pudo ser concluido íntegramente por el autor antes de su muerte en 1995*.

En su conjunto, los trabajos reunidos en este primer volumen parecieran resistirse a ser encasillados bajo un género preciso: el propio R. Samuel hace un guiño al lector y establece desde las primeras páginas que se trata de un *"open text"*. Quizá pueda arriesgarse un único género que lo contenga y es el *testamento*. Uno de los ejes transversales que atraviesan al libro es la reflexión y síntesis de su propia experiencia en tanto historiador y militante socialista y junto a ello, un rico *legado* de hipótesis y lineamientos de trabajo.

Hay, sin embargo, otros dos ejes que se destacan como fundamentales. Por un lado una indagación acerca de la vinculación entre la historia y la memoria popular, y fundamentalmente las formas y elementos que constituyen el campo de esta segunda. Por otro lado, el establecimiento de una interpretación de la cultura inglesa desde la postguerra, atendiendo a las formas y mecanismos en los cuales se presenta y representa el pasado.

Con respecto a la relación entre historia y memoria popular, R. Samuel parte de una hipótesis clara y contundente: la memoria popular es una fuerza activa, construida y condicionada históricamente y *"como la historia, es inherentemente revisionista y nunca más cambiante que cuando parece que nada sucede"*. La historia, entonces, operaría en tanto "memoria artificial", integradora, pero no separada del campo de la memoria popular sino vinculándose dialécticamente con éste. La construcción del conocimiento histórico se basa en fuentes promiscuas, dibujadas no solamente por las experiencias de la vida real sino también por la memoria y el mito, la fantasía y el deseo y no sólo por el tiempo cronológico del registro documental sino por la "atemporalidad" de la tradición.

Indagar e investigar la memoria popular, entonces, implicaría ir más allá de las formas en que se imparte el "conocimiento histórico oficial", ya sean currículas escolares o ensayos académicos. Es preciso atender a otros registros, a otras variables de acceso al conocimiento. Aquí R. Samuel se detiene analizando desde programaciones televisivas hasta la nueva cinematografía inglesa, desde paseos "históricos" hasta museos, desde tapas de discos de Los Beatles hasta letras de canciones de los Smith. Acierta luego a asignar algunas características a la memoria popular: no tiene un sentido cronológico del desarrollo del tiempo, es básicamente "mitificadora" (aquellos buenos viejos tiempos) y prefiere recordar lo excéntrico, lo extraordinario a lo corriente o rutinario.

Allí, entonces, R. Samuel anota una problemática que considera crucial: cuáles son las dislocaciones y las grietas que tienen lugar en el conocimiento histórico cuando es transferido desde el circuito oficial al "informal" y viceversa. Discute sin nombrarlos, con los historiadores profesionales que no consideran válidos los "accesos no oficiales" al conocimiento histórico, planteando

* Un segundo volumen acaba de aparecer en Nueva York, pero aunque se base en notas y trabajos de R. Samuel fue concluido por un grupo de colaboradores.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que la historia se "travestiza", se dulcifica o desproblematiza al pasar, por ejemplo, de la palabra escrita a la imagen.

Como un primer punto, R. Samuel considera esos registros en cuestión no sólo como una vía para explorar la memoria popular, sino también como formas válidas donde "combatir por la historia". La historia, entonces, es a la vez "profesión" y "actividad" y bajo este segundo rótulo hay múltiples agentes que la llevan adelante (ya sean coleccionistas, guionistas de cine o T. V., etc.) que no necesariamente son "competidores" del historiador profesional, sino otros constructores del conocimiento histórico. Como segundo punto, y en éste sí rindiendo cuentas con su propia experiencia, el llamado no es a "desprofesionalizar la historia" (como consideraba abiertamente en 1979) sino a abrir los marcos y lugares desde donde se construye el conocimiento y facilitar el acceso popular al mismo. El historiador debería, más que negar, "profesionalizar" nuevos espacios, vincularse e insertarse en nuevas áreas y contribuir más directamente en la edificación de los "teatros de la memoria". Así (y solo así), plantea R. Samuel se "exorcizaría" el peligro de una interpretación banal de la historia, de una visión esquemática y simple del pasado.

R. Samuel llama, entonces, a la renovación de un pacto entre los historiadores con la cultura y la política, promoviendo una vinculación más activa en la conformación de la memoria popular. Agita en favor de una "recuperación del tiempo perdido" con la excesiva profesionalización (que relaciona con la "balcanización" de la disciplina en múltiples compartimentos, cada vez ellos más minúsculos) no abandonando el programa que sostiene desde los *Workshops* de los '60: buscar siempre "el rostro humano" de la historia. Aquí, incluso extiende el programa literalmente: un apartado importante del libro está dedicado a explorar en las potencialidades de la fotografía como fuente documental. Aparecen analizadas posturas, gestos y vestimenta de distintos grupos sociales desde principios de siglo hasta la actualidad. Así desde fotografías de niños obreros de 1900 hasta la tapa de *"Sargent's Pepper lonely hearts club band"* son plausibles de ser recuperadas desde un análisis semántico-iconográfico e interpretados desde sus múltiples significaciones.

Un segundo eje importante a considerar es el tratamiento de los cambios en la cultura inglesa de post-guerra. Quizá lo más interesante es el método mismo que utiliza: lejos de detenerse en consideraciones teóricas, despliega el análisis atendiendo a múltiples registros (a la manera, por ejemplo, de E. P. Thompson en *"La formación de la clase obrera en Inglaterra"*). Pone en juego (reconociéndolo) importantes categorías formuladas por R. Williams para el análisis de la cultura: por un lado, "estructura de sentimientos", y por otro el análisis de movimientos, prácticas o formaciones en tanto "dominantes, residuales y emergentes". De esta manera, este trabajo se inscribe en la larga y fecunda tradición marxista británica de estudios históricos y culturales.

El foco que elige R. Samuel para trazar su análisis cultural, es el de rastrear las formas en que se presentó el pasado en los últimos cuarenta años. A tales fines, parte de una constatación: al menos desde mediados de los '70 irradia bajo diversas manifestaciones algo que denomina "giro hacia la historia". Nuevamente, lleva su análisis a fuentes de lo más disimiles: desde la decoración de interiores y las revistas de consumo fundamentalmente femenino hasta las propagandas de herramientas y materiales de construcción, pasando por las nuevas modas arquitectónicas y las imágenes veneradas de los íconos del *rock* y el *pop;* desde las gestiones municipales hasta las películas de K. Branagh.

La década del '50 estuvo dominada por el impulso modernizador, por la dinámica y la lógica del *"do it yourself"*. El pasado, concluye R. Samuel, se presentaba como anacronismo. Con los materiales sintéticos se rompía la tradición arquitectónica victoriana y los ritmos del *rock'n roll* que llegaban desde el otro lado del Atlántico invadieron las radios. La mirada se dirigía invariablemente hacia adelante.

Pero, como parte de ese mismo impulso modernizador, comienzan a activarse movimientos de recuperación de aquello que se estaba perdiendo, ya sean antiguas vías férreas, bosques o canciones *folk*. Inicialmente reactivo, este movimiento de recuperación tuvo un espaldarazo en la "contra-cultura" hippie de los 60' y la idea de retorno a lo orgánico. No fue, sin embargo, hasta la década siguiente que el "retorno del pasado" se hizo evidente. Manifestándose en las culturas juveniles y fundamentalmente en el movimiento *punk*, se dio un proceso de "nostalgia del presente" (así lo define R. Samuel, valiéndose de la idea de F. Jameson), de conmemoraciones y tributos o *"revivals"*. La noción de "patrimonio" a cuidarse o conservarse fue ampliada a artefactos, objetos y movimientos de todo tipo. Durante los '80, dando muestras de indudable institucionalización del movimiento general de recuperación histórica, se dio un proceso de intensa "musealización": ya sean mini-museos aristocráticos o clubes de fútbol. Ahora, concluye, el pasado no es el preludio del presente sino una *alternativa* a éste.

Vinculando estos cambios culturales a la problemática de la memoria popular, puede considerarse que se ampliaron en las últimas décadas los registros y elementos que la conforman y activan. Ahora bien, ¿qué pasado ha vuelto? Sin duda, no el que se construye en las universidades inglesas, sino más bien el que promueven otros agentes, a veces muy ligados a intereses comerciales e incluso –en el caso de algunas regiones– "inmobiliarios".

R. Samuel se ancla nuevamente en su programa y plantea que más allá de la lógica del "pastiche" y de la vuelta de un pasado adulterado por la alta tecnología (como los museos virtuales, etc.) es el sentido y la interpretación de ese pasado que ha vuelto a instalarse en la cultura contemporánea aquello que el historiador (y el socialista) debe salir a disputar. Entiende fundamentalmente el campo de la cultura como lugar de conflicto, como espacio donde compiten significaciones y prácticas. La idea se resume en no dar la espalda ni desentenderse de esas transformaciones: mucho más, aprovechar (al menos en el caso inglés), las potencialidades democratizadoras que ofrecen los nuevos espacios y contribuir a su creación.

Quizá aquí podríamos detenernos en un punto que no es menor: R. Samuel no logra explicar este retorno al pasado. Toma en consideración algunas posibles explicaciones (desde la izquierda, por ejemplo, se relaciona el proceso con la hegemonía conservadora de los '80) pero sin hacerse cargo de ellas y no arriesga otras alternativas. La ausencia sin aviso en el análisis de la cultura que se propone aquí es la *política* y esta ausencia le cuesta cara a la hora de pensar los cambios. Tal vez no sea de sorprender, ya que en los análisis culturales de la tradición de la cual es parte (recordemos aquí *"The Uses of Literacy"*, de R. Hoggart, ya en 1958) el lugar de la política es restringido. Pero el "mal de muchos" no es consuelo y era de esperarse que en la intensa reflexión que R. Samuel se propone de su propia experiencia, éste podría haber sido un punto a revisar.

Paradójicamente, lo más significativo de este conjunto de trabajos es la *política* que R. Samuel propone a partir de su programa de renovación y reflexión acerca de la profesión de historiar. En cierta medida, se trata de un planteo moral donde el eje se dirime en las viejas y siempre nuevas preguntas del *cómo* y *para quién*. R. Samuel no dudó: "explotar", en el buen sentido, la memoria popular, y vincular esa memoria "no oficial" con la construcción del conocimiento histórico, que no es más ni menos que "memoria artificial", integradora. Esa es la tarea. Este libro, en definitiva, es el legado que R. Samuel nos de-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

jó: un cúmulo de lineamientos y perspectivas de trabajo y fundamentalmente la evocación de la experiencia de quién, configurando prácticas pluralistas, jugó invalorables cartas a democratizar el conocimiento histórico ■

Valeria Manzano

mora

Revista del Area interdisciplinaria de Estudios de la Mujer
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

n° 4 / junio 1998

Butler lee a Beauvoir: fragmentos para una polémica en torno del "sujeto", *María Luisa Femenías* –presentación, selección de textos y notas– / ¿Qué es ser mujer? Butler y Beauvoir sobre los fundamentos de la diferencia sexual, *Sara Heinämaa* / Protocolos de lectura: el género en reclusión, *Raúl Antelo* / Diez años de Soledad: vida y muerte de Mercedes Cabello de Carbonera, *Lusi Miguel Clave* / Silvina Ocampo: el pretexto del silencio, *Marisa Macchi* / El ver en la nodriza de la Medea de Eurípides: acerca de algunas reificaciones y animalizaciones, *Elsa Rodríguez Cidre* / Un estado de la cuestión, *Valeria Pita* / Un archivo de Señales en la exposición infantil: Derecho consuetudinario e imaginario popular, *Gabriela Dalla Corte Caballero* / Las organizaciones, las escuelas y las mujeres: ¿poder o no poder?, *Graciela Morgade* / Los enfoques de género en los estudios de geografía: una introducción, *María Dolores García Ramón* / Aún es tiempo de utopías: Agnes Heller y la posmodernidad reflexiva. Entrevista a Agnes Heller, *María Spadaro, María Luisa Femenías* / Hacer del feminismo un signo vacío. Entrevista a Giulia Colaizzi, *Alejandra Torres* / Piedra libre: la crítica terminal de Tamara Kamenzain, *Jorge Panesi* / Reseñas.

Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a:
AIEM. Facultad de Filosofía y Letras. UBA.
Puán 480. 4° piso (1406) Capital Federal. República Argentina
Fax: (54) (1) 432-0121. Dirección electrónica: remun@aiem.filo.uba.ar

Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U. S. -Latin American Relations,

Durham and London, Duke University Press, 199

Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand, and Ricardo Salvatore (Eds.)

Hasta hace poco tiempo, la historia de la relación entre los Estados Unidos y América Latina era uno de esos pocos nichos historiográficos que no había sido tocado por la renovación teórica, temática y metodológica de la última década. Seguía ésta dominada, del lado norteamericano, por las aproximaciones más o menos ingenuas de la historia diplomática y, del lado latinoamericano, todavía entrampada en la crítica de los últimos modelos interpretativos, como las teorías de la dependencia o del imperialismo.

Con *Close Encounters,* esa renovación llega de la mano de los llamados "estudios postcoloniales", un movimiento historiográfico hasta ahora circunscripto a los casos de colonialismo europeo en Asia y África, que ha contribuido a repensar la gestación y representación de las historias coloniales a partir de la crítica de las historiografías dominantes (imperialista, marxista o nacionalista), desde el campo de los estudios culturales. La reflexión que proponen estos estudios –cuya expresión más clara es, quizás, el *Subaltern Studies Group,* surgido en el seno de la historiografía india– presta especial atención a la mezcla cultural, los arreglos de poder y autoridad y la formación y transformación de identidades –nacionales, grupales, individuales– inducida por la formación de los imperios. Con influencias teóricas variadas, estos estudios abonan nuevas teorías de la hegemonía, más basadas en el consenso que en la coerción; comparten una visión de la cultura popular, como terreno de disputa más que de dominación y opresión, enfatizando el carácter frágil, inestable y eminentemente dinámico de lo cultural; y conciben al estado, no como el resultado de la aplicación de proyectos hegemónicos, sino como el producto, siempre precario, de la interacción dialéctica de esos proyectos con las prácticas cotidianas de los sectores subalternos.

El primer desembarque de estas perspectivas en el tema de la relación entre Estados Unidos y Latinoamérica vino del lado norteamericano, de la mano de un *"cultural turn"* que ha logrado desviar la tradicional atención de la historia diplomática de ese país de los aspectos económicos y geopolíticos del imperio y atraerla hacia ciertas áreas de la cultura hasta ahora ignoradas por esa historiografía. Superando viejos esquemas del imperialismo cultural, que planteaba la relación imperial en forma esquemática y unidireccional, proponen observar problemas de "interacciones culturales transnacionales", que tienen influencias y flujos en ambos sentidos. De esta manera –sostienen– la operación imperialista norteamericana terminó afectando y moldeando su propia cultura tanto como la de los países que estaban bajo su dominio e influencia, a través de los intercambios recíprocos de símbolos y significados, intrínsecos a las prácticas cotidianas de los extranjeros y los locales, que se daban cotidianamente en los diferentes contextos del imperio.

En idéntico sentido, latinoamericanistas de diversas disciplinas, bajo las mismas influencias teóricas, proponen en *Close Encounters* una mirada sobre la relación Estados Unidos-América Latina que sea superadora tanto de la perspectiva difusionista de la modernización y el desarrollo como de la mayoría de los "paradigmas disidentes" que generaron las críticas de la izquierda a esos esquemas: las teorías de la dependencia, del imperialismo y del sistema moderno mundial. Tanto aquélla como éstos comparten

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una visión dualista y dicotómica de la relación (entre "centro" y "periferia") que simplifica y empobrece el análisis, al considerarla una entre actores unitarios y homogéneos ("Estados Unidos" y "Brasil", o sus representantes de alto rango), que son siempre conscientes de las políticas que implementan y de los intereses que las sustentan. Estas perspectivas también comparten la idea de penetración del centro en las periferias, de la mano de socios locales de los países centrales, que genera una condición estructural, ahistórica, de dependencia y dominación. Por fin, todos tienen un claro sesgo economicista en sus acercamientos, que relegan lo cultural a un rol subsidiario, subproducto derivado de la dependencia material y política.

Los colaboradores del libro discuten uno a uno estos supuestos, proponiendo a cambio un diálogo entre la economía política y la crítica cultural. El libro ofrece una visión más compleja de la relación, desarmando entre sus muchos componentes (el de los negocios, el filantrópico, el estético, el político) y sus múltiples actores y mediadores, con sus diferentes identidades y diversas bases ideológicas e institucionales de sustento, lo que consideran un entrelazamiento *(engagement)* "multiforme" entre los Estados Unidos y América Latina. Se trata de advertir que, además de los decisivos flujos de capital, inversiones, productos, tecnología, asistencia militar, otros flujos (de ideas, imágenes, representaciones) también contribuyeron fuertemente a moldear estos encuentros dinámicos y multifacéticos.

De esta manera, el encuentro imperial se transforma en un conjunto de "encuentros (cercanos)", que son casi tan numerosos como la cantidad de individuos, instituciones y agencias involucradas: agentes del gobierno, comerciantes, hacendados, corporaciones, trabajadores, técnicos, mayordomos, misioneros, turistas, científicos, militares, etc. En dichos encuentros, el extranjero, sus ideas, productos e instituciones son recibidos, representados, disputados y apropiados –y por lo tanto, transformados– en Latinoamérica en los siglos XIX y XX.

Los colaboradores del volumen exploran algunos de estos encuentros, a través del análisis de diferentes "zonas de contacto" del imperio: lugares, situaciones, coyunturas en las que diversas expresiones de las dos partes se involucran en intercambios recíprocos. Estas zonas de contacto son dinámicas y, si bien expresan una voluntad hegemónica por parte del imperio, son a su vez zonas de negociación, en las que la comunicación fluye en ambos sentidos. Son, al decir de William Roseberry, distintos "campos sociales" *(social fields)* específicos que, si bien son locales, incluyen aspectos incorporados y asimilados de lo externo y lo global.

La variedad de los temas abordados por los distintos colaboradores desafía cualquier intento de síntesis. Algunos se internan en la lógica de los enclaves para desarmar las dicotomías del "nosotros"-"ellos", nacional-extranjero, interno-externo. Tanto Catherine Legrand, para el caso del enclave bananero de la United Fruit en Santa Marta, Colombia, como Thomas Klubock, para el de los enclaves mineros norteamericanos en el norte de Chile, conciben a estos espacios, no como lugares cerrados y foráneos, sino como ámbitos permeables de negociación entre las empresas extranjeras y las redes y prácticas sociales locales, que terminan moldeando las ideas, instituciones, actitudes y hasta lo esquemas productivos de los extranjeros.

Otros, como Steven Palmer y Seth Fein, se detienen en la acción de grupos profesionales y técnicos "transnacionales" –el primero, analizando una misión de salud pública de la Rockefeller Foundation en Costa Rica entre 1914 y 1921 y, el segundo, estudiando la interacción entre trabajadores y técnicos cinematográficos mexicanos y norteamericanos en México durante la guerra fría– para argumentar que, lejos de ser el espejo de las relaciones políticas y económicas de los países que representan, muchas veces pueden contradecir sus propósitos más explícitos.

Otros se concentran en el lugar de la representación –una preocupación central a los estudios postcoloniales– al analizar la operación de los países colonizadores para estructurar el conocimiento imperial de los sujetos colonizados y elaborar un concepto del "otro", que permita reafirmar su poder y su propia identidad nacional. Así, analizan la "maquinaria representacional" que se organizó a propósito del panamericanismo, que acumuló obsesivamente imágenes y textos en las miradas y plumas de hombres de negocios, reformadores sociales, científicos o viajeros (Ricardo Salvatore) o diversas representaciones artísticas producidas y exhibidas para el público norteamericano en la segunda mitad del siglo pasado (Deborah Poole), a través de las cuales ese público imaginó y se apropió de un mundo distante llamado "Sudamérica", a la vez que construía su propia identidad de "sujetos imperiales".

Por fin, otros ahondan en problemáticas caras a la teoría posmoderna, como son el poder de los espectáculos y de lo simbólico, a través de los más diversos temas: los efectos intimidatorios que tuvo la puesta en escena de la partida de una flota mercenaria norteamericana en apoyo del amenazado régimen de Floriano Peixoto en Brazil, en 1893 (Steven Topic); las implicaciones simbólicas del reciente boycot popular de los dominicanos contra las cadenas norteamericanas de comida rápida (Lauren Derby); o el montaje y la manipulación de un verdadero "culto al aeroplano", que inspiraba sentimientos de orgullo nacionalista, a propósito de la formación de una fuerza aérea en la República Dominicana en los años de Trujillo (Eric Roorda).

Fuera de estos trabajos de caso –la lista es más larga– otros estudios que enmarcan el volumen, como los de Gilbert Joseph, Emily Rosenberg, William Roseberry y, en especial, la "autobiografía intelectual" de Steve Stern, sirven para fundamentar teóricamente el emprendimiento historiográfico que se persigue: detrás de la búsqueda de un nuevo marco interpretativo para pensar las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina, lo que se intenta es refundar la historia de esa relación sobre nuevas bases. Y esta operación exige, como primer paso necesario, someter a una crítica feroz a la mayoría de los conceptos y modelos teóricos con los que los historiadores aprehendíamos esta realidad hasta hace no mucho tiempo: la dependencia, la naturaleza "periférica" de Latinoamérica –que la hace inteligible sólo en relación a un centro–, la idea de penetración, la bipolaridad de la relación norte-sur, el rol subsidiario de la cultura. A través del análisis de diferentes instancias del imperio y utilizando certeramente las herramientas de (de)construcción que provee la historiografía "post" –las palabras rebosantes de múltiples sentidos; los variados "giros"; los conceptos que encierran significados ocultos; las metáforas y metanarrativas; la devoción por lo insignificante y lo no previsto; la exageración de la fragilidad– los colaboradores del volumen van pulverizando una a una nuestras certidumbres conceptuales, haciéndonos dudar de todo lo que hasta ayer formaba parte de nuestro paisaje intelectual. De esta manera, el libro es especialmente valioso por lo que deshace, complica y cuestiona, en línea con una tradición teórica y filosófica que hace del deshacer su operación intelectual más fecunda, lo cual es especialmente bienvenido en un campo que seguía atado a esquemas teóricos pasados de moda (o a la perplejidad que causó su abolición sin más).

Menos claro es lo que construye. No porque el libro no contenga contribuciones valiosas desde el punto de vista historiográfico. Antes bien, cada una de ellas son ejemplos de buenos trabajos de investigación, que destacan tanto por la interrogación original de las fuentes tradicionales –los reportes y minutas diplomáticos, la correspondencia oficial y pri-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vada, la prensa– como por la exploración de fuentes novedosas: historias orales y tradiciones folklóricas, relatos de viajeros, trabajos de arte y literatura, caricaturas políticas, archivos fílmicos, música y humor popular, programas de radio y televisión, monumentos públicos y arquitectura. Pero lo que estos trabajos también muestran son las dificultades que existen para construir, luego de la devastación provocada por la onda expansiva de esta explosión postmoderna, que no deja en pie ni siquiera aquellos conceptos que los mismos compiladores del volumen quisieron preservar (¿qué clase de "imperio" es éste, después de todo, que se compone de distintos "encuentro cercanos" –quizás tan inofensivos como aquéllos del *film* con el que juega el título del libro– en los que el poder es repetidamente negociado, disputado, matizado, resignificado, contestado y, por lo tanto, burlado, con tanta eficacia?).

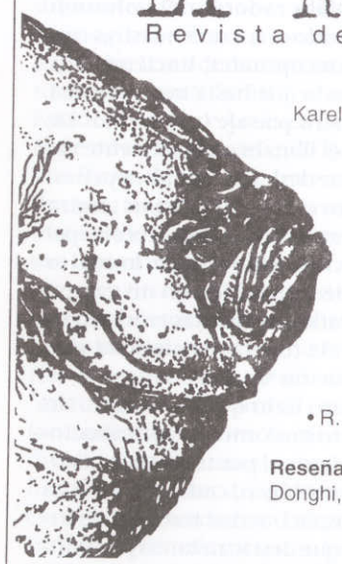
Luego de la euforia que produce desarmar conceptos cortos, destronar esquemas miopes, abolir razonamientos mezquinos –una excitación particularmente voraz, que no se detiene ante los conceptos más esenciales– la sensación que queda es la de una gran intemperie, una desconfianza básica que produce cierta perplejidad e impide volver a construir. En ese sentido, es difícil imaginar el camino que tomarán estos trabajos, como no sea seguir hurgando entre los escombros conceptuales de tradiciones anteriores, sólo para erigir una infinidad de fragmentos diversos de un todo inasible. Pero cualquiera sea ese camino, es evidente que la tarea que queda por delante es tan inmensa como la que este libro necesario ya comenzó a realizar ■

Juan Manuel Palacio

El Rodaballo

Revista de política y cultura

Verano 98/99 Año 5



Karel Kosik, **Lumpenburguesia en la transición de Europa del Este.**

Dossier: **"¿Que organización para que politica? Nuevas políticas y crisis de las viejas formas".**
Toni Negri, Michael Hardt, Luis Zamora, Horacio Tarcus, Blas de Santos, Ariel Petruccelli, Roberto Pittaluga.

Feminismo y Política: Judith Butler

• Eduardo Gruner sobre la **cosa política**
• **Ernst Jünger** revisitado: Helios Prietto

• R. Strafacce/ A. Valente sobre **Osvaldo Lamborghini**

Reseñas Criticas de Michael Löwy, Caetano Veloso, G. Fantoni, Halperin Donghi, Hilda Sabato, E. Palti.

Giro Lingüístico e Historia Intelectual

Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 1998, 337 págs.

Elias Palti

En *Giro lingüístico e historia intelectual*, Elías Palti realiza un sugerente recorrido a través de polémicos debates teóricos contemporáneos que tienen lugar en el ambiente norteamericano en torno de cuestiones que se plantean de forma cada vez más acuciantes en distintas disciplinas humanísticas a partir de llamado "giro lingüistico". Podría considerarse que esta expresión se encuentra ligada al desarrollo teórico de diversas perspectivas que –ya sea profundizando en la herencia de la filosofía analítica, o bien en las consecuencias de modelos desarrollados en el ámbito europeo tras la estela de Saussure– insisten en reconocer en el lenguaje una experiencia articulada, antes que expresión o mero reflejo de una realidad factual. Es así como, una vez instalada la problematización sobre el lenguaje, que tiende a descartar la concepción de éste como medio más o menos transparente dirigido a representar una realidad dada, la empresa historiográfica se verá llevada a preguntarse por los modos de producción, reproducción y transmisión de sentidos en los diversos contextos históricos y culturales; pero también a una creciente puesta en cuestión de las condiciones en que esta práctica se realiza.

Y es allí donde Palti recoge un espectro de debates donde el ámbito de la historia intelectual se ve repentinamente ampliado por intervenciones que provienen de diversos registros, tales como la filosofía, la crítica literaria y la antropología cultural; discusiones que no tienen lugar en un espacio institucional autónomo y claramente identificable, sino en la intersección polémica de diversas disciplinas académicas. Si bien resulta claramente discernible una preocupación que atraviesa al ámbito de las disciplinas humanísticas –la de dar cuenta de los supuestos a partir de los cuales se afirman ciertos sentidos en la historia, en la cultura y en los textos–, Palti intenta mostrar también cómo es posible señalar cierta direccionalidad que anima esas polémicas: un progresivo volverse de la crítica sobre sí misma, que si no gana en verdad (entendida como un destino al que debería arribar), sí en autorreflexividad.

En la obra de Quentin Skinner, Palti sitúa una especie de hito en el que se inicia el proceso de desmontaje del paradigma lovejoyano, mediante su resuelta problematización en torno a cómo el lenguaje y las categorías presentes en un texto dado cobran inteligibilidad a partir del entramado disponible en su propio contexto de producción. En este sentido, si el contexto consistía primeramente para Skinner en el marco de convenciones lingüísticas vigentes, que sin embargo no limitaban la intención del autor; éste intento por mantener una distinción clara entre texto y contexto se tornará difícil de sostener frente a la objeción que señala que tampoco para los propios actores la significación de su acción se manifiesta en su total transparencia. Entonces es cuando más acuciante surge la pregunta sobre qué valida una interpretación que aspire a ser la reconstrucción de un universo semántico intersubjetivamente compartido de una época o una cultura dada. En este punto es cuando, para Palti, la reflexión se vuelca a considerar el contexto de recepción en el que ella misma se inscribe. Si, como reconoce Clifford en relación a Barthes, "la capacidad de un texto de ser interpretado de un modo coherente depende menos de las intenciones del propio autor que de la capacidad creativa del lec-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tor"; la preocupación que a partir de esto se instala en pos de aquello que permitiría distinguir las "buenas" interpretaciones de aquellas otras a las que también puedan dar lugar "la capacidad creativa del lector" empujará a la crítica hacia un siguiente, tercer umbral: la tematización del contexto metacrítico, aquel en el cual se reflexiona sobre las condiciones epistémico-institucionales que hacen posible un enunciado. La profundización de los supuestos lógicos implícitos en el "giro lingüístico" conllevaría una redefinición de la empresa crítica: ésta se convierte cada vez más en metacrítica desde el momento en que su foco de atención se desplaza de los objetos textuales a los mecanismos constructivos de tales objetos, en tanto su validación provendría ya no tanto del esfuerzo por develar algún significado oculto en los textos, sino más bien por su capacidad de dar cuenta de sus fundamentos teóricos. En este nivel, el problema se vuelve cada vez más fuerte, en tanto la tensión entre necesidad e imposibilidad de una metacrítica marcaría los desarrollos teóricos que se inscriben en este línea. Un ejemplo paradigmático sería el caso de Hayden White, cuyos esfuerzos no alcanzan a fundamentar en un plano metahistoriográfico que la perspectiva irónica es una más entre otras perspectivas posibles de la historia, sin caer en un decisionismo radical que, al mismo tiempo, no parece dispuesto a sostener. En este sentido, la reconstrucción argumental de los polémicos intercambios entre White, Jameson y LaCapra por un lado, y Bernstein, MacIntyre y Rorty por el otro, muestra con agudeza los límites a los que se ve llevada la empresa crítica: no puede renunciar a mantener alguna instancia normativa sin el riesgo de quedar reducida a mera descripción caótica; pero, minada la posibilidad de otorgar algún reaseguro que sostenga la objetividad del referente, tampoco puede en el nivel metacrítico fundamentar consistentemente sus categorías de análisis. Es así que, en dicho nivel, los intentos por aplicar los principios de la "lingüísticidad" habrían conducido a contradicciones fatales, empujando a dos tipos de soluciones igualmente controvertidas e insuficientes: o bien la clausura metacrítica (al estilo en que Rorty proclama: "este, mi vocabulario final"); o bien la vuelta a alguna forma (solapada) de fundacionalismo (tal como sus críticos reprochan a Jameson). Dada esta encrucijada, la tensión entre necesidad e imposibilidad trae casi insoslayablemente los ecos de aquella célebre imprecación de Héctor en la *Iliada*: "el dios que incita a la batalla, nos niega la victoria". Porque, efectivamente, la lectura de Palti se ve orientada por la propuesta de una dinámica, según la cual estos planteos van atravesando distintos umbrales, donde los supuestos y premisas que constituyen el horizonte de pensamiento en un momento dado se convierte en objeto de crítica y reflexión en el siguiente. Un progresivo volverse de la crítica sobre sus propias condiciones de enunciación e inteligibilidad, de alguna manera, es el hilo conductor que va guiando la reconstrucción que Palti realiza de estos debates. Si bien no se trata de ver en este proceso una finalidad preestablecida, esa *direccionalidad* que el autor visualiza en el desenvolvimiento de estas polémicas es aquello que le posibilita el entramado de distintas voces en una puesta en escena que contiene diversos actos. Y es también ella quien le permite, después de un agudo señalamiento de las dificultades conceptuales inscriptas en los autores analizados, rescatar los aportes de esta empresa en torno a la incisiva problematización de las relaciones entre texto y contexto. Pareciera, efectivamente, que la crítica ha logrado con ello "corroer sus antiguas certidumbres", aún cuando todavía no pueda ofrecer otras nuevas. Podría decirse, entonces, que en el gesto de "introducir" a un debate, Palti abre un debate: aquel que nos lleva a preguntarnos sobre el efectivo legado del "giro lingüístico" en la producción histórica, junto con una evaluación crítica de sus supuestos y sus límites. Pero también cabe señalar que esa "direccionalidad" que Paltí propone, además de ser útil como hilo conductor para la excelente reconstrucción argumental que el autor lleva a cabo, deja rondando una pregunta de inocultable raíz kantiana: efectivamente, ¿es necesaria una fundamentación metacrítica tal como en la que parecen empeñados los autores más comprometidos con llevar hasta sus últimas consecuencias el "giro lingüístico"? Y más aún: ¿es ella posible? La respuesta a esta pregunta no deja de ser crucial, porque efectivamente, si es innecesaria, su imposibilidad es irrelevante, pero obliga a resignarse a algún tipo de clausura metacrítica; si fuera necesaria, la reflexión pendiente es hasta qué punto no estamos insertos todavía (a pesar de las encendidas proclamas que anuncian una nueva dirección) en un paradigma de pensamiento definido sustancialmente por la modernidad ■

Karina Vasquez

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura / N° 63 / Abril de 1999

Debates. Ciudad / educación / memoria / izquierda / liberalismo

Escriben: Silvestri • Gorelik • Sarlo • Dalmaroni y Merbilhaá • Richard • Monjeau • Altamirano • Leiras • Myers

Suscripciones: Argentina, tres números $24 / Exterior, seis números, u$s 50. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

PUNTO DE VISTA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

)ENTREPASADOS(

Indices N° 1 a 15

N° 1 - Fines de 1991

Editorial
¿Por qué Entrepasados?

Artículos
Participación electoral y prácticas políticas en los sectores populares en Buenos Aires 1912-1922. *Aníbal VIGUERA*

Espacio, economía y sociedad regional. Neuquén: el auge del ciclo ganadero y la organización social del espacio 1879-1930. *Susana O. BANDIERI*

Galería de textos
El trabajo en la gran ciudad. *Eric HOBSBAWN*

Historia y Educación
Una reflexión para los historiadores.
¿Qué llega de nuestra producción a la escuela media?. *Silvia FINOCCHIO*

Entrevista
A Adolfo Prieto. *Ema CIBOTTI y Mirta Zaida LOBATO*

En Debate
El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)
Susana BIANCHI y María Esther RAPALLO comentan a Fortunato Mallimacci.

Fuentes de Archivo
Industria y Trabajadores: el valor de los archivos de fábrica como fuente documental
Mirta Zaida LOBATO y Fernando ROCCHI

N° 2 - Principios de 1992

Artículos
Los anarquistas en el gabinete antropométrico. Anarquismo y criminología en la sociedad argentina del 900. *Patricio GELI*

Crítica en los años '30: entre la conspiración y el exilio. *Silvia SAITTA*

Itinerario intelectual y político de los Maestros-ciudadanos (Del fin de siglo a la década de los '20). *Leticia PRISLEI*

Galería de textos
Folklore, antropología e historia social. *E. P. THOMPSON*

Historia y Educación
Esquizohistoria e historiofrenia. Del secundario a la carrera de Historia y vuelta al secundario. *Ana María BARLETTA y Gonzalo DE AMEZOLA*

Entrevista
Historia y cultura: una conversación con Carlo Guinzburg

En Debate
Buenos Aires I; el video como ensayo de historia
Adrián GORELIK, Beatriz SARLO y Graciela SILVESTRI

Centralidades y periferia. Para pensar la antigüedad tardía
Horacio BOTALLA y Hugo ZURUTUZA

Fuentes de Archivo
Los archivos de la inmigración. *Ema CIBOTTI*

Una red para proteger la memoria obrera y popular. *Susana FIORITO*

N° 3 - Fines de 1992

Artículos
Historia contadas en los márgenes. La vida de Doña María: historia oral y problemática de géneros. *Daniel JAMES*

Memorias militantes: Un lugar y un pasado para los trabajadores argentinos
L. GUTIÉRREZ y M. Zaida LOBATO

Ciudad o Aldea. La construcción de la historia urbana del Buenos Aires anterior a Caseros. *Fernando ALIATA*

Historia y Educación
La localidad en la escuela. Entre el consenso y el desconcierto
Patricia PICCOLINI y Juan RUIBAL

Entrevista
Acerca de la historia de las mujeres: Una entrevista a Reyna Pastor
por Mirta Zaida LOBATO

En Debate
Memoria y ciudadanía. *Edgard DE DECCA*

V Centenario y después. *Enrique TANDETER*

Problemas en las teorías actuales del discurso colonial. *Benita PARRY*

Fuentes de Archivo
El acerbo histórico de la Facultad y Museo de La Plata: huesos y flechas para la nación
Irina PODGORNY

N° 4/5 - 1993

Artículos
El aporte en la historiografía argentina de una generación ausente: 1983-1993.
Ema CIBOTTI

Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo. *Patricio GELI - Leticia PRISLEI*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Trabajadores y movimiento obrero: entre la crisis de los paradigmas y la profesionalización del historiador. *Mirta Zaida LOBATO - Juan SURIANO*

Una genealogía para el parricidio: Juan María Gutiérrez y la construcción de una tradición literaria. *Jorge MYERS*

El concepto de la nación en la región del Plata (1810-1831). *Michael RIEKENBERG*

Historia y Educación
Algunas consideraciones respecto de los contenidos en la enseñanza de la historia *Jorge SAAB*

Entrevista
Reflexiones sobre la historia política y el oficio de historiador:
Una entrevista con Antonio Annino *Ema CIBOTTI*

Fuentes de Archivo
La situación de los archivos frente a la privatización de las empresas públicas *Graciela SWIDERSKI - Elisabet CIPOLLETA*

La OEA y un proyecto para la identificación de fuentes privadas

---

N° 6 - Principios de 1994

Artículos
Domiciliarios y transeúntes en el proceso de formación estatal bonaerense (1820-1832). *Carlos CANSANELO*

Hacia una Antropología de la Producción de la Historia. *Rosana GUBER*

La construcción del consenso en los inicios del sistema político moderno argentino: formación y disciplinamiento de la oposición pública (1862-1868) *Alberto LETTIERI*

¿Quién habla por la ciudad? La política porteña y el affaire CHADE, 1932-1936 *Luciano PRIVITELLIO*

Ciudadanía, participación política y la formación de la esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880. *Hilda SABATO*

En Debate
Las virtudes del parricidio en la historiografía. Comentario sobre la mirada de Ema Cibotti a la "generación ausente". *Roy HORA y Javier TRIMBOLI*

Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones en la Sociología. *Lucas RUBINICH*

Galería de textos
Edward Thompson. Historia social y Cultura política: La formación de la "esfera pública" de la clase obrera, 1780-1850. *Geoff ELEY*

Entrevista
Halperín en Berkeley. Latinoamérica, historiografía y mundillos académicos
Entrevista a Tulio Halperín Donghi. *Diego ARMUS y Mauricio TENORIO GRILLO*

Historia y Educación
Las fuentes orales en la enseñanza de la historia. *Silvia FINOCCHIO, Daniel PLOTINSKY y Dora SCHWARSZTEIN*

N° 7 - Fines de 1994

Artículos
Periodismo político y política periodística, la construcción pública de una opinión italiana en el Buenos Aires finisecular. *Ema CIBOTTI*

Periodismo y política en los años '60: Primera Plana y el golpe militar de 1966 *Daniel H. MAZZEI*

La armonía de los opuestos: Industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920. *Fernando ROCCHI*

El período colonial en la historiografía argentina reciente. *Enrique TANDETER*

En Debate
Reconsiderando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente. *Nancy FRASER*

Galeria de textos
Barbarie, una Guía para el usuario. *Eric HOBSBAWM*

Entrevista
Historia y prácticas culturales. Entrevista a Roger Chartier *por Noemí GOLDMAN y Leonor ARFUCH*

Historia y Educación
La selección de contenidos curriculares: los criterios de significatividad en el conocimiento escolar. Apuntes para la selección de contenidos de historia *Lea F. VEZUB*

Fuentes de Archivo
Entre historiadores y anticuarios. Acerca del proyecto de recuperación, protección y clasificación del archivo de la Justicia Letrada del Territorio Nacional del Neuquén *Enrique MASES*

Archivos de Protocolo: la conservación de la propiedad, la conservación de los documentos. *Verónica SECRETO*

N° 8 - Principios de 1995

Editorial
Entrepasados ante las reformas de los Contenidos Básicos Comunes

Artículos
Notas para un estudio de las relaciones entre Juan B. Justo y Alfredo L. Palacios *Ricardo NUDELMAN*

Ideas y prácticas "políticas" del anarquismo argentino. *Juan SURIANO*

Galeria de textos
Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella. *Carlo GINZBURG*

Entrevista
De la política a la historia. Entrevista a Eugene Genovese. *Gustavo PAZ*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Historia y Educación
Contenidos Básicos Comunes en Ciencias Sociales

Los Contenidos Básicos Comunes de Ciencias Sociales para la Educación General Básica
María Dolores BEJAR

¿Ciencias sociales sin proceso histórico? Análisis de los nuevos contenidos básicos de Ciencias Sociales para la educación general. *María Ernestina ALONSO*

Fuentes de Archivo
Los archivos fílmicos. Un ejemplo local: la Cinemateca Argentina
Susana STRUGO

N° 9 - Fines de 1995

Artículos
El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política: un clivaje en los años "30
Orietta FAVARO y Mario Arias BUCARELLI

El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la historia argentina
Jorge GELMAN

Dossier
Problemas y dilemas de la historia oral

Presentación. *Mirta Zaida LOBATO*

Entrevista a Paul Thompson. *Daniel JAMES*

Tendencias y temáticas de la historia oral en Argentina. *Dora SCHWARZSTEIN*

Virginidad ortodoxa/recuerdos heterodoxos: hacia una historia oral de la disciplina industrial y de la sexualidad en Medellín, Colombia. *Ann FARNZWORTH-ALVEAR*

Memorias de mestizaje en el movimiento campesino nicaragüense. *Jeffrey L. GOULD*

Poesía, trabajo fabril y sexualidad femenina en la Argentina peronista. *Daniel JAMES*

En Debate
El pasado que no pasa:
La *Hisoriekerstrit* y algunos problemas actuales de la historiografía. *Jorge Omar ACHA*

Galeria de textos
La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin
del marxismo: retorno a la miseria de la teoría. *Bryan D. PALMER*

Fuentes de Archivo
Los historiadores y la recuperación de fuentes no tradicionales: el archivo fílmico del Canal 10 de Córdoba (Noticias de las décadas del '60 y del '70)
Silvia ROMANO y María Cristina BOIXADOS

N° 10 - Principios de 1996

Artículos
La idea del verde en la ciudad moderna. Buenos Aires 1870-1940. *Diego ARMUS*

Historia y experiencia. *José SAZBON*

Dossier
Repensar a Jorge Sábato

Jorge Sábato y la historiografía rural pampeana: el problema del otro
Juan Manuel R. PALACIO

En busca del empresario perdido: Los industriales argentinos y las tesis de Jorge Federico Sábato. *Fernando ROCCHI*

En Debate
La historiografía argentina en la democracia: Los problemas de la construcción de un campo profesional. *Luis Alberto ROMERO*

Entrevista
"Simplemente amo la historia" Entrevista a Robert Darnton. *Jeremy ADELMAN*

Galería de textos
¿Repensar la microhistoria?. *Edoardo GRENDI*

Microanálisis y construcción de lo social. *Jacques REVEL*

Fuentes de Archivo
El Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam. Modelo para armar
Patricio GELI

N° 11 - Fines de 1996

Artículos
Apuntes de viaje: Juan B. Justo en los Estados Unidos. *Patricio GELI y Leticia PRISLEI*

Conflictos y armonías en la frontera bonaerense, 1834-1840. *Silvia RATTO*

El honor y el delito. Buenos Aires a fines del siglo XIX. *Beatriz C. RUIBAL*

Fiestas Federales: Representaciones de la República en el Buenos Aires rosista
Ricardo SALVATORE

En Debate
Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia
Susana BANDIERI

¿Revolución o Invención? Moses Finley, Tulio Halperín Donghi y el análisis histórico de la política. *Julián GALLEGO*

Galería de textos
Exodus. *Benedict ANDERSON*

Entrevista
La sociología actual ante la globalización, los fundamentalismos y la identidad
Entrevista a Anthony Giddens
por *José Mauricio DOMINGUEZ, Mónica HERZ y Claudia REZENDE*

Historia y Educación
La historia local y regional de la enseñanza . *Marcelo LAGOS*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

N° 12 - Principios de 1997

Artículos

Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910 *Julio D. FRYDENBERG*

Académicos, doctores y aspirantes. La profesión médica y la reforma universitaria: Buenos Aires 1871-1876. *Ricardo GONZALEZ LEANDRI*

Reflexiones sobre el populismo en Italia: el fenómeno Lauro. *Valeria NAPOLI*

Los primeros años de la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación:* la crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina. *Luis ALEJANDRO ROSSI*

En Debate

Campesinado y Nación (a propósito de *Peasant and Nation,* de Florencia Mallon) *Tulio HALPERIN DONGHI*

Galería de textos

Muerte y memoria de la Rusia moderna. *Catherine MERRIDALE*

Entrevista

Feminismo sin ilusiones Entrevista a Elizabeth Fox-Genovese. *Gustavo PAZ y Alma IDIART*

Historia y Educación

La enseñanza de la historia en el tercer ciclo de la EGB: una aproximación a la compleja relación entre construcción del conocimiento y organización de los contenidos. *Silvia FINOCCHIO*

Archivos

El sistema de documentación e información sindical de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, una experiencia original. *Sergio GREZ TOSO*

N° 13 - Fines de 1997

Artículos

El nido de la tempestad. La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1910) *Jorge Francisco LIERNUR*

De la santidad laica del científico Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna. *Irina PODGORNY*

Dichos y hechos del gobierno peronista (1946-55). Lo fáctico y lo simbólico en el análisis histórico. *Noemí GIRBAL-BLACHA*

La búsqueda de la historia. Reflexiones sobre las aproximaciones macro y micro en la historiografía reciente. *Fabián Alejandro CAMPAGNE*

En Debate

El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años sesenta. *Alejandro CATTARUZZA*

Galería de textos

Formación cultural de la nación en la Alemania del siglo XIX. *Dieter LANGEWIESCHE*

Entrevista

Historia, Tradición e identidad política en el Brasil. Entrevista a José Murillo de Carvalho. *Jorge MYERS y Elías PALTI*

Historia y Educación

Un caso particular. El proceso de renovación de la enseñanza de la historia en el nivel de secundaria en México: 1922-1993. *Marcela ARCE TENA y Mireya LAMONEDA HUERTA*

Archivos

Comentario sobre el no alineamiento y los archivos. *Marisol SAAVEDRA*

N° 14 - Principios de 1998

Artículos

Ciudadanos y vecinos. De la igualdad como identidad a la igualdad como justicia *Oreste Carlos CANSANELLO*

Los trabajadores en los orígenes del Movimiento Popular Neuquino. *Juan QUINTAR*

La Argentina y la partición de Palestina: ¿Una tercera posición peronista? *Raanan REIN*

El ocio peronista: vacaciones y "turismo popular" en Argentina (1943-1955) *Eugenia SCARZANELLA*

Entrevista

La historia siempre debe tener un ojo crítico.
Entrevista a Natalie Zamon Davis. *Jeremy ADELMAN*

Galería de textos

¿Quién es dueño de la Historia? La Historia en la profesión*. *Natalie ZAMON DAVIS*

La postura determinista: algunos obstáculos para el futuro desarrollo de la aproximación lingüística a la historia en los años '90. *Gareth STEDMAN JONES*

Historia y Educación

Idas y vueltas en la enseñanza de la historia: la transformación brasileña *Silvia FINOCCHIO*

Archivos

Mercaderes en la conquista española. El uso del Archivo de Indias. *Luigi AVONTO*

Lecturas

"El desierto y su semilla" de Jorge Barón Biza o el derecho de escribir. *Sylvia SAITTA*

N° 15 - Fines de 1998

Artículos

Los espacios de la identidad en las autobiografías de inmigrantes italianos en Argentina y en Brasil. *Camilla CATTARULLA*

"Pobres y ricos"; cuatro historias edificantes sobre el conflicto social en la campaña bonaerense (1820-1840). *Juan Carlos GARAVAGLIA*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las sociedades de amigos del país. Una alternativa de inversión en el Buenos Aires de 1820. *Daniel REYNOSO*

Historiografía, trabajo y ciudadanía en Brasil. *Alexandre FORTES y Antonio Luigi NEGRO*

Dossier: Historia y Cine

El cine como fuente y reflexión para la investigación histórica

Entrevista a Marc Ferro y a Robert A. Rosenstone. *Mario RANALLETTI*

Sobre La lista de Schindler. *Geoff ELEY y Atina GROSMANN*

Historia y Educación

Los otros en la historia escolar: las naciones extranjeras en los manuales de historia argentina entre 1956 y 1989.
Luciano de PRIVITELLIO

Archivos

El Centro de Investigación de la Cultura de Izquierda en la Argentina. Recuperar la memoria histórica de las clases subalternas
Jorge CERNADAS, Roberto PITTALUGA y Horacio TARCUS

Lecturas

La alteridad de lo propio: el conocimiento y el "otro" en la constitución de identidades. Apuntes teóricos para el trabajo historiográfico. *Ezequiel ADAMOVSKY*

Acerca de patriotas y cosmopolitas en el cambio de siglo. *Lilia Ana BERTONI*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar